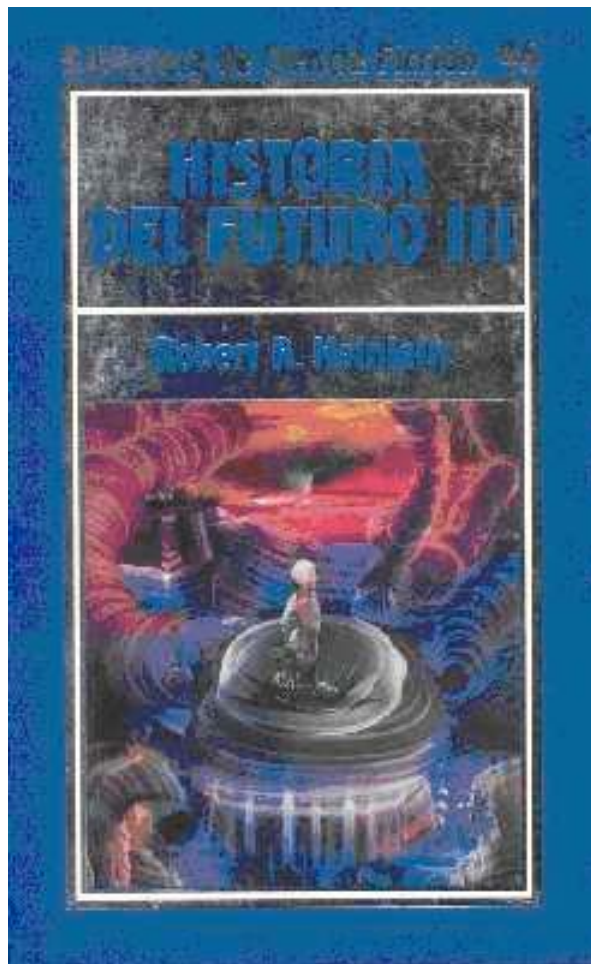


HISTORIA DEL FUTURO III



Robert A. Heinlein



Para GINNY

INDICE

**La amenaza de la Tierra
«Si esto continúa...»
Coventry**

LA AMENAZA DE LA TIERRA

Mi nombre es Holly Jones, y tengo quince años. Soy muy inteligente, pero no lo parece, porque tengo el aspecto de un ángel a medio terminar. Insípido.

Nací aquí mismo, en Luna City, lo cual parece sorprender a los tipos de la Tierra. En realidad, soy la tercera generación; mis abuelos fueron los pioneros de Emplazamiento Uno, donde está el Monumento. Vivo con mis padres en los Apartamentos Artemisa, la nueva cooperativa en Presión Cinco, a doscientos cincuenta - metros de profundidad, cerca de la Alcaldía. Pero no me encontrarán allí mucho tiempo; estoy demasiado ocupada.

Por las mañanas voy a la Escuela Superior Técnica, y por las tardes estudio o voy a volar con Jeff Hardesty - es mi compañero - o, cuando llega una nave de turistas, me dedico a guiar marmotas. Aquel día la Grípsholm alunizó al mediodía, así que me fui directamente de la escuela a la American Express.

El primer grupo de turistas estaba saliendo de la Cuarentena, pero no me adelanté, pues el señor Dorcas, el gerente, sabe que soy la mejor. Eso de guiar es sólo temporal (en realidad soy una diseñadora de espacionaves), pero si estás haciendo un trabajo tienes que hacerlo bien.

El señor Dorcas me vio.

- ¡Holly! Ven aquí, por favor. Señorita Brentwood, Holly Jones será su guía.

- Holly - repitió ella -. Vaya nombre curioso. ¿Eres realmente una guía, querida?

Soy tolerante con las marmotas... algunos de mis mejores amigos son de la Tierra. Como dice papá, haber nacido en la Luna es una suerte, no una elección, y la mayor parte de la gente de la Tierra no tiene la culpa de ser terrestre. Después de todo, Jesús y Gautama Buda y el doctor Einstein fueron todos marmotas.

Pero pueden llegar a ser irritantes. Si los chicos de la escuela superior no trabajásemos como guías, ¿a quiénes iban a contratar?

- Mi licencia así lo dice - contesté secamente, y la miré de la misma forma en que ella me estaba mirando.

Su rostro me parecía ligeramente familiar, y pensé que quizás había visto su foto en esas secciones de sociedad que salen en las revistas de la Tierra... una de esas chicas ricas que por desgracia vienen tan a menudo. Era casi repugnantemente encantadora: piel de nylon, un suave y ondulado cabello rubio plata, medidas sobre los 89 - 61 - 86, lo bastante de eso y de aquello como para hacerme sentir como un palillo con piernas, una voz baja e íntima, y todo lo necesario para hacer que las mujeres menos espectaculares empezáramos a pensar en pactos con el Diablo. Pero no sentí aprensión; era una marmota, y las marmotas no cuentan.

- Todas las guías ciudadanas son chicas - explicó el señor Dorcas -. Holly es muy competente.

- Oh, estoy segura de ello - respondió rápidamente, y pasó a la rutina turística número uno: sorpresa de que se necesitara un guía tan sólo para encontrar su hotel, sorpresa al descubrir que no había taxis ni mozos de cuerda, y alzamiento de cejas ante la perspectiva de dos chicas solas andando a través de «una ciudad subterránea».

El señor Dorcas fue paciente, terminando con un:

- Señorita Brentwood, Luna City es la única metrópoli en el Sistema Solar donde una mujer está realmente a salvo... no hay callejones oscuros, ni barrios desiertos, ni elementos criminales.

Yo no escuché; simplemente tendí mi tarjeta de tarifas para que el señor Dorcas la sellara, y tomé sus maletas. Los guías no deberían acarrear equipaje, y la mayoría de

turistas se sienten encantados de experimentar el hecho de que sus doce kilos de equipaje autorizado pesan aquí tan sólo dos. Pero yo deseaba ponerme en marcha.

Estábamos en el túnel exterior y yo tenía ya un pie en la cinta rodante cuando ella se detuvo.

- ¡Lo olvidaba! Quiero un mapa de la ciudad.

- No hay ninguno disponible.

- ¿Realmente?

- Sólo existe uno. Por eso necesita usted un guía.

- ¿Pero por qué no hacen copias? ¿Acaso porque entonces vosotros los guías os quedaríais sin trabajo?

¿Ven lo que les decía?

- ¿Cree usted que el trabajo de guía es superfluo? Señorita

Brentwood, hay tanto trabajo por hacer que si pudiéramos haríamos que éste lo hicieran los monos.

- Entonces, ¿por qué no imprimen mapas? - Porque Luna City no es plana como... - estuve a punto de decir «...las ciudades de las marmotas», pero me contuve a tiempo - ...como las ciudades de la Tierra. - Eché a andar -. Todo lo que usted vio desde el espacio es la pantalla protectora contra meteoritos. Por debajo de ella, la ciudad se extiende y baja por kilómetros y kilómetros en doce zonas de presión.

- Sí, ya lo sé, ¿pero por qué no un mapa para cada nivel? Las marmotas siempre dicen: «Sí, ya lo sé, pero...» - Puedo mostrarle el único mapa de la ciudad. Es un tanque estéreo de seis metros de alto, y aun así todo lo que podrá ver usted claramente son las cosas grandes como la Sala del Rey de la Montaña y las granjas hidropónicas y la Cueva de los Murciélagos. - La Cueva de los Murciélagos - repitió -. Ahí es donde voláis, ¿no?

- Sí, ahí es donde volamos. - ¡Oh, quiero verla!

- De acuerdo. ¿Primero... o antes el mapa de la ciudad? Decidió ir primero al hotel. El camino regular hasta el Zurich es deslizarse hacia arriba y al oeste a través del Túnel de Gray hasta pasar la Embajada Marciana, bajar en el Templo Mormón, y tomar una esclusa a presión para bajar hasta el Boulevard Diana. Pero yo conozco todos los atajos; bajamos en los almacenes Macy's-Gimbel para tomar su elevador de personal. Pensé que le gustaría.

Pero cuando le dije que se agarrara a un asidero cuando este pasara bajando por un lado, miró hacia abajo del pozo y se echó hacia atrás.

- Estás bromeando.

Estaba a punto de llevarla de vuelta al camino regular cuando una vecina nuestra pasó hacia abajo por el elevador. Dije:

- Hola, señora Greenberg - y ella me contestó:

- Hey, Holly. ¿Cómo está tu familia?

Susie Greenberg es más que gordita. Colgaba agarrada de una mano, con su hijo pequeño, David, sujetó con el otro brazo, y leyendo el Daily Lunatic, que mantenía en la mano libre mientras bajaban. La señorita Brentwood se la quedó mirando, se mordió el labio y dijo: - ¿Cómo lo hago?

- Oh, use ambas manos - le dije -; yo llevaré las maletas. - Uní las dos asas con mi pañuelo y bajé primero.

Ella estaba temblando cuando llegamos al fondo. - Santo Dios, Holly, ¿cómo puedes resistirlo? ¿No sientes nunca añoranza?

La pregunta número seis de los turistas... Dije: - He estado en la Tierra - y lo dejé correr. Hace dos años madre me hizo visitar a mi tía en Omaha y me sentí miserable... calor y frío y suciedad y todo lleno de bichos que corrían y se arrastraban. Yo pesaba una tonelada y todo me dolía y mi tía siempre estaba pinchándome para que saliera de casa e hiciese ejercicio, cuando todo lo que yo deseaba era arrastrarme hasta una bañera y sumergirme en ella y no moverme de allí. Y tuve la fiebre del heno. Probablemente

ustedes nunca habrán oído hablar de la fiebre del heno... no te mueres de ella, pero lo desearías.

Se suponía que tenía que ir a una escuela para chicas, pero telefoneé a papá y le dije que estaba desesperada, y él me dejó volver a casa. Lo que las marmotas no pueden comprender es que son ellos quienes viven en el salvajismo. Pero las marmotas son las marmotas y los lunáticos son los lunáticos, y nunca nos hemos comprendido los unos a los otros.

Como todos los mejores hoteles, el Zurich está en Presión Uno, en el lado oeste, de modo que pueda tener una vista de la Tierra. Ayudé a la señorita Brentwood a registrarse en el robo - recepcionista y a encontrar su habitación; tenía su propia portilla de observación. Fue directa hacia allí, y se puso a mirar la Tierra y soltar los consabidos ¡oooh! y ¡aaah!

Miré por encima de su hombro y vi que eran las trece y unos pocos minutos; el atardecer se deslizaba justo a lo largo de la punta de India... lo suficientemente pronto como para pescar otro cliente.

- ¿Deseará usted alguna otra cosa, señorita Brentwood?

En vez de contestar, dijo con voz admirada:

- Holly, ¿no es la cosa más maravillosa que hayas visto nunca?

- Es hermoso - admití. La vista por este lado es monótona, excepto por la Tierra colgando en el espacio... pero la Tierra es lo que siempre miran los turistas, pese a que apenas acaban de abandonarla. De acuerdo, la Tierra es hermosa. Los cambios de clima son interesantes si no tienes que soportarlos. ¿Han tenido que soportar ustedes alguna vez un verano en Omaha?

- Es espléndido - susurró.

- Seguro - admití -. ¿Desea ir usted a algún sitio? ¿O firmará mi tarjeta?

- ¿Qué? Perdona, estaba soñando. No, ahora no... ¡Sí, sí! ¡Holly, quiero ir afuera! ¡Debo hacerlo! ¿Hay tiempo? ¿Cuánto queda de luz?

- ¿En? Faltan dos días para el anochecer. Pareció sorprendida.

- Qué extraño. Holly, ¿puedes conseguir trajes espaciales? Debo ir afuera.

No me sobresalté... estoy acostumbrada a la forma como hablan los turistas. Supongo que un traje de presión les parece igual que un traje espacial. Simplemente dije:

- Las chicas no tenemos permiso para salir fuera. Pero puedo telefonar a un amigo.

Jeff Hardesty es mi colega en el diseño de espacionaves, así que procuro hacerle favores. Jeff tiene dieciocho años y ya está en el Instituto Goddard, pero estoy trabajando duro para alcanzarle, de modo que podamos poner nuestras oficinas en nuestra propia empresa: «Jones & Hardesty, Ingenieros de Espacionaves». Soy muy brillante en matemáticas, que lo es todo en ingeniería espacial, así que conseguiré muy pronto mi título. Mientras tanto, de todos modos, diseñamos ya astronaves.

No le dije esto a la señorita Brentwood, puesto que los turistas piensan que una chica de mi edad no puede ser diseñadora de astronaves.

Jeff ha arreglado sus clases de modo que le permitan hacer de guía los martes y los jueves; espera en la Compuerta Oeste de la ciudad y estudia entre cliente y cliente. Lo localicé a través del teléfono del encargado de la compuerta. Jeff sonrió y dijo:

- Hola, Modelo a Escala.

- Hola, Penalización de Peso. ¿Libre para tomar un cliente? - Bueno, se suponía que debía guiar una excursión familiar, pero se están retrasando.

- Cancélalo. Señorita Brentwood... entre en pantalla, por favor. Éste es el señor Hardesty.

Los ojos de Jeff se abrieron mucho, y me sentí inquieta. Pero nunca se me hubiera ocurrido que Jeff pudiera sentirse atraído por una marmota... aun sabiendo que los hombres son robots esclavos de la química de sus cuerpos en estos asuntos. Sabía que ella era excepcionalmente decorativa, pero era inimaginable que Jeff pudiera sentirse

cautivado por alguna marmota, sin importar lo bien diseñada que estuviera. ¡Ellas no hablan nuestro lenguaje! No me siento romántica acerca de Jeff; simplemente somos socios. Pero cualquier cosa que afecte a Jones & Hardesty me afecta a mí.

Cuando nos reunimos con él en la Compuerta Oeste casi se pisó la lengua en una repugnante demostración de celo adolescente. Me sentí avergonzada de él y, por primera vez, aprensiva. ¿Por qué serán tan críos los hombres?

A la señorita Brentwood no pareció importarle su comportamiento. Jeff es un hombretón; vestido para salir fuera parece como uno de los Gigantes de Hielo de El oro del Rin; ella le sonrió y le dio las gracias por haber cambiado sus planes. Él pareció aún más tonto y le dijo que era un placer.

Yo tengo mi traje de presión en la Compuerta Oeste, de modo que cuando le paso un cliente a Jeff él puede invitarme a ir con ellos al paseo. Esta vez apenas si me habló después de haber visto a aquella amenaza de platino. Pero la ayudé a encontrar un traje de su medida y la llevé hasta el vestuario y la ayudé a ponérselo. Esos trajes de alquiler deben ajustarse cuidadosamente o te dan pellizcos en las partes más sensibles cuando estás en el vacío... aparte de que hay algunas cosas con respecto a ellos que debe ser una chica quien se las explique a otra.

Cuando salí de nuevo con ella, sin llevar puesto el mío, Jeff ni siquiera me preguntó por qué no me había vestido... tomó su brazo y echó a andar hacia la compuerta. Tuve que cortarles el paso para que ella me firmara mi tarjeta de tarifas.

Los días que siguieron fueron los más largos de mi vida. Vi a Jeff tan sólo una vez... en la cinta rodante del Boulevard Diana, yendo en la otra dirección. Ella iba con él.

Aunque sólo los vi esta vez, sabía lo que estaba pasando. Estaba faltando a clase, y durante tres noches seguidas la llevó al Mirador de la Tierra del Duncan Hiñes. Claro que nada de esto era asunto mío... Esperaba que ella tuviera más suerte enseñándole a bailar de la que había tenido yo. Jeff es un ciudadano libre, y si él deseaba comportarse como un estúpido imbécil olvidando la escuela y perdiéndose de dormir sólo por una marmota bien acolchada, era asunto suyo.

¡Pero no debería haber arrinconado los trabajos de nuestra firma!

Jones & Hardesty tenía un tremendo trabajo porque estábamos diseñando la nave estelar Prometeo. Este proyecto nos había tenido esclavizados durante un año, no volando más que un par de veces por semana a fin de dedicarle tiempo... y eso es un auténtico sacrificio.

Por supuesto, no se puede construir una nave estelar en la actualidad debido a la planta de energía. Pero papá piensa que muy pronto tendremos un salto tecnológico y podremos construir plantas de energía de conversión de masa... lo cual significa naves estelares. Papá sabe lo que dice... es el Ingeniero Jefe en la Luna de Rutas del Espacio y es catedrático en el Instituto Goddard. Así que Jeff y yo estamos diseñando una nave interestelar autónoma basándonos en esta premisa: habitaciones, espacios auxiliares, cirugía, laboratorios... todo.

Papa piensa que sólo estamos practicando, pero madre lo sabe mejor... madre es quimicomatemática en la Sintéticos Generales de la Luna, y casi es tan lista como yo. Se da cuenta de que Jones & Hardesty planea tener listo un proyecto completamente terminado mientras los demás diseñadores aún se lo están pensando. Era por eso por lo que estaba furiosa con Jeff por perder su tiempo con aquella individua. Habíamos estado trabajando en cada momento libre que teníamos. Jeff aparecía siempre después de cenar, terminábamos nuestros deberes, y luego nos dedicábamos al auténtico trabajo, al Prometeo... comprobándonos los cálculos mutuamente, luchando duramente con los detalles, y pasándonos un rato estupendo. Pero el mismo día en que le presenté a Ariel Brentwood no apareció. Yo había terminado mis lecciones y estaba preguntándome si empezar o esperarle - estábamos realizando un cambio radical en el blindaje de la planta de energía - cuando su madre me telefoneó.

- Jeff me ha pedido que te llame, querida. Está cenando con un cliente turista y no podrá ir.

La señora Hardesty me miraba fijamente, así que puse cara sorprendida y dije:

- ¿Jeff pensó que lo estaba esperando? Debe haberse confundido de día. - Imagino que no me creyó; lo aceptó demasiado rápidamente.

Durante toda aquella semana me fui convenciendo lentamente contra mi propia voluntad de que Jones & Hardesty estaba siendo liquidada. Jeff no rompió ninguna otra cita conmigo - ¿cómo puedes romper una cita que ni siquiera has hecho? -, pero siempre íbamos a volar los jueves por la tarde a menos que uno de los dos estuviera de guía. No llamó. Oh, sé dónde estaba; se la había llevado a patinar a la Cueva de Fingal.

Me quedé en casa y trabajé con el Prometeo, recalculando masas y soportes para los hidropónicos y los almacenes sobre bases del cambio de blindaje. Pero cometí errores, y en un par de ocasiones tuve que buscar los logaritmos en lugar de recordarlos... Estaba tan acostumbrada a pelearme con Jeff sobre cada cosa que no sabía trabajar sola.

Finalmente miré la identificación del plano que estaba revisando. Decía: «Jones & Hardesty», como todos los demás. Me dije a mí misma:

- Holly Jones, deja de engañarte; esto puede ser El Final. Sabías que algún día Jeff podría enamorarse de alguien.

- Por supuesto... pero no de una marmota.

- Pero lo ha hecho. ¿Qué tipo de ingeniero eres si no puedes enfrentarte a la realidad? Ella es hermosa y rica... hará que su padre le dé un trabajo allá en la Tierra. ¿Me has oído? ¡En la Tierra! Así que búscate otro socio... o dedícate tú sola a los negocios.

Borré «Jones & Hardesty» y escribí en su lugar «Jones & Compañía», y me quedé mirándolo. Luego empecé a borrar eso también... pero se me emborrónó; había dejado caer una lágrima encima. ¡Lo cual era ridículo!

El martes siguiente tanto papá como madre estaban en casa a la hora de la comida, lo cual es poco común, ya que papá come en el espaciopuerto. Normalmente papá ni siquiera te ve a menos que seas una espacionave, pero aquel día se dio cuenta de que yo había discado tan sólo una ensalada y ni siquiera me la había terminado.

- A esa comida le faltan unas ochocientas calorías - dijo, mirándola -. No puedes despegar sin combustible... ¿no te encuentras bien?

- Muy bien, gracias - respondí dignamente.

- Hummm... ahora que recuerdo, has estado de mal humor durante varios días. Quizá necesites un chequeo. - Miró a madre.

- ¡No necesito ningún chequeo! - No había estado de mal humor... ¿acaso una mujer no tiene derecho a dejar de charlotear?

Pero odio que los doctores me hurguen, así que añadí:

- Ocorre que como poco porque voy a ir a volar esta tarde. ¡Pero si insistes, pediré un asado con patatas y luego me iré a dormir en vez de ir a volar!

- Tranquila, deportista - respondió suavemente -. No quería meterme en tus cosas. Ve a un snack cuando hayas terminado... y saluda a Jeff de mi parte.

Respondí simplemente «de acuerdo», y pedí que me disculpara; me sentía humillada por la suposición de que no podía volar sin el señor Jefferson Hardesty, pero no deseaba discutir sobre el tema.

Papá me llamó cuando ya me iba:

- Pero no vengas tarde a cenar. - Y madre dijo:

- Vamos, Jacob... - y dirigiéndose a mí -: Vuela hasta que estés agotada, querida; últimamente no has hecho mucho ejercicio. Te dejaré la cena en el calentador. ¿Hay algo que prefieras?

- No, disca lo mismo que pidas para ti. - Simplemente no me interesaba la comida, cosa que no es habitual en mí. Mientras me dirigía hacia la Cueva de los Murciélagos me

pregunté si no habría pillado algo. Pero mis mejillas no estaban calientes y mi estómago no estaba alterado aunque no sintiera hambre.

Luego tuve un terrible pensamiento. ¿Podía ser que estuviese celosa? ¿Yo?

Era algo impensable. Yo no soy romántica; soy una mujer de carrera. Jeff había sido mi socio y mi amigo, y bajo mi guía podría haber llegado a ser un gran diseñador de espacionaves, pero nuestra relación era clarísima... un respeto mutuo hacia las habilidades del otro, sin ninguna de estas tonterías amorosas. Una mujer de carrera no puede permitirse tales cosas... ¡sólo miren todo el tiempo profesional que perdió madre teniéndome!

No, no podía estar celosa; simplemente estaba preocupada porque mi socio tenía un lío con una marmota. Jeff no es muy brillante con las mujeres y, además, nunca ha estado en la Tierra y se hace ilusiones al respecto. Si ella se lo llevaba engañado a la Tierra, Jones & Hardesty estaba acabada.

Y de algún modo, «Jones & Compañía» no era un sustituto; quizás el Prometeo nunca llegara a construirse.

Estaba ya en la Cueva de los Murciélagos cuando llegué a esta deprimente conclusión. No me sentía con ganas de volar, pero fui de todos modos a mi armario y tomé mis alas.

La mayoría de las cosas que se han escrito acerca de la Cueva de los Murciélagos dan una falsa impresión. Es el tanque de almacenamiento de aire de la ciudad, algo que tienen todas las colonias... el lugar a donde las bombas - recicladoras, allá abajo, envían el aire hasta que es necesitado. Simplemente lo que ocurre es que somos lo suficientemente afortunados como para tener uno lo bastante grande, de modo que podemos volar en él. Pero nunca fue construido ni nada semejante; es tan sólo una enorme burbuja volcánica, de unos tres kilómetros de anchura, y si hubiera llegado a estallar, quién sabe en qué remoto tiempo, simplemente hubiera producido otro cráter.

A veces los turistas se compadecen de nosotros los lunáticos debido a que no tenemos la oportunidad de nadar. Bueno, yo lo intenté en Omaha, y tragué agua por la nariz, y me puse enferma de miedo. El agua es para beber, no para jugar en ella; yo prefiero volar. He oído a las marmotas decir que oh sí, ellos también «vuelan» muchas veces. Pero eso no es volar. Lo hice, tal como ellos dicen, entre White Sands y Omaha. Me sentí terriblemente mal, me puse enferma. Esas cosas no son seguras.

Dejé mis zapatos y mi falda en el armario y deslicé mis superficies de cola en mis pies, luego me metí en mis alas e hice que alguien me sujetara las fijaciones de los hombros. Mis alas no son de cóndor prefabricadas; son de gaviota, hechas a la medida según mi distribución de peso y dimensiones. Papá se ha gastado un buen montón de dinero en alas, pues yo he ido creciendo muy aprisa, pero estas últimas me las compré yo misma con lo que iba ganando como guía.

¡Son maravillosas!... Varillas de aleación de titanio tan ligeras y fuertes como los huesos de un pájaro, tensión compensada en el piñón de muñeca y en las fijaciones de los hombros, acción natural en las ranuras de las álulas, y acción de zap automática en el frenado. El almacén de las alas está recubierto por laminillas de estireno imitando plumas con nervaduras individuales en los escapulares y primarios. Casi vuelan por sí mismas.

Doblé mis alas y fui a la compuerta. Mientras esperaba el ciclo abrí mi ala izquierda y comprobé el control del álula... había observado una tendencia a deslizarme hacia un lado la última vez que estuve en el aire. Pero el álula se abrió correctamente y decidí que debí haberme excedido en los controles, cosa que es muy fácil con las alas de gaviota, que son extremadamente maniobrables. Luego la puerta me indicó verde y doblé el ala y me apresuré a salir, mientras miraba el barómetro. Siete sesenta y cinco... cuarenta y cinco más que en la Tierra al nivel del mar y casi dos veces lo que utilizamos en la ciudad; incluso un avestruz podría volar allí. Eché una ojeada hacia arriba y sentí pena por todas las marmotas, ancladas por seis veces el peso adecuado y que nunca, nunca, nunca podrán volar.

Yo tampoco podría hacerlo, en la Tierra. El peso de mis alas es de menos de medio kilo por metro cuadrado, de modo que con alas incluidas peso menos de nueve kilos. En la Tierra pesaría más de cincuenta y podría pasarme toda la vida aleteando sin llegar a despegarme jamás del suelo.

Me sentía tan bien allí que olvidé a Jeff y su debilidad. Desplegué mis alas, corrí unos pocos pasos, me incliné para el despegue y tomé aire... alcé los pies y estaba volando.

Di un viraje suave y me dejé deslizar hacia la salida de aire en mitad del suelo... la Escalera del Niño, la llamamos, porque con ella puedes alzarte aprovechando la corriente de aire hasta el mismo techo, a unos ochocientos metros, sin tener que mover siquiera un ala. Cuando la sentí me incliné hacia la derecha, moviendo equivocadamente las primarias, hice la corrección, y me preparé para un planeo de subida en sentido contrario a las agujas del reloj que me llevara hasta el techo.

Cuando estaba a unos cincuenta metros de altura, miré a mi alrededor. La cueva estaba casi vacía, no habría más de doscientas personas en el aire, y al menos la mitad estaban perchadas o en el suelo... había bastante sitio como para hacer virguerías. Apenas llegué a los ciento cincuenta metros abandoné la corriente ascendente y empecé a aletear. Planear no requiere ningún esfuerzo, pero volar es un trabajo de los más pesados. En el planeo sostengo apenas cuatro kilos y medio en cada brazo... y en la Tierra tienes que aguantar más peso aunque sólo te quedes quieta tendida en la cama. La fuerte corriente ascendente que te mantiene en el aire no te exige ningún trabajo; la consigues gratis de la forma de tus alas, siempre que haya aire pasando por debajo de ellas.

Incluso sin una corriente ascendente, todo lo que necesitas para planear en vuelo horizontal es un suave movimiento de los dedos para mantener la velocidad del aire; una viejecita de lo más débil podría hacerlo. La ascensión se deriva de las presiones de aire diferenciales, pero una no tiene por qué comprenderlo; simplemente te mueves un poco, y el aire te sostiene, como si estuvieras yaciendo en una cama absolutamente perfecta. Los virajes permiten seguir moviéndote hacia adelante, como pasa cuando cinglas con un bote de remos... o al menos eso es lo que me han dicho; nunca he ido en un bote de remos. Tuve la oportunidad de hacerlo en una ocasión en Nebraska, pero no soy ni tan atrevida ni tan estúpida.

Pero cuando estás volando realmente, viras con los antebrazos tanto como con las manos, y añades energía con los músculos de tus hombros. En lugar de ser tan sólo las plumas exteriores de tus primarias las que cambian de orientación (como en el planeo), ahora son tus primarias y secundarias las que se inclinan fuertemente hacia atrás en cada aleteo y luego se recuperan; ya no elevan, sino que te fuerzan hacia adelante... mientras tu peso es arrastrado por tus escapulares, a partir de debajo de los sobacos.

Así que vuelas más aprisa, o subes, o ambas cosas a la vez, a base de controlar el ángulo de ataque con tus pies... con las superficies de cola que llevas en los pies, quiero decir.

Oh, sí, suena complicado, pero no lo es... simplemente lo haces. Vuelas exactamente como vuela un pájaro. Los pajarillos pequeños pueden aprenderlo, y no son muy inteligentes. De todos modos, es tan fácil como respirar una vez lo has aprendido... ¡y mucho más divertido de lo que una puede imaginar!

Subí hasta el techo con poderosos aleteos, incrementando mi ángulo de ataque y haciendo virar mis ahilas para elevarme sin la menor pausa... subiendo en un ángulo que hubiera hecho entrar en barrena a muchos voladores. Soy pequeña, pero todo músculos, y llevo volando desde los seis años. Una vez arriba planeé y miré a mi alrededor. Abajo en el suelo, cerca de la pared sur, unos turistas estaban probándose alas de planeo... si una puede llamar a esas cosas «alas». A lo largo de la pared oeste, la galería de

visitantes estaba llena de turistas con ojos desorbitados. Me pregunté si Jeff y su tía Circe estarían allí, y decidí bajar y echar una ojeada.

Así que me sumergí en un brusco picado y me dejé caer hacia la galería, nivelándome y volando muy aprisa a lo largo de ella. No descubrí a Jeff ni a su marmota, pero no me fijé por donde iba y me metí en la ruta de otro volador, estando a punto de chocar con él. Lo vi justo a tiempo para frenar y deslizarme bajo él, y caí quince metros antes de recuperar el control. Ninguno de los dos estábamos en peligro, puesto que la galería está tan sólo a sesenta metros de altura, pero quedé como una tonta y era culpa mía; había violado una de las reglas de seguridad.

No hay muchas reglas, pero son necesarias; la primera es que las alas naranja siempre tienen prioridad... son los principiantes. Aquel volador no llevaba alas naranjas, pero era yo quien estaba alcanzándolo. El volador que está debajo, o está siendo alcanzado, o está más cerca de la pared, o girando en sentido contrario a las agujas del reloj, por ese orden, tiene prioridad.

Me sentí tonta, y me pregunté quién me habría visto, así que subí de nuevo, me aseguré de que tenía aire despejado, y luego me detuve como un halcón sobre la galería, abriendo las alas, levantando la cola, y dejándome caer como una roca.

Completé mi maniobra frente a la galería, descendiendo y extendiendo mi cola con tal fuerza que pude sentir los músculos de mis piernas agarrotarse, y tomando aire con ambas alas, con las ahilas abiertas, me nivelé en un planeo extremadamente rápido a lo largo de la galería. Pude ver cómo los ojos de los espectadores se desorbitaban, y pensé orgullosamente: «¡Tomad! ¡Para que aprendáis!»

¡Y entonces que me zurzan si alguien no cayó sobre mí! El golpe de aire de un volador frenando exactamente encima de mí estuvo a punto de hacerme perder el control. Tomé aire y detuve

un deslizamiento hacia un lado, utilicé algunas palabrotas propias de un estibador, y miré a mi alrededor para ver quién me había atacado de aquel modo. Reconocí aquel dibujo de alas negro - y - dorado: Mary Muhlenburg, mi mejor amiga. Giró hacia mí, pivotando sobre la punta de un ala.

- ¡Hola, Holly! Te he asustado, ¿eh?

- ¡En absoluto! Pero será mejor que vayas con cuidado; el jefe de vuelos puede dejarte en el suelo por un mes.

- ¡Difícil! Ha bajado a tomarse un café.

Volé alejándome, aún irritada, y empecé a subir. Mary me llamó, pero la ignoré, pensando: «Mary, muchacha, voy a ir a por ti y a sacarte del aire.»

Era una locura, pues Mary vuela cada día y tiene unos hombros y unos músculos pectorales como Mister Hércules. Pero cuando me alcanzó ya me había enfriado, y volamos lado a lado, sin dejar de subir.

- ¿Nos perchamos? - me gritó.

- Nos perchamos - asentí. Mary es una chismosa encantadora, y yo podía aprovechar un respiro. Nos dirigimos a nuestra percha habitual, uno de los soportes de los focos del techo... se supone que no es un lugar para percharse, pero el jefe de vuelos raramente sube hasta allá arriba.

Mary voló delante de mí, frenó, y se posó en un aterrizaje perfecto. Yo me deslicé un poco, pero Mary tendió un ala y me retuvo. No es fácil percharse, especialmente cuando tienes que acercarte desde el mismo nivel. Hacía dos años un chico que apenas acababa de graduarse y dejar las alas naranja lo intentó... perdió su ahila y sus primarias izquierdas con el golpe... cayendo en barrena y estrellándose desde una altura de seiscientos metros. Hubiera podido salvarse, puedes bajar sin peligro con un ala terriblemente estropeada si frenas el aire con la otra y aceptas el bajar deslizándote hacia un lado, y luego abres todas las plumas al aterrizar. Pero aquel pobre chico no sabía

cómo; se rompió el cuello, matándose como Ícaro. Desde entonces no he utilizado aquella percha. Doblamos las alas, y Mary se inclinó hacia mí.

- Jeff te anda buscando - dijo con una sonrisa socarrona.

Se me revolviéron las tripas, pero respondí fríamente:

- ¿Sí? No sabía que estuviera aquí.

- Seguro. Ahí abajo - añadió, señalando con su ala izquierda -. ¿Lo ves?

Jeff utiliza unas alas estriadas en rojo y plata, pero ella estaba señalando hacia la ladera de planeo de los turistas, a mil quinientos metros de distancia.

- No.

- Pues está ahí. - Me miró de soslayo -. Aunque yo no iría a verle si fuera tú.

- ¿Por qué no? O puestos a decir, ¿por qué sí? - Mary puede llegar a ser exasperante.,

- ¿Eh? Oh, tú siempre corres cuando él silba. Pero hoy lleva a esa sirena de la Tierra a remolque; te podría resultar un tanto embarazoso.

- Mary, ¿de qué demonios me estás hablando?

- ¿Eh? No intentes engañarme, Holly Jones; sabes lo que quiero decir.

- Seguro que no - respondí, con una fría dignidad.

- ¡Uf! Entonces eres la única persona en Luna City que no lo sabe. Todos saben que estás loca por Jeff; todos saben que te ha echado a un lado... y que simplemente estás hirviendo de celos.

Mary es mi mejor amiga, pero algún día le voy a arrancar la piel para hacerme una alfombra con ella.

- ¡Mary, esto es perfectamente ridículo! ¿Cómo puede ocurrírsete una cosa así?

- Mira, querida, no tienes que disimular. Estoy de tu lado. - Palmeó mis hombros con sus secundarias.

Así que la empujé hacia atrás. Cayó una treintena de metros, se enderezó, trazó un círculo y subió, volviendo a colocarse a mi lado, aún sonriente. Esto me dio tiempo a decidir lo que tenía que decir.

- Mary Muhlenburg, en primer lugar no estoy loca por nadie, y menos por Jeff Hardesty. Él y yo somos simplemente amigos. Así que es una completa estupidez hablar de que estoy «celosa». En segundo lugar, la señorita Brentwood es una dama, y no va por ahí «suplantando» a nadie, y menos que a todos a mí. En tercer lugar, es simplemente una turista a la que Jeff está guiando... simplemente negocios.

- Seguro, seguro - admitió plácidamente Mary -. Estaba equivocada. De todos modos... - se alzó de alas y calló.

- «De todos modos», ¿qué? Mary, no seas mal bicho.

- Hummm... Me estaba preguntando cómo sabías que yo estaba refiriéndome a Ariel Brentwood... puesto que no hay nada de lo que he dicho.

- Bueno, tú mencionaste su nombre.

- No lo hice.

- Oh, quizá no. Pero es muy sencillo. La señorita Brentwood es una cliente que yo misma le pasé a Jeff, así que supuse que debía ser ella la turista a la que te referías.

- ¿Sí? No recuerdo haber dicho siquiera que se trataba de una turista. Pero puesto que es tan sólo una turista que estás compartiendo, ¿cómo es que tú no haces la guía interna mientras Jeff se dedica a la guía externa? Creía que vosotros los guías teníais un acuerdo.

- ¿Eh? Si ha estado guiándola por dentro de la ciudad, yo no estaba enterada...

- Eres la única que no lo está.

-...y tampoco me interesa; en todo caso será asunto del comité de quejas. Pero Jeff no podrá cobrar ni un céntimo de sus guías por dentro de la ciudad.

- ¡Oh, seguro!... Nada que pueda ingresar en el banco. Bueno, Holly, visto que estaba equivocada, ¿por qué no vas a echarle una mano con ella? Desea aprender a planear.

Encontrarme con aquella pareja era lo que menos deseaba en aquellos momentos.

- Si el señor Hardesty desea mi ayuda, me la pedirá. Mientras tanto me ocuparé de mis propios asuntos... ¡una práctica que también te recomiendo a ti!

- Tranquila, compañera - respondió ella, sin darse por ofendida -. Te estaba haciendo un favor.

- Gracias, no lo necesito.

- Entonces voy a seguir con lo mío... debo practicar para la gymkhana. - Se inclinó hacia adelante y se dejó caer. Pero no practicó acrobacias; se dirigió directamente hacia la ladera de los turistas.

La miré hasta perderla de vista, luego liberé mi mano izquierda de la ranura de control y tomé mi pañuelo... es una operación complicada cuando una lleva las alas puestas, pero las luces me habían hecho lagrimear. Me sequé los ojos y me soné, y volví a guardar mi pañuelo, y metí otra vez mi mano en su lugar, y luego lo comprobé todo, pulgares, dedos de los pies, dedos de las manos, preparándome para dejarme caer de nuevo.

Pero no lo hice. Simplemente me quedé sentada allí, las alas dobladas, pensativa. Tenía que admitir que Mary tenía parcialmente razón; Jeff había perdido completamente la cabeza... con una marmota. Así que más pronto o más tarde se iría a la Tierra, y Jones & Hardesty estaría acabada.

Entonces me recordé a mí misma que había estado planeando ser diseñadora de espacionaves como papá mucho antes de que Jeff y yo formáramos equipo. No dependía de nadie; podía arreglármelas sola, como Juana de Arco o Lise Meitner.

Me sentí mejor... con un orgullo frío y decidido como el de Lucifer en el Paraíso Perdido.

Reconocí el rojo y plata de las alas de Jeff mientras él estaba aún muy lejos, y pensé en alejarme silenciosamente. Pero Jeff puede alcanzarme si lo desea, así que decidí: «Holly, no seas estúpida. No tienes ninguna razón para echar a correr... simplemente muéstrate fríamente educada.»

- Hola, Coma Decimal.

- Hola, Cero. Esto, ¿has robado mucho últimamente?

- Sólo el City Bank, pero me hicieron devolverlo. - Frunció el ceño y preguntó -: Holly, ¿estás enfadada conmigo?

- Vaya, Jeff, ¿qué es lo que te ha hecho pensar esta estupidez?

- Bueno... Algo que me dijo Mary Bocazas.

- ¿Ésa? Ni prestes atención a lo que ella diga. La mitad estará equivocado, y con respecto a la otra mitad no sabe lo que dice.

- Sí, tiene un cortocircuito entre sus orejas. ¿Entonces no estás enfadada?

- Por supuesto que no estoy enfadada. ¿Por qué habría de estarlo?

- Por nada, que yo sepa. No he ido a trabajar en la nave en unos cuantos días... pero es que he estado terriblemente ocupado.

- No te preocupes por ello. Yo también he estado terriblemente ocupada.

- Oh, esto está bien. Muestra al Azar, hazme un favor. Ayúdame con una amiga... con una cliente, quiero decir... bueno, es también una amiga. Desea aprender a utilizar las alas de planeo.

Hice como que me lo pensaba.

- ¿Alguien a quien conozco?

- Oh, sí. De hecho, tú nos presentaste. Ariel Brentwood.

- ¿Brentwood? Jeff, hay demasiados turistas. Déjame pensar. ¿Una chica alta? ¿Rubia? ¿Extremadamente atractiva?

Sonrió como un papanatas, y estuve a punto de echarlo al aire.

- ¡Ésa es Ariel!

- La recuerdo... esperaba que yo le llevase el equipaje. Pero no necesitas ayuda, Jeff. Parecía muy lista. Con un buen sentido del equilibrio.

- Oh, sí, seguro, claro que sí. Bueno, la verdad es que desearía que las dos os conocierais. Ella es... bueno, simplemente maravillosa, Holly. Una auténtica persona, en todos los sentidos. Te encantará cuando la conozcas mejor. Esto... parece que es una buena oportunidad.

Me sentí mareada.

- Bueno, es muy amable por tu parte, Jeff, pero dudo que ella desee conocerme mejor. Yo tan sólo soy una empleada a la que contrató... ya conoces a las marmotas.

- Pero ella no es como las demás marmotas. Y desea conocerte mejor... ¡me lo ha dicho!

¡Después de que tú se lo sugeriste!, murmuré. Pero estaba entre la espada y la pared. Si no me hubiera sentido obstaculizada por mi educación, le hubiera dicho: «¡Lárgate, cráneo vacío! No estoy interesada en tus amigas marmotas»... pero lo que dije fue:

- De acuerdo, Jeff. - Luego hice de tripas corazón y me dejé caer planeando.

Así que enseñé a Ariel Brentwood a «volar». Bueno, miren, eso que llaman alas y que dejan llevar a los turistas tienen casi cinco metros cuadrados de superficie elevadora, ningún control excepto mover las primarias, un diedro, preparado para convertirlas en algo tan estable como una mesa, y unos pocos grados de angulación para permitir hacer creer a su portador que está «volando» cuando agita los brazos. La cola es rígida, e inclinada de tal modo que si caes (lo cual es casi imposible) aterrizas siempre de pie. Todo lo que hace un turista es correr unos pocos metros, levantar los pies (no puede evitar el hacerlo) y deslizarse sobre una manta de aire. Luego podrá contarle a sus nietos cómo voló, realmente voló, «exactamente como un pájaro».

Un mono podría aprender a «volar» de este modo.

Pasé por la humillación de colocarme una de esas estúpidas cosas, e hice que Ariel me observara mientras subía a la Escalera del Niño y dejaba que me arrastrase hacia arriba hasta unos treinta metros para demostrarle que realmente se podía «volar» con ellas. Luego me las quité con mi más profundo agradecimiento, busqué un juego más grande para ella, y me volví a poner mis hermosas alas de gaviota. Había hecho largarse a Jeff (dos instructores es demasiado), pero cuando vio que ella llevaba ya las alas bajó y aterrizó junto a nosotros.

Miré hacia arriba.

- Tú otra vez.

- Hola, Ariel. Hola, Blip. Escucha, le has ajustado las sujeciones de los hombros demasiado apretadas.

- Hey - dije -. Los entrenadores de uno en uno, ¿recuerdas? Si deseas ayudar, quítate esas plumas tan espectaculares y ponte unas alas de planeo... así podré utilizarte para mostrarle lo que no hay que hacer. De otro modo sube a cincuenta metros y quédate allí; no necesitamos ningún piloto de sobremesa.

Jeff puso cara de mocosito malcriado, pero Ariel se puso de mi lado.

- Haz lo que dice la profesora, Jeff. Sé buen chico.

Él no quería ponerse las alas de planeo, pero tampoco quería quedarse lejos. Dio vueltas a nuestro alrededor, observando, hasta que fue echado a gritos por el jefe de vuelo por molestar en el área de turistas.

Admito que Ariel era una buena alumna. Ni siquiera se enfadó cuando le sugerí que estaba un poco demasiado maciza en la zona de las caderas como para mantener un buen equilibrio; simplemente dijo que ya se había dado cuenta de que yo tenía el trasero más estilizado de aquellos contornos y que me envidiaba por ello. Así que dejé de tomarle el pelo, y descubrí que casi me caía bien si me preocupaba tan sólo en enseñarle. Se esforzaba y aprendía con rapidez... tenía buenos reflejos y (pese a mi broma de mal gusto) un buen sentido del equilibrio. Se lo hice notar, y admitió como sin darle importancia que había estudiado ballet.

Hacia media tarde dijo:

- ¿Sería posible probar con unas auténticas alas?

- ¿En? Bueno, Ariel, no te lo aconsejo.

- ¿Por qué no?

Me había cogido. Ya había hecho todo lo que se podía hacer con aquellas horribles alas de planeo. Si deseaba aprender algo más, debería ser con auténticas alas.

- Ariel, es peligroso. No es lo mismo que has estado haciendo hasta ahora, créeme. Puedes hacerte daño, incluso matarte.

- ¿Te harían responsable?

- No. Firmaste una nota de descargo cuando entraste aquí.

- Entonces me gustaría probarlo.

Me mordí el labio. Si se hubiera dado un tortazo sin mi ayuda ni siquiera hubiera derramado una lágrima... pero dejarle hacer algo demasiado peligroso mientras era mi pupila... bueno, no me hacía ninguna gracia.

- Ariel, no puedo impedírtelo... pero creo que debería devolver mis alas a mi armario y olvidarme de todo este asunto.

Fue su turno de morderse el labio.

- Si piensas así, no puedo pedirte que me enseñes. Pero sigo deseándolo. Quizá Jeff pueda ayudarme.

- ¡Probablemente lo hará - restallé -, si es tan inmensamente tonto como creo que es!

Su expresión amistosa se borró, pero no dijo nada porque Jeff acababa de posarse detrás de nosotras.

- ¿Qué estáis discutiendo?

Ambas intentamos decírselo, y lo confundimos de tal modo que se quedó con la idea de que yo lo había sugerido todo, y empezó a chillarme. ¿Me había vuelto loca? ¿Estaba intentando que Ariel se hiciera daño? ¿Acaso no tenía el menor sentido?

- ¡Cállate! - le chillé, y luego añadí tranquila pero firmemente -: Jefferson Hardesty, deseabas que enseñara a tu amiguita, así que acepté. Pero no sigas entrometiéndote, y no pienses que vas a poder seguir hablándome de este modo. ¡Ahora lárgate! ¡Extiende tus alas! ¡Vuela!

Se hinchó, y dijo lentamente:

- Lo prohíbo absolutamente.

Hubo un largo silencio. Luego Ariel dijo suavemente:

- Vamos, Holly. Búscame unas alas.

- De acuerdo, Ariel.

Pero no alquilan auténticas alas. Cada volador tiene las suyas propias; es preciso. Sin embargo, se pueden comprar algunas de segunda mano debido a que los chicos crecen, o la gente se compra otras hechas a la medida o algo así. Encontré al señor Schultz, que es quien tiene la llave, y le dije que Ariel estaba pensando en comprarse unas, pero que yo no iba a dejarle hacerlo sin que las probara primero. Tras revolver más de cuarenta pares encontré unas que había dejado Johnny Queveras porque se le habían quedado pequeñas y que sabía iban bien. Pese a todo las inspeccioné cuidadosamente. Yo apenas conseguía alcanzar los controles de los dedos, pero eran la medida de Ariel.

Mientras la estaba ayudando con las superficies de cola dije:

- ¿Ariel? Sigue siendo una mala idea.

- Lo sé. Pero no podemos dejar que los hombres piensen que son nuestros dueños.

- Supongo que no.

- Lo son, por supuesto. Pero no debemos dejar que se enteren. - Estaba probando los controles de cola -. ¿Se abren con los dedos pulgares de los pies?

- Sí. Pero no lo hagas. Simplemente mantén los pies juntos y los dedos unidos. Mira, Ariel, realmente no estás preparada. Todo lo que vas a hacer hoy es planear, como hemos estado haciendo hasta ahora. ¿Prometido?

Me miró directamente a los ojos.

- Haré exactamente lo que tú digas... ni siquiera emprenderé el vuelo hasta que tú me digas adelante.

- De acuerdo. ¿Lista?

- Lista.

- Pues empecemos. ¡Hey, espera! He metido la pata. No son naranja.

- ¿Y eso qué importa?

- Claro que importa. - Siguió una acalorada discusión porque el señor Schultz no deseaba pintar las alas de naranja para una simple prueba. Ariel lo arregló simplemente comprándolas, y luego tuvimos que esperar un poco mientras se secaba la pintura del spray.

Regresamos a la ladera de los turistas y la dejé que planeara, advirtiéndole que mantuviera ambas álulas abiertas con los pulgares para conseguir una mayor ascensión a poca velocidad, con poca maniobra de los dedos. Ella lo hizo muy bien, y aterrizó mal tan sólo una vez. Jeff rondaba los alrededores, trazando ochos en el aire sobre nosotras, pero lo ignoramos. Pronto le enseñé a girar con una suave y amplia inclinación... puedes hacerlo también con esas horribles alas de planeo, pero se necesita mucha habilidad; sólo están pensadas para un planeo en línea recta.

Finalmente aterricé junto a ella y dije:

- ¿Has tenido bastante?

- ¡Nunca tendré bastante! Pero me quitaré las alas si tú lo dices.

- ¿Cansada?

- No. - Miró por encima de su ala a la Escalera del Niño; una docena de voladores estaban subiendo, las alas inmóviles, remontando cansinamente -. Me gustaría hacer esto una sola vez. Tiene que ser divino.

- Realmente, cuanto más alta, más segura estás.

- Entonces, ¿por qué no?

- Hummm... más segura a condición de que sepas lo que estás haciendo. Tregar por esa corriente es lo mismo que planear tal como has estado haciendo. Te mantienes quieta y dejas que te suba hasta los ochocientos metros. Luego descendes del mismo modo, dando círculos junto a la pared en un planeo suave. Pero vas a sentirte tentada a hacer algo que aún no comprendes... aletear, o dar alguna cabriola.

Agitó su cabeza solemnemente.

- No haré nada que no me hayas enseñado.

Yo seguía estando preocupada.

- Mira, sólo son ochocientos metros hacia arriba, pero cubres unos ocho kilómetros subiendo, y aún más al bajar. Media hora como mínimo. ¿Lo aguantarán tus brazos?

- Estoy segura de que sí.

- Bien... puedes empezar a bajar en cualquier momento; no tienes por qué recorrer todo el camino. Flexiona un poco los brazos de vez en cuando, para que no se te agarroten. Lo único que debes tener en cuenta es no aletear.

- No lo haré.

- De acuerdo. - Abrí mis alas -. Sígueme.

La guié hacia la corriente ascendente, me incliné con suavidad hacia la derecha, luego hacia la izquierda para iniciar la subida en dirección contraria a las agujas del reloj, todo ello mientras frenaba lentamente para que ella pudiera seguirme. Cuando ya estábamos girando, le grité:

- ¡Sigue tal como vas! - e hice un viraje cerrado, subiendo y situándome a unos diez metros por encima y por detrás de ella -. ¿Ariel?

- ¿Sí, Holly?

- Estaré encima de ti. No vuelvas la cabeza; no tienes que observarme a mí. Yo tengo que observarte a ti. Lo estás haciendo muy bien.

- ¡Me siento muy bien!

- Muévete un poco. No te enlaves. Hay un largo camino hasta el techo. Puedes virar un poco si lo deseas.

- ¡A sus órdenes, capitán!

- ¿No estás cansada?

- ¡Cielos, no! ¡Muchacha, esto es vida! - Se echó a reír -. ¡Y mamá dijo que yo nunca llegaría a ser un ángel!

No contesté debido a que unas alas rojas y plata cargaron contra mí, frenaron súbitamente y empezaron a volar en círculos entre Ariel y yo. El rostro de Jeff estaba casi tan rojo como sus alas.

- ¿Qué infiernos pensáis que estáis haciendo?

- ¡Alas naranja! - grité -. ¡Deja paso!

- ¡Bajad inmediatamente de aquí! ¡Las dos!

- Sal de entre mi pupila y yo. Conoces las reglas.

- ¡Ariel! - gritó Jeff -. Sal del círculo y planea hacia abajo. Yo estaré contigo.

- Jeff Hardesty - dije furiosamente -, te doy tres segundos para salir de entre nosotras... luego te denunciaré por violación de la Regla Uno. Por tercera vez... ¡Alas Naranja!

Jeff gruñó algo, inclinó su ala derecha y se dejó caer fuera de la formación. El muy idiota se deslizó a menos de metro y medio de la punta del ala de Ariel. Hubiera debido denunciarle por ello; todo el espacio que puedes dejarle a un principiante nunca es demasiado.

Dije:

- ¿Todo bien, Ariel?

- Todo bien, Holly. Lamento que Jeff esté enfadado.

- Ya se le pasará. Dime cuando te sientas cansada.

- No lo estoy. Quiero ir hasta arriba del todo. ¿A qué altura estamos?

- A unos ciento veinte metros quizá.

Jeff voló detrás de nosotras durante un rato, luego trepó y voló por encima de nosotras... probablemente por la misma razón que lo hice yo: para ver mejor. Era preferible que los dos estuviéramos vigilándola, siempre que él no interfiriera; empezaba a darme cuenta de que Ariel quizá no pensara en que el camino de bajada iba a ser tan largo y agotador como el de subida. Estaba esperando que en cualquier momento dijera ya basta. Sabía que yo podía planear hasta quedar muerta de agotamiento, pero un principiante suele ponerse muy nervioso.

Jeff estuvo generalmente encima de nosotros, yendo de un lado para otro - es demasiado activo como para planear mucho rato seguido -, mientras Ariel y yo seguíamos subiendo, planeando lentamente hacia el techo. Finalmente se me ocurrió, cuando estábamos aproximadamente a mitad del camino, que también podía ser yo quien dijera basta; no tenía que esperar a que Ariel se agotase. Así que le grité:

- ¿Ariel? ¿Estás cansada?

- No.

- Bueno, pues yo sí. ¿Bajamos, por favor?

No discutió, simplemente dijo:

- De acuerdo. ¿Qué es lo que he de hacer?

- Inclínate hacia la derecha y sal del círculo. - Pretendía hacer que se desplazara unos cien a ciento cincuenta metros para meterla en la corriente descendente, para que pudiera seguir planeando dando vueltas a la cueva hacia abajo en lugar de hacia arriba. Miré hacia las alturas, buscando a Jeff. Finalmente lo descubrí a una cierta distancia, mucho más alto, pero viniendo hacia nosotras. Le grité:

- ¡Jeff! ¡Nos veremos en el suelo! - Probablemente no me oyó, pero sí me vio; miré hacia abajo en busca de Ariel.

Finalmente la descubrí, treinta metros más abajo... agitando sus alas y cayendo, fuera de control.

No sabía lo que había ocurrido. Quizá se inclinó demasiado, dio una voltereta y empezó a debatirse. Pero no intenté imaginármelo; simplemente estaba demasiado aterrada. Parecí colgar allí, helada, durante más de una hora, mientras la veía caer.

Pero al parecer lo que hice fue gritar muy fuerte: «¡Jeff!», y lanzarme tras ella en picado.

Aunque no parecía estar cayendo, no podía alcanzarla. Junté completamente mis alas... pero no conseguía caer; ella seguía siempre a la misma distancia.

Por supuesto, siempre empiezas a caer lentamente; nuestra poca gravedad es lo único que hace posible el vuelo humano. Incluso una piedra cae a tan sólo unos noventa centímetros en el primer segundo. Pero este primer segundo parecía interminable.

Luego supe que estaba cayendo. Podía notar el silbido del aire... pero seguía sin parecer acercarme a ella. Sus esfuerzos debían haberla frenado algo, mientras que yo me encontraba en una caída libre intencionada, con las alas extendidas verticalmente por encima de mi cabeza, cayendo tan rápidamente como me era posible. Tenía la alocada idea de que si conseguía ponerme a su altura, podría gritarle algo que pusiera un poco de buen sentido a su cabeza, que la obligara a salir de su caída y conducirla a un planeo. Pero no podía alcanzarla.

Aquella pesadilla se arrastró durante horas.

En realidad, no teníamos espacio para caer durante más de unos veinte segundos; éste es todo el tiempo que necesitas para recorrer cayendo trescientos metros. Pero veinte segundos puede ser un tiempo terriblemente largo... lo suficientemente largo como para lamentar todas las tonterías que has hecho o dicho en tu vida, lo suficientemente largo como para rezar por las dos... y para decirle adiós a Jeff con todo mi corazón. Lo suficientemente largo como para ver el suelo subir hacia nosotras y saber que las dos íbamos a estrellarnos contra él si no conseguía alcanzarla rápidamente.

Miré hacia arriba, y Jeff estaba picando directamente sobre nosotras, pero aún demasiado lejos. Bajé de nuevo la vista... y estaba alcanzándola... estaba pasándola... ¡estaba bajo ella!

Entonces frené con todas mis fuerzas, casi arrancándome las alas en el intento. Tomé aire, lo mantuve, y empecé a aletear sin preocuparme de nivelar mi vuelo. Batí las alas una vez, dos, tres... y choqué contra ella desde abajo, con todas mi fuerzas.

Luego el suelo nos golpeó.

Me sentía débil y soñadoramente contenta. Estaba tendida de espaldas en una habitación en penumbra. Creo que madre estaba conmigo, y sé que papá estaba. Me picaba la nariz e intenté rascármela, pero mis brazos no me obedecían. Me dormí de nuevo.

Me desperté hambrienta y completamente despejada. Estaba en una cama de hospital, y mis brazos seguían sin obedecerme. Lo cual no resultaba sorprendente, pues ambos estaban escayolados. Una enfermera llegó con una bandeja.

- ¿Hambrienta? - preguntó.

- Muerta de hambre - admití.

- Arreglaremos eso. - Empezó a darme de comer, como si fuera un bebé.

Evité la tercera cucharada y pregunté:

- ¿Qué le ocurrió a mis brazos?

- Silencio - dijo, y me amordazó con una cucharada.

Pero luego llegó un médico muy agradable y respondió a mi pregunta.

- No mucho. Tres fracturas simples. A tu edad se curarán en un periquete. Pero nos gusta tu compañía, así que te vamos a hacer quedar aquí durante un tiempo para observar cualquier posible herida interna.

- No tengo heridas internas - dije -. Al menos, no me duelen.

- Ya te he dicho que tan sólo era una excusa.

- Esto, doctor...

- ¿Sí?

- ¿Podré volar de nuevo? - Aguardé, asustada.

- Por supuesto. He visto a hombres mucho más maltratados que tú levantarse y aguantar tres asaltos más.

- Oh. Bueno, gracias. Doctor... ¿Qué le ocurrió a la otra chica? ¿Está...?

- ¿Brentwood? Está aquí.

- Exactamente aquí - confirmó Ariel desde la puerta -. ¿Puedo entrar?

Se me cayó la mandíbula. Luego dije:

- Claro que sí. Desde luego, entra.

- No esté mucho tiempo - dijo el doctor, y se fue.

Yo dije:

- Bueno, siéntate.

- Gracias. - Daba saltitos en vez de caminar, y vi que llevaba un pie vendado. Se sentó a los pies de la cama.

- Te hiciste daño en un pie.

Se alzó de hombros.

- No es nada. Un esguince y una rotura de ligamento. Dos costillas astilladas. Pero podría estar muerta. ¿Sabes por qué no lo estoy?

No respondí. Tocó uno de mis enyesados brazos.

- Por esto. Cortaste mi caída, y aterricé encima de ti. Me salvaste la vida, y yo te rompí los dos brazos.

- No tienes que darme las gracias por ello. Lo hubiera hecho por cualquiera.

- Te creo, y no te estaba dando las gracias. Una no puede darle las gracias a nadie por haberle salvado la vida. Sólo quería asegurarme de que tú sabías que yo lo sabía.

No tenía ninguna respuesta a eso, así que dije:

- ¿Dónde está Jeff? ¿Se encuentra bien?

- Vendrá pronto. Jeff no se hizo daño... aunque me sorprende que no se rompiera los dos tobillos. Se dejó caer al lado nuestro con tal fuerza que debería habérselos roto. Pero Holly... Holly querida... he venido antes para que tú y yo podamos hablar un poco acerca de él antes de que llegue.

Cambié rápidamente de tema. Lo que me hubieran dado me hacía sentir soñadora y bien, pero no lo suficiente como para no sentirme algo azarada.

- ¿Qué ocurrió, Ariel? Lo estabas haciendo muy bien... y de repente te metiste en problemas.

Parecía avergonzada.

- Fue culpa mía. Dijiste que íbamos a bajar, así que miré hacia abajo. Quiero decir que miré realmente. Hasta entonces todos mis pensamientos habían estado centrados en subir hasta el techo; ni siquiera había pensado en lo lejos que estaba el suelo. Luego miré hacia abajo... y me mareé, y me asaltó el pánico, y me desmoroné. - Se alzó de hombros - . Tenías razón. No estaba preparada.

Pensé en ello, y asentí con la cabeza.

- Entiendo. Pero no te preocupes... cuando mis brazos estén bien te llevaré de nuevo allá arriba.

Tocó mi pie.

- Eres estupenda, Holly. Pero no voy a volar de nuevo; regresaré a donde pertenezco.

- ¿A la Tierra?

- Sí. Tomaré la Billy Mitchell el miércoles.

- Oh. Lo siento.

Frunció ligeramente el ceño.

- ¿Realmente? Holly, no te caigo bien, ¿verdad?

Me quedé anonadada. ¿Qué podía decir? ¿Especialmente cuando era cierto?

- Bueno - dije lentamente -, no me caes mal. Sólo que no te conozco lo suficiente.

Asintió.

- Y yo tampoco te conozco lo suficiente... aunque pienso que voy a conocerte mucho mejor dentro de unos pocos segundos.

Pero Holly... escúchame, por favor, y no te enfades. Es acerca de Jeff. No te ha tratado muy bien estos últimos días... desde que yo estoy aquí, quiero decir. Pero no te enfades con él. Yo me voy, y todo volverá a ser como antes.

Aquello puso las cartas sobre la mesa y no pude seguir ignorándolas, porque si lo hacía ello supondría todo tipo de cosas que no eran ciertas. Así que tuve que explicarle... acerca de mí convirtiéndome en una mujer de carrera... de cómo, si había parecido preocupada, era simplemente por la posibilidad de que la firma Jones & Hardesty se fuera al garete antes incluso de haber terminado su primera nave estelar... de que no estaba enamorada de Jeff, sino simplemente lo apreciaba como amigo y socio... pero si Jones & Hardesty no podía continuar, entonces lo haría Jones Si Compañía.

- Así que, Ariel, como puedes ver, no es necesario que dejes a Jeff. Si crees que me debes algo por lo que ha sucedido, simplemente olvídalos. No es necesario.

Parpadeó, y vi con asombro que estaba conteniendo las lágrimas.

- Holly, Holly... no comprendes en absoluto.

- Lo entiendo perfectamente. No soy una niña.

- No, eres toda una mujer... pero aún no te has dado cuenta. - Alzó un dedo -. Uno... Jeff no está enamorado de mí.

- No me lo creo.

- Dos... yo no estoy enamorada de él.

- Tampoco me lo creo.

- Tres... tú dices que no estás enamorada de él... pero ya hablaremos de eso en su momento. Holly, ¿soy bonita?

Cambiar de tema es un rasgo muy femenino, pero yo nunca aprenderé a hacerlo con tanta rapidez.

- ¿En?

- He dicho: ¿soy bonita?

- ¡Sabes malditamente bien que lo eres!

- Sí. También puedo cantar un poco y bailar, pero no podría hacer gran cosa si no fuera así, porque apenas soy una actriz de tercera fila. Así que tengo que ser bonita. ¿Cuál crees que es mi edad?

Conseguí no desorbitar los ojos.

- ¿Eh? Más de la que Jeff piensa que tienes. Veintiuno como mínimo. Quizá veintidós.

Suspiró.

- Holly, soy lo suficientemente mayor como para ser tu madre.

- ¿Eh? Tampoco me creo eso.

- Me halaga que no se me note. Pero así es, y aunque Jeff es un encanto, nunca hubo ninguna posibilidad de que yo me enamorara de él. Pero lo que yo sienta por él no importa; lo importante es que él está enamorado de ti

- ¿Qué? ¡Esa es la cosa más tonta que has dicho hasta ahora! Oh, sé que le gusto... o le gustaba. Pero eso es todo. - Tragué saliva -. Y con eso tengo bastante. Bueno, sólo tendrías que oír la forma en que me habla.

- La he oído. Pero los chicos a esa edad no saben decir lo que piensan; se sienten azarados.

- Pero...

- Espera, Holly. Vi algo que tú no pudiste ver porque habías perdido el conocimiento. Cuando las dos caímos, ¿sabes lo que ocurrió?

- Esto, no.

- Jeff llegó como un ángel vengador, apenas un segundo después que nosotras. Estaba arrancándose las alas apenas tocar el suelo, liberando sus brazos. Ni siquiera me

echó una mirada. Simplemente pasó por encima de mí, te recogió, y te acunó entre sus brazos, mientras las lágrimas caían a chorros de sus ojos.

- ¿Lo hizo?

- Lo hizo.

Pensé en aquello. Quizás aquel gran estúpido sintiera algo de afecto hacia mí, después de todo.

- Así que ya lo ves, Holly - insistió Ariel -; aunque no le quieras, deberás ser muy gentil con él, porque él te ama y podrías hacerle un daño terrible.

Intenté pensar. El amor seguía siendo algo que una mujer de carrera debería evitar, pero si Jeff pensaba realmente así, bueno... ¿comprometería mis ideales casándome con él sólo para hacerle feliz? ¿Para mantener unida la firma? ¿Sólo para eso?

Pero si lo hacía, ya no sería la Jones & Hardesty; sería la Hardesty & Hardesty.

Ariel seguía hablando:

-...incluso podrías acabar enamorándote de él. Es algo que suele ocurrir, cariño, y si así fuera, lamentarías el haberle apartado de ti. Alguna otra chica podría atraparlo; y él es un gran chico.

- Pero... - me callé, pues acababa de oír los pasos de Jeff: son inconfundibles. Se detuvo en la puerta y nos miró a las dos, con el ceño fruncido.

- Hola, Ariel.

- Hola, Jeff.

- Hola, Fracción. - Me miró detenidamente -. Hey, estás hecha una birra.

- Tú no estás mucho mejor. He oído decir que tienes pies planos.

- Para siempre. ¿Cómo te las arreglas para limpiarte los dientes con estas cosas en los brazos?

- No me los limpio.

Ariel se levantó de la cama, quedándose en equilibrio sobre una pierna.

- Tengo que irme. Nos veremos luego, chicos.

- Hasta luego, Ariel.

- Adiós, Ariel. Esto... gracias.

Jeff cerró la puerta después de que ella se hubo marchado, volvió junto a la cama y dijo hoscamente:

- Estáte quieta.

Luego me rodeó con sus brazos y me besó.

Bueno, no podía impedirselo, ¿no? ¿Con los dos brazos rotos? Además, aquello estaba en consonancia con la nueva política para la firma. Me quedé sin habla porque Jeff nunca me había besado, excepto en los cumpleaños, pero eso no cuenta. Pero intenté devolverle el beso y demostrarle que se lo agradecía. No sé qué maldita cosa me habrían estado dando, pero empezaron a tintinear los oídos y me sentí flotando de nuevo.

Luego él se inclinó sobre mí.

- Renacuajo - me dijo apesadumbrado -, me has hecho sufrir mucho.

- Pues tú no eres ningún saldo, pies planos - respondí con dignidad.

- Supongo que no. - Me miró tristemente -. ¿Por qué estás llorando?

No sabía que lo estuviera haciendo. Entonces recordé el porqué.

- Oh, Jeff... ¡he destrozado mis hermosas alas!

- Conseguiremos otras. Esto, prepárate. Voy a repetirlo.

- De acuerdo. - Lo hizo.

Supongo que Hardesty & Hardesty queda más rítmico que Jones & Hardesty.

Realmente, suena mejor.

«SI ESTO CONTINUA...»

Hacía frío en la muralla. Me puse a dar palmadas con mis entumecidas manos, luego me detuve rápidamente por miedo a molestar al Profeta. Mi puesto aquella noche estaba precisamente fuera de sus aposentos personales... un puesto que había obtenido por ser el más cuidadoso y pulcro y listo a la hora de montar guardia... pero ahora no deseaba llamar la atención sobre mí.

Por aquel entonces yo era joven y no muy brillante... un recién enviado de West Point y un centinela de los Ángeles del Señor, la guardia personal del Profeta Encarnado. Cuando nací, mi madre me consagró a la Iglesia, y a los dieciocho años mi tío Absalón, un antiguo censor laico, consiguió del Consejo de Ancianos un puesto para mí en la Academia Militar.

West Point me gustó. Oh, claro que me unía a las habituales quejas de mis compañeros de clase, las habituales lamentaciones comunes a la vida militar, pero a decir verdad me gustaba la rutina monástica: levantarse a las cinco, dos horas de plegarias y meditación, luego clases y conferencias sobre los interminables temas de la educación militar, estrategia y táctica, teología, psicología de masas, milagros básicos. Por la tarde practicábamos con armas de torbellino y desintegradoras, nos entrenábamos con los tanques, y endurecíamos nuestros cuerpos con el ejercicio.

No conseguí una graduación muy alta, y realmente no esperaba ser asignado a los Ángeles del Señor, aunque hice lo posible por conseguirlo. Pero siempre obtuve las calificaciones más altas en piedad, y fui lo suficientemente bueno en la mayoría de los temas prácticos; fui elegido. Eso casi me hizo pecar de orgullo... el más sagrado regimiento de las huestes del Profeta, en donde hasta los soldados rasos eran oficiales designados y cuyo coronel en jefe era la Espada Triunfante del Profeta, mariscal de todos los ejércitos. El día en que fui investido con el brillante escudo y la lanza de los Ángeles hice votos de estudiar para el sacerdocio tan pronto como la promoción a capitán me hiciera elegible.

Pero esta noche, varios meses más tarde, aunque mi escudo todavía brillaba, había una mácula en mi corazón. De algún modo, la vida en Nueva Jerusalén no era como yo la había imaginado mientras estaba en West Point. El Palacio y el Templo estaban devorados por la intriga y la política; sacerdotes y diáconos, ministros de Estado, y los funcionarios de Palacio, parecían enzarzados en una contienda por el poder y los favores recibidos de mano del Profeta. Incluso los oficiales de mi propio cuerpo parecían corrompidos por ello. Nuestro orgulloso lema, «Non sibi, sed Deo», tenía ahora un sabor pervertido en mi boca.

No es que yo estuviera libre de pecado. Aunque no me había unido a las luchas por las preferencias mundanas, había hecho algo que sabía en el fondo de mi corazón que era aún peor: había mirado con deseo a una mujer consagrada.

Por favor, compréndanme mejor de lo que yo mismo me comprendía. Era un hombre adulto en cuerpo, y un niño en experiencia. Mi propia madre era la única mujer a la que había conocido bien. Cuando era un niño en el seminario infantil, antes de ir a West Point, casi tenía miedo de las chicas; mis intereses estaban divididos entre mis estudios, mi madre, y las tropas de Querubines de mi parroquia, en las cuales era jefe de una patrulla y un asiduo ganador de condecoraciones al mérito en cualquier cosa, desde orientación en los bosques hasta memorización de las Escrituras. Si hubiera habido una condecoración al mérito con respecto a las chicas... pero naturalmente no la había.

En la Academia Militar simplemente no vi mujeres, de modo que no tuve mucho que confesar en cuanto a malos pensamientos. Mis apetencias carnales estaban más bien aletargadas, y mis ocasionales sueños intranquilizadores los contemplaba como

tentaciones enviadas por el Viejo Diablo. Pero Nueva Jerusalén no es West Point, y a los Ángeles no se les ha prohibido casarse ni tener una legítima y juiciosa relación con las mujeres. De acuerdo, la mayoría de mis compañeros ni siquiera soñaban en pedir permiso para casarse, porque ello podía significar el ser transferidos a un regimiento regular, y muchos de ellos albergaban ambiciones de alcanzar el sacerdocio militar... pero no estaba prohibido.

Tampoco les estaba prohibido casarse a las diaconisas que cuidaban del Templo y del Palacio. Pero la mayoría de ellas eran viejas criaturas desaliñadas que me recordaban a mis tías, y difícilmente tema de pensamientos románticos. Acostumbraba charlar ocasionalmente con ellas por los corredores, y no veía ningún mal en ello. Como tampoco me sentía especialmente atraído por ninguna de las hermanas más jóvenes... hasta que conocí a la hermana Judith.

Me había tocado estar de guardia en aquel mismo puesto hacía más de un mes. Era la primera vez que estaba de guardia en el exterior de los aposentos del Profeta y, aunque estaba nervioso cuando tomé mi primer puesto, en aquel momento estaba alerta tan sólo a la posibilidad de que pasara el celador haciendo su ronda.

Aquella noche había brillado brevemente una luz a lo lejos en el corredor interior frente a mi puesto, y oí el ruido de gente moviéndose; miré a mi crono de muñeca: sí, serían las Vírgenes acudiendo a atender al Profeta... no era asunto mío. Cada noche a las diez en punto cambiaba su guardia - su «guardia femenina», la llamaba yo -, aunque nunca había visto la ceremonia ni me interesaba. Todo lo que sabía al respecto era que las que acudían a cumplir sus deberes durante las siguientes veinticuatro horas luchaban encarnizadamente entre sí por obtener el privilegio de atender personalmente a la sagrada presencia del Profeta Encarnado.

Escuché brevemente, y dejé de prestar atención. Quizás un cuarto de hora más tarde una delgada figura envuelta en una capa negra se deslizó por mi lado hacia el parapeto, donde se detuvo para mirar las estrellas. Aferré inmediatamente mi desintegradora, luego la devolví a su funda cuando vi que se trataba de una diaconisa.

Había supuesto que se trataba de una diaconisa laica; juro que no se me ocurrió que pudiera tratarse de una diaconisa consagrada. No había ninguna regla en mi libro de órdenes diciendo que debía prohibirles salir afuera, pero nunca había oído de ninguna que lo hiciera.

No creo que me hubiera visto antes de que yo me dirigiera a ella.

- La paz sea contigo, hermana.

Se sobresaltó y ahogó un grito, luego recuperó su dignidad para responder:

- Y contigo, hermano menor.

Fue entonces cuando vi en su frente el Sello de Salomón, la marca de la familia personal del Profeta.

- Perdón, Hermana Mayor. No lo había visto.

- No estoy enojada. - Parecía como si me invitara a conversar.

Sabía que no era correcto que nosotros conversáramos privadamente con ellas; su cuerpo mortal estaba dedicado al Profeta al igual que su alma inmortal lo estaba al Señor, pero yo era joven y me sentía solitario... y ella era joven y muy hermosa.

- ¿Sirves esta noche al Sagrado, Hermana Mayor?

Ella agitó negativamente la cabeza.

- No, el honor no me ha correspondido. La elección ha recaído en otras.

- Debe ser un gran y maravilloso privilegio servirle directamente.

- Sin duda, aunque no lo puedo decir por conocimiento propio. La elección aún no me ha favorecido. - Y añadió impulsivamente -: Estoy un poco nerviosa al respecto. Sabes, no llevo aquí mucho tiempo.

Aun sabiendo que su rango era superior al mío, su exhibición de debilidad femenina me emocionó.

- Estoy seguro de que te desenvolverás cumplidamente.

- Gracias.

Seguimos charlando. Me dijo que llevaba en Nueva Jerusalén menos tiempo aún que yo. Había sido educada en una granja en la parte alta del estado de Nueva York, y allí había sido consagrada al Profeta en el Seminario de Albany. Yo le dije a cambio que había nacido en el medio oeste, a menos de ochenta kilómetros del Manantial de la Verdad, donde se había encarnado el Primer Profeta. Luego le dije que mi nombre era John Lyle, y ella me respondió que el suyo era Hermana Judith.

Yo había olvidado casi por completo las agobiantes rondas del celador, y estaba dispuesto a seguir charlando toda la noche, cuando mi crono hizo sonar el cuarto de hora.

- ¡Oh, querido! - exclamó la Hermana Judith -. Tendría que haber vuelto ya a mi celda. - Echó a correr apresuradamente, luego se detuvo un instante -. ¿No me delatarás a nadie... John Lyle?

- ¿Yo? ¡Oh, nunca!

Seguí pensando en ella todo el resto de la guardia. Cuando pasaba el celador en sus rondas yo era una sombra poco alerta.

Una pequeñez que podía conducirme hasta cometer una tontería, ¿no? Pero un solo trago puede resultar una gran cantidad para un abstemio; no era capaz de apartar a la Hermana Judith de mi mente. Durante el siguiente mes la vi media docena de veces. Una vez me crucé con ella en una escalera mecánica; ella iba para abajo y yo para arriba. Ni siquiera hablamos, pero me reconoció y me sonrió. Aquella noche, en mis sueños, no dejé de recorrer una y otra vez aquella escalera, pero ni una sola vez conseguí detenerme y hablar con ella. Los demás encuentros fueron igual de triviales. En otra ocasión oí su voz llamarme suavemente: «Hola, John Lyle», y cuando me giré fue sólo para ver una figura encapuchada que se cruzaba conmigo al atravesar una puerta. En otra ocasión la vi echándoles comida a los cisnes del estanque; no me atreví a acercarme a ella, pero creo que me vio.

El Temple Herald publicaba la lista de los servicios, tanto los míos como los de ella. Yo tenía una guardia de cada cinco; las Vírgenes debían cumplir con sus deberes una vez a la semana. Así que tuvo que pasar todo un mes antes de que nuestras guardias coincidieran de nuevo. Vi su nombre... y me hice la promesa de que aquella noche ganaría la guardia de honor y me correspondería de nuevo el puesto frente a los aposentos del Profeta. No tenía ninguna razón para pensar que Judith saliera a verme al parapeto... pero en el fondo de mi corazón estaba seguro de que lo haría. Nunca en West Point me había presentado tan pulcro y acicalado; hubiera podido utilizar mi escudo como espejo para afeitarme.

Pero eran ya casi las diez y media y no había ninguna señal de Judith, aunque había oído a las Vírgenes concentrarse en el corredor cuando eran cerca de las diez. Todo lo que había conseguido con mis esfuerzos había sido el triste privilegio de montar guardia en el puesto más frío del Palacio.

Probablemente, pensé malhumorado, ella debía salir siempre a flirtear con el guardia cada vez que tenía oportunidad. Recordé amargamente que todas las mujeres son vehículo de iniquidad, y así había sido siempre desde la Caída del Hombre. ¿Quién era yo para pensar que había sido elegido para una amistad especial? Probablemente ella había considerado que la noche era demasiado fría como para molestarse.

Oí unos pasos, y mi corazón latió alegremente. Pero se trataba tan sólo del celador que hacía su ronda. Extraje mi pistola y la apresté mientras le daba el alto; su voz llegó hasta mí:

- Centinela, ¿cómo esta la noche?

- Paz en la Tierra - respondí mecánicamente; y añadí -: Hace frío, Hermano Mayor.

- El otoño está en el aire - admitió -. Hace frío incluso en el Templo. - Pasó por mi lado, con su pistola y su bandolera de bombas paralizantes golpeando contra su armadura a

cada paso. Era un viejo tranquilo y amigable que habitualmente se detenía para charlar unas pocas palabras amistosas; pero esta noche probablemente estaba deseando regresar lo antes posible al calor del cuarto de guardia. Volví a mis agrios pensamientos.

- Buenas noches, John Lyle.

Casi me salí de mis botas por el sobresalto. De pie en la oscuridad, justo al lado de la arcada, se hallaba la Hermana Judith. Conseguí balbucear:

- Buenas noches, Hermana Judith - y ella avanzó hacia mí.

- Chist - recomendó -. Alguien podría oírnos. John... John Lyle... finalmente ha sucedido. ¡He sido elegida!

- ¿Huh? - dije, y luego añadí torpemente -: Mis felicitaciones, Hermana Mayor. Quiera Dios que su rostro resplandezca en tu sagrado servicio.

- Sí, sí, gracias - añadió rápidamente -. Pero John... he robado unos pocos minutos para charlar contigo. No puedo... debo ir al guardarropa para recibir el adoctrinamiento y rezar, y debo hacerlo ahora mismo. He de apresurarme.

- Sí, será mejor que te apresures - admití. Estaba decepcionado porque ella no pudiera quedarse, feliz por ella puesto que había sido honrada de tal modo, y exultante de que no me hubiera olvidado -. Dios sea contigo.

- Pero quería que supieras que he sido elegida. - Sus ojos brillaban con lo que parecía ser una alegría santa; sus siguientes palabras me sorprendieron -. Estoy asustada, John Lyle.

- ¿Eh? ¿Asustada? - Repentinamente recordé lo que yo mismo había sentido, cómo se me había quebrado la voz, la primera vez que entrené a un pelotón -. No debes estarlo. Saldrás bien de ello.

- ¡Oh, espero que sí! Reza por mí, John. - Y se alejó, perdiéndose en el oscuro corredor.

Recé por ella, e intenté imaginar dónde estaba, qué estaba haciendo. Pero puesto que sabía menos acerca de lo que ocurre en el interior de las habitaciones privadas del Profeta de lo que sabe una vaca sobre consejos de guerra, pronto desistí de ello y simplemente pensé en Judith. Más tarde, una hora o más, mis ensoñaciones fueron interrumpidas por un agudo grito dentro del Palacio, seguido por una conmoción, y rumor de pasos corriendo. Me precipité al corredor interior y vi a un grupo de mujeres reunidas en torno a la puerta principal de los aposentos del Profeta. Otras dos o tres mujeres estaban sacando a alguien por la puerta; se detuvieron al llegar al corredor y dejaron su carga en el suelo.

- ¿Qué ocurre? - pregunté, preparando mi arma.

Una Hermana ya vieja se detuvo frente a mí.

- No ocurre nada. Regresa a tu puesto, centinela.

- He oído un grito.

- No es asunto tuyo. Una de las Hermanas se ha desvanecido cuando el Santo requirió sus servicios.

- ¿Cuál de ellas era?

- Eres más bien preguntón, hermano menor. - Se alzó de hombros -. La Hermana Judith, si te importa.

No me paré a pensarlo.

- Dejadme ayudarla - dije, y di un paso adelante. Ella me cerró el paso.

- ¿Te has vuelto loco? Sus hermanas la devolverán a su celda. ¿Desde cuándo los Ángeles asisten a las Vírgenes nerviosas?

Hubiera podido apartarla fácilmente con un solo dedo, pero ella tenía razón. Retrocedí, y regresé de mala gana a ocupar mi puesto.

Durante los siguientes días no pude apartar a la Hermana Judith de mi pensamiento. Cuando estaba libre de servicio, merodeaba por todas las partes del Palacio que me estaba permitido visitar, esperando verla. Podía estar enferma, o podía haber sido

confinada en su celda por lo que seguramente había sido una infracción grave de la disciplina. Pero no llegué a verla ni una sola vez.

Mi compañero de cuarto, Zebadiah Jones, observó mi estado de ánimo e intentó animarme un poco. Zeb estaba tres clases por encima de mí, y yo había sido uno de sus estudiantes de primer año en West Point; ahora era mi mejor amigo y mi único confidente.

- Johnnie, hijo, te pareces a un muerto asistiendo a sus propios funerales. ¿Qué es lo que te corroe?

- ¿Eh? Nada en absoluto. Un poco de indigestión, quizá.

- ¿Sí? Anda, vamos a dar un paseo. El aire te hará bien.

Dejé que me condujera fuera. No dijo nada excepto banalidades hasta que estuvimos en la amplia terraza que rodea la torre sur y libres del peligro de los instrumentos de detección visuales y auditivos. Cuando estuvimos lo suficiente lejos de todo el mundo, dijo suavemente:

- Vamos. Suéltalo.

- Mira, Zeb, no puedo cargar a los demás con mis preocupaciones.

- ¿Por qué no? ¿Para qué sirven los amigos?

- Oh, te horrorizarás.

- Lo dudo. La última vez que me horroricé fue cuando descubrí a un tipo con cuatro ases falsos. Aquello devolvió mi fe en los milagros, y desde entonces me he sentido relativamente inmune. Vamos, podemos decir que esto es una comunicación privilegiada... con un consejero mayor y todas esas tonterías.

Dejé que me persuadiera. Ante mi sorpresa, Zeb no se horrorizó al descubrir que me había interesado en una diaconisa sagrada. Así que le conté toda la historia y le añadí mis dudas y preocupaciones, todos los recelos que habían ido creciendo en mí desde el día en que me había presentado para cumplir con mis deberes en Nueva Jerusalén.

Asintió sin darle importancia.

- Conociéndote, puedo ver cómo debe haberte afectado. Supongo que no habrás admitido nada de esto en confesión, ¿verdad?

- No - dije, azarado.

- Entonces no lo hagas. Guárdate para ti mismo tus secretos. El mayor Bagby es comprensivo, no se sentiría impresionado por lo que le dijeras... pero puede considerar necesario comunicarlo a sus superiores. No te gustaría tener que enfrentarte a la Inquisición, aunque fueras tan inocente como el alabastro. De hecho, especialmente puesto que eres inocente... y lo eres, como sabes; cualquiera tiene pensamientos impíos algunas veces. Pero el Inquisidor espera hallar pecado; si no lo encuentra, sigue hurgando.

Ante la sugerencia de que podía ser puesto bajo Investigación, mi estómago dio un vuelco. Intenté no aparentarlo, y Zeb prosiguió calmadamente:

- Johnnie, muchacho, admiro tu piedad y tu inocencia, pero no las envidio. A veces demasiada piedad es más impedimento que demasiado poca. Te sorprenderá la idea de que la política tiene tanta importancia como el canto de los salmos en el gobierno de un gran país. Ahora escúchame; sentí las mismas cosas cuando recién llegado aquí, pero no me sorprendí porque ya me lo esperaba.

- Pero... - me callé. Sus observaciones sonaban dolorosamente como herejías; cambié de tema -. Zeb, ¿qué supones que pudo suceder para que Judith se desmayara la noche en que servía al Profeta?

- ¿Eh? ¿Cómo podría yo saberlo? - Me miró, luego desvió la vista.

- Bueno, simplemente pensé que podrías saberlo. Generalmente estás enterado de todos los chismorreos relativos al Palacio.

- Bueno... Oh, olvídalo, muchacho. Realmente no tiene importancia.

- Entonces, ¿lo sabes?

- No he dicho que lo supiera. Quizá pudiera hacer averiguaciones, pero no te servirían de nada. Así que olvídale.

Dejé de andar, me detuve frente a él y le miré directamente al rostro.

- Zeb, deseo oír cualquier cosa que sepas al respecto... o que creas que sabes. Es importante para mí.

- ¡Vamos, tranquilízate! Temías horrorizarme; pero soy yo quien no quiere horrorizarte a ti.

- ¿Qué quieres decir? ¡Explícate!

- Tranquilo, he dicho. Recuerda que estamos paseando, ajenos a todo el mundo, hablando de nuestras colecciones de mariposas y preguntándonos si tendremos de nuevo estofado de carne para cenar esta noche.

Aún irritado, dejé que siguiéramos paseando un trecho. Luego dijo más calmadamente:

- John, obviamente no eres el tipo que se entera de las cosas simplemente pegando la oreja al suelo... y tampoco has estudiado nada acerca de los Misterios Internos, ¿verdad?

- Sabes que no. La clasificación oficial psico no me eligió para el curso. No comprendo por qué.

- Debí dejarte leer algunos cuando los empecé a desentrañar. No, eso era antes de que tú te graduaras. Demasiado difíciles, puesto que te explican las cosas con un lenguaje muy delicado que has de saber cómo interpretar... y justificar cada uno de sus elementos cuidadosamente, si tienes en cuenta la dialéctica de la teoría religiosa. John, ¿cuál es tu noción de los deberes de las Vírgenes?

- Bueno, cuidar de él, y cocinar su comida, y todo eso.

- Seguro que lo hacen. Y algo más. Esa Hermana Judith... una chica campesina inocente, tal como la describes. Tremendamente devota, imaginas.

Respondí, algo desabrido, que su devoción era lo que primero me había atraído de ella. Y quizá lo creyera realmente.

- Bien, puede que simplemente se impresionara en exceso al escuchar casualmente una discusión más bien mundana y cínica entre el Santo y, esto, digamos el Alto Tesorero... impuestos y diezmos y la mejor forma de arrancárselos a los campesinos. Podría tratarse de algo así, aunque dudo mucho que la escriba de una tal conversación fuera una Virgen recién llegada en su primer servicio. No, lo más seguro es que se trató del «y así sucesivamente».

- ¿Eh? No te sigo.

Zeb suspiró.

- Realmente eres uno de los inocentes de Dios, ¿no? Por el Santo Nombre, creía que lo sabías, y que simplemente eras demasiado obstinado como para admitirlo. Bueno, incluso los Ángeles se benefician a veces a las Vírgenes, una vez el Profeta ha terminado con ellas. Sin mencionar a los sacerdotes y a los diáconos. Recuerdo una ocasión en la cual... - Calló de repente, al darse cuenta de la expresión de mi rostro -. ¡Borra eso de tu cara! ¿Quieres que alguien se fije en nosotros?

Intenté hacerlo, mientras terribles pensamientos revoloteaban dentro de mi cabeza. Zeb prosiguió suavemente:

- Mi opinión, si tanto te importa, es que tu amiga Judith sigue mereciendo el calificativo de «Virgen» en el más exacto sentido físico de la palabra, más que en el espiritual. Y puede que incluso siga siéndolo, si el Santo está tan furioso con ella como probablemente debe estarlo. Seguro que ella debe ser tan densa como tú y no consiguió comprender las simbólicas explicaciones que le dieron... luego llegó a un punto donde ya no podía dejar de comprender, y aquello fue como un mazazo en su cabeza, y él simplemente la despidió. Así de sencillo.

Me detuve de nuevo, murmurando para mí mismo expresiones bíblicas que apenas comprendía. Zeb se detuvo también, y se me quedó mirando con una sonrisa de cínica tolerancia.

- Zeb - dije, casi suplicándole -, esas cosas son terribles. ¡Terribles! No me dirás que las apruebas.

- ¿Aprobarlas? Muchacho, todo ello forma - parte del Plan. Lamento que no fueras seleccionado para los estudios superiores. Pero mira, procuraré darte un rápido bosquejo. Dios no malgasta el tiempo. ¿De acuerdo? - Eso suena a doctrina.

- Dios no exige a los hombres nada que esté más allá de sus fuerzas. ¿De acuerdo? - Sí, pero...

- Cállate. Dios ordena a los hombres que sean fecundos. El Profeta Encarnado, siendo como es especialmente santo, se supone que debe ser especialmente fecundo. Ésta es la finalidad de todo eso; podrás comprenderlo más elaboradamente cuando lo estudies. Mientras tanto, si el Profeta puede humillarse a descender hasta la carne por puro deber hacia el Plan, ¿quién eres tú para escandalizarte? Respóndeme.

No pude responder, por supuesto, y seguimos nuestro paseo en silencio. Tuve que admitir la lógica de todo lo que había dicho, y que las conclusiones se derivaban directamente de las doctrinas reveladas. El problema era que yo deseaba rechazar las conclusiones, echarlas fuera de mí como si se trataran de algo venenoso que me había tragado.

Luego me consolé con el pensamiento de que Zeb estaba seguro de que Judith no había sufrido daño. Empecé a sentirme mejor, diciéndome a mí mismo que Zeb tenía razón, que no era a mí a quien correspondía, en absoluto, establecer juicios morales acerca del Santo Profeta Encarnado.

Mi mente empezaba a sentir preocupaciones acerca del pensamiento de que mi alivio con respecto a Judith surgía exclusivamente del hecho de que yo la había mirado pecaminosamente, de que no era posible que hubiera una regla para una santa diaconisa, y otra regla para todas las demás, y estaba empezando a sentirme nuevamente infeliz... cuando Zeb se detuvo de repente.

- ¿Qué es eso?

Nos apresuramos hacia el parapeto de la terraza y miramos hacia abajo por encima de la muralla. La muralla sur se erige junto a la misma ciudad. Una multitud de cincuenta o sesenta personas cargaba ladera arriba en dirección al Palacio. Delante de ellos, corriendo mientras volvía frecuentemente la cabeza, había un hombre vestido con una larga gabardina. Se dirigía hacia la entrada del Santuario.

Zebadiah miró hacia abajo y se respondió a sí mismo:

- De eso se trata... el apedreamiento de un paria. Probablemente fue lo bastante descuidado como para ser atrapado fuera del ghetto después de las cinco. - Miró hacia abajo y agitó la cabeza -. No creo que consiga alcanzar la puerta.

La predicción de Zeb se cumplió en aquel preciso momento; una piedra de buen tamaño alcanzó al hombre entre los omoplatos, haciéndole tambalearse y caer. Estuvieron inmediatamente sobre él. Intentó arrastrarse de rodillas, fue golpeado por una docena de piedras, se derrumbó hecho un ovillo. Lanzó un agudo y entrecortado gemido, luego se cubrió con un pliegue de la gabardina sus oscuros ojos y su recia nariz romana.

Un momento más tarde no quedaba allí nada más que ver excepto un montón de piedras y un pie calzado con una zapatilla surgiendo entre ellas. Sufrió un estremecimiento y se inmovilizó.

Me giré hacia un lado, sintiendo náuseas. Zebadiah captó mi expresión.

- ¿Por qué - dije defensivamente - persisten esos parias en su herejía? Por todo lo demás, parecen individuos más bien inofensivos.

Arqueó una ceja en mi dirección.

- Quizá para ellos no sea ninguna herejía. ¿Has visto a ese tipo renegar de su Dios?

- Pero ése no es el auténtico Dios.

- Él debe pensar de otra forma.

Sonrió de forma tan irritante que le dije con brusquedad:

- No te comprendo, Zeb... ¡maldita sea si lo hago! Hace diez minutos me instruías en la correcta doctrina; ahora parece estar defendiendo la herejía. Reconcilia ambas cosas.

Se alzó de hombros.

- Oh, puedo actuar como abogado del diablo. En West Point me gustaba debatir y argumentar las cosas, ¿recuerdas? Algún día seré un famoso teólogo... si el Gran Inquisidor no me agarra antes.

- Bueno... pero... ¿tú crees que es correcto apedrear a los impíos? ¿Lo crees?

Cambió bruscamente de tema.

- ¿Viste quién arrojó la primera piedra? - No lo había visto, y así se lo dije; todo lo que recordaba era que se trataba de un hombre con ropas campesinas, y no una mujer o un niño.

- Era Iracundo Fassett - Zeb frunció el ceño.

Recordaba muy bien a Fassett; era dos clases superior a mí, y había convertido mi primer año de noviciado en algo que deseaba olvidar.

- Así que pasó de ese modo - dije lentamente -. Zeb, no creo que pudiera soportar el trabajo de espionaje.

- Por supuesto no es un agente provocador - reconoció -. Pero supongo que el Consejo necesita ocasionalmente que estos incidentes se produzcan. Esos rumores acerca de la Cabala y todo eso...

Agarré al vuelo su última observación.

- Zeb, ¿crees realmente que hay algo sobre esa Cabala? No puedo creer que exista ninguna deslealtad organizada hacia el

Profeta.

- Bueno., realmente se han producido algunos disturbios allá en la Costa Oeste. Oh, olvídale; nuestro trabajo es mantener la vigilancia aquí.

2

Pero no nos dejaron olvidarlo; dos días más tarde, la guardia interior era doblada. No veía cómo podía existir ningún peligro real, puesto que el Palacio era tan fuerte como la mejor fortaleza que jamás hubiera sido construida, con sus más profundos sótanos inmunes incluso a las bombas de fisión. Además, cualquier persona que entrara en el Palacio, incluso procedente de la zona del Templo, sería registrada e identificada una docena de veces antes de que llegara a la altura del Ángel de guardia fuera de los aposentos privados del Profeta. De todos modos, las altas esferas empezaban a mostrarse preocupadas; algo debía haber.

Me alegré cuando descubrí que había sido asignado como compañero de Zebadiah. El estar el doble de horas montando guardia quedaba casi compensado por el hecho de tenerle a él para charlar... para mí al menos. En cuanto al pobre Zeb, atormentaba interminablemente sus oídos a lo largo de las guardias nocturnas, habiéndole de Judith y de lo infeliz que me sentía por la forma en que estaban montadas las cosas en Nueva Jerusalén. Finalmente, se giró hacia mí.

- Mira, señor Juantonto - restalló, llamándome por mi apodo de los primeros años de escuela -, ¿estás enamorado de ella?

Intenté eludir la respuesta. Ni yo mismo me había admitido que mi interés por ella iba más allá de su seguridad. Me cortó secamente.

- Lo estás o no lo estás. Aclárate. Si lo estás, hablaremos desde un punto de vista práctico. Si no lo estás, entonces deja de hablar de ella.

Inspiré profundamente y me metí de cabeza.

- Creo que lo estoy, Zeb. Parece imposible y sé que es un pecado, pero así es.

- Entonces déjate de tonterías y hablemos en serio. De acuerdo, estás enamorado de ella. ¿Y después, qué?

- ¿Eh?

- ¿Qué es lo que piensas hacer? ¿Casarte con ella?

Pensé en aquello con tanta turbación que me cubrí el rostro con las manos.

- Por supuesto que sí - admití -, ¿Pero cómo podría hacerlo?

- Exactamente. No puedes. No puedes casarte sin ser transferido lejos de aquí; y a ella su servicio le prohíbe totalmente casarse. Tampoco tiene posibilidad de romper sus votos, puesto que ya los ha sellado. Pero si quieres enfrentarte a los hechos desnudos sin sonrojarte, hay muchas otras cosas que puedes hacer. Los dos podéis seguir intimando... si sois capaces de seguir aparentando un infernal puritanismo.

Una semana antes yo no hubiera comprendido qué pretendía decir. Ahora sí lo sabía. Ni siquiera podía irritarme realmente con él por hacerme tan deshonrosa y pecaminosa proposición; su intención era buena... y parte de aquella mancha se hallaba ahora en mi alma. Agité la cabeza.

- No deberías haber dicho esto, Zeb. Judith no es ese tipo de mujer.

- De acuerdo. Entonces olvídalo. Y a ella. Y deja de hablar del asunto.

Suspiré cansadamente.

- No seas duro conmigo, Zeb. Esto es demasiado para mí - Miré en ambas direcciones, luego me arriesgué a sentarme en el parapeto. No estábamos de guardia cerca de los aposentos del Santo sino en la muralla este; nuestro jefe de guardia, el capitán Peter van Eyck, estaba demasiado gordo como para venir hasta tan lejos más de una vez en toda la guardia, así que me arriesgué. Estaba cansado hasta los huesos por culpa de no haber dormido mucho últimamente.

- Lo siento.

- No te enfades, Zeb. Este tipo de cosas no son para mí, y seguro que tampoco son para Judith, para la Hermana Judith. - Sabía lo que deseaba para nosotros: una pequeña granja, de unas sesenta hectáreas, como aquella en la que yo había nacido. Cerdos y pollos y chicos descalzos con sucios rostros felices, y Judith con la cara iluminada al verme regresar de los campos, y luego limpiándose el sudor de su rostro con el delantal para que yo pudiera besarla... no más conexiones con la Iglesia y el Profeta que las reuniones del domingo y los diezmos.

Pero esto no podría ser, no podría ser nunca. Lo aparté de mi mente.

- Zeb - insistí -, sólo como curiosidad... Tú has dado a entender que esas cosas han ocurrido siempre. ¿Cómo? Aquí vivimos como en una pecera. No parece posible.

Me hizo un guiño tan cínico que hubiera deseado abofetearle, pero en su voz no había el menor asomo de burla.

- Bueno, sólo como ejemplo, toma tu propio caso...

- ¡Eso está fuera de dudas!

- He dicho sólo como ejemplo. La Hermana Judith precisamente no está disponible en estos momentos; se halla recluida en su celda. Pero...

- ¿Eh? ¿Ha sido arrestada? - pensé alocadamente en la Investigación y en lo que Zeb había dicho de los inquisidores.

- ¡No, no, no! Ni siquiera está encerrada bajo llave. Se le ha dicho que se quedara allí, eso es todo, con sus plegarias y pan y agua como compañía. Están purificando su corazón e instruyéndola en sus deberes espirituales. Cuando vea las cosas bajo su verdadera luz entrará de nuevo en elección... y esta vez no desfallecerá ni se comportará como una estúpida adolescente.

Rechacé mi primera reacción e intenté pensar calmadamente en ello.

- No - dije -, Judith no lo hará nunca. Aunque tenga que permanecer en su celda para siempre.

- ¿Sí? Yo no estaría tan seguro. Ellos pueden ser muy persuasivos. ¿Te gustaría que te suplicaran y suplicaran y suplicaran por turnos, sin descanso? Pero supongamos que finalmente ve la luz, sólo para poder terminar mi historia.

- Zeb, ¿cómo sabes todo esto?

- ¡Infiernos, hombre! Llevo aquí tres años. ¿Acaso piensas que vengo del huerto? Tú estabas tan preocupado por ella... y tan pesado, que simplemente pregunté. Pero sigamos. Ella ve la luz, es elegida de nuevo, realiza su sagrado servicio para el Profeta. Tras lo cual será llamada una vez por semana, como las demás, y quizá sea elegida una vez al mes, o menos. Dentro del plazo de un año, a menos que el Profeta descubra alguna belleza muy excepcional en su alma, dejarán de poner su nombre entre las elegibles. Pero no es necesario aguardar tanto tiempo, aunque así resulta más discreto.

- ¡Todo eso es vergonzoso!

- ¿Realmente? Imagino que el Rey Salomón tuvo que utilizar un sistema muy semejante; tenía aún más mujeres colgadas de su cuello que el Santo. Después de eso, si llegas a un entendimiento mutuo con la Virgen implicada, se trata tan sólo de seguir las bien conocidas costumbres. Hay que hacerle un regalo a la Hermana Mayor, y renovarlo cada vez que lo dicten las circunstancias. Hay algunas manos cuyas palmas deben ser cepilladas... puedo decirte cuáles. Y este gran montón de albañilería contiene montones de escaleras secretas. Si se observan cuidadosamente todas las costumbres, no hay ninguna razón por la que casi cada noche que yo tenga guardia y tú no, no puedas hallar algo caliente y atractivo en tu cama.

Estaba a punto de estallar ante la cínica forma en que lo exponía cuando mi imaginación se fue por la tangente.

- Zeb... ahora me estoy dando cuenta de que no me estás diciendo la verdad. Tan sólo estabas bromeando, admítelo. Hay un ojo y un oído en algún lugar en nuestra habitación. De modo que si quisiéramos localizarlos e inutilizarlos simplemente tendríamos a un pelotón de seguridad aporreando nuestra puerta antes de tres minutos.

- ¿Y qué? Hay un ojo y un oído en cada habitación de este lugar. Simplemente ignóralos.

Abrí mucho la boca.

- Ignóralos - continuó -. Mira, John, una pequeña fornicación casual no es una amenaza para la Iglesia... la traición y la herejía sí lo son. Simplemente se anotará en tu expediente y no se dirá nada al respecto... a menos que te pesquen más tarde en algo realmente importante, en cuyo caso podrán utilizarlo para colgarte en vez de formular auténticos cargos contra ti. Muchacho, a ellos ¿es gusta tener esos pecadillos en tu expediente; aumenta su seguridad. Probablemente se sientan incómodos contigo; eres demasiado perfecto; tales hombres son peligrosos. Por eso probablemente nunca te han elegido para los estudios superiores.

Intenté ordenar en mi mente las encontradas implicaciones de todo aquello, aquellas intrincadas especulaciones, y desistí.

- Simplemente no lo entiendo. Mira, Zeb, todo eso no tiene nada que ver conmigo... o con Judith. Pero sé lo que tengo que hacer. De alguna forma, debo sacarla de aquí.

- Hummm... muchacho, hay una puerta más bien recia.

- Debo hacerlo.

- Bueno... me gustaría ayudarte. Supongo que podría hacerle llegar un mensaje tuyo - añadió dubitativamente.

Aferré su brazo.

- ¿Podrías, Zeb?

Suspiró.

- Desearía que pudieras esperar. No, eso no ayudaría en nada, vistos los pensamientos románticos que flotan por tu mente. Pero es arriesgado ahora. Muy

arriesgado, puesto que ella se encuentra bajo disciplina por órdenes del Profeta. Te verías divertido frente a una corte marcial, mirando a tu propia lanza.

- Correré ese riesgo. O incluso la Investigación.

No me recordó que él estaría corriendo el mismo riesgo que yo; simplemente dijo:

- Muy bien, ¿dónde está ese mensaje?

Pensé un instante. Tenía que ser corto.

- Dile que el oficial con quien habló la noche de su elección está preocupado por ella.

- ¿Nada más?

- ¡Sí! ¡Dile que estoy a sus órdenes!

Parece demasiado ostentoso al recordarlo. No dudo que lo era... pero se trataba exactamente de lo que sentía.

Al día siguiente, al ir a comer, encontré un pedazo de papel doblado en mi servilleta. Comí a toda prisa y salí fuera para leerlo.

Necesito tu ayuda, leí, y estoy muy agradecida. ¿Puedes encontrarte conmigo esta noche? No llevaba firma, y había sido escrito en una de las habituales parloescritoras que se empleaban en todas partes en el Palacio y fuera de él. Cuando Zeb regresó a nuestra habitación, se lo mostré; le echó una mirada y observó con tono indolente:

- Salgamos a tomar un poco el aire. He comido demasiado, estoy a punto de caerme dormido.

Cuando estuvimos en la terraza abierta y libres de la posibilidad de ojos y oídos, me reprendió con tonos bajos y desapasionados:

- Nunca llegarás a ser un conspirador. La mitad de los ocupantes del comedor debieron darse cuenta de que habías encontrado algo en tu servilleta. ¿Por qué, en nombre de Dios, te tragaste la comida a toda prisa y saliste precipitadamente? Luego, para colmo, me lo muestras apenas entrar yo. Sabes bien que el ojo lo lee y lo fotografía como evidencia. ¿En qué mundo estabas cuando repartieron los cerebros?

Protesté, pero me cortó secamente.

- ¡Olvídalo! Ya sé que no era tu intención el que nos pusieran la soga al cuello... pero las buenas intenciones dejan de ser buenas cuando el juez - abogado del tribunal lee las acusaciones. Ahora métete esto en tu cabeza: el primer principio de toda intriga es no hacer nunca nada que pueda parecer no habitual, por inocente que sea. No puedes llegar a imaginar lo significativa que puede hacerse la más pequeña desviación de la regla para un analista entrenado. Debías haberte quedado en el refectorio el tiempo habitual, haraganear un poco por los alrededores, y luego esperar hasta estar seguro para leer el mensaje. ¿Dónde está ahora?

- En el bolsillo de mi peto - respondí humildemente -. No te preocupes, lo masticaré bien y me lo tragaré.

- No tan aprisa. Espera aquí. - Zeb se fue, y regresó en unos pocos minutos -. Tengo un trozo de papel del mismo tamaño; te lo pasaré disimuladamente. Mézclalos, y luego puedes comerte la nota, auténtica... pero hazlo de modo que nadie pueda verte.

- De acuerdo. Pero ¿qué hay en el segundo trozo de papel?

- Unas notas sobre un sistema para ganar a los dados.

- ¿Eh? ¡Pero eso también va contra las reglas!

- Por supuesto, cabeza de chorlito. Si te descubren con evidencias de juego, no sospecharán ningún pecado más serio. En el peor de los casos, el mayor castigo que pueden aplicarte es la pérdida de unos pocos días de paga y unas cuantas horas de contribución. Recuerda siempre esto, John: si alguna vez eres sospechoso de algo, intenta hacer que las pruebas apunten hacia un delito leve. Nunca intentes probar que eres inocente. Siendo como es la naturaleza humana, tendrás mayores posibilidades.

Supongo que Zeb tenía razón; mis bolsillos debieron ser registrados y las pruebas fotografiadas inmediatamente después de cambiarme el uniforme para el desfile, pues media hora más tarde fui llamado a la oficina del Oficial Ejecutivo. Me pidió que

mantuviera los ojos abiertos en busca de señales de juego entre los oficiales más jóvenes. Era un pecado, dijo, que odiaba, y no quería que sus oficiales más modernos cayeran en él. Me dio una palmada en el hombro al irme.

- Tú eres un buen chico, John Lyle. Es un buen consejo que te doy, ¿eh?

Zeb y yo realizamos la guardia de aquella noche en el portal sur del Palacio. Había transcurrido ya media guardia sin la menor señal de Judith, y yo estaba tan nervioso como un gato en una casa extraña, pese a que Zeb intentaba tenerme callado manteniéndome dentro de lo más estricto de la rutina. Al final se oyó un suave rumor de pisadas en el corredor interior, y una sombra apareció en el umbral. Zebadiah me hizo señas de que me quedara en mi puesto y fue a hacer una comprobación. Regresó casi inmediatamente y me indicó con un gesto que me reuniera con él, mientras apoyaba un dedo sobre sus labios. Temblando, me acerqué. No era Judith, sino una mujer desconocida que aguardaba en la oscuridad. Empecé a hablar, pero Zeb apoyó su mano sobre mi boca.

La mujer me tomó del brazo y me apremió hacia el corredor. Miré hacia atrás y vi a Zeb silueteado en el portal, cubriendo nuestra retaguardia. Mi guía hizo una pausa y me empujó hacia una oscura alcoba, luego sacó de entre los pliegues de sus ropas un pequeño objeto que tomé por un rastreador de campo, debido al pequeño dial que brillaba débilmente en uno de sus lados. Lo hizo girar arriba y abajo y en redondo, lo apagó y se lo volvió a guardar.

- Ahora podéis hablar - dijo suavemente -. Es seguro. - Desapareció.

Sentí un ligero toque en mi manga.

- ¿Judith? - susurré.

- Sí - respondió, en voz tan baja que apenas pude oírla.

Luego mis brazos estuvieron rodeándola. Ella emitió un pequeño grito sobresaltado, luego sus propios brazos rodearon mi cuello y pude sentir su aliento contra mi rostro. Nos besamos torpemente pero con un furor casi desesperado.

No hablamos de nuestras cosas, aunque no podría dar una relación coherente de lo que nos dijimos aunque lo intentara. Llamen a nuestro comportamiento idioteces románticas, llámenlo amor pueril ribeteado de ignorancia y falta de naturalidad en nuestras vidas... ¿acaso los cachorros sufren menos que los perros ya adultos? Llámenlo como quieran y ríanse de ello, pero en aquel momento estábamos absortos en una locura tan querida que era más preciosa que los rubíes y el oro fino, más deseada que la propia cordura. Si no lo han experimentado nunca ni saben de qué estoy hablando, lo lamento por ustedes.

Finalmente nos tranquilizamos un tanto y hablamos más razonablemente. Cuando ella intentó contarme acerca de la noche en que fue elegida se echó a llorar. La sacudí y dije:

- No sigas, querida. No tienes que contarme nada. Lo sé todo.

Tragó saliva y dijo:

- Pero tú no sabes. No puedes saber. Yo... él...

La sacudí de nuevo.

- Para. Deja ya de llorar. No más lágrimas. Lo sé todo, con exactitud. Y sé también lo que te espera... a menos que consigamos sacarte de aquí. De modo que no hay tiempo para lágrimas o nervios; tenemos que hacer planes.

Permaneció absolutamente silenciosa por un largo momento, luego dijo lentamente:

- ¿Quieres decir... desertar? Ya había pensado en ello. ¡Dios misericordioso, cómo he llegado a pensarlo! ¿Pero cómo puedo?

- No lo sé... todavía. Pero ya buscaremos un camino. Debemos hacerlo. - Discutimos las posibilidades. Canadá estaba apenas a quinientos kilómetros de distancia, y ella conocía la parte alta del estado de Nueva York; de hecho, era la única zona que conocía. Pero su frontera era la más celosamente guardada de todas, con barcos patrulla y baterías de radar marítimo y alambradas de espino y centinelas en tierra... y perros

guardianes. Yo me había entrenado con tales perros; no desearía ni a mi peor enemigo el tener que enfrentarse con ellos.

Pero México estaba simplemente demasiado lejos. Si ella emprendía la huida hacia el sur probablemente sería arrestada en veinticuatro horas. Nadie daría cobijo a una Virgen renegada; bajo la inexorable regla de la culpabilidad social, cualquier buen samaritano sería tan culpable como ella del mismo delito de traición personal hacia el Profeta, y sufriría el mismo tipo de muerte. Ir hacia el norte sería al menos más corto, aunque significaría el mismo proceso de viajar de noche, esconderse durante el día, robar comida o pasar hambre. Cerca de Albany vivía una tía de Judith; ella estaba segura de que su tía correría el riesgo de ocultarla hasta que encontraran alguna forma de cruzar la frontera.

- Con ella estaremos a salvo. Estoy segura.

- ¿Estaremos? - Debí sonar estúpido. Hasta que ella habló había estado con mi nariz tan metida en el arduo problema de cómo podría escapar que no se me había ocurrido que ella esperara que nos fuéramos juntos.

- ¿Es que piensas enviarme sola?

- Bueno... Me temo que no he pensado en ninguna otra forma.

- ¡No!

- Pero... Mira, Judith, lo más urgente, lo que debemos hacer de inmediato, es sacarte de aquí. Dos personas intentando huir y esconderse son mucho más fáciles de localizar que una. Simplemente no tiene sentido que...

- ¡No! No me iré.

Pensé apresuradamente en ello. Aún no me había dado cuenta de que «A» implicaba «B» y de que, urgiéndola a desertar de su servicio, desertaba yo mismo, en mi corazón, tanto como ella. Dije:

- Primero te sacaremos de aquí, que es lo más importante. Dime dónde vive tu tía... y luego espérame allí.

- No me iré sin ti.

- Pero debes hacerlo. El Profeta...

- ¡Prefiero eso a separarme ahora de ti!

Por aquel entonces yo aún no entendía a las mujeres... y sigo sin entenderlas. Hacía dos minutos había estado planeando tranquilamente arriesgar su vida con tal de no someter su cuerpo al Santo. Ahora simplemente estaba dispuesta a aceptarlo antes que admitir una separación incluso temporal de mí. No comprendo a las mujeres; a veces pienso que en ellas no hay ninguna lógica en absoluto.

- Mira, querida - dije -, ni siquiera hemos pensado en cómo vamos a salir del Palacio. Lo más probable es que nos resulte absolutamente imposible escapar los dos al mismo tiempo. Entiendes eso, ¿verdad?

- Quizá - respondió testarudamente -. Pero no me gusta. Bueno, ¿cómo saldré de aquí? ¿Y cuándo?

Tuve que admitir de nuevo que no lo sabía. Pensaba consultar a Zeb tan pronto como me fuera posible, pero no se me ocurría otra cosa.

Pero Judith tuvo una idea.

- John, ¿conoces a la Virgen que te ha guiado hasta aquí?

- ¿No? Es la Hermana Magdalene. Sé que es de toda confianza, y puede estar dispuesta a ayudarnos. Es muy lista.

Empecé a expresar mis dudas, pero fui interrumpido por la propia Hermana Magdalene.

- ¡Rápido! - restalló, mientras se deslizaba a nuestro lado -. ¡Regresa al parapeto!

Salí apresuradamente, y apenas tuve tiempo de evitar ser descubierto por el celador, que estaba haciendo su ronda. Intercambió contraseñas con Zeb y conmigo... y luego el viejo loco sintió deseos de charlar. Se sentó en los escalones del portal y empezó a recordar jactanciosamente una insignificante victoria obtenida por él la semana anterior en

un lance de esgrima. Intenté desanimadamente ayudar a Zeb con los comentarios habituales de un hombre aburrido en una guardia nocturna.

Finalmente se puso en pie.

- Ya he pasado los cuarenta y quizás esté un poco demasiado grueso. Pero admitiré francamente que me satisface saber que aún poseo una muñeca y un ojo tan rápidos como los de los espadas más jóvenes. - Se arregló la funda de la espada y añadió -: Supongo que será mejor que dé una vuelta por el Palacio. Ninguna precaución es demasiado en estos días. Se dice que la Cabala vuelve a mostrarse activa. - Sacó su linterna y la encendió, apuntando al corredor..

Me quedé helado. Si inspeccionaba aquel corredor, era difícil que no descubriera a las dos mujeres acurrucadas en la alcoba.

Pero Zebadiah habló calmada y casualmente:

- Sólo un momento, Hermano Mayor. ¿Puede enseñarme esa respuesta que utilizó para ganar en su último lance? Fue demasiado rápida como para que pudiera seguir todos los detalles.

Sacó la espada.

- ¡Cómo no, encantado, hijo! - Se apartó de las escaleras, situándose donde había sitio -. Saca tu espada. ¡En guardia! Cruza las hojas en sexta. Libera y atácame. ¡Así! Aguanta la estocada y te lo demostraré lentamente. Cuando tu punta se acerque a mi pecho - ¡Y era realmente su pecho! ¡El capitán van Eyck era tan panzudo como un canguro! - te detendré con el fuerte de mi espada y te obligaré hacia ti en segunda. Hasta aquí, exactamente como dicen los libros. Pero no completo la respuesta. Siendo fuerte como es, tú puedes pararla o contraatacar. En cambio, mientras mi punta se dirige hacia abajo, desví tu hoja - lo ilustró, haciendo silbar el acero -, y te ataco en cualquier lugar, desde la barbilla hasta el tobillo. Vamos, inténtalo conmigo.

Así lo hizo Zeb, y se enzarzaron en el lance; el celador retrocedió un paso. Zeb le pidió probarlo de nuevo para ahogar unos ruidos procedentes del pasillo. Lo repitieron varias veces, cada vez más rápido, con el celador retrocediendo cada vez para evitar por un pelo la imbatida punta de Zeb. Era estrictamente contra las reglas luchar con espadas reales sin máscara ni peto, pero el celador era realmente bueno... un espadachín tan preciso que estaba confiado de sus propias habilidades para no sacarle un ojo a Zeb ni permitir que Zeb se lo sacara a él. Pese a mi creciente tensión nerviosa, seguí de cerca el lance; era una fabulosa demostración del en otro tiempo útil arte militar. Zeb atacaba con dureza.

Terminaron a cincuenta metros del portal y mucho más cerca del cuerpo de guardia. Pude oír al celador resoplando por el ejercicio.

- Ha estado muy bien, Jones - jadeó -. Lo has aguantado perfectamente. - Resopló de nuevo y añadió -: Afortunadamente para mí, un lance real no toma nunca tanto tiempo. Creo que debo dejar que inspecciones tú el corredor. - Se giró hacia el cuerpo de guardia, añadiendo alegremente -: Que Dios te acompañe.

- Dios sea con usted, señor - respondió ceremoniosamente Zeb, llevando la empuñadura de su espada a su barbilla en un saludo.

Tan pronto como el celador giró la esquina, Zeb dio media vuelta y se apresuró hacia la alcoba. Las mujeres estaban aún allí, acurrucándose contra la pared del fondo.

- Se ha ido - las tranquilizó -. De momento no hay nada que temer.

Judith había contado a la Hermana Magdalene nuestro dilema, y lo discutimos en susurros. Nos advirtió con firmeza que no tomáramos ninguna decisión inmediatamente.

- Estoy a cargo de la purificación de Judith; quizá pueda prolongarla otra semana antes de que sea elegible de nuevo.

- ¡Hemos de actuar antes de entonces! - dije.

Judith pareció dejar de llorar, ahora que había pasado sus problemas a la Hermana Magdalene.

- No te preocupes, John - dijo suavemente -. No volveré a entrar en elección de nuevo, de ningún modo. Debemos hacer lo que ella aconseja.

- Estás equivocada respecto a eso, Judy; cuando vuelvas a tu servicio serás inmediatamente elegible, así que puedes estar segura de que entrarás en elección. Podrás resistirlo - añadió -...el resto de nosotras hemos podido. Si parece más seguro... - Se interrumpió bruscamente y escuchó -. ¡Chisst! No os mováis. - Se deslizó silenciosamente fuera de nuestro círculo.

Un delgado haz de luz resplandeció y fue a posarse en una silueta agazapada fuera de la alcoba. Salté, y estuve sobre ella antes de que pudiera ponerse en pie. Pero pese a lo rápido que había sido, la Hermana Magdalene lo fue tanto como yo; se precipitó sobre sus hombros en el momento en que era derribada. Se estremeció y quedó inmóvil.

Zebadiah llegó corriendo, mirando a todos lados.

- ¡John! ¡Maggie! - susurró tensamente -. ¿Qué ocurre?

- Hemos atrapado a un espía, Zeb - respondí precipitadamente -. ¿Qué hacemos con él?

Zeb encendió su linterna.

- ¿Lo habéis dejado sin sentido?

- Ya no lo recobraré jamás - respondió la calmada voz de Magdalene entre las tinieblas -. Le clavé una vibrohoja en las costillas.

- ¡Infiernos!

- Zeb, tuve que hacerlo. Puedes estar contento de que no usara una hoja de acero y llenara todo el suelo de sangre. ¿Pero qué hacemos ahora?

Zeb la maldijo blandamente, y ella lo aceptó.

- Dale la vuelta, John. Echémosle un vistazo. - Lo hice, y la luz brotó de nuevo -. Hey, Johnnie... es Iracundo Fassett. - Hizo una pausa, y casi pude oírle pensar -. Bien, no malgastemos lágrimas con él. ¡John!

- ¿Sí, Zeb?

- Quédate vigilando fuera. Si viene alguien, estoy inspeccionando el corredor. Voy a depositar esta carroña en algún lugar.

Judith rompió el silencio.

- Hay un pozo de incineración en el piso de arriba. Te ayudaré.

- Chica valiente. Haz lo que te he dicho, John.

Hubiera deseado objetar que aquél no era trabajo para una mujer, pero me callé y me di la vuelta. Zeb tomó el cadáver por los hombros, las mujeres un pie cada una, y se las arreglaron para transportarlo. Estaban de vuelta en unos minutos, aunque a mí me parecieron interminables. Sin duda el cuerpo de Iracundo estaba ya reducido a átomos antes de que ellos estuvieran de vuelta... las cosas parecían estar saliendo bien. En aquel momento no me pareció un asesinato, y sigue sin parecérmelo; hicimos lo que debíamos hacer, empujados por los acontecimientos.

Zeb era decidido.

- Hay que apresurarse. Nuestro relevo estará aquí en diez minutos; hemos de tomar una decisión en menos tiempo que eso. ¿Y bien?

Todas nuestras sugerencias eran impracticables hasta el punto de llegar a ser ridículas, pero Zeb nos dejó exponerlas... luego fue directo al grano.

- Escuchadme, ya no se trata tan sólo de intentar ayudar a Judith y no comprometer nuestra situación. Tan pronto como Iracundo sea echado en falta, nosotros, los cuatro, nos hallaremos en un peligro mortal de Investigación. ¿De acuerdo?

- De acuerdo - admití relucientemente.

- ¿Pero nadie tiene un plan?

Ninguno respondió.

- Entonces - continuó Zeb - vamos a necesitar ayuda... y sólo hay un lugar donde podamos obtenerla. La Cabala.

- ¿La Cabala? - repetí estúpidamente. Judith dejó escapar un horrorizado jadeo.

- Pero... pero... ¡eso significa entregar nuestras almas inmortales! ¡Ellos adoran a Satán!

Zeb se giró hacia ella.

- No creo en eso.

Ella se le quedó mirando.

- ¿Acaso eres un cabalista?

- No.

- Entonces, ¿cómo lo sabes?

- ¿Y cómo - insistí - vas a pedirles ayuda?

- Yo soy uno de sus miembros - respondió Magdalene -, como Zebadiah sabe muy bien.

Judith se apartó de ella, pero Magdalene la contuvo con sus palabras.

- Escúchame, Judith. Sé lo que sientes... y hubo un tiempo en el que yo estaba tan horrorizada como tú lo estás ahora ante la idea de cualquier forma de oposición a la Iglesia. Luego aprendí, como tú estás aprendiendo, lo que hay realmente detrás de este engaño en el que se nos hace creer. - Rodeó con un brazo a la joven -. No somos adoradores del diablo, querida, ni luchamos contra Dios. Luchamos tan sólo contra este auto titulado Profeta que pretende ser la voz de Dios. Ven con nosotros, ayúdanos a combatirlo... y nosotros te ayudaremos. De otro modo no podremos correr el riesgo.

Judith escrutó su rostro a la débil luz del portal.

- ¿Me juras que eso es cierto? ¿La Cabala lucha tan sólo contra el Profeta, y no contra el propio Señor?

- Te lo juro, Judith.

Judith inspiró profunda y trémulamente.

- Que Dios me guíe - susurró -. Me pongo del lado de la Cabala.

Magdalene la besó rápidamente, luego se giró hacia nosotros.

- ¿Y bien?

- Yo estoy donde esté Judith - respondí inmediatamente; luego susurré para mí mismo - Querido Dios, perdona mi juramento... ¡debo hacerlo!

Magdalene estaba mirando a Zeb. Éste se agitó incómodo y dijo airadamente:

- Yo lo sugerí, ¿no? Pero somos todos unos condenados estúpidos, y el Inquisidor va a rompernos los huesos.

No hubo otra posibilidad de hablar hasta el día siguiente. Me desperté de una pesadilla acerca de la Investigación y otras cosas peores, y oí a Zeb canturreando alegremente mientras se afeitaba en el baño. Regresó al dormitorio y tiró de mis sábanas, todo ello sin dejar de canturrear insensateces. Odio que tiren de las ropas de mi cama incluso cuando estoy de buen humor, y no puedo soportar la jovialidad de los demás hasta haber desayunado; volví a cubrirme con las sábanas e intenté ignorarle, pero él sujetó mi muñeca.

- ¡Arriba, hijo! Estás desperdiciando el resplandor de Dios. Es un día maravilloso. ¿Qué te parecen un par de carreras rápidas alrededor del Palacio y luego una buena ducha fría?

Intenté soltar su mano, y le dije algo que hubiera hecho bajar mis notas de piedad si el oído hubiera podido captarlo. Él siguió sujetándome, mientras su dedo índice se agitaba sobre mi muñeca de una forma nerviosa; empecé a preguntarme si Zeb estaría desmoronándose bajo la tensión. Luego me di cuenta de que estaba diciéndome algo en código.

- O-bra con na-tu-ra-li-dad - decían los puntos y las rayas -. No mues-tres sor-pre-sa se-re-mos lla-ma-dos pa-ra e-xa-men du-ran-te el pe-rí-o-do de des-can-so es-ta tar-de.

Espero que no mostré mi sorpresa. Lancé groseras respuestas para frenar el flujo de estúpida charlatanería que me lanzó mientras me transmitía el mensaje, y me levanté y salimos a realizar la aburrida tarea de mantener el cuerpo en forma un día más. Tras un cierto tiempo, encontré una excusa para apoyar una mano en su hombro y tablear una respuesta:

- De a-cuer-do he-com-pren-di-do.

El día fue un sufrimiento de nerviosa monotonía. Cometí un error en la revista de vestuario, algo que no me había ocurrido desde mis primeros tiempos de entrenamiento. Cuando finalmente terminaron las tareas del día, regresé a nuestra habitación y encontré a Zeb allí con los pies apoyados en el acondicionador de aire y haciendo un crucigrama del New York Times.

- Johnnie, cordero mío - dijo, alzando la vista hacia mí -, ¿qué es una palabra de seis letras que significa «puro de corazón»?

- Nunca vas a necesitar saberla.

- ¿Por qué, John? ¿No me crees merecedor de la Ciudad Celestial?

- Quizá... tras diez mil años de penitencia.

Entonces llamaron alegremente a la puerta, alguien la abrió, y Timothy Klyce, oficial mayor en el comedor y capitán honorario, asomó su cabeza. Carraspeó y dijo, con su acento nasal de Cape Cod:

- Hola, ¿os venís a dar un paseo?

Tuve la impresión de que no podía haber escogido un peor momento. Tim era un hombre duro de convencer, y el más puntillosamente devoto de todo el cuerpo. Seguía pensando aún una excusa cuando Zeb dijo:

- De acuerdo, siempre que demos el paseo en dirección a la ciudad. Tengo unas compras que hacer.

Me sentí confundido ante la respuesta de Zeb, e intenté quedarme pretendiendo que tenía trabajo que hacer. Pero Zeb me cortó secamente:

- Al diablo con el trabajo pendiente. Te ayudaré con él esta noche. Vamos. - De modo que les seguí, pensando si no tendría miedo del paso que debíamos dar.

Salimos por los túneles inferiores. Yo caminaba silenciosamente, preguntándome si posiblemente Zeb intentaría librarse de Klyce en la ciudad y luego regresar apresuradamente. Acabábamos de pasar un ligero recodo en el camino cuando Tim levantó una mano para dar mayor énfasis con su gesto a lo que le estaba diciendo a Zeb. Su mano pasó cerca de mi rostro, sentí algo así como una ligera rociada en la cara... y quedé ciego.

Antes de que pudiera gritar, aunque intenté refrenar el impulso de hacerlo, me sujetó fuertemente por la parte superior del brazo, mientras seguía hablando sin ninguna interrupción. Su presa en mi brazo me guió hacia la izquierda, pese a que mi recuerdo del recodo me decía que el giro debería haber sido hacia la derecha. Pero no golpeamos contra la pared, y tras unos pocos instantes la ceguera desapareció. Tuve la impresión de que estábamos caminando por el mismo túnel, con Tim en el centro, sujetándonos a cada uno por un brazo. No dijo nada, y nosotros tampoco; finalmente se detuvo frente a una puerta. Klyce llamó golpeando una sola vez, luego escuchó.

No pude oír ninguna respuesta, pero replicó:

- Dos peregrinos, debidamente guiados.

La puerta se abrió. Nos hizo pasar, la cerró silenciosamente tras nosotros, y nos hallamos enfrentados a un guardia armado y enmascarado, con su pistola desintegradora levantada hacia nosotros. Buscó a tientas tras él y golpeó en otra puerta interior; inmediatamente otro hombre, armado y enmascarado como el primero, salió y se enfrentó a nosotros. Nos preguntó separadamente a Zeb y a mí:

- ¿Declaráis seriamente, por vuestro honor, que sin ser influenciados por amigos ni perseguir fines mercenarios, os ofrecéis libre y voluntariamente al servicio de esta orden?

- Lo declaramos - respondimos ambos.

- Cubridles los ojos y preparadles.

Colocaron sobre nuestras cabezas cascos de cuero que las cubrían totalmente excepto nuestra boca y nariz, y los sujetaron con correas bajo nuestras barbillas. Luego se nos ordenó despojarnos de todas nuestras ropas. Lo hice, mientras sentía que se me ponía la carne de gallina. Estaba perdiendo rápidamente mi entusiasmo... no hay nada que haga sentir a un hombre más desamparado que el despojarse de sus pantalones. Luego sentí el agudo pinchazo de una hipodérmica en mi antebrazo y casi inmediatamente, aunque estaba despierto, las cosas empezaron a volverse imprecisas y dejé de sentirme nervioso. Algo frío fue apretado contra mis costillas, en el costado izquierdo, y tuve la impresión de que era casi con toda seguridad el contacto de una vibrohoja, y de que bastaba el ligero pulsar un botón para quedarme tan muerto como Iracundo Fassett... pero no me alarmé. Luego hubo preguntas, muchas preguntas, que respondí automáticamente, incapaz de mentir o eludirlas aunque lo hubiera deseado. Las recuerdo fragmentariamente:

-...¿por tu propia voluntad y decisión?... conforme a los antiguos usos establecidos... un hombre, nacido libre, de buena reputación, y bien recomendado.

Luego, durante un buen rato, permanecí tiritando sobre las frías baldosas del suelo, mientras se desarrollaba una acalorada discusión en torno a mí; estaba relacionada con mis motivos al pedir la admisión. Podía oírlo todo, y sabía que mi vida dependía de ello, siendo sólo necesaria una palabra para hacer que una hoja de fría energía se hundiera hasta mi corazón. Y sabía que la discusión se estaba volviendo contra mí.

Luego una voz de contralto se unió al debate.

- Reconocí a la Hermana Magdalene y supe que estaba defendiéndome, pero drogado como me hallaba no me importaba en absoluto; simplemente di la bienvenida a su voz como un sonido amigable. Pero finalmente la presión se relajó sobre mis costillas, y sentí de nuevo el pinchazo de una hipodérmica. Aquello me despejó de mi embrutecido estado y oí una fuerte voz de bajo entonando una plegaria:

- Concédenos tu ayuda, Omnipotente Padre del Universo... Amor, consuelo y verdad, en honor a tu Santo Nombre. Amén. Y la respuesta del coro: - ¡Así sea!

Luego fui conducido en torno a la habitación, aún con los ojos vendados, mientras me hacían nuevas preguntas. Eran de naturaleza simbólica, y eran respondidas por mi guía en mi nombre. Luego me hicieron detenerme y me preguntaron si estaba dispuesto a hacer el juramento solemne correspondiente a mi grado, asegurándome de que de ningún modo interferiría con mi deber hacia Dios, hacia mí mismo, familia, país o amigos. - Lo estoy - respondí.

Entonces se me pidió que me arrodillara sobre mi rodilla izquierda, mientras sostenía con mi mano izquierda la Biblia, y con mi mano derecha algunos otros atributos.

El juramento y la ceremonia en sí eran suficientes como para helar la sangre de cualquiera lo suficientemente insensato como para atreverse a jurar en falso. Luego me preguntaron qué era, en mis actuales condiciones, lo que más deseaba. Respondí como me habían indicado que debía hacerlo: - ¡Luz!

Y me quitaron la capucha de la cabeza. No es necesario ni adecuado recordar el resto de mi instrucción como hermano recién ingresado. Fue larga y de una solemne belleza, y en ella no había ni el menor rastro de la blasfemia o culto satánico que comúnmente se nos atribuía; antes al contrario, estaba llena de una reverencia hacia Dios, un amor fraternal, y una gran rectitud, e incluía un adiestramiento en los principios de una antigua y honorable profesión y el simbólico significado de sus instrumentos de trabajo.

Pero debo mencionar un detalle que me sorprendió hasta casi sacarme los zapatos si los hubiera llevado puestos. Cuando me quitaron la capucha, el primer hombre al que vi, de pie frente a mí, vestido con los símbolos de su cargo y exhibiendo una expresión de

dignidad casi inhumana, fue al capitán Peter van Eyck, el grueso y omnipresente celador de mi guardia... ¡Maestro de aquella logia!

El ritual era largo y el tiempo corto. Cuando la logia fue cerrada nos reunimos en un consejo de guerra. Me dijeron que el Hermano Mayor ya había decidido no admitir todavía a Judith en la orden de hermanas de nuestra logia, aunque la logia se encargaría de protegerla. Debía ser instruida en México y era mejor para ella, vistas las circunstancias, que no conociera ningún secreto que no necesitara conocer. Pero Zeb y yo, perteneciendo a la guardia de Palacio, podíamos ser realmente útiles; por eso habíamos sido admitidos.

Judith había recibido ya instrucciones hipnóticas que - se esperaba - la capacitarían para impedir revelar lo poco que sabía si era puesta bajo Investigación. A mí me dijeron que esperara y no me preocupara; los hermanos mayores se las arreglarían para librar a Judith del peligro antes de que fuera puesta de nuevo bajo elección. Tuve que conformarme con eso.

Durante tres días consecutivos Zebadiah y yo nos presentamos durante nuestro período de descanso de la tarde a recibir instrucciones, siendo llevados cada vez por un camino diferente y con distintas precauciones. Quedaba claro que el arquitecto que había diseñado el Palacio había sido uno de los nuestros; el enorme edificio estaba lleno de trampas y pasadizos y puertas que evidentemente no aparecían en los planos oficiales.

Al terminar el tercer día fuimos plenamente acreditados como hermanos mayores, cualificados con una rapidez posible tan sólo en tiempos de crisis. El esfuerzo casi trastornó mi cerebro; tuve que aprender más duramente de lo que jamás lo hiciera en la escuela. Fui requerido para conseguir un increíble perfeccionamiento en el deletreo, y una sorprendente memorización... lo cual quizá fue lo mejor, ya que me ayudó a olvidarme de preocupaciones. No habíamos oído gran cosa excepto rumores acerca de la desaparición de Iracundo Fassett, un hecho mucho más ominoso que si se hubiera producido una investigación formal. Un oficial de seguridad no puede simplemente desaparecer sin que su ausencia sea observada. Era remotamente posible que cuando hubiera recibido una misión ambulante y que no se esperara que informase diariamente a sus jefes, pero era mucho más probable que hubiera sido destinado allá donde lo encontraron y mataron debido a que se sospechaba de alguno de nosotros y se le había ordenado que nos espicara. Si éste era el caso, el tranquilo silencio sólo podía significar que el oficial jefe de seguridad nos estaba dejando confiarnos, mientras sus psicotécnicos analizaban nuestro comportamiento... en cuyo caso la ausencia de Zeb y mía de cualquier lugar conocido durante nuestro tiempo libre a lo largo de varios días seguidos era un dato que seguramente estaba siendo anotado en alguna ficha. Si todo el regimiento empezaba a sospechar del mismo modo, entonces nuestros índices personales estaban ganando un punto decimal cada uno de esos días.

Yo nunca me preocupé de tales asuntos, y simplemente me sentí aliviado a medida que pasaban los días sin que se produjera ningún síntoma preocupante, pese a que el asunto era discutido y analizado cada día en la habitación de la logia. Ni siquiera sabía el nombre del Guardián de la Moral, ni la ubicación de su oficina de seguridad... y se suponía que no teníamos por qué saberlo. Yo sabía que existía y que informaba al Gran Inquisidor y quizás incluso al propio Profeta, pero eso era todo. Descubrí que mis hermanos de logia, pese a la casi increíble penetración de la Cabala en el Templo y en el Palacio, apenas sabían más que yo... por la razón de que no había ningún hermano, ni uno solo, en el equipo del Guardián de la Moral. La razón era sencilla: la Cabala era extremadamente cuidadosa en evaluar el carácter, persona y potencialidades psicológicas de cualquier futuro miembro, mientras que el servicio medía la inteligencia prospectiva del oficial... y ambos tipos eran tan distintos como los gansos y las cabras. Él Guardián nunca aceptaría el tipo de personalidad que podía sentirse atraída por los ideales de la Cabala; mis hermanos nunca aceptarían un hombre como... bueno, a un hombre como Iracundo.

Comprendo que, en los días anteriores a que las medidas psicológicas se convirtieran en una ciencia matemática, un aparato de espionaje pudiera venirse abajo si un hombre clave cambiaba de estado de ánimo... bien, el Guardián de la Moral no tenía que preocuparse por eso; ese hombre nunca sufriría un cambio de estado de ánimo. Comprendo también que, en nuestra propia fraternidad, en sus primeros tiempos, cuando estaba siendo purgada y templada para la gran prueba a venir, muchas veces había habido sangre en el suelo de las habitaciones de la logia... aunque no lo sé seguro; esos antecedentes habían sido destruidos.

Al cuarto día no tuvimos que acudir a la habitación de la logia, y se nos dijo que nos dejáramos ver por todas partes a fin de contrarrestar nuestra insólita ausencia. Estaba dejando pasar mi

tiempo libre en el salón de descanso, ojeando unas revistas, cuando entró Timothy Klyce. Me miró, me hizo una seña, luego empezó a ojear también unas revistas. Al cabo de un rato dijo:

- Estas antigüedades son propias de un consultorio de dentista. ¿Alguien ha visto el Time de esta semana?

Su queja iba dirigida a todos los presentes en el salón; nadie respondió. Entonces se dirigió a mí:

- Jack, creo que estás sentado encima de él. Levántate un minuto.

Gruñí y lo hice. Cuando se agachó para recoger la revista, su cabeza se acercó mucho a la mía y me susurró:

- Preséntate al Maestro.

Por aquel entonces yo había aprendido ya algo, de modo que seguí leyendo. Al cabo de un rato dejé a un lado mi revista, me estiré y bostecé, luego salí y me dirigí hacia los lavabos. Pero pasé de largo y a los pocos minutos entraba en la habitación de la logia. Descubrí que Zeb estaba allí, y había varios otros hermanos; estaban reunidos en torno al Maestro Peter y a Magdalene. Pude captar la tensión en la estancia.

- ¿Me ha mandado llamar, Venerable Maestro? - dije.

Me miró, desvió la vista hacia Magdalene. Fue ella quien dijo lentamente:

- Judith ha sido arrestada.

Sentí tal debilidad en las rodillas que apenas pude mantenerme en pie. No soy pusilánime, normalmente resisto bien los golpes físicos, pero si uno ataca a un hombre a través de su familia o sus seres queridos es fácil pillarlo desprotegido.

- ¿La Inquisición? - conseguí jadear.

Sus ojos estaban llenos de pesadumbre.

- Eso creemos. Se la llevaron esta mañana, y desde entonces está incomunicada.

- ¿Se la ha acusado de algo? - preguntó Zeb.

- No públicamente.

- Hummm... eso parece malo.

- Y bueno también - contradijo el Maestro Peter -. Si es lo que pensamos... Fassett, quiero decir, y tuvieran alguna prueba que señalara hacia vosotros, los cuatro hubierais sido arrestados a la vez. Al menos, de acuerdo con sus métodos.

- ¿Pero qué podemos hacer? - pregunté.

Van Eyck no respondió. Magdalene dijo conciliadoramente:

- No hay nada que tú puedas hacer, John. No podrás llegar hasta ella a través de varias puertas custodiadas.

- ¡Pero no podemos quedarnos simplemente sin hacer nada!

- Tranquilo, hijo - dijo el Maestro de la logia -. Maggie es la única de nosotros que tiene acceso a esa parte del Palacio interior. Debemos dejarlo todo en sus manos.

Me giré de nuevo hacia ella; suspiró y dijo:

- Sí, pero probablemente es poco lo que pueda hacer. - Luego se fue.

Aguardamos. Zeb sugirió que tanto él como yo deberíamos abandonar la habitación de la logia y seguir dejándonos ver en los lugares de costumbre; para mi alivio, van Eyck lo vetó:

- No. No podemos estar seguros de que la protección hipnótica de la Hermana Judith sea suficiente para permitirle superar la prueba. Afortunadamente, vosotros dos y la Hermana Magdalene sois los únicos que puede delatar... pero os quiero aquí, seguros, hasta que Magdalene averigüe lo que pueda. O sea descubierta - añadió pensativamente.

- ¡Oh, Judith nunca nos traicionará! - salté.

Agitó tristemente la cabeza.

- Hijo, cualquiera traicionará cualquier cosa bajo Investigación... a menos que esté adecuadamente protegido por hipno - compulsión. Ya veremos.

Preocupado con mis propios pensamientos, no había prestado atención a Zeb. Me sorprendió diciendo rabiosamente:

- Maestro, nos mantiene aquí como gallinas de corral... pero ha enviado a Maggie de cabeza en la boca del lobo. Supongamos que Judith habla. Detendrán inmediatamente a Maggie.

- Evidentemente. Es el riesgo que debemos correr, puesto que es la única espía de que disponemos. Pero no te preocupes por ella. Nunca la arrestarán., se suicidará antes.

Aquella información no me impresionó; estaba demasiado abstraído por el peligro que corría Judith. Pero Zeb estalló:

- ¡Esto es una canallada! Maestro, no debería haberla enviado.

- Disciplina, hijo - respondió van Eyck tranquilizadamente -. Contrólate. Esto es una guerra, y ella es un soldado. - Con ello dio por finalizada la discusión.

Así que esperamos... y esperamos... y esperamos. Es difícil explicar lo que se siente cuando uno no ha vivido bajo la sombra de la Inquisición. No conocíamos los detalles, pero a veces habíamos visto a algunos de los desgraciados que habían pasado por ella. Aunque los inquisidores no requirieran el auto de fe, la mente de la víctima quedaba habitualmente dañada, a menudo destrozada.

Al cabo de un rato, el Maestro Peter ordenó piadosamente al Celador Menor que nos examinara a los dos para averiguar nuestros progresos en el ritual de memorización. Zeb y yo hicimos malhumoradamente lo que se nos había indicado, y fuimos obligados con insistente amabilidad a concentrarnos en la intrincada retórica. De alguna manera, pasaron casi dos horas.

Finalmente sonaron tres golpes en la puerta, y el guardián dejó entrar a Magdalene. Salté de mi silla y corrí hacia ella.

- ¿Y bien? - pregunté -. ¿Y bien?

- Paz, John - respondió cansinamente -. La he visto.

- ¿Cómo está? ¿Se encuentra bien?

- Mejor de lo que tendríamos derecho a esperar. Su mente sigue intacta y, aparentemente, no nos ha traicionado. Por lo demás, tiene uno o dos rasguños... pero es joven y saludable; se recuperará.

Empecé a preguntarle más detalles, pero el Maestro me interrumpió secamente.

- Entonces, esto quiere decir que la han llevado a la Investigación. En ese caso, ¿cómo has conseguido verla?

- ¡Oh, eso! - Magdalene se alzó de hombros como si se tratara de algo que no valía la pena mencionar -. El inquisidor que lleva su caso resultó ser un antiguo conocido mío; arreglamos un intercambio de favores.

Zeb fue a interrumpirle, pero el Maestro restalló:

- ¡Silencio! - Luego añadió suspicazmente -: ¿El Gran Inquisidor no está llevando directamente el caso? Eso significa que no sospechan que pueda tratarse de nada relacionado con la Cabala.

- No lo sé. Aparentemente, Judith se desvaneció apenas iniciar la sesión; puede que no hayan tenido tiempo de indagar sobre esa posibilidad. De cualquier modo, solicité para ella un aplazamiento hasta mañana. La excusa fue dejarla recuperarse lo suficiente para poder seguir siendo interrogada. Empezarán de nuevo mañana por la mañana, a primera hora.

Van Eyck se golpeó con un puño la palma de su otra mano.

- ¡No deben empezar de nuevo... no podemos correr ese riesgo! ¡Celador Menor, quédate conmigo! ¡Los demás, salid! Excepto tú, Maggie.

Me marché con ganas de decir algo. Hubiera deseado decirle a Maggie que podía hacer una esterilla con mi pellejo con sólo levantar un dedo.

La cena de aquella noche fue toda una prueba. Después de que el capellán canturreara sus bendiciones, traté de comer y unirme a la conversación general, pero parecía tener un anillo duro en mi garganta que me impedía tragar. Sentado cerca de mí estaba Graciadediós Bearpaw, medio escocés, medio cherokee. Era un compañero de clase, pero no un amigo; hablábamos muy pocas veces, y esta noche estaba tan taciturno como siempre.

Durante la comida apoyó su bota contra la mía; la retiré impacientemente. Pero poco después su bota estaba de nuevo tocando la mía, y empezó a golpear contra ella:

-...estate quieto, idiota... - deletreé -. Ha sido decidido... será en tu guardia de esta noche... los detalles más tarde... come y habla... lleva una tira de cinta adhesiva a la guardia contigo... de quince por treinta centímetros... confirma el mensaje.

De algún modo conseguí confirmarle de vuelta el mensaje, mientras aparentaba seguir comiendo.

4

Relevamos la guardia a medianoche. Tan pronto como la sección de guardia se hubo marchado de nuestro puesto le dije a Zeb lo que Graciadediós me había transmitido durante la cena, y le pregunté si sabía el resto de mis instrucciones. No lo sabía. Yo deseaba hablar, pero él me cortó en seco; parecía incluso más nervioso que yo.

Así que anduve hasta mi puesto e intenté permanecer alerta. Aquella noche estábamos apostados en el extremo norte del parapeto oeste; nuestra torre cubría una de las entradas del Palacio. Había pasado aproximadamente una hora cuando oí un siseo procedente de una oscura entrada. Me acerqué cautelosamente y vi una forma femenina. Era demasiado baja para ser Magdalene y nunca llegué a saber quién era, porque deslizó un trozo de papel en mi mano y desapareció en el oscuro corredor.

Me reuní con Zeb.

- ¿Qué debo hacer? ¿Leerlo con mi linterna? Parece arriesgado.

- Ábrelo.

Lo hice, y descubrí que estaba cubierto con una fina escritura que brillaba en la oscuridad. Podía leerlo, pero su luminosidad era demasiado débil como para ser captada por ningún ojo electrónico. Decía:

A la mitad de la guardia, exactamente, cuando suene la primera campanada, entrarás en Palacio por la puerta donde recibiste esto. Una vez hayas andado cuarenta pasos, toma la escalera a tu izquierda; sube dos pisos. Avanza cincuenta pasos hacia el norte. La puerta iluminada de tu derecha conduce a los aposentos de ¡as Vírgenes; habrá un guardia en ella. No se te resistirá, pero deberás usar una bomba paralizante para proporcionarle una coartada. La celda que buscas es ¡a del extremo más alejado del corredor central que va de este a oeste. Habrá una luz sobre la puerta y una Virgen de guardia. No es una de las nuestras. Debes dejarla completamente fuera de combate, pero

tienes prohibido matarla o hacerle algún daño. Utiliza la cinta adhesiva para amordazarla y tápale los ojos, y ácala con sus propias ropas. Toma sus llaves, entra en la celda, y toma a la Hermana Judith. Probablemente estará inconsciente. Llévala hasta tu puesto y entrégasela al celador de tu guardia.

Debes actuar rápidamente desde el momento en que paralices al guardia, puesto que es probable que algún otro te vea cuando atraveses la puerta iluminada y dé inmediatamente la alarma.

No te tragues esta nota; la tinta es venenosa. Échala en el pozo de incineración que hay al principio de las escaleras.

Ve con Dios.

Zeb la leyó por encima de mi hombro.

- Todo lo que necesitas - dijo ceñudo - es la habilidad de hacer milagros. ¿Asustado?

- Sí.

- ¿Quieres que te acompañe?

- No. Creo que es mejor que cumplamos las órdenes tal como nos las han dado.

- Sí, es mejor... si es que conozco como creo al Maestro de la logia. Además, puede suceder que me vea obligado a matar a alguien mientras tú abandonas la guardia. Te cubriré la retirada.

- Supongo que sí.

- Ahora callemos y cumplamos con nuestro deber. - Volvimos a pasear por nuestros puestos.

Cuando sonaron las dos campanadas de la mitad de la guardia, apoyé mi lanza contra la pared, y me quité la espada y la cota y el casco y el resto de la chatarra ceremonial que podían molestarme para el trabajo. Zeb extendió su mano cubierta por el guantelete y se la estreché. Luego me lancé.

Dos... cuatro... seis... cuarenta pasos. Tanteé la oscuridad de la pared de mi izquierda y encontré la abertura, palpé con el pie. ¡Ah, ahí estaban los escalones! Estaba en una parte del Palacio donde nunca antes había ido; avancé en la oscuridad, contando silenciosamente y deseando que la persona que había escrito mis órdenes supiera lo que se hacía. Un piso, dos pisos... estuve a unto de caer de bruces cuando di el paso hacia el «último» escalón inexistente.

¿Dónde estaba el pozo de incineración? Debía hallarse al nivel de la mano, y las instrucciones decían «al principio de las escaleras». Estaba debatiéndome frenéticamente entre encender la linterna o correr el riesgo de guardar el papel cuando mi mano izquierda tocó su pasador; con un suspiro de alivio, eché la evidencia que podía incriminar a muchos otros. Iba ya a irme cuando me sentí de pronto inundado por el pánico. ¿Era aquél realmente el pozo de incineración? ¿No podía ser la puerta de un montacargas? Volví atrás para comprobarlo, lo abrí y metí la mano.

Me la chamuscó incluso a través del guantelete; volví a cerrar la puerta con alivio y decidí seguir al pie de la letra las instrucciones, sin dejar asomar ninguna otra duda. Pero cuarenta pasos más al norte el pasadizo giraba en un recodo, y esto no estaba mencionado en mis órdenes; me detuve a hacer un cauteloso reconocimiento de los alrededores, observando el otro lado del recodo a la altura del suelo.

A veinticinco pasos de distancia estaba el guardia y la puerta. Se suponía que era uno de los nuestros, pero preferí no correr riesgos. Saqué una bomba de mi cinto, la gradué a tuntas al mínimo de intensidad, tiré del percutor, y conté cinco segundos para permitir que alcanzara el punto crítico. Luego la tiré y me acurruqué tras el recodo para protegerme de los rayos.

Aguardé otros cinco segundos y asomé de nuevo la cabeza. El guardia yacía en el suelo, sangrando ligeramente de una herida que probablemente le había hecho en la frente un fragmento del casco de la bomba al estallar. Eché a correr hacia allí y salté por

encima de él, intentando apresurarme y mantenerme tranquilo al mismo tiempo. El pasillo central de los aposentos de las Vírgenes estaba oscuro, con sólo unas cuantas luces nocturnas de color azul encendidas, pero se veía lo suficiente, y alcancé con rapidez el final del pasaje... y me oculté entre las sombras. La guardiana femenina ante la celda, en lugar de pasear arriba y abajo, estaba sentada en el suelo con la espalda apoyada contra la puerta.

Probablemente estaba dormitando, porque no se movió al primer momento. Al oír el ruido se giró, me vio, y no tuvo tiempo de reaccionar; yo ya estaba sobre ella. Mi mano izquierda ahogó su grito; con el borde de mi mano derecha golpeé su cuello... no un golpe mortal, pero tampoco tenía tiempo de andarme con gentilezas; se derrumbó como un fardo.

Primero la mitad de la cinta adhesiva contra su boca, luego la otra mitad contra sus ojos, luego rasgar un trozo de su vestido para atarla... y correr, correr, correr todo el tiempo, porque un hombre de seguridad podía haber estado observando el ojo que seguramente había en la puerta principal y haber visto al guardia inconsciente. Encontré las llaves en una cadena que llevaba alrededor de su cintura y se las arranqué con una silenciosa disculpa por lo que le había hecho. Su menudo cuerpo era casi de niña; parecía incluso más indefensa que Judith.

Pero no tenía tiempo para los reproches; hallé la llave correcta, abrí la puerta... y mi amor estuvo en mis brazos.

Estaba profunda e inquietamente dormida, y probablemente drogada. Lanzó un quejido cuando la levanté, pero no se despertó. Pero sus ropas se deslizaron hacia un lado y vi algo de lo que le habían hecho... y me prometí por mi vida, mientras corría, que le haría pagar aquello siete veces, si es que podía resistirlo, al hombre que se lo había hecho.

El guardia seguía todavía allá donde lo había dejado. Pensé que todo había salido a la perfección, sin haber sido detectado ni descubierto por nadie, y estaba precisamente saltando sobre él cuando oí un grito ahogado detrás de mí, en el corredor. ¿Por qué las mujeres estarán siempre tan desasosegadas por la noche? Si aquella mujer no se hubiera levantado de la cama, sin duda para hacer algo que debería haber hecho antes de acostarse, yo no hubiera sido visto absolutamente por nadie.

Era demasiado tarde para reducirla al silencio, así que simplemente eché a correr. Una vez doblé el recodo me hallé en una acogedora oscuridad, pero me pasé la escalera, tuve que volver atrás y tantear el camino en su busca... luego tuve que bajar escalón tras escalón. Pude oír gritos y agudas voces en algún lugar tras de mí.

Justo cuando llegué al nivel del suelo, vi que el portal se silueteaba contra el cielo nocturno ante mí, todas las luces se encendían, y las alarmas empezaban a sonar. Corrí los últimos pocos pasos que me quedaban y casi caí en brazos del capitán van Eyck. Me arrebató la carga de entre mis brazos y, sin una palabra, echó a correr hacia la esquina del edificio. Me quedé mirándole como alelado hasta que Zeb me devolvió a mis sentidos trayéndome mi cota y mis pertrechos y colocándomelos entre los brazos.

- ¡Despierta de una vez, hombre! - siseó -. Esta alarma general es para nosotros. Se supone que estás de guardia.

Me colocó la espada mientras yo me ajustaba la cota, luego dejó caer el casco sobre mi cabeza y metió la lanza en mi mano izquierda. Después regresamos junto al portal, las pistolas dispuestas, todas las medidas de seguridad tomadas, tal como rezaba el manual de alertas generales. Pendientes de otras órdenes, no se esperaba ni se nos permitía que hiciéramos nada más, puesto que la alarma no se había producido en nuestro puesto.

Permanecimos inmóviles como estatuas durante varios minutos. Podíamos oír el sonido de pies corriendo y órdenes. El Oficial de Día pasó corriendo junto a nosotros en dirección al Palacio, ajustándose su malla sobre su pijama mientras corría. Casi terminé con él de un disparo antes de que respondiera a mi contraseña. Luego apareció la sección de relevo de la guardia, con el celador de relevo a la cabeza.

Gradualmente, la excitación se fue calmando; las luces siguieron encendidas, pero alguien desconectó la alarma. Zeb aventuró un susurro:

- ¿Qué demonios ha ocurrido? ¿Te salió algo mal?

- Sí y no. - Le expliqué lo de la Hermana insomne.

- Hummm... Bueno, hijo, esto te enseñará que no debes ir tonteando por ahí con mujeres cuando estás de guardia.

- Te equivocas, no estaba tonteando con ella. Simplemente salió de su celda.

- No me refería a esta noche - dijo fríamente.

Me callé.

Aproximadamente media hora más tarde, mucho antes de terminar la guardia, la sección de relevo apareció otra vez. Su celador les dio el alto, nuestros dos relevos salieron de la fila, y nosotros ocupamos sus lugares en ella. Nos dirigimos al puesto de guardia, deteniéndonos dos veces más en el camino para efectuar los correspondientes relevos y recoger a los hombres de nuestra propia sección.

5

Nos ordenaron detenernos en el patio interior, frente a la puerta del cuerpo de guardia, y nos dejaron allí en posición de firmes. Permanecimos de ese modo durante cincuenta mortales minutos, hasta que el Oficial de Día apareció y empezó a examinarnos. Un hombre de la última fila se movió ligeramente. Aquello hubiera pasado desapercibido en una revista de uniformes, incluso en presencia del Profeta, pero esta noche el Oficial de Día le reprendió enérgicamente, y el capitán van Eyck anotó su nombre.

El Maestro Peter parecía tan furioso como indudablemente lo estaba su superior. Anotó varias otras infracciones, incluso se detuvo frente a mí y le dijo al ordenanza del cuerpo que anotara mi nombre por «botas mal limpiadas»... lo cual era una calumnia, a no ser que las hubiera estropeado a fuerza de tanto limpiarlas. No me atreví a bajar la vista para comprobarlo, pero le miré directamente a los ojos y no dije nada, mientras él me devolvía fríamente la mirada.

Pero su comportamiento me recordó la lección que me había dado Zeb acerca de la intriga. La conducta de van Eyck era perfectamente la de un oficial subalterno que se ve puesto en evidencia y avergonzado por sus propios hombres; ¿cómo debería actuar yo si de hecho fuera completamente inocente?

Irritado, decidí... irritado y ofendido. Interesado y estimulado por la excitación al principio, luego irritado por tener que estar tanto tiempo en posición de firmes como la plebe. Estaban intentando ablandarnos con la tensión de la espera; ¿qué habría pensado yo de todo aquello, digamos dos meses antes? Absolutamente seguro de mi propia virtud, me habría sentido ofendido y humillado... permaneciendo allí de pie como un paria aguardando el privilegio de una tarjeta de racionamiento, aguardando a ser reprendido como un cadete con una mancha de sopa en su uniforme.

Cuando llegó el Comandante de la Guardia, casi una hora más tarde, mis labios estaban blancos por la rabia. El proceso era fingido, pero la emoción era real. Nunca me había gustado nuestro Comandante. Era un hombre pequeño y altivo, con unos ojos fríos y una forma de mirar que parecía atravesar a sus oficiales subordinados en lugar de fijarse en ellos. Se detuvo frente a nosotros con sus ropas sacerdotales echadas hacia atrás sobre sus hombros y sus dedos clavados en el cinto de su espada.

Nos miró a todos.

- El Cielo me asista, Ángeles del Señor - dijo pausadamente, en medio de un silencio mortal... y luego aulló -: ¿Y bien?

Nadie respondió.

- ¡Hablad! - rugió -. Alguno de vosotros sabe lo que ha pasado. ¡Respondedme! ¿O preferís enfrentaros todos a la Investigación?

Un murmullo recorrió las filas... pero nadie habló.

Paseó de nuevo la mirada por todos nosotros. Sus ojos se clavaron en mí, y yo le devolví belicosamente la mirada.

- ¡Lyle!

- ¿Sí, reverendo señor?

- ¿Qué sabes tú de esto?

- ¡Sólo sé que me gustaría sentarme un poco, respetado señor!

Frunció el ceño, luego sus ojos cobraron un resplandor de fría diversión.

- Es mejor estar de pie frente a mí, hijo mío, que sentado ante el Inquisidor. - Pero pasó de largo e inspeccionó al hombre que estaba junto a mí.

Estuvo hurgándonos incesantemente durante un buen rato, pero Zeb y yo recibimos aparentemente la misma atención que todos los demás. Al final, pareció darse por vencido y se dirigió al Oficial de Día para que nos hiciera romper filas. Pero no me engañaba; estaba seguro de que cada palabra dicha había sido grabada, cada expresión filmada, y que los analistas estarían cotejando los datos de todos nosotros con nuestros anteriores esquemas de comportamiento antes de que llegáramos de vuelta a nuestras habitaciones.

Pero Zeb es una maravilla. Ya estaba chismorreando acerca de los acontecimientos de la noche, especulando inocentemente acerca de lo que había podido causar tanto jaleo, antes incluso de que llegáramos a nuestro aposento. Yo intenté responder siguiendo lo que había decidido era mi propia «correcta» reacción, y gruñí acerca de la forma en que habíamos sido tratados.

- Somos oficiales y caballeros - me quejé -. Si piensa que somos culpables o algo así, preferiría una acusación formal.

Me acosté aún refunfuñando, pero permanecí despierto y preocupado. Intenté decirme a mí mismo que Judith debía haber logrado alcanzar un lugar seguro, o de otro modo el alto mando no iría tan a ciegas al respecto. Pero finalmente me quedé dormido en medio de mis preocupaciones.

Sentí que alguien me tocaba y me desperté instantáneamente. Luego me relajé cuando me di cuenta de que mi mano estaba siendo sujetada en el apretón de reconocimiento de la logia.

- Tranquilo - susurró en mi oído una voz que no pude reconocer -. Debo administrarte un cierto tratamiento para tu protección. - Sentí el pinchazo de una hipodérmica en mi brazo; en unos pocos segundos estaba relajado y soñoliento. La voz susurró -: No viste nada fuera de lo habitual en tu guardia de esta noche. Hasta que sonó la alarma tu guardia transcurrió sin el menor incidente... - No sé cuánto tiempo siguió la voz con aquello.

Fui despertado una segunda vez por alguien que me agitaba bruscamente. Enterré la cabeza bajo la almohada y dije:

- ¡Dejadme en paz! ¡Hoy perdono el desayuno!

Alguien me golpeó entre los omoplatos; me giré y me senté, parpadeando. Había cuatro hombres armados en la habitación, con las pistolas desenfundadas y apuntándome.

- ¡Arriba! - ordenó el que estaba más cerca de mí.

Llevaban el uniforme de los Ángeles, pero sin insignia alguna de unidad. Sus cabezas estaban cubiertas por una máscara negra que sólo dejaba al descubierto los ojos... y por esas máscaras los reconocí: eran censores del Gran Inquisidor.

Nunca creí realmente que aquello pudiera ocurrirme a mí. No a mí... no al Johnnie Lyle que siempre se había comportado ejemplarmente, llegando a ser el ejemplo de su

parroquia y el orgullo de su madre. ¡No! La Inquisición era una pesadilla, pero una pesadilla para pecadores... no para John Lyle.

Pero supe con enfermizo horror, cuando vi aquellas máscaras, que era ya un hombre muerto, que mi hora había llegado, y que ahora y allí estaba la pesadilla de la que ya no podría despertar.

Pero aún no estaba muerto. De algún lugar extraje el valor para pretender irritación.

- ¿Qué están haciendo aquí?

- Arriba - repitió la voz sin rostro.

- Muéstreme sus órdenes. No pueden simplemente sacar de la cama a un oficial cada vez que se les antoje...

El jefe hizo un gesto con su pistola; dos de sus compañeros me sujetaron por los brazos y me arrastraron hacia la puerta, mientras el cuarto empujaba por detrás. Pero soy bastante fuerte; se lo puse difícil, mientras protestaba:

- Déjenme al menos que me vista. No tienen derecho a arrastrarme así, medio desnudo, sea cual sea la emergencia. Tengo derecho a aparecer con el uniforme de mi rango.

Sorprendentemente, la protesta funcionó. El jefe se detuvo.

- De acuerdo. ¡Pero aprisa!

Me entretuve tanto como me fue posible mientras pretendía hacerlo todo con la máxima rapidez... encallando la cremallera de mi bota, colocándome torpemente cada prenda. ¿Cómo podía dejar alguna especie de mensaje para Zeb? ¿Algún tipo de señal que pudiera indicar a la hermandad lo que me había ocurrido?

Al final se me ocurrió algo, no lo más adecuado pero sí lo mejor que pude encontrar. Fui sacando todas las prendas posibles de mi armario, algunas que necesitaba, otras que no, y entre ellas un suéter. En el transcurso de coger todo lo que necesitaba conseguí dejar en el suelo el suéter con las mangas en la posición utilizada por los hermanos de la logia para indicar la Señal de Terrible Desgracia. Después de vestirme, empecé a coger el resto de las prendas esparcidas para colocarlas de nuevo en el armario; el jefe clavó inmediatamente su pistola en mis costillas y dijo:

- No importa que recoja eso. Ya está vestido.

Obedecí, dejando la prenda en el suelo. El suéter quedó exhibido allí como un símbolo para cualquiera que supiera leerlo. Mientras me sacaban fuera recé para que la sirvienta de nuestra habitación no llegara y «limpiara» aquel significado antes de la llegada de Zeb.

Me vendaron los ojos tan pronto como llegamos al Palacio interior. Descendimos seis pisos, cuatro por debajo del nivel del suelo por lo que pude deducir, y llegamos a un compartimiento inundado por el sobrecogedor silencio de una cripta. Me quitaron la venda de los ojos. Parpadeé.

- Siéntate, muchacho, siéntate y ponte cómodo. - Me encontré mirando directamente al rostro del Gran Inquisidor en persona, viendo su cálida sonrisa amistosa y sus ojos de perro pastor.

Su voz prosiguió amablemente:

- Lamento haberte sacado tan rudamente de tu caliente cama, pero nuestra Santa Iglesia necesita una cierta información. Dime, hijo mío, ¿temes al Señor? Oh, claro que sí; tu piedad es bien conocida. Así que no te importará ayudarme en este pequeño asunto aunque por culpa de ello llegues tarde al desayuno. Es para la mayor gloria de Dios. - Se giró hacia sus asistentes interrogadores, enmascarados y vestidos de negro, que aguardaban tras él -. Preparadlo... y os ruego que seáis benévolos.

Fui manejado rápida y bruscamente, pero no dolorosamente. Me tocaban como si fuera un objeto sin vida que debe ser manipulado tan impersonalmente como una maquinaria. Me desnudaron hasta la cintura y me aplicaron cosas, un vendaje elástico tensamente ajustado en torno a mi brazo derecho, electrodos en mis muñecas, otro par de electrodos en mis tobillos, un tercer par en mis sienes, un espejito en el pulso en mi garganta. Uno

de ellos hizo algunos ajustes en un panel de control en la pared de la izquierda, luego pulsó un interruptor, y en la pared opuesta una sombra mostró cómo funcionaba el interior de todo mi ser.

Una lucecita danzó con los latidos de mi corazón, una línea serpenteante en un iconoscopio exhibió las subidas y bajadas de mi presión sanguínea, otra parecida se movió con mi respiración, y había otras que yo no podía comprender. Giré mi cabeza para apartar la mirada y me concentré en recordar los logaritmos naturales del uno al cien.

- Ya ves nuestros métodos, hijo. Eficiencia y delicadeza, éstos son nuestros lemas. Ahora dime... ¿dónde la llevaste?

Interrumpí la cuenta en el logaritmo de ocho.

- ¿Llevar qué?

- ¿Por qué lo hiciste?

- Lo siento, Reverendísimo Señor. No sé qué se supone que pueda haber hecho.

Alguien me abofeteó duramente desde atrás. Las luces de la pared oscilaron y el Inquisidor las estudió atentamente, luego le dijo a un asistente:

- Inyéctale.

De nuevo mi piel fue picada por una hipodérmica. Me dejaron descansar mientras la droga surtía efecto; dejé transcurrir el tiempo mientras seguía esforzándome en recordar logaritmos. Pero eso empezó a hacérseme pronto difícil; cada vez me sentía más adormecido y lánguido, nada parecía tener importancia. Experimentaba una suave e infantil curiosidad hacia lo que me rodeaba, pero no miedo. Luego la suave voz del Inquisidor rompió mi ensoñación con una pregunta. No pude recordar cuál era, pero estoy seguro de que respondí con lo primero que me vino a la cabeza.

No tengo forma de saber cuánto tiempo duró aquello. A su debido tiempo me devolvieron a la dura realidad con otra inyección. El Inquisidor estaba examinando un ligero rasguño y un pequeño hematoma violáceo en mi antebrazo derecho. Me miró.

- ¿Quién te hizo esto, muchacho?

- No lo sé, Reverendísimo Señor. - Y en aquel instante era cierto.

Agitó la cabeza tristemente.

- No seas ingenuo, hijo mío... y no presumas que yo también lo soy. Déjame explicarte algo. Lo que vosotros pecadores nunca comprendéis es que el Señor siempre prevalece. Siempre. Nuestros métodos están basados en el amor, pero actúan con la absoluta certeza de una piedra cayendo, y con un resultado igualmente preestablecido.

»Primero le pedimos al pecador que se someta al Señor y responda en nombre de la bondad que prevalece en su corazón. Cuando este ruego de amor falla, como ha ocurrido contigo, entonces utilizamos los medios que Dios nos ha dado para abrir la mente inconsciente. Generalmente esto es todo lo más lejos que la Investigación necesita llegar... a menos que algún agente de Satán se nos haya adelantado y se haya metido en el sagrado tabernáculo de la mente.

«Ahora, hijo mío, acabo de regresar de un paso por dentro de tu mente. He encontrado allí muchas cosas buenas, pero he descubierto también, rodeada de tenebrosa oscuridad, una muralla que ha sido erigida por algún otro pecador, y lo que yo deseo, lo que la Iglesia necesita, se halla detrás de esa muralla.

Quizá yo mostrara un rastro de satisfacción, o quizá las luces indicaron algo, porque sonrió tristemente y añadió:

- Ningún muro de Satán puede detener al Señor. Cuando hallamos uno de esos obstáculos, podemos hacer dos cosas: disponiendo del tiempo suficiente, yo podría retirar ese muro suavemente, delicadamente, piedra a piedra, sin ningún daño para tu mente. Me gustaría disponer de ese tiempo, realmente me gustaría, porque en tu corazón eres un buen muchacho, John Lyle, y no perteneces a los pecadores.

»Pero aunque la eternidad es larga, el tiempo es corto; así que hay que recurrir al segundo camino. Podemos disgregar la falsa barrera en la mente inconsciente y efectuar

un asalto frontal contra la mente consciente, con los estandartes del señor guiándonos. - Apartó la vista de mí -. Preparadlo.

Sus ayudantes sin rostro ajustaron un casco metálico en mi cabeza e hicieron algunos otros arreglos en el panel de control.

- Ahora mira aquí, John Lyle. - Señaló un diagrama en la pared -. No dudo que conoces que el sistema nervioso humano es parcialmente de naturaleza eléctrica. Ésta es una representación esquemática de un cerebro, esta parte inferior es el tálamo; cubriéndolo se halla el córtex. Como puedes ver, cada uno de los centros sensoriales está señalado. Tus propias características electrodinámicas han sido analizadas; lamento decir que va a ser necesario heterodinar tus sentidos normales.

Empezaba a alejarse, luego se giró.

- A propósito, John Lyle, me he tomado la molestia de ocuparme yo personalmente de ti porque, en este estadio, mis ayudantes, con menos experiencia en el trabajo del Señor que mi humilde persona, confunden a veces el celo con la habilidad y transportan inesperadamente al pecador a su último destino. No deseo que esto te ocurra a ti. Eres simplemente una oveja descarriada y me propongo salvarte.

- Gracias, Reverendísimo Señor - dije.

- No me des las gracias a mí, dáselas al Señor a quien sirvo. De todos modos - continuó, frunciendo ligeramente el ceño -, este asalto frontal a la mente, aunque necesario, es inevitablemente doloroso. ¿Me perdonarás?

Vacilé tan sólo un instante.

- Le perdono, santo señor.

Miró a las luces y dijo irónicamente:

- Eso es una falsedad. Pero se te perdona esa falsedad; era bienintencionada. - Asintió en dirección a sus silenciosos ayudantes -. Empezad.

Una luz me cegó, una explosión estalló en mis oídos. Mi pierna derecha saltó de dolor, luego se agarrotó en un calambre interminable. Mi garganta se contrajo; me asfixiaba, e intenté vomitar. Algo me golpeó en el plexo solar; me doblé, y no pude expulsar el aire.

- ¿Adonde la llevaste?

Un ruido empezó a sonar, suave y blando, luego fue subiendo cada vez más alto, incrementándose en tono y decibelios, hasta que fue un millar de palabras lúgubres, un millón de cortantes alaridos, para luego extenderse en un ulular que impactaba contra la delgada pared de la razón.

- ¿Quién te ayudó?

Un calor de agonía se apoderó de mis ingles; no podía desembarazarme de él.

- ¿Por qué lo hiciste?

Una intolerable picazón se extendió por todo mi cuerpo, e intenté desgarrar mi piel... pero mis brazos no funcionaban. La picazón era peor que el dolor; hubiera preferido el dolor en vez de la terrible desazón.

- ¿Dónde está ella?

Luz... sonido... dolor... calor... convulsiones... frío... caída... luz y dolor... frío y caída... náusea y sonido.

- ¿Amas al Señor?

Calor abrasador y frío horrible... dolor, y un golpeteo en mi cabeza que me hizo gritar.

- ¿Adonde la llevaste? ¿Quién más estaba en esto? Ríndete y salva tu alma inmortal.

Dolor, y una infinita desnudez ante las tinieblas exteriores.

Supongo que me desmayé.

Alguien estaba abofeteándome en la boca.

- ¡Despierta, John Lyle, y confiesa! Zebadiah Jones te ha delatado.

Parpadeé y no dije nada. No era necesario simular un estado de ofuscación, ni hubiera podido conseguirlo. Pero las palabras me produjeron un tremendo shock, y mi cerebro estaba trabajando a toda velocidad, intentando coordinar las ideas. ¿Zeb? ¿El viejo Zeb?

¡El pobre viejo Zeb! ¿Acaso no habían tenido tiempo de procurarle también el tratamiento hipnótico? Ni siquiera se me ocurrió en aquel momento sospechar que Zeb se hubiera derrumbado únicamente bajo la tortura; simplemente supuse que habían sido capaces de alcanzar su mente inconsciente. Me pregunté si ya estaría muerto y recordé que había sido yo quien lo había metido en todo aquello, contra su buen juicio. Recé por su alma y recé para que pudiera perdonarme.

Mi cabeza se vio sacudida por otra tremenda bofetada.

- ¡Despierta! Puedes oírme... Jones ha revelado tus pecados.

- ¿Revelado qué? - murmuré.

El Gran Inquisidor apartó a un lado a sus asistentes y se inclinó sobre mí, con su afable rostro lleno de preocupación.

- Por favor, hijo mío, haz esto por el Señor... y por mí. Has sido valiente intentando proteger a tus compañeros pecadores de los frutos de su locura, pero te fallaron y tu obstinado coraje ya no significa nada. No vayas al juicio con esto sobre tu alma. Confiesa, y deja que la muerte venga con tus pecados perdonados.

- ¿Así que tienen intención de matarme?

Me miró ligeramente molesto.

- Yo no he dicho eso. Sé que no tienes miedo a la muerte. Lo que deberías temer es presentarte al Hacedor con tus pecados aún en tu alma. Abre tu corazón y confiesa.

- Reverendísimo Señor, no tengo nada que confesar.

Se giró y dio nuevas órdenes en tono bajo y suave.

- Proseguid. Esta vez con los medios mecánicos; no deseo quemar su cerebro.

No es necesario describir lo que quería dar a entender con «medios mecánicos», y no tiene sentido hacer este relato innecesariamente espantoso. Sus métodos no diferían demasiado de las técnicas de tortura realizadas en la Edad Media y aún más recientemente... excepto que su conocimiento del sistema nervioso humano era incomparablemente mayor, y su conocimiento del comportamiento psicológico hacía sus operaciones más eficaces. Además, tanto él como sus ayudantes se comportaban como si estuvieran completamente libres de cualquier placer sádico en su trabajo; lo efectuaban con una fría eficiencia.

Pero olvidemos los detalles.

No tengo idea de cuánto tiempo duró aquello. Debieron de actuar repetidamente sobre mí, pues mi memoria consciente sólo recuerda recibir un cubo de agua helada en el rostro, no una vez sino muchas veces, como una pesadilla recurrente... seguido cada vez por la inevitable hipodérmica. No creo que les dijera nada de importancia mientras estaba consciente, y las instrucciones hipnóticas a mi subconsciente debieron protegerme mientras estaba desvanecido. Me parece recordar que intentaban acusarme de pecados que yo nunca había cometido; no puedo recordar su naturaleza.

Recuerdo vagamente que en un determinado momento estaba semiconsciente y oí una voz que decía:

- Puede soportar más. Su corazón es fuerte.

Estuve agradablemente muerto durante un largo tiempo, pero finalmente me desperté como de un largo sueño. Estaba envarado, y cuando intenté girarme me dolió terriblemente el costado. Abrí los ojos y miré a mi alrededor; estaba en una cama, en una pequeña habitación desprovista de ventanas pero alegre. Una mujer joven de rostro agradable con uniforme de enfermera acudió rápidamente a mi lado y me tomó el pulso.

- Hola.

- Hola - respondió -. ¿Cómo te encuentras? ¿Mejor?

- ¿Qué ha ocurrido? - pregunté -. ¿Ha terminado todo? ¿O es tan sólo un descanso?

- Silencio - me reconvino -. Aún estás demasiado débil para hablar. Pero ya ha pasado todo... estás a salvo entre los hermanos.

- ¿He sido rescatado?

- Sí. Ahora cállate. - Alzó mi cabeza y me dio algo de beber. Volví a dormirme.

Necesité varios días para recuperarme y saber lo que había ocurrido. La enfermería en la que desperté formaba parte de una serie de subsótanos bajo los propios sótanos de un almacén de Nueva Jerusalén; había alguna especie de conexión entre él y la habitación de la logia debajo del Palacio... aunque no podía decir exactamente de qué modo; nunca antes había estado allí. Consciente, quiero decir.

Zeb vino a verme tan pronto como me fue permitido recibir visitas. Intenté alzarme de la cama.

- ¡Zeb! Zeb, muchacho... ¡creía que estabas muerto!

- ¿Quién? ¿Yo? - Vino hacia mí y estrechó mi mano izquierda -. ¿Quién te hizo creer eso?

Le expliqué el truco que había empleado el Inquisidor para hacerme hablar. Agitó la cabeza.

- Ni siquiera fui arrestado. Gracias a ti, compañero. Johnnie, nunca volveré a llamarte estúpido. Si no hubieras dejado aquel destello de genio doblando aquel suéter de modo que yo pudiera interpretar lo que querías decirme, nos hubieran agarrado a los dos, y ninguno de nosotros hubiera salido con vida de eso. Al ver aquello, acudí rápidamente al capitán van Eyck. Me dijo que me ocultara inmediatamente en la habitación de la logia, y luego planeamos tu rescate.

Yo deseaba preguntarle cómo lo habían conseguido, pero mi mente saltó a otro asunto más importante.

- Zeb, ¿dónde está Judith? ¿Puedes ir a buscarla y traérmela? Mi enfermera lo único que hace es sonreír y decirme que descanse.

Pareció sorprendido.

- ¿No te lo han dicho?

- ¿Decirme qué? No, no he visto a nadie excepto la enfermera y el médico, y me tratan como a un idiota. No me tengas en suspenso, Zeb. ¿Algo ha ido mal? ¿Está ella bien... lo está?

- ¡Oh, seguro! Pero ahora está en México... hace dos días que recibimos un mensaje por circuito sensitivo.

Mi debilidad física casi me hizo llorar.

- ¡Se ha ido! ¿Por qué? ¡Ha sido una maldita mala pasada! ¿Por qué no podía haber esperado hasta que yo estuviera lo suficientemente bien como para decirle adiós?

- Hey, mira, estúpido... no, olvida ese «estúpido»; no lo eres - dijo Zeb rápidamente -. Mira, muchacho, tu calendario está un tanto embarullado. Ella ya estaba en camino antes de que tú fueras rescatado, antes de que estuviéramos seguros de que podías ser rescatado. No pensarás que los hermanos podían hacerla regresar tan sólo para que pudierais arrullaros un poco, ¿no?

Pensé en aquello y me calmé un poco. Tenía sentido, aunque me hacía sentirme amargamente decepcionado. Cambió de tema.

- ¿Cómo te encuentras?

- Oh, muy bien.

- Me han dicho que mañana te quitarán ese trasto de la pierna.

- ¿Sí? A mí no me lo han dicho. - Me giré un poco, intentando ponerme cómodo -. Estoy casi más ansioso de que me quiten este corsé, pero el médico dice que aún lo he de llevar varias semanas.

- ¿Cómo te va la mano? ¿Puedes mover bien los dedos?

Lo intenté.

- Bastante bien. Quizá tenga que escribir con la izquierda por un tiempo.

- En resumen, parece que eres demasiado malo para morirte, viejo amigo. A propósito, si te sirve de consuelo, el tipo que trabajó a Judith resultó muerto en la incursión de tu rescate.

- ¿Sí? Lo siento. Había planeado reservármelo para mí.

- No lo dudo, pero hubieras tenido que pedir turno, si hubiera sobrevivido. Había montones de gentes que deseaban lo mismo. Yo, por ejemplo.

- Pero yo había pensado algo especial para él... hacer que se comiera las uñas.

- ¿Qué se comiera las uñas? - Zeb se mostró desconcertado.

- Hasta llegar a los codos, ¿entiendes?

- Oh - Zeb sonrió agriamente -. No te creía tan imaginativo, muchacho. Pero ya está muerto, así que no podemos tocarlo.

- Ha estado infernalmente de suerte. Zeb, ¿por qué no lo arreglaste para encargarte tú mismo de él? ¿O lo intentaste, pero las cosas fueron demasiado precipitadas como para realizar un buen trabajo?

- ¿Yo? Si ni siquiera participé en la incursión de rescate. No volví más por Palacio.

- ¿Eh?

- No pensarás que seguía aún en la guardia, ¿verdad?

- La verdad es que no he tenido tiempo de pensar siquiera en ello.

- Bueno, naturalmente no podía volver después de haberme ocultado para evitar el arresto; estaba fichado. No, mi querido amigo, tú y yo somos desertores del Ejército de los Estados Unidos... con cada policía y cada jefe de puesto del país ansioso por ganar la recompensa ofrecida por nuestra captura.

Silbé suavemente, y me dejé empapar por todas las implicaciones de aquella observación.

6

Me había unido a la Cabala siguiendo un impulso. Seguramente bajo la tensión de haberme enamorado de Judith y por la excitación de los acontecimientos que me habían arrollado como resultado de conocerla, no había tenido tiempo de razonar calmadamente. No había roto con la Iglesia como resultado de una decisión filosófica. Por supuesto, sabía por pura lógica que unirme a la Cabala significaba romper con todos mis lazos anteriores, pero este hecho aún no me había golpeado emocionalmente. ¿Qué iba a ser seguir viviendo sin volver a vestir nunca más el uniforme de un oficial y un caballero? Había estado orgulloso de pasear por la calle, de entrar en un lugar público, consciente de que todos los ojos estaban fijos en mí.

Aparté todo aquello de mi mente. La reja estaba en el surco, mi mano en el arado; no podía volverme atrás. Tenía que seguir hasta que venciéramos o hasta que fuéramos quemados por traición.

Descubrí a Zeb mirándome irónicamente.

- ¿Estás asustado, Johnnie?

- No. Pero aún no me he adaptado. Las cosas han ido muy aprisa.

- Lo sé. Bueno, podemos dejar de pensar en la paga del retiro, y nuestro número de promoción en West Point ya no tiene importancia. - Se quitó el anillo de la Academia, lo lanzó al aire, lo atrapó y se lo metió en el bolsillo -. Pero hay un trabajo que hacer, muchacho, y descubrirás que es también un trabajo militar... auténticamente militar. Personalmente, yo ya estaba harto de tanto limpiar y pulir, y no me importa no volver a oír nunca más las arengas y el «¡Oficiales, firmes!», y el «Centinela, ¿qué hay de nuevo?». La hermandad hará mejor uso de nuestros talentos... y eso es lo que realmente importa.

El Maestro Peter van Eyck vino a verme un par de días más tarde. Se sentó al borde de mi cama y cruzó las manos sobre su abdomen mientras me miraba.

- ¿Te sientes mejor, hijo?
- Podría levantarme si el médico me dejara.
- Estupendo. Estamos escasos de gente; cuanto menos tiempo pase un oficial entrenado en la lista de los enfermos, mejor. - Hizo una pausa y se mordisqueó el labio -. Pero no sé exactamente qué hacer contigo.
- ¿En? ¿Señor?
- Francamente, en primer lugar, tú nunca hubieras debido ser admitido en la Orden... una misión militar nunca debe mezclarse con asuntos del corazón. Confunde las motivaciones, ocasiona decisiones falsas. En segundo lugar, desde que te aceptamos, hemos tenido que mostrar nuestra fuerza en acciones que, desde un punto de vista estrictamente militar, nunca hubieran debido realizarse.
- No respondí; no había ninguna respuesta... tenía razón. Mi rostro ardió abochornado.
- No enrojecas por ello - añadió bondadosamente -. Por otro lado, es bueno para la moral de los hermanos alguna acción militar de tanto en tanto. El asunto es, ¿qué hacer contigo? Eres un chico resistente, aguantaste bien, pero... ¿comprendes realmente los ideales de libertad y dignidad humanas por los cuales luchamos?
- Maestro... quizá mi cerebro no sea muy brillante, y el Señor sabe que es cierto que nunca he pensado mucho en política. ¡Pero sé del lado que estoy!
- Asintió.
- Eso es suficiente. No podemos esperar que cada hombre sea su propio Tom Paine.
- ¿Su propio qué?
- Thomas Paine. Pero por supuesto no habrás oído hablar nunca de él. Búscalo en nuestra biblioteca cuando tengas ocasión. Es algo muy inspirador. Pero volvamos a tu destino. Sería muy fácil ponerte en algún trabajo burocrático aquí... tu amigo Zebadiah ha estado trabajando dieciséis horas diarias intentando poner un poco de orden en nuestro sistema de archivo. Pero no puedo desperdiciaros en trabajos de oficina. ¿Cuál es tu materia preferida, tu especialidad?
- No sé, señor, aún no he ejercido ninguna.
- Entiendo. Pero, ¿cuál era tu fuerte? ¿Cómo te desenvolvías en aplicación de milagros y en psicología de masas?
- Era bastante bueno en milagros, pero me temo que demasiado torpe en psicodinámica. Mi materia más fuerte era la balística.
- Bueno, no podemos tenerlo todo. Necesitaba un técnico en moral y propaganda, pero si no puedes, no puedes.
- Zeb era el número uno en su clase en psicología de masas, Maestro. El comandante lo apremiaba para que entrara en el sacerdocio.
- Lo sé y lo utilizaremos, pero no aquí. Está demasiado interesado en la Hermana Magdalene; no quiero que las parejas trabajen juntas. Eso puede distorsionar sus juicios. En cuanto a ti, me pregunto si no harías un buen asesino.
- Lo dijo seriamente, pero como sin darle casi importancia; me costó trabajo creerle. Siempre había pensado, y lo había dado por seguro, que el asesinato era uno de los pecados innombrables, como el incesto o la blasfemia. Salté:
- ¿Los hermanos utilizan el asesinato?
- ¿En? ¿Por qué no? - Van Eyck estudió mi rostro -. Oh, lo había olvidado. John, ¿matarías al Gran Inquisidor si tuvieras la oportunidad?
- Bueno... sí, por supuesto. Pero me gustaría hacerlo en una pelea abierta.
- ¿Crees que alguna vez se te presentaría esa oportunidad? Ahora supongamos que nos hallamos en el día en que la Hermana Judith fue arrestada por él. Supongamos que tú podrías detenerlo matándolo... pero tan sólo si lo envenenaras, o lo apuñalaras por la espalda. ¿Qué es lo que harías?
- ¡Lo mataría! - respondí fieramente.
- ¿Sentirías alguna vergüenza, alguna culpa?

- ¡Ninguna!

- Aja. Pero él es tan sólo uno entre muchos en esa maldad. El hombre que come carne no puede burlarse del carnicero... y cada obispo, cada ministro de Estado, cada hombre que se beneficia de esta tiranía, y así hasta el propio Profeta, es un cómplice ante el hecho de cada asesinato cometido por los inquisidores. El hombre que perdona un pecado porque disfruta del resultado de ese pecado es también culpable del mismo. ¿Lo entiendes?

A duras penas, porque lo que yo había aprendido era la doctrina ortodoxa. Me sentía desconcertado ante su nueva aplicación. Pero el Maestro Peter seguía hablando:

- Pero nosotros no nos recreamos en la venganza... la venganza sigue perteneciendo al Señor. Jamás te enviaría contra el Inquisidor creyendo que podías regocijarte personalmente de ello. Nosotros no tentamos a un hombre con el pecado como cebo. Lo que hacemos, lo que estamos haciendo, es emprender una operación militar calculada en una guerra que ya ha comenzado. Un hombre clave es a menudo más valioso que un regimiento; elegimos a ese hombre clave y lo eliminamos. El obispo de una diócesis puede ser este hombre; el obispo del Estado adyacente puede ser tan sólo un chapucero, sostenido por el sistema. Matamos al primero, y dejamos al segundo donde está. Gradualmente vamos eliminando sus mejores cerebros. Ahora... - se inclinó hacia mí -, ¿te gustaría un trabajo relacionado con esos hombres claves? Es un trabajo muy importante.

Tenía la impresión de que, en aquel asunto, había alguien que me estaba enfrentando constantemente a los hechos, en lugar de permitirme esquivar los hechos desagradables de la forma en que la mayor parte de la gente consigue hacerlo a lo largo de sus vidas. ¿Podría soportar una tal misión? ¿Podía rechazarla, puesto que el Maestro Peter había dado a entender que tales asesinatos eran voluntarios, rechazarla e intentar ignorar dentro de mi corazón que se estaba produciendo y que debía disculparla?

El Maestro Peter estaba en lo cierto; el hombre que compra la carne es hermano del carnicero. Eso eran escrúpulos, no moral... como el hombre que aprueba la pena capital pero es demasiado «bueno» como para tirar él mismo de la cuerda o manejar el hacha. Como la persona que considera la guerra inevitable y en ciertas circunstancias moral, pero evita el servicio militar porque no le gusta el simple pensamiento de matar.

Niños emocionales, imbéciles éticos... la mano izquierda debe saber lo que hace la derecha, y el corazón es responsable de ambas. Respondí casi inmediatamente:

- Maestro Peter, estoy dispuesto a servir... de la forma en que mejor considere la hermandad.

- ¡Buen chico! - Se relajó un poco, y continuó -: Entre nosotros, es el trabajo que ofrezco a todos los nuevos reclutas cuando no estoy seguro de que comprenden que no se trata de un juego de pelota, sino de una causa a la que se deben dedicar sin ninguna reserva... a la que deben dedicar su vida, su fortuna, su sagrado honor. No tenemos lugar para el hombre que desea dar órdenes pero no aceptarlas.

Me sentí aliviado.

- Entonces, ¿no hablaba en serio cuando me ofrecía el trabajo de asesino?

- ¿Eh? Normalmente no; pocos hombres son aptos para ello. Pero en tu caso sí hablaba en serio, porque sabemos que posees una cualidad indispensable y no muy común.

Intenté pensar qué era tan especial en mí, y no conseguí descubrir nada.

- ¿Señor?

- Bueno, finalmente serás atrapado, por supuesto. A tres de cada siete misiones de asesinato cumplidas les está ocurriendo... un buen promedio, pero debemos mejorarlo porque andamos escasos de hombres. Pero contigo sabemos que cuando te atrapen y te pongan bajo Interrogación, no te derrumbarás.

Mi rostro debió reflejar mis sentimientos. ¿La Investigación? ¿De nuevo? Aún estaba medio muerto de la primera vez. El Maestro Peter dijo amablemente:

- Naturalmente, no tendrás que pasar otra vez por todo esto. Siempre protegemos a los asesinos; lo arreglamos de tal modo que puedan suicidarse fácilmente. No tienes que preocuparte.

Créame, habiendo pasado una vez por la Investigación, aquella seguridad no me pareció cruel, sino más bien reconfortante.

- ¿Cómo, señor?

- ¿Eh? Oh, hay una docena de formas distintas. Nuestros cirujanos pueden prepararte un dispositivo explosivo que te permita morir por mucho que te aten. Existe también el diente hueco, desde luego, con cianuro o algo así... pero los investigadores se van dando cuenta de ello; a veces les abren e inmovilizan la boca.

Pero hay muchas otras formas. Por ejemplo... - abrió los brazos y los echó hacia atrás, pero no mucho -, si yo echara los brazos más atrás en una posición que ningún hombre supondría sospechosa, una pequeña cápsula entre mis omoplatos se rompería y terminaría conmigo en el acto. Sin embargo, tú podrías estar golpeándome la espalda todo el día sin conseguir romperla.

- Esto... ¿es usted un asesino, señor?

- ¿Yo? ¿Cómo podría serlo, en mi trabajo? Pero todos los nuestros que se hallan en posiciones de máxima exposición están cargados... es lo menos que podemos hacer por ellos. Además, llevo una bomba en mi vientre - se palmeó el abdomen -, que puede llevarse conmigo a un número considerable de personas si lo considero conveniente.

- Yo hubiera podido utilizar una de éstas la otra semana - dije enfáticamente.

- Estás aquí, ¿no? No menosprecies tu suerte. Si necesitas una, la tendrás. - Se levantó y se dispuso a irse -. Mientras tanto, no te hagas ninguna idea especial acerca de ser seleccionado como ejecutor. El grupo de evaluación psicológica deberá decidir si eres apto, y son hombres duros de convencer.

Pese a sus palabras, seguí pensando en ello, por supuesto, aunque dejé de preocuparme. Poco después me dedicaron a trabajos de menor importancia, y pasé varios días leyendo las pruebas del Iconoclasta, un pulcro y suavemente crítico panfleto reformista que utilizaba la Cabala para facilitar la labor de sus misioneros de campo. Era el típico «Sí pero...», abiertamente leal al Profeta pero exactamente el tipo de lectura susceptible de despertar las dudas en las mentes de los obstinados e intolerantes. Su causticidad residía en cómo se decían las cosas, no en las cosas que se decían. Había visto incluso ejemplares del mismo en el Palacio.

Conocí también algunas de las ramificaciones del sorprendente cuartel general subterráneo de Nueva Jerusalén. El almacén que estaba sobre nosotros pertenecía a un antiguo Gran Maestro, y era un medio de comunicación extremadamente importante con el mundo exterior. Sus estanterías nos alimentaban y vestían; a través de las líneas visiofónicas comerciales del almacén podíamos conectar con el exterior y efectuar incluso llamadas intercontinentales, cifrando el mensaje por si las líneas estaban intervenidas. Los camiones de reparto del almacén podían ser utilizados para transportar fugitivos de o a nuestro cuartel general clandestino... supe que Judith había iniciado así su viaje, facturada en una caja especial como botas de caucho. La amplitud de las operaciones comerciales del almacén era una pantalla completa y plausible para nuestras extensas operaciones.

El éxito de una revolución es una empresa de gran envergadura... no nos engañemos al respecto. En un Estado moderno, complejo y altamente industrializado, una revolución no pueden hacerla un puñado de conspiradores murmurando en torno a una miserable vela entre unas ruinas abandonadas. Requiere un personal numeroso, pertrechos, maquinaria moderna y armas sofisticadas. Y para manejar todos esos factores con éxito es necesario lealtad, sigilo y una organización superlativa.

Me mantuve ocupado, pero mi trabajo era provisional, puesto que estaba aguardando un destino. Tuve tiempo de indagar en la biblioteca, y busqué referencias de Tom Paine, el cual me llevó a Patrick Henry y Thomas Jefferson y otros... y todo un nuevo mundo se abrió ante mí. Al principio tuve problemas para admitir la posibilidad de lo que leía; creo que de todas las cosas que puede hacerles la policía del Estado a los ciudadanos, la más perniciosa es posiblemente distorsionar la historia. Por ejemplo, supe por primera vez que los Estados Unidos no habían sido gobernados por un sanguinario emisario de Satán antes de que el Primer Profeta montara en cólera y lo echara del poder... sino que habían sido una comunidad de hombres libres, que decidían sus propios asuntos a través de un consenso pacífico. No quiero decir con esto que la primera república fuera un paraíso bíblico, pero tampoco era como la mostraban en la escuela.

Por primera vez en mi vida estaba leyendo cosas que no habían sido aprobadas por los censores del Profeta, y el impacto en mi mente fue devastador. A veces miraba de reojo por encima de mi hombro para ver quién me estaba observando, asustado pese a mí mismo. Empecé a darme cuenta de que la ocultación es la clave de toda tiranía. No la fuerza, sino la ocultación... la censura. Cuando cualquier gobierno, o cualquier Iglesia en nuestro caso, empieza a decir a sus súbditos: «Esto no debéis leerlo, esto no debéis verlo, esto os está prohibido conocerlo», el resultado final es la tiranía y la opresión, no importa cuan sagrados sean los motivos. Poca fuerza se necesita para controlar a un hombre cuya mente ha sido vendada; por el contrario, ninguna fuerza puede controlar a un hombre libre, a un hombre cuya mente es libre. No, no hay tortura, no hay bombas de fisión, no existe nada... no se puede conquistar a un hombre libre; lo máximo que puedes hacer con él es matarlo.

Mis pensamientos no estaban cayendo en silogismos; mi cabeza estaba llenándose con un torrente de ideas nuevas, cada una de ellas más excitante que la anterior. Descubrí que los viajes interplanetarios, casi un mito en mi mundo, no se habían detenido porque el Primer Profeta los hubiera prohibido como un pecado contra la omnipotencia de Dios; habían cesado por meras cuestiones económicas, y el gobierno del Profeta no había querido financiarlos. Había incluso una declaración que dejaba entrever que los «infieles» (en mi mente seguía usando aún esta palabra) enviaban aún de vez en cuando una ocasional nave de investigación, y que había aún seres humanos en Marte y Venus.

Me sentí tan excitado ante aquellos datos que casi olvidé la situación en que nos hallábamos metidos. Si no hubiera sido escogido para los Ángeles del Señor, seguramente me habría apuntado a la cohetería. Tenía buenas condiciones para ello, tales como reflejos rápidos, y un conocimiento de las artes matemáticas y mecánicas. Quizás algún día los Estados Unidos tuvieran de nuevo naves espaciales. Quizá yo...

Pero el pensamiento fue desbordado por una docena de otros pensamientos. Periódicos extranjeros... oh, ni siquiera había estado seguro de que los infieles supieran leer y escribir. El Times de Londres era una lectura increíble y excitante. Gradualmente llegué a la conclusión de que aparentemente los británicos ya no comían carne humana, si es que la habían comido alguna vez. Se parecían notablemente a nosotros, excepto por el hecho de que eran sorprendentemente proclives a hacer lo que deseaban... en el Times había incluso cartas criticando abiertamente al gobierno. Y había otra carta firmada por un obispo de su Iglesia infiel, criticando al pueblo por no acudir a los servicios religiosos. No sé cuál de los dos tipos de cartas me desconcertó más; ambas parecían incitar una situación de abierta anarquía.

El Maestro Peter me informó que el tribunal calificador psicológico me había rechazado para las tareas de asesinato. Me sentí a la vez aliviado e indignado. ¿Qué habían encontrado de malo en mí para que no me confiaran ese trabajo? Parecía algo así como una mancha en mi carácter... por aquel entonces.

- Tómatelo con calma - me advirtió van Eyck fríamente -. Han hecho un examen somero basado en el perfil de tu personalidad, y han llegado a la conclusión de que habría

muchas posibilidades de que te atraparan en tu primera misión. No queremos desperdiciar hombres de este modo.

«Tranquilo, muchacho. Voy a enviarte al Cuartel General para que allí te asignen una misión.

- ¿El Cuartel General? ¿Dónde está eso?

- Lo sabrás cuando llegues allí. Preséntate al departamento metamórfico.

El doctor Mueller era el transformarrostros de la hermandad; le pregunté qué había pensado para mí.

- ¿Cómo voy a saberlo hasta descubrir quién eres? - Me midió y fotografió, registró mi voz, analizó mi modo de andar, y preparó una tarjeta perforada con mis características físicas -. Ahora encontraremos a tu hermano gemelo. - Observó cómo el clasificador de tarjetas revisaba rápidamente varios miles de ellas, y yo estaba empezando a pensar ya que era un individuo único, no lo suficientemente parecido a nadie como para permitirme un disfraz plausible, cuando dos tarjetas cayeron en el cesto casi simultáneamente. Antes de que la máquina se detuviera definitivamente había cinco tarjetas en el cesto.

- Un buen surtido - sonrió el doctor Mueller, mientras las revisaba -. Un sintético, dos vivos, un muerto, y una mujer. No utilizaremos a la mujer para este trabajo, pero la tendremos en cuenta; puede sernos muy útil algún día saber que hay una ciudadana femenina a la que puedes suplantar con éxito.

- ¿Qué es un sintético? - pregunté.

- ¿En? Oh, es una personalidad compuesta, construida muy cuidadosamente a base de datos y antecedentes imaginarios. Un asunto arriesgado... implica manipular en los archivos nacionales. No me gusta utilizar a un sintético, porque realmente no hay ninguna forma de llenar completamente el pasado de un hombre que no existe. Es mucho más preferible actuar sobre el pasado real de una persona real.

- Entonces, ¿por qué usan a los sintéticos?

- A veces debemos hacerlo. Cuando tenemos que trasladar apresuradamente a un refugiado, por ejemplo, y no existe ninguna persona real con la que pueda encajar. Por eso tratamos de tener siempre un buen surtido de sintéticos. Ahora déjame ver - añadió, revolviendo las tarjetas -, podemos elegir a dos de...

- Un segundo, doctor - interrumpí -. ¿Por qué guardan en el archivo a los muertos?

- Oh, no están legalmente muertos. Cuando uno de los hermanos muere y es posible ocultar el hecho, mantenemos su personalidad pública para un futuro uso posible. Ahora veamos - continuó -, ¿sabes cantar?

- No muy bien.

- Entonces hay que descartar a éste. Es un barítono de concierto. Puedo hacer un montón de cambios en ti, pero no puedo convertirte en un cantante profesional. Sería demasiado. ¿Qué te parecería ser Adam Reeves, viajante comercial de productos textiles? - mostró una tarjeta.

- ¿Cree que me desenvolveré bien?

- Seguro... cuando yo haya acabado de trabajar contigo.

Quince días más tarde ni mi propia madre me hubiera reconocido. Ni creo que la propia madre de Reeves hubiera sabido diferenciarme de su hijo. A la segunda semana podía hacerle la competencia a Reeves en su propio trabajo. Empezó a caerme bien mientras lo estaba estudiando. Era un hombre tranquilo y pacífico, con una disposición al retraimiento, que siempre me hacía pensar en él como en alguien algo más pequeño que yo, aunque ambos éramos, por supuesto, de la misma altura, peso y estructura ósea. Nos parecíamos, en rostro y apariencia, tan sólo superficialmente.

Es decir, al principio. Una simple operación hizo que mis orejas se separaran del cráneo un poco más de lo habitual; al mismo tiempo retocaron mis lóbulos. La nariz de Reeves era ligeramente aquilina; un poco de cera bajo la piel a la altura del puente hizo crecer un poco la mía. Fue necesario coronar algunos de mis dientes para identificarlos

con sus muelas postizas; ésa fue la única parte que realmente me desagradó. El tono de mi piel tuvo que ser descolorido ligeramente; el trabajo de Reeves no le permitía tomar demasiado el sol.

Pero la parte más difícil de la transformación física fueron las huellas dactilares artificiales. Un plástico opaco, flexible y de color carne fue implantado en las yemas de mis dedos, y luego sellado con moldes tomados de las huellas dactilares de Reeves. Fue un trabajo de artesano; cada dedo tuvo que ser sometido a siete pruebas antes de que el doctor Mueller diera su conformidad.

Aquello fue sólo el comienzo; luego tuve que aprender a actuar como Reeves... su andar, sus gestos, la forma como reía, sus modales en la mesa. Dudo que nunca pudiera dedicarme con éxito a la carrera de actor... y mi instructor era de mi misma opinión.

- ¿Acaso no lo va aprender nunca, Lyle? Su vida dependerá de ello. ¡Tiene que aprenderlo!

- Pero yo pensaba que estaba actuando exactamente como Reeves - objeté débilmente.

- ¡Actuando! Esto es precisamente lo malo... está usted actuando como Reeves. Y es algo tan falso como una pierna postiza. Tiene que ser usted Reeves. Inténtelo. Preocúpese de su cartera de ventas, piense en su último viaje, medite en las comisiones y los descuentos y las cuotas. Adelante. Inténtelo.

Durante cada minuto que, tenía libre estudiaba los detalles normales del empleo de Reeves, pues realmente tendría que vender artículos textiles en su lugar. Tuve que aprender todo un oficio, y descubrí que era mucho más que simplemente llevar conmigo unas muestras y dejar que el tendero hiciera su elección... y ni siquiera sabía distinguir un denier de una fibra continua. Antes de terminar adquirí un nuevo respeto hacia los hombres de negocios. Siempre había pensado que comprar y vender era algo sencillo; nuevamente estaba equivocado. Tuve que utilizar el viejo profesor fonográfico y meterme en la cama con auriculares. Nunca conseguí dormir bien de este modo, y me despertaba cada mañana con dolor de cabeza y las orejas, aún tiernas de las operaciones, doloridas como dos forúnculos.

Pero funcionó. En dos cortas semanas yo era Adam Reeves, viajante de comercio, de los pies a la cabeza.

7

- Lyle - me dijo el Maestro Peter van Eyck -, se supone que Reeves tiene que tomar el Cometa para Cincinnati esta tarde. ¿Estás listo?

- Sí, señor.

- Bien. Repite tus órdenes.

- Señor, debo llevar mi... quiero decir el de él, programa de ventas de aquí hasta la costa. Luego me presento en las oficinas de San Francisco de la United Textiles y tomo mis vacaciones. En Phoenix, Arizona, debo acudir a los servicios religiosos en el Tabernáculo del Barrio Sur. Una vez terminados éstos me quedo por allí y felicito al sacerdote por lo inspirado de su sermón, y en el transcurso de nuestra charla me presento a través de los medios habituales de nuestra orden. Él se encargará de hacerme llegar hasta el Cuartel General.

- Todo correcto. Además de transferirte para el servicio, voy a utilizarte como mensajero. Preséntate inmediatamente en el laboratorio de psicodinámica. El jefe técnico te dará instrucciones.

El Maestro de la logia se levantó y vino hacia mí rodeando la mesa.

- Adiós, John. Cuídate, y que el Gran Arquitecto te ayude.

- Gracias, señor. Esto, ¿es importante el mensaje que debo llevar?

- Muy importante.

No dijo más, y me sentí un poco decepcionado; parecía una tontería mantener el misterio en torno a un mensaje del que iba a enterarme dentro de unos pocos minutos.

Pero estaba equivocado. En el laboratorio me dijeron que me sentara, que me relajara, y me prepararon para hipnosis.

Me desperté con el agradable ardor que sigue normalmente a la hipnosis.

- Eso es todo - me dijeron -. Cumple con tus órdenes.

- Pero, ¿y el mensaje que debía llevar?

- Ya lo tienes.

- ¿Hipnóticamente? Pero si soy arrestado, ¿estaré a merced de cualquier psicoinvestigador que me examine!

- No, no lo estarás. Ha sido cifrado sobre un par de palabras clave; no lo podrás recordar hasta que estas palabras se te mencionen. Las posibilidades de que un examinador pueda dar con ambas palabras y en el orden correcto son nulas. No podrás revelar el mensaje, ni despierto ni dormido.

Yo había esperado más bien ser «cargado» con algo que me permitiera suicidarme, si debía llevar un mensaje tan importante... pero no veía cómo podían hacerlo en el último minuto, más que proporcionarme una simple píldora, lo cual es un método casi inútil si la policía conoce algo de su oficio. Pero si no podía revelar el mensaje que llevaba conmigo, entonces preferí correr todos los riesgos; no pedí ningún veneno. De todos modos, no soy del tipo suicida... cuando Satán venga a por mí, deberá llevarme arrastrando.

El coheteuerto de Nueva Jerusalén es de un acceso mucho más fácil que el de la mayoría de las demás ciudades. Había una estación de tubo justo enfrente del almacén que ocultaba nuestro cuartel general. Simplemente salí de la tienda, crucé el puente que atravesaba la calle, entré en el tubo, encontré la derivación señalada «Coheteuerto», aguardé la llegada de una cápsula vacía, y me metí dentro con mi equipaje. El empleado me cerró la puerta, y casi inmediatamente estuve en el coheteuerto.

Compré mi billete y ocupé mi lugar al final de la cola que se había formado ante el control de la policía. Admito que estaba nervioso, aunque no creía tener ningún problema puesto que mi pase de viaje estaba en regla, y que los oficiales de policía que lo controlarían no me estaban buscando a mí sino a un tal John Lyle, un oficial del ejército renegado. Pero ellos siempre estaban buscando a alguien, y esperé que la lista de rostros buscados fuera lo suficientemente larga como para que el chequeo que realizaran conmigo no fuera más que una simple rutina.

La fila avanzó lentamente, y aquello parecía una mala señal... especialmente cuando observé que varias personas eran colocadas a un lado de la fila y se les decía que esperaran junto a la barrera de control. Me puse decididamente nervioso. Pero la propia espera me dio tiempo a controlarme. Mostré mis papeles al sargento, miré a mi crono, luego al reloj de la terminal, y de nuevo a mi muñeca.

El sargento estaba mirando con toda parsimonia mis papeles. Alzó la vista hacia mí.

- No tema perder su cohete - dijo, no sin cierta amabilidad -. No despegará hasta que hayamos terminado con la lista de pasajeros -. Tomó un tampón del mostrador y lo acercó -. Sus huellas, por favor.

Le tendí las manos sin ningún comentario. Las comparó con las huellas de mi pase de viaje y luego con las huellas que Reeves había dejado a su llegada, hacía una semana.

- Eso es todo, señor Reeves. Buen viaje.

Le di las gracias y salí.

El Cometa no estaba lleno. Elegí un asiento junto a una ventanilla, muy adelante, y apenas acababa de sentarme y abrí un ejemplar de la última edición de la tarde del Ciudad Santa cuando alguien me tocó el brazo.

Era un policía.

- ¿Tiene la bondad de salir, por favor?

Fui sacado fuera con otros cuatro pasajeros masculinos. El sargento se mostró tremendamente cortés.

- Me temo que tendré que rogarles que regresen a la terminal para una nueva identificación. Ordenaré que sus equipajes sean desembarcados y cambien la lista de pasajeros. Sus billetes serán cambiados para el próximo vuelo.

Dejé escapar un gruñido.

- ¡Pero yo debo estar en Cincinnati esta noche!

- Lo siento. - Se giró hacia mí -. Es usted Reeves, ¿no? Hummm... su peso y talla son los correctos. Pero... déjeme ver de nuevo su pase. ¿No llegó usted a la ciudad la semana pasada?

- Exactamente.

Revisó de nuevo mis papeles.

- Oh, sí. Ya le recuerdo; llegó usted el martes por la mañana en el Peregrino. Bueno, no podía estar usted en dos sitios a la vez, así que creo que eso lo elimina. - Me tendió de vuelta los papeles -. Vuelva a subir a bordo. Lamento haberle molestado. Los demás, vengan conmigo.

Regresé a mi asiento y tomé de nuevo mi periódico. Unos pocos minutos más tarde el primer empuje de los poderosos cohetes nos lanzó hacia el oeste. Continué leyendo el periódico para disimular mi agitación y alivio, pero pronto empecé a sentirme interesado. Había estado leyendo un periódico de Toronto aquella misma mañana, llegado clandestinamente al cuartel general; el contraste era sorprendente. Estaba de regreso a un mundo para el cual el mundo exterior apenas existía; las noticias de «asuntos exteriores», si podían llamarse así, consistían en brillantes reportajes de nuestras misiones en otros países y algunos relatos de atrocidades entre los infieles. Empecé a preguntarme dónde iría a parar todo el dinero que se recogía cada año en contribuciones para las misiones; el resto del mundo, si uno creía en sus periódicos, no parecía muy enterado de que tales misiones existieran.

Luego empecé a revisar el periódico, fijándome en las noticias que sabía eran falsas. Cuando terminé con ello estábamos abandonando la ionosfera y descendiendo hacia Cincinnati. Habíamos alcanzado de nuevo al sol y estábamos otra vez en el atardecer.

Seguramente hubo algún buhonero entre mis antepasados; no solamente cubrí el territorio de Reeves en Cincinnati, sino que mejoré su cuota. Descubrí que hallaba más placer en persuadir a algún tendero testarudo de que debía comprar más metros que el que había obtenido con mis deberes militares. Dejé de preocuparme de mi disfraz y pensé tan sólo en productos textiles. Vender no es tan sólo un medio de ganarse la vida; es un juego, es divertido.

Me fui hacia Kansas City, como estaba previsto, y no tuve problemas con la policía para obtener un visado para mi pase de viaje. Llegué a la conclusión de que Nueva Jerusalén había sido el único punto de control comprometido; aquí en el oeste nadie esperaba atrapar a John Lyle, antiguo oficial y caballero; era uno más entre los miles de hombres buscados, perdidos en los archivos.

El cohete de Kansas City iba lleno; tuve que sentarme al lado de otro pasajero, un tipo robusto en su treintena. Nos miramos mutuamente cuando me senté, y luego cada cual se ocupó de sus propios asuntos. Pedí una mesita portátil y empecé a poner en orden mis pedidos y los demás papeles que había ido acumulando durante los ajetreados y provechosos días en Cincinnati. Él se arrellanó en su asiento y miró las noticias en la pantalla de televisión de la parte delantera de la cabina.

Al cabo de unos diez minutos sentí un codazo, y miré a mi alrededor. Mi compañero de asiento señaló con un dedo hacia el televisor; en él se veía una gran plaza pública completamente llena por una multitud. La multitud se dirigía hacia las escalinatas de un enorme templo, sobre el cual flotaba la bandera roja y dorada del Profeta y la insignia del

obispado. Cuando miré, la primera oleada de la multitud irrumpía en las escalinatas del templo.

Un escuadrón de los guardias del templo surgió trotando de una puerta lateral cercana a las gigantescas puertas frontales y montó sus trípodes en la terraza que dominaba la amplia escalinata. La escena cambió a otro enfoque; ahora veíamos directamente los rostros de la multitud corriendo hacia nosotros... aparentemente desde una cámara con teleobjetivo instalada en el techo del templo.

Lo que siguió hizo que me avergonzara del uniforme que había llevado. En vez de matarlos rápidamente, los guardias apuntaban bajo y les quemaban las piernas. Durante un instante la primera oleada vino corriendo hacia mí escalinatas arriba... luego cayó, con los cauterizados muñones de sus piernas agitándose convulsivamente. Contemplé a una pareja de jóvenes, exactamente en el centro de la imagen; habían estado corriendo cogidos de la mano. Cuando el rayo les alcanzó, cayeron juntos.

Ella siguió tendida. Él consiguió alzarse sobre lo que habían sido sus rodillas, dio dos agónicos pasos hacia su compañera, y se derrumbó sobre ella. Atrajo la cabeza de la joven hacia sí, y en aquel momento la escena cambió para dejar paso a una vista general de la plaza.

Descolgué los auriculares que había en el respaldo del asiento delantero al mío y escuché:

«...apolis, Minnesota. La situación se halla controlada y no se necesitan refuerzos de tropas. El obispo Jennings ha declarado la ley marcial mientras los agentes de Satán son derrotados y el orden restaurado. Inmediatamente se iniciará un período de plegarias y sanciones.

»Los ghettos de Minnesota han sido cerrados y todos los parias locales serán alojados de nuevo en las reservas de Wyoming y Montana a fin de prevenir futuros disturbios. Dejemos que esto sirva de advertencia a todos los impíos de cualquier lugar que pretendan disputar el divino papel del Profeta Encarnado.

«Estas escenas, tomadas en directo por el Servicio de Noticias La Santa Paloma, llegan hasta ustedes bajo el patrocinio de la Asociación de Comerciantes del Reino, que les ofrecen los más delicados presentes para la santificación del hogar.

Sea el primero de su parroquia en poseer una estatuilla del Profeta que milagrosamente ¡brilla en la oscuridad! Envíe un dólar a esta emisora...»

Desconecté los auriculares y volví a dejarlos en su sitio. ¿Por qué acusaban a los parias? Aquella multitud no estaba formada por parias.

Pero mantuve los labios cerrados y dejé que mi compañero hablara el primero... cosa que hizo con vehemencia.

- ¡Les está bien empleado, malditos idiotas! Imagínese, cargar contra una posición fortificada con sus manos desnudas. - Su voz era muy baja, y hablaba casi en mi oído.

- Me pregunto por qué se habrán sublevado - fue todo lo que respondí.

- ¿En? Nadie puede comprender las acciones de un herético. Están locos.

- Puede cantarlo usted en la iglesia - acepté firmemente -. Además, incluso un hereje en su sano juicio... si es que hay alguno, quiero decir... debería darse cuenta de que el gobierno está haciendo un buen trabajo en llevar adelante el país. Los negocios son buenos - palmeé satisfecho mi cartera -. Para mí al menos, alabado sea el Señor.

Hablamos de negocios y de cosas así durante un rato. Mientras lo hacíamos, aproveché para estudiarlo detenidamente. Parecía ser el tipo habitual de ciudadano importante, convencional y conservador, aunque algo en él me hacía sentir intranquilo. ¿Eran simplemente mis nervios culpables? ¿O algún sexto sentido de las personas perseguidas?

Mis ojos se posaron en sus manos y tuve la vaga sensación de que notaba algo raro en ellas. Pero no había nada que pudiera calificarse como especial. Finalmente observé un pequeño detalle, casi insignificante... un círculo calloso en torno a la parte baja del tercer

dedo de su mano izquierda, el tipo de señal dejado por un pesado anillo que se haya llevado durante años, como la que me quedó a mí cuando me quité el anillo de clase de West Point. No significaba nada, por supuesto, ya que muchos hombres acostumbran llevar pesados anillos de sello en ese dedo. Yo mismo estaba llevando uno... no el de West Point, naturalmente, sino uno perteneciente a Reeves.

¿Pero por qué ese tipo de aire tan convencional había llevado normalmente un anillo así, y de repente se lo había quitado? Era una tontería, pero me preocupó; un animal perseguido vive gracias a observar cosas triviales. En West Point nunca fui considerado brillante en psicología; no conseguí el galón de cadete precisamente debido a ello. Pero ahora parecía un buen momento para utilizar lo poco que había aprendido... así que dejé correr mi mente sobre todo lo que había observado en él.

Lo primero que él había observado, lo que había comentado, era la locura de cargar contra una posición fortificada. Aquello denotaba una orientación militar de su pensamiento. Pero eso no probaba que hubiera pasado por West Point. Por el contrario, un hombre de la Academia llevaría su anillo todo el tiempo, incluso a la tumba, incluso de permiso y llevando ropas de paisano... a menos que por alguna buena razón no deseara ser identificado.

Seguíamos charlando intrascendentemente, y yo estaba devanándome los sesos sobre cómo evaluar los insuficientes datos de que disponía, cuando la azafata sirvió té. El aparato estaba en aquel momento iniciando el descenso en las fronteras del espacio para iniciar el largo planeo que lo conduciría a Kansas City; el movimiento fue algo brusco, y algo del té se derramó sobre su muslo. El hombre gruñó algo por lo bajo. No creo que la azafata llegara a entender lo que dijo.

Pero yo sí lo entendí... y pensé furiosamente en ello mientras le ayudaba a limpiarse con un pañuelo. «¡Chupatintas idiota!» era una expresión que se utilizaba dentro del más estricto lenguaje coloquial de West Point.

En consecuencia, la callosidad del anillo no era una coincidencia; aquel hombre procedía de West Point, era un oficial del ejército pretendiendo ser un civil. Corolario: lo más seguro era que estuviera realizando una misión secreta. ¿Era yo esa misión?

¡Oh, vamos, John! Su anillo podía estar en una joyería, siendo reparado; podía estar volviendo a casa con un permiso de treinta días. Pero en el transcurso de la larga charla me había dado a entender que era un hombre de negocios. No, era un agente secreto.

Pero aunque no fuera tras de mí, había cometido dos grandes errores en mi presencia. Pero ni siquiera el más estúpido bisoño (como yo mismo, digamos) comete tales deslices manteniendo una identidad asumida... y el servicio secreto del ejército no era estúpido; estaba regido por algunos de los cerebros más sutiles de todo el país. Muy bien, entonces... no eran deslices accidentales, sino actos calculados; se pretendía que yo los observara y ¡; pensara que eran accidentes. ¿Por qué?

No era simplemente porque no estuviera seguro de que yo era el hombre al que buscaba. En tal caso, según el viejo y comprobado principio de que un hombre es culpable hasta que no demuestra ser inocente, bastaba con arrestarme y ponerme bajo Investigación.

Entonces, ¿por qué?

Sólo podía ser porque desearan dejarme circular libremente durante un cierto tiempo más... pero asustándome lo suficiente como para que corriera a buscar refugio, llevándoles así hasta mis compañeros conspiradores. Era una hipótesis descabellada, pero la única que parecía cubrir todos los hechos.

Cuando llegué a la conclusión de que mi compañero debía ser un agente tras mis huellas me sentí invadido por ese frío terror que te retuerce el estómago y que sólo puede ser comparado con el mareo del mar. Pero cuando imaginé sus motivos me calmé. ¿Qué hubiera hecho Zebadiah? «El primer principio de toda intriga es no hacer nunca nada que

pueda parecer no habitual...» Permanecer sentado y con la boca cerrada. Si aquel policía deseaba seguirme, lo llevaría a todas las tiendas de ropas y tejidos de Kansas City, y lo dejaría esperando mientras yo ofrecía mis metros de telas.

Sin embargo, mi estómago estaba apretado cuando salimos del cohete en Kansas City. Esperaba aquel suave toque en el hombro que es más aterrador que un puñetazo en pleno rostro. Pero no ocurrió nada. Me lanzó un indiferente Vaya con Dios, pasó delante de mí, y se dirigió hacia el ascensor que conducía a la plataforma de taxis mientras yo aún me quedaba esperando a que me sellaran el pase. Aquello no me tranquilizó, porque podía haberme señalado de media docena de maneras a algún relevo. Me dirigí en el tubo hasta New Muehlbach tan naturalmente como me fue posible.

Pasé toda una semana en Kansas City, superé mi cuota, y conseguí un nuevo cliente de bastante importancia. Intenté descubrir cualquier sombra que hubiera podido ser puesta tras de mí, pero no pude localizar el menor indicio de ser seguido. Si lo fui, alguien se pasó una semana tremendamente aburrida. Pero, aunque había llegado a la conclusión de que el incidente no era más que imaginaciones mías y nervios, me sentí finalmente feliz de abordar el cohete de Denver y comprobar que mi compañero de hacía una semana no figuraba entre los pasajeros.

Aterrizamos en el nuevo campo situado al este de Aurora, a varios kilómetros del centro de Denver. La policía comprobó mis papeles y tomó mis huellas dactilares de una forma rutinaria, y ya estaba a punto de volver a guardarme mis documentos en el bolsillo cuando el sargento del mostrador dijo:

- Descubra su brazo izquierdo, señor Reeves, por favor.

Me subí la manga mientras intentaba exhibir el grado exacto de irritado fastidio. Un auxiliar con bata blanca tomó una muestra de sangre.

- Sólo una precaución normal - explicó el sargento -. El Departamento de Salud Pública está intentando erradicar el tifus.

Era una débil excusa, como sabía por mis propios conocimientos de medicina... pero Reeves, un representante de productos textiles, no tenía por qué saberlo. Sin embargo, la excusa se hizo aún más inconsistente cuando me pidieron que aguardara en una habitación lateral de la terminal mientras mi muestra de sangre era analizada. Me senté inquieto, intentando imaginar el daño que podían hacerme con diez centímetros cúbicos de mi sangre... y qué podía hacer yo aunque lo supiera.

Tuve tiempo suficiente para pensar. La situación tenía apariencia de serlo todo menos halagüeña. Mi tiempo se estaba probablemente pasando mientras yo permanecía sentado allí... la excusa que habían dado para tenerme en aquel lugar era apenas plausible como para impedir que echara a correr; quizás eso fuera lo que desearan. Así que permanecí sentado, sudando.

El edificio era una estructura provisional, y la pared entre yo y la oficina del sargento era un delgado laminado; podía oír voces a través de ella, sin ser capaz de captar las palabras. No me atreví a aplicar mi oído contra ella por miedo a ser sorprendido haciéndolo. Por otro lado, tenía la sensación de que eso era lo que debía hacer. Así que moví mi silla hacia la pared, me senté de nuevo, y la empujé hacia atrás de tal modo que la silla quedara apoyada sobre dos de sus patas y mis hombros y la parte baja de mi cuello se apoyaran en la pared. Luego tomé un periódico y lo abrí frente a mi rostro, y apliqué el oído contra la pared.

Entonces pude oír claramente. El sargento estaba contando ¿una historia a su ayudante, que le hubiera valido un mes de castigo si lo oyera un censor de moral... De todos modos, yo ya había oído la misma historia, sólo ligeramente cambiada, allá en Palacio, así que realmente no me chocó, y además no estaba de humor como para preocuparme acerca de la moral de los demás, escuché varios informes de rutina y una pregunta de algún estúpido que andaba buscando el lavabo de caballeros, pero ni palabra sobre mí. Conseguí pillar una tortícolis gracias a la posición.

Exactamente frente a mí había una ventana abierta que daba al campo de cohetes. Una pequeña nave apareció en el cielo, reno con los cohetes del morro, y efectuó un aterrizaje perfecto a unos cuatrocientos metros de distancia. El piloto hizo avanzar aparato hacia el edificio de administración y lo estacionó fuera de la ventana, a menos de veinticinco metros de distancia de ésta.

Era la versión correo del Gavilán, un estratorreactor con cohetes de impulso y frenada, una de las mejores naves que habían sido construidas. Lo conocía bien; había pilotado uno exactamente igual, logrando el segundo puesto en los campeonatos de polo aéreo del Ejército... fue el año en que vencimos a la Marina y a Princeton.

El piloto salió y se alejó. Calculé la distancia que me separaba del cohete. Si el contacto no había sido cortado... ¡Infiernos!, ¿y si lo estaba? Miré hacia la ventana abierta: a lo mejor había un circuito en ella. Podía estar equipada con vibrorrayos; si era así, jamás llegaría a saber qué me había golpeado. Pero no pude descubrir por ningún lado una conexión eléctrica o un cable conductor, y la endeble construcción del edificio hacía difícil ocultarlos. Probablemente no había más que alarmas de contacto; no creo que hubiera mucho más que un circuito de selenio.

Mientras estaba pensando en ello oí de nuevo voces cerca de la puerta; apreté mi oído contra la pared y me esforcé en escuchar. - ¿De qué tipo es la sangre? - Del tipo uno, sargento. - ¿Concuerta?

- No, Reeves es del tipo tres.

- ¡Hey! Telefonee al laboratorio principal. Lo llevaremos a la ciudad para que le practiquen un retinal.

Había sido atrapado, y lo sabía. Sabían positivamente que yo no era Reeves. Una vez hubieran fotografiado el esquema de los vasos sanguíneos en la retina de cada ojo sabrían exactamente quién era yo realmente, en un tiempo no superior al que necesitarían para enviar por radio una foto a la Oficina de Moral e Investigación... menos aún si habían enviado copias a Denver o a cualquier otra parte de mi descripción. Salté por la ventana.

Caí sobre mis manos, rodé varias veces como una pelota, y me puse en pie sin el menor rasguño. Estaba demasiado ocupado como para detenerme a escuchar si se había disparado alguna alarma. La portezuela del cohete estaba abierta, y la ignición no estaba desconectada... ¡la suerte estaba a mi favor! No me molesté en buscar una pista libre: puse los cohetes en marcha allí mismo, sin preocuparme de que pudieran chamuscar a mis perseguidores. Saltamos sobre el suelo, mi querido aparato y yo, luego alzamos la nariz y partimos velozmente hacia el este.

8

Dejé que su proa apuntara al cielo, buscando altura y velocidad para que los estratocohetes pudieran trabajar adecuadamente. Me sentí exultante por tener una buena nave conmigo y a aquellos policías atrás y muy lejos. Pero aparté de mí aquel estúpido optimismo cuando me nivelé para proseguir horizontalmente el vuelo.

Si un gato escapa subiéndose a un árbol, deberá quedarse allí hasta que el perro se haya marchado. Ésta era exactamente mi situación, pero en mi caso el perro no se iría, y yo no podría quedarme allá arriba indefinidamente. La alarma sería dada inmediatamente; tras de mí, por todos lados, pilotos de la policía estarían en el aire en cuestión de minutos, quizá de segundos. Podía estar seguro de que estaba siendo ya localizado, y el blip de mi aparato en varias pantallas sería introducido como dato en una computadora que trazaría inmediatamente mi situación y mi rumbo, fuera a donde fuera. Después de aquello... bueno, o aterrizaba o me volatilizarían en el aire.

El milagro de mi fuga empezó a parecerme un poco menos milagroso. ¿O demasiado milagroso, quizá? ¿Desde cuándo la policía era tan torpe como para dejar a un prisionero en una habitación con una ventana sin custodiar? ¿No era demasiada coincidencia el que una nave que yo sabía manejar llegara hasta aquella ventana y fuera dejada allí, con la ignición sin desconectar, justo en el momento en que el sargento decía en voz alta lo que sabía que yo intentaría escuchar?

Quizá se tratara de un segundo y afortunado intento de sumergirme en el pánico. Quizás alguien conocía mi predilección por el Gavilán correo, la conocía porque tenía mi dossier extendido sobre su mesa ante él y sabía de mi récord en el polo aéreo tanto como yo mismo. En cuyo caso quizá no me dispararían aún; quizá contarán con que yo les condujera directamente a mis camaradas.

O quizá sólo como una posibilidad, se trataba de una fuga... si podía sacar partido de ella. De cualquier forma, no estaba dispuesto a que me atraparan de nuevo, ni tampoco a conducirles hasta mis hermanos... ni tampoco a morir. Llevaba un mensaje importante, me dije a mí mismo; tenía demasiadas ocupaciones como para complacerles muriendo precisamente ahora. Conecté el comunicador de la nave en la frecuencia de la policía y tráfico y escuché. Había una conversación entre el cohete - puerto de Denver y un transporte en el aire, pero nadie me estaba gritando todavía que aterrizara o en caso contrario sería derribado. Quizá más tarde... Lo dejé conectado y reflexioné.

El localizador de ruta me indicaba que estaba a unos ciento veinte kilómetros de Denver y dirigiéndome al noroeste; me sorprendí al ver que llevaba en el aire menos de diez minutos... el flujo de adrenalina era tan grande que mi sentido del tiempo resultaba sin duda distorsionado. Los tanques de combustible estaban casi llenos; tenía para casi diez horas y diez mil kilómetros de vuelo en crucero de economía... pero por supuesto a esa velocidad podrían asaetearme con proyectiles cohete.

Un plan, estúpido y quizás imposible, y seguramente nacido de la desesperación, pero pese a todo mejor que la inexistencia de cualquier plan, estaba empezando a formarse en mi cerebro. Consulté el gran círculo indicador y tracé un rumbo hacia la República de Hawai; mi chico enfiló el morro ligeramente hacia el sudoeste. Luego elaboré un esquema carburante-velocidad-distancia y planteé un problema... 5.000 kilómetros a una media de 1300 por hora, terminando con los tanques vacíos, y dependiendo del impulso de los cohetes y de las unidades de morro para frenar en un aterrizaje a motor parado. Arriesgado.

No me importaba. En algún lugar allá abajo, poco después de que conectara el piloto automático en la velocidad y rumbo indicados, los analizadores de la red cibernética les estarían diciendo a sus operadores humanos que estaba intentando escapar al Estado Libre de Hawai, en tal rumbo, a tal altitud, y con una tal velocidad máxima... y que pasaría sobre la costa del Pacífico entre San Francisco y Monterrey dentro de sesenta minutos escasos a menos que fuera interceptado. Pero la interceptación era segura. Aunque estuvieran jugando conmigo al gato y al ratón, los proyectiles tierra - aire surgirían del valle de Sacramento. Si fallaban (cosa bastante improbable), naves tripuladas tan rápidas o más que mi pequeño, con los depósitos llenos y sin necesidad de conservar ningún radio, me esperarían a mi misma altitud en la costa. No tenía ninguna posibilidad de eludir ese obstáculo.

Ni tampoco lo pretendía. Deseaba que destruyeran al pequeño amigo que estaba conduciendo, lo destruyeran completamente en el aire... porque no tenía intención de estar a bordo cuando esto ocurriera.

Operación Cabezota, fase dos: ¡cómo salir de esta maldita cosa! Abandonar un avión cohete en vuelo propulsado es algo que ha sido calculado por eminentes ingenieros; tiras de la palanca de eyección y rezas; el resto se hace solo. La cápsula de supervivencia se cierra herméticamente sobre ti, y luego la cápsula contigo dentro es eyectada de la nave. En su momento, a la presión y velocidad del aire adecuadas, es soltado el paracaídas;

frena tu caída, y ahí estás, flotando confortablemente hacia la buena tierra de Dios, con tu botella de oxígeno de emergencia por compañía.

Sólo hay un inconveniente: tanto la cápsula como el cohete abandonado empiezan a enviar señales de radio, puntos para la cápsula, rayas para el aparato, y, para mayor seguridad, la cápsula posee una boya señalizadora para el radar.

El conjunto es tan llamativo como una vaca en una iglesia.

Permanecí allí, mordisqueándome el pulgar y mirando al frente. Me parecía que la distancia se veía más agreste y azul que de costumbre... mi propio estado de ánimo sin duda, ya que sabía que más de veinte kilómetros de terreno se estaban deslizando debajo de mí a cada minuto, y que ya era demasiado tarde para que yo tomara mi sombrero y me fuera a casa. Por supuesto, tenía una puerta directamente al lado mío; podía simplemente abrirla y saltar. Pero uno no puede abrir la puerta en un estratocohete en pleno vuelo; aligerar de este modo el peso haría que el aparato se comportara como un cachorrillo retozón. Tampoco se puede ignorar la brisa que reina a una velocidad de mil trescientos kilómetros por hora, incluso a 18.000 metros de altitud; me vería cortado a rodajas como mantequilla apenas me asomara.

La respuesta dependía de lo bueno que fuera el piloto automático de aquel cacharro. Los mejores pilotos automáticos podían hacer cualquier cosa excepto cantar himnos; algunos de los más sencillos podían mantener el rumbo, la velocidad y la altitud, pero ahí terminaban sus talentos. En particular deseaba saber si este piloto automático poseía un circuito de emergencia para casos de incendio, porque intentaba parar el aparato, saltar fuera, y dejar que el cohete siguiera por sí mismo en dirección a Hawai... si podía.

Un estratocohete no puede operar en absoluto excepto a gran velocidad; es por eso por lo que llevan los cohetes de propulsión, ya que de otro modo no podrían ni despegar. Si descendes por debajo de la velocidad crítica de tus motores éstos se paran, y entonces tienes que ponerlos en marcha, ya sea con ayuda de los cohetes, o picando para ganar velocidad. Es una maniobra delicada, y un cierto número de estratopilotos han ido directamente al cielo tras haber sufrido una inesperada «parada de motores».

Mi experiencia anterior con el correo Gavilán no me decía nada, pues no se utiliza piloto automático en el polo aéreo. Créanme, no se necesita. Así que busqué en el manual de instrucciones en la guantera, no lo encontré, y empecé a revisar el propio piloto. La placa de datos no me dijo nada. Sin duda, con un destornillador y tiempo suficiente, podría haberlo abierto, revisado los circuitos y determinado el hecho... digamos en un día y medio; esos pilotos automáticos eran una masa de transistores y spaghetti.

Así que tomé el paracaídas personal de su alojamiento y empecé a ajustármelo, mientras murmuraba:

- Compañero, espero que tengas en tus circuitos lo que deseo de ti. - El piloto automático no respondió, aunque no me hubiera sorprendido que lo hubiera hecho. Luego me eché hacia atrás en mi asiento y procedí a programar manualmente el piloto automático. No tenía demasiado tiempo; estaba ya casi sobre la cuenca del Deseret, y podía ver el sol poniente reflejándose en las aguas del Gran Lago Salado, allá delante y a mi derecha.

Primero perdí altura, porque a 18.000 metros el aire es frío y tenue... y hay demasiada poca presión de oxígeno para los pulmones humanos. Luego inicié una suave curva ascendente que no arrancara las alas del avión ni me llevara hasta el velo negro. Tenía que hacerlo ascender bastante, puesto que pretendía desconectar completamente los motores cohete y forzar a mi chica a poner en marcha sus toberas en busca de velocidad, obligándola entonces con una pérdida de velocidad en vertical a que creara una «parada de motores»... en cuyo momento saltaría apresuradamente. Por obvias razones, no deseaba que los motores cohete estuvieran funcionando en el momento en que yo dijera mi adiós. Seguí trazando mi curva ascendente hasta que estuve tendido con mi espalda vuelta contra la tierra de abajo y mirando directamente al cielo. Entonces paré los

motores, con la intención de entrar en picado con los motores parados a nueve mil metros... lo suficiente bajo como para saltar en una zona no demasiado distante del aire respirable, y lo suficiente alto como para darle a mi dama una oportunidad de seguir su rumbo sin estrellarse contra la meseta de Utah. A los nueve mil metros tuve esa loca e inevitable sensación que experimentas cuando los controles se vuelven reacios a obedecer. De repente, una luz roja se encendió en el tablero de instrumentos, y ambas toberas se apagaron. Era el momento de saltar.

Casi olvidé la botella del asiento. Estaba todavía batallando con la boquilla, intentando insertarla entre mis dientes, mientras me colocaba el respirador sobre la nariz, a la vez que con la otra mano intentaba abrir la portezuela... todo ello grandemente impedido por el hecho de que la nave y yo estábamos descendiendo juntos en caída libre; el tenue aire que había en la parte superior de la trayectoria en picado hacía que mi peso fuera de unos pocos kilos, no más.

La portezuela no quería abrirse. Finalmente recordé accionar la válvula de emergencia, y entonces se abrió y casi fui arrancado fuera del aparato. Colgué allí durante un segundo o dos, mientras el suelo giraba vertiginosamente sobre mi cabeza, luego la portezuela volvió a cerrarse con fuerza... y me encontré alejándome lentamente del aparato. No salté...

Quizá golpeará con mi cabeza contra un ala. En cualquier caso, hay un corto lapsus en mi memoria antes de que me descubriera sentado en el espacio, a unos veinticinco metros del aparato. Éste caía lentamente girando en picado, y la tierra y el cielo giraban también locamente a mi alrededor. Había un ligero y gélido viento mientras caía, pero no era consciente aún del frío. Permanecimos bajando puntos durante unos breves instantes - u horas; el tiempo se había detenido para mí -; luego la nave se enderezó, recuperó su rumbo, y se alejó de mí.

Intenté seguirla con la vista, y fui consciente del helado viento de mi caída. Me dolían los ojos, y recordé haber leído algo acerca de la congelación de los globos oculares; me los cubrí con ambas manos. Sentí alivio.

Repentinamente me estremecí, aterrado ante la idea de que había retrasado demasiado el salto y estaba a punto de estrellarme contra el suelo del desierto. Destapé los ojos y eché una mirada.

No, el suelo estaba aún muy lejos, tres o cuatro kilómetros quizá. No podía estar muy seguro de mis conjeturas, ya que allá abajo estaba oscureciendo. Intenté ver el cohete, no lo conseguí, luego repentinamente lo descubrí cuando sus motores se ponían de nuevo en marcha. Me arriesgué a que se me congelaran los ojos y miré, sintiendo que mi corazón latía alegremente. El piloto automático llevaba integrado el circuito de emergencia para la parada de motores», y todo estaba saliendo de acuerdo con mi plan. Mi amorcito estaba nivelándose, poniendo rumbo al oeste, empezaba a ganar altura en dirección al techo que le había marcado. Recé para que pudiera pasar hasta el Pacífico y no fuera derribado antes de alcanzarlo.

Sus resplandecientes toberas de popa desaparecieron de mi vista mientras yo seguía cayendo.

El triunfo de mi pequeño avión hizo que olvidara mis temores. Cuando salté sabía que debería realizar un salto prolongado. Mi propio cuerpo, al abandonar el aparato, daría un bleep secundario en la pantalla de cualquier radar que estuviera siguiendo la trayectoria de la nave; mi única esperanza de convencer a mis rastreadores de que mi maniobra era una auténtica emergencia - una «parada de motores» - residía en alejarme rápidamente de la nave y luego no ser detectado durante la caída. Aquello significaba que debía caer con rapidez directamente fuera de escena, y no tirar de la cuerda del paracaídas hasta que estuviera cerca del suelo, en plena oscuridad visual y por debajo del alcance del radar.

Pero nunca antes había hecho un salto retardado; de hecho, había saltado tan sólo dos veces, los dos sencillos saltos de prácticas bajo la supervisión de un profesor que se le

exigen a cualquier cadete para poder graduarse. No me sentía especialmente incómodo mientras mantuviera los ojos cerrados, pero empecé a notar una auténtica urgencia irrefrenable de tirar de aquella cuerda. Mi mano encontró la anilla y la aferró. Me dije a mí mismo que debía esperar, pero no podía contenerme. Todavía estaba demasiado alto, mortalmente seguro de ser detectado si abría sobre mí aquel llamativo artefacto y flotaba tranquilamente el resto del camino.

Mi idea había sido abrir el paracaídas entre los trescientos y los ciento cincuenta metros de altura sobre el suelo, pero mis nervios jugaban su parte y no pude esperar tanto. Había una gran ciudad debajo de mí... Provo, Utah, como había podido comprobar desde arriba. Me convencí a mí mismo de que debía tirar de la cuerda para evitar caer directamente sobre la ciudad.

Recordé justo a tiempo retirar la mascarilla de oxígeno del rostro, evitando así la posibilidad de un puñado de dientes rotos, puesto que no había tenido tiempo de sujetar la botella de oxígeno a mi cuerpo; la había estado llevando durante todo el descenso en mi mano izquierda. Supongo que incluso entonces hubiera tenido tiempo de asegurarla, pero en lugar de ello la arrojé más o menos en dirección a una granja, esperando que fuera a caer en un campo arado antes que sobre el cráneo de algún honesto ciudadano. Luego tiré de la anilla.

Durante la clásica fracción de segundo pensé que el paracaídas estaba mal empaquetado. Luego se abrió y el tirón me hizo desvanecerme... a menos que fuera el miedo. Recuperé el sentido colgado de los correajes, con el suelo oscilando y girando lentamente debajo de mí. Estaba aún demasiado alto, y parecía estar flotando hacia las luces de Provo. Así que inspiré profundamente - el auténtico aire sabía bien después del aire embotellado -, sujeté un doble puñado de cuerdas, y expulsé algo del viento que me sustentaba.

Empecé a descender más aprisa, y me las arreglé para conseguir el soporte necesario para una caída suave. No podía ver bien el suelo en la oscuridad del atardecer, pero supe que estaba cerca; doblé las rodillas tal como dice el manual, y luego topé con el suelo cuando menos lo esperaba, vacilando, cayendo, y enredándome con las cuerdas en la caída. Se supone que fue algo parecido a una caída libre desde cinco metros; todo lo que puedo decir es que me pareció mucho más.

Luego me encontré sentado sobre mis posaderas en un campo de remolachas frotándome el tobillo izquierdo.

Los espías siempre entierran su paracaídas, así que supongo que yo también hubiera debido enterrar el mío. Pero no me sentía con ánimos de hacerlo y además no tenía herramientas; lo escondí en una alcantarilla que atravesaba la carretera que delimitaba el campo, luego eché a andar penosamente por aquella carretera en dirección a las luces de Provo. Mi nariz y mi oreja derecha habían sangrado, y la sangre se había secado en mi rostro; iba cubierto de suciedad, mis pantalones estaban rotos, el Señor sabe dónde estaba mi sombrero - en Denver quizá, o en algún lugar por encima de Nevada -, mi tobillo izquierdo parecía haber sufrido una ligera torcedura, mi mano derecha estaba bastante despellejada, y eso que había sufrido un accidente infantil. Me sentía entumecido.

Apenas pude contener el echarme a silbar mientras andaba, tan bien me sentía. Seguía estando perseguido, pero los censores del Profeta pensaban que aún estaba allá arriba en el cielo y volando hacia Hawai. Al menos esperaba que lo creyeran, y en cualquier caso aún estaba libre, vivo, y razonablemente intacto. Si uno debía ser perseguido, Utah era el mejor sitio para ello; había sido el centro de la herejía y del cisma desde la supresión de la Iglesia mormónica, allá en los lejanos días del Primer Profeta. Si conseguía mantenerme fuera de la vista directa de la policía del Profeta, era poco probable que alguno de los nativos me denunciara.

Sin embargo, me tendí en la cuneta cada vez que pasó un camión o un coche, y abandoné la carretera y seguí a campo través antes de entrar en la ciudad propiamente dicha. Di un amplio rodeo y entré por una callejuela lateral débilmente iluminada. Faltaban dos horas para el toque de queda; necesitaba llevar a cabo la primera parte de mi plan antes de que las patrullas nocturnas ocuparan las calles.

Vagabundeeé por las calles residenciales menos iluminadas y evité cualquier contacto directo con la gente durante más de una hora antes de encontrar lo que buscaba... algún tipo de aparato volador que yo pudiera robar. Resultó ser un aerocoché Ford familiar, estacionado en un solar. La casa que había a su lado estaba a oscuras.

Me acerqué a él, manteniéndome en las sombras, y destrocé mi cortaplumas forcejeando con la puerta... pero conseguí abrirla. La ignición estaba desconectada, pero no esperaba tener tanta suerte por segunda vez. Yo había recibido una educación extremadamente práctica a expensas de los contribuyentes, que incluía un conocimiento detallado de los motores I. C., y esta vez nada me apresuraba; me tomó veinte minutos, trabajando en la oscuridad, establecer un puente en el contacto.

Tras un rápido reconocimiento de la calle, subí al vehículo y puse en marcha la electricidad auxiliar, y me deslicé suavemente hasta la calle y giré una esquina antes de conectar las luces del coche. Luego conduje tan tranquilamente como un granjero regresando de una reunión de plegarias en la ciudad. No obstante, tenía miedo a encontrarme con un puesto de control de la policía en los límites de la ciudad, así que tan pronto como las casas empezaron a hacerse raras lancé el vehículo a campo través y me alejé de la carretera; luego, inesperadamente, una de las ruedas delanteras se hundió en un canal de riego, y aquello determinó mi despegue.

El motor principal tosió y se puso en marcha; el rotor desplegó sus aspas con un fuerte chirrido. Le costó despegar, con una rueda metida en el canal, pero lo consiguió. El suelo fue alejándose hacia abajo.

9

El coche que había robado era destartado, viejo, con el motor no muy bien conservado, una válvula que sonaba de un modo extraño, y una vibración en el rotor que no me gustaba en absoluto. Pero funcionaba y tenía más de la mitad del depósito de combustible lleno, lo suficiente como para llevarme hasta Phoenix. No podía quejarme.

Lo peor era una completa falta de cualquier tipo de equipo de navegación, excepto un descompensado robot Sperry viejo estilo y un puñado de mapas plegables del año pasado de los que suelen regalar las compañías petrolíferas más importantes. Había una radio, pero no funcionaba.

Bueno, Colón lo hizo con mucho menos. Phoenix estaba hacia el sur y a unos ochocientos kilómetros de distancia. Estimé el rumbo cruzando los ojos y rezando, situé el robot en su lugar y le dejé que ganara una altitud real de doscientos metros. Una altitud mayor podría ponerme al alcance de la cibernetica; una altitud menor podía hacer que algún agente local me creara problemas. Decidí que era más seguro ir con luces que sin ellas, pero las conecté en la posición «débiles». Luego eché un vistazo a mi alrededor.

Ninguna señal de persecución por el norte... aparentemente mi último hurto aún no había sido advertido. En cuanto al primero... bueno, mi amorcito debía estar por aquel entonces o derribado o volando lejos sobre el Pacífico. Se me ocurrió que estaba batiendo todo un récord para cualquier hijo de madre... cómplice primero y luego instigador del asesinato, perjurio ante el Gran Inquisidor, traición, suplantación de personalidad, y dos veces ladrón. Quedaba además incendio premeditado, y baratería, fuera lo que fuese, y rapto. Decidí que podía eludir el rapto, pero con la baratería sí que no podía hacer nada,

si conseguía llegar a saber lo que significaba. Tuve la sensación de que la nariz me estaba sangrando de nuevo.

Se me ocurrió que el hecho de casarme con una sagrada diaconisa podía ser considerado como violación de menores según la ley, y aquello me hizo sentir mejor; no quería perderme nada.

Observé los controles, vigilando el piloto y eludiendo las poblaciones, hasta que estuvimos a más de ciento cincuenta kilómetros al sur de Provo. De allí hacia el sur, pasado el Gran Cañón y hasta casi las ruinas de la vieja ciudad - carretera 66, la gente es muy escasa; decidí que podía arriesgarme a dormir un poco. De modo que conecté el piloto a doscientos cincuenta metros de altitud, le dije firmemente que vigilara árboles y picachos, me tumbé en el asiento de atrás, y me dormí inmediatamente.

Soñé que el Gran Inquisidor estaba intentando destrozar mis nervios comiendo un jugoso rosbif en mi presencia. «¡Confiesa!», me decía, mientras daba un mordisco y masticaba ostentadamente. «Hará las cosas más fáciles. ¿Lo quieres poco hecho o muy asado?» Estaba a punto de confesar cuando desperté.

La luna brillaba en el cielo y nos estábamos aproximando al Gran Cañón. Acudí rápidamente a los controles y anulé la orden de altitud... temía que el pequeño y simple robot tuviera una crisis nerviosa y empezara a derramar capacitancias en vez de lágrimas si intentaba mantener el aparato exactamente a doscientos cincuenta metros de altura sobre la gigantesca serie de cimas y depresiones y picachos.

Me quedé contemplando con tanto deleite el panorama que olvidé que me estaba muriendo de hambre. Si una persona no ha visto nunca el Cañón, no tiene objeto el describírselo... pero le recomiendo encarecidamente que lo contemple desde el aire a la luz de la luna.

Lo cruzamos en unos veinte minutos, y volví a dejar el aparato en automático y empecé a registrar la cabina, buscando en el compartimiento del panel de mandos y en las gavetas. Encontré una barra de chocolate de almendras y unos cuantos cacahuetes, con lo que organicé un festín, puesto que estaba dispuesto a comer incluso mofeta cruda... la última vez que había comido algo había sido en Kansas City. Acabé con todo ello y volví a dormirme.

No recuerdo haber puesto la alarma del piloto, pero debí hacerlo puesto que me desperté justo antes del amanecer. El amanecer sobre el desierto es otro estimado don para el turista, pero tenía que ocuparme tanto de la navegación que apenas pude echarle una mirada. Giré el volante en ángulos rectos durante unos pocos minutos para comprobar el rumbo y la velocidad, y luego volví a poner morro al sur, y finalmente hice una señal en el borde de uno de los mapas plegables. Con suerte, y suponiendo que mis cálculos sobre el viento fueran correctos, Phoenix debería aparecer a la vista en aproximadamente media hora.

La suerte me acompañó. Crucé una zona muy escabrosa y luego, bruscamente, extendiéndose hacia la derecha, apareció un amplio y llano valle desierto, con el color verde de las huertas de regadío y una gran ciudad en él... el Valle del Sol y Phoenix. Hice un pésimo aterrizaje en un pequeño y encajonado arroyo seco que conducía hacia el cañón del río Salado; rompí una rueda y destrocé el rotor, pero no me importó... lo importante era que no debían descubrir muy pronto el aparato, así como mis huellas dactilares... las huellas dactilares de Reeves, quiero decir. Media hora más tarde, tras abrirme camino entre enormes cactus y todavía más enormes peñascos rojizos, llegué a la carretera principal que conduce por el cañón hasta Phoenix.

Iba a ser una larga caminata hasta Phoenix, especialmente con un tobillo dolorido, pero decidí no arriesgarme a parar un coche. El tráfico era escaso, y durante la primera hora me salía de la carretera y me ocultaba cada vez que pasaba algún vehículo. Luego llegó un momento en que me encontré en medio de una larga recta y fui atrapado por un enorme camión de transporte; no me quedó otro remedio que hacerle al conductor un

signo casual mientras me apoyaba en una pared de roca y pretendía adoptar un aire aburrido. El conductor paró suave y rápidamente su trasto.

- ¿Subes, amigo?

Tomé una rápida decisión.

- ¡Sí, gracias!

Descolgué una escalerilla de duraluminio sobre el enorme neumático, y trepé a la cabina. Me miró de arriba a abajo.

- ¡Hermano! - dijo, admirado -. ¿Fue un puma o un oso?

Había olvidado mi aspecto. Bajé la vista y me miré a mí mismo.

- Ambas cosas - respondí solemnemente -. Estrangulé a uno con cada mano.

- Lo creo.

- El hecho - añadí - es que estaba conduciendo un unicycle y me salí de la carretera. Afortunadamente fue por el lado alto, pero lo destrocé.

- ¿Un unicycle? ¿En esta carretera? ¿Todo el camino desde Globe?

- Bueno, a veces tuve que bajarme y empujar. Fue la cuesta abajo lo que me mató.

Agitó la cabeza.

- Será mejor que volvamos a la teoría del puma y el oso. Me gusta más. - Dejó de hacerme preguntas, de lo cual me alegré. Estaba empezando a darme cuenta de que las fricciones improvisadas conducen a ramificaciones insospechadas; nunca había viajado por la carretera que venía de Globe.

Tampoco había estado nunca en un gran camión de transporte antes, y estaba interesado en ver en cuántas cosas se parecía por dentro a un crucero de superficie del Ejército... la misma cabina y tablero de mandos universal y los mismos mecanismos que controlaban la tracción y velocidad de las ruedas motrices, muchos de los mismos instrumentos señalando la velocidad del motor, transmisión, relación de torsos y cosas así. Podía apreciarlo por mí mismo.

Pero me hice el tonto y le animé a que hablara.

- Nunca he estado antes en uno de estos chicarrones. Cuénteme cómo funciona, ¿quiere?

Lo hizo, y yo escuché con media oreja mientras pensaba en cuánto tardaríamos en llegar a Phoenix. Me demostró cómo aplicaba la potencia del motor y la dirección a las ruedas simplemente con inclinar las dos palancas de velocidad, una en cada mano, y luego discutió la economía de dejar que el diesel rodara a una velocidad constante mientras él aplicaba la potencia a cada uno de los dos lados según la necesitara. Le dejé hablar... mi primera necesidad era un baño y un afeitado y un cambio de ropas, de eso estaba seguro; de lo contrario sería detenido por supuesta vagancia apenas fuera observado.

De pronto me di cuenta de que me habían hecho una pregunta.

- Creo que entiendo - respondí -. Los waterburies impulsan las ruedas.

- Sí y no - respondió -. Se trata de un sistema de transmisión electrodiesel. Los waterburies sólo actúan como un sistema de engranajes, aunque no llevan dientes; son hidráulicos. ¿Me sigues?

Dije que creía que sí (hubiera podido dibujárselos)... y se me ocurrió la idea de que, si la Cabala necesitaba alguna vez con urgencia pilotos para sus cruceros, los conductores de estos grandes camiones de transporte podían ser entrenados para ese trabajo en muy poco tiempo.

Estábamos deslizándonos suavemente colina abajo incluso después de haber abandonado el cañón; los kilómetros pasaban rápidamente. Mi anfitrión se salió de la carretera y aparcó ante un restaurante y una estación de combustible.

- Todos fuera - gruñó -. Desayuno para nosotros y bebida para el amiguito.

- Eso suena bien - dije. Consumimos cada cual una buena ración de huevos con tocino y un gran y dulce racimo de uvas de Arizona. No me dejó pagar su consumición, e intentó

pagar la mía. Cuando regresamos al camión se detuvo junto a la escalerilla y me miró fijamente.

- El control de la policía está a un poco más de un kilómetro de aquí - dijo suavemente - . Supongo que harán las mismas comprobaciones que en cualquier otro. - Desvió la vista hacia otro lado.

- Hummm... - dije -. Creo que iré andando el resto del camino, para digerir mejor el desayuno. Gracias por el viaje.

- No tiene importancia. Esto, hay una carretera secundaria a unos doscientos metros más atrás. Gira hacia el sur y luego de nuevo hacia el oeste para dirigirte a la ciudad. Es mejor para ir andando. Hay menos tráfico.

- Oh, gracias.

Retrocedí andando hasta la carretera secundaria, preguntándome si mi carrera criminal sería tan evidente para todo el mundo. Una cosa sí era segura: tenía que cambiar mi apariencia antes de entrar en la ciudad. La carretera secundaria conducía a través de ranchos, y pasé varias casas sin haber conseguido dominar mis nervios. Pero finalmente llegué a una casita ocupada por una familia hispanoindia con la habitual colección de niños y perros. Corrí el riesgo; muchas de aquellas gentes eran católicos clandestinos, lo sabía, y probablemente odiaban a los censores tanto como yo.

La señora estaba en casa. Era gorda y bonachona, y muy probablemente india a juzgar por su apariencia. No podíamos hablar mucho debido a que mi español es estrictamente académico, pero pude pedirle agua, y la obtuve, tanto para beber como para lavarme. Me remendó los pantalones mientras yo permanecía totalmente en calzoncillos con los niños haciendo comentarios; me dio una buena cepillada, e incluso me dejó utilizar la navaja de su marido. Protestó cuando intenté pagarle, pero me mantuve firme en aquello. Cuando abandoné el lugar mi apariencia era pasable.

La carretera giraba de nuevo para penetrar en la ciudad tal como había dicho el conductor del camión... y sin ningún policía. Finalmente encontré un centro comercial de barriada y en él una pequeña sastrería. Allí aguardé mientras se completaba el resto de mi transformación en una persona respetable. Con mis ropas recién planchadas, sin manchas, una camisa nueva y un sombrero, era capaz de ir andando hasta el centro de la ciudad e intercambiar bendiciones con cualquier censor con el que pudiera encontrarme mientras le miraba tranquilamente a los ojos. Un listín telefónico me dio la dirección del Tabernáculo del Barrio Sur; un mapa en la pared de la sastrería me orientó sin necesidad de tener que hacer preguntas. Estaba a una distancia que podía recorrer andando.

Me apresuré calle abajo y llegué a la iglesia justo en el momento en que empezaban los servicios de las once. Con un suspiro de alivio me deslicé en un banco de la parte de atrás y disfruté con los servicios, como cuando era un muchacho, antes de que aprendiera lo que había detrás de todo aquello. Me sentí en paz y seguro; pese a todo lo que me había pasado, había llegado hasta allí. Dejé que la música familiar empapara mi alma mientras pensaba en la forma de presentarme luego al sacerdote y dejar que él hiciera lo demás.

A decir verdad, me dormí durante el sermón. Pero me desperté a tiempo, y dudo de que nadie se diera cuenta de ello. Luego me quedé por allí, aguardando una oportunidad de hablar con el sacerdote, y le dije cuánto me había gustado su sermón. Nos estrechamos las manos y le di el apretón de reconocimiento de la hermandad.

Pero él no me lo devolvió. Me quedé tan sorprendido por aquello que casi me perdí lo que me estaba diciendo.

- Gracias, muchacho. Siempre es una buena noticia para un nuevo pastor oír que sus sermones son apreciados.

Creo que mi rostro perdió todo su color. Añadió:

- ¿Hay algo que no va bien?

- Oh, no, reverendo - balbuceé -. Entienda, yo también soy forastero. Entonces, ¿no es usted el reverendo Baird? - Sentí un frío pánico. Baird era mi único contacto con la hermandad desde mi salida de Nueva Jerusalén; sin nadie que pudiera ocultarme, sería atrapado en cuestión de horas. Incluso mientras respondía estaba haciendo ya alocados planes de robar otro aparato aquella noche y luego intentar esquivar las patrullas fronterizas y penetrar en México.

Su voz cortó mis pensamientos como llegando desde una gran distancia.

- No, me temo que no, hijo mío. ¿Deseas ver al reverendo Baird?

- Bueno, no es algo tan terriblemente importante, señor. Es un viejo amigo de mi tío. Deseaba verle, puesto que estoy de paso por aquí, y presentarle mis respetos. - ¿Tal vez aquella amable india pudiera ocultarme hasta que anoheciera?

- Eso no será difícil. Está aquí en la ciudad. Yo tan sólo estoy supliéndole en el pulpito mientras él no puede.

Mi corazón dio un completo giro; intenté disimularlo.

- Quizá, si está enfermo, sea mejor no molestarle.

- Oh, en absoluto. Sólo se ha roto un hueso del pie... le gustará un poco de compañía. Mira - el sacerdote rebuscó bajo sus ropas, extrajo un trozo de papel y un lápiz, y escribió la dirección -. Está dos calles más adelante y media manzana más abajo. No tiene pérdida.

Por supuesto me perdí, pero volví hacia atrás y la encontré, una vieja casa con una enredadera en la fachada y un estilo que recordaba al de Nueva Inglaterra. Quedaba casi oculta por un amplio y descuidado jardín... eucaliptus, palmeras, arbustos y flores, todo ello en una placentera confusión. Toqué el timbre y escuché el graznido de un viejo interfono; una voz preguntó:

- ¿Sí?

- Un visitante que desea ver al reverendo Baird, si es posible.

Hubo un corto silencio mientras la pantalla se iluminaba y él me miraba desde allí; luego:

- Deberás entrar por ti mismo. Mi ama de llaves se ha ido al mercado. Sigue recto hasta el jardín de atrás. - La puerta hizo un clic y se abrió.

Parpadeé ante la oscuridad, luego seguí el pasillo central y salí por la puerta trasera. Un hombre anciano estaba medio tendido en una mecedora, con un pie apoyado sobre almohadones. Bajó: su libro y me miró por encima de sus gafas.

- ¿Qué es lo que deseas de mí, hijo?

- La luz.

Una hora más tarde terminaba con la última de las soberbias enchiladas acompañadas con leche fría y azucarada. Mientras tornaba un racimo de uvas moscatel, el padre Baird terminó de darme sus instrucciones.

- No hay nada que podamos hacer hasta que se haga de noche. ¿Alguna pregunta?

- Creo que no, señor. Sánchez me saca de la ciudad y me pone en manos de algunos otros hermanos que me harán llegar hasta el Cuartel General. El final será sencillo.

- Cierto. Pero no va a ser confortable.

Abandoné Phoenix oculto en un fondo falso de una pequeña camioneta de verduras. Iba almacenado como una carga más, con la nariz pegada contra el fondo. Fuimos detenidos en el control de la policía a la salida de la ciudad; pude oír voces bruscas con esa nota de autoridad, y el apasionado español de Sánchez respondiéndoles. Alguien rebuscó encima de mi cabeza, y las rendijas del doble fondo se inundaron de luz.

Finalmente, una voz dijo:

- Todo está bien, Ezra. Es el chico que ayuda al padre Baird. Cada noche o así hace un viaje al rancho del padre.

- Bueno, ¿por qué no lo dijo?

- Está excitado y no se aclara con su inglés. Está bien. Adelante, chico. Vaya usted con Dios.

- Gracias, señores. Buenas noches.

En el rancho del reverendo Baird fui transferido a un helicóptero, pero esta vez no era un trasto desvencijado, sino un aparato nuevo, silencioso y bien equipado. Era manejado por dos hombres, que intercambiaron conmigo la contraseña del apretón de manos pero no me dijeron otra cosa excepto que me sentara en el compartimiento de pasajeros y no me moviera de allí. Despegamos inmediatamente.

Las ventanillas del espacio reservado a pasajeros habían sido cubiertas; no supe qué dirección tomamos, ni a qué distancia fuimos. Fue un viaje agitado, porque el piloto parecía empeñado en volar rozando las margaritas. Era una precaución razonable para evitar ser detectados, pero esperaba que supiera lo que estaba haciendo... yo no me hubiera atrevido a pilotar un heli de aquella forma ni a plena luz del día. Debió asustar a un buen número de coyotes... al menos me asustó a mí.

Finalmente noté la sacudida del tren de aterrizaje. Nos deslizamos sobre él, y botamos varias veces hasta detenernos suavemente. Cuando salí me encontré mirando la boca del cañón de un desintegrador montado sobre un trípode, a cuyo lado había dos hombres alertas y suspicaces.

Pero mi escolta dio la contraseña, cada uno de los guardias me interrogó separadamente, e intercambiamos las señales de reconocimiento. Tuve la impresión de que en cierto modo se sentían decepcionados de que no pudieran pillarme en nada; parecían terriblemente ansiosos. Cuando se sintieron satisfechos, echaron sobre mi cabeza una capucha que me cubría los ojos, y fui conducido hacia adelante. Cruzamos una puerta, anduvimos quizá cincuenta metros, y penetramos en un compartimiento. El suelo se hundió.

Mi estómago dio un vuelco, y gruñí algo para mí mismo porque no me habían advertido que se trataba de un ascensor, pero mantuve la boca cerrada. Dejamos el ascensor, seguimos por un pasillo, fui empujado por el codo hacia una plataforma de algún tipo, y me dijeron que me sentara y esperase... tras lo cual partimos a una velocidad de vértigo. Parecía como una montaña rusa... lo cual no resulta agradable cuando uno va con los ojos vendados. Hasta entonces no me había sentido realmente asustado. Empecé a pensar que la novatada era intencional, puesto que podían haberme advertido.

Bajamos nuevamente por otro ascensor, anduvimos varios cientos de pasos, y me quitaron la capucha. Tuve mi primera visión del Cuartel General.

No lo reconocí como tal; simplemente solté un jadeo. Uno de mis guardias sonrió.

- Todos hacen lo mismo - dijo secamente.

Era una caverna de piedra caliza tan enorme que uno se creía en el exterior antes que bajo tierra, y tan magníficamente espléndida en sus formaciones que hacía que uno se creyera en el país de las hadas, o en el palacio del Rey de los Gnomos. Yo había supuesto que nos hallábamos bajo tierra por los descensos que había realizado, pero nada me había preparado para lo que estaba viendo.

Había visto fotografías de lo que eran las cavernas de Carlsbad, antes de que el terremoto del 96 las destruyera; el Cuartel General era algo parecido, aunque no podía llegar a creer que las cavernas de Carlsbad fueran tan grandes o la mitad de magníficas. Al primer momento no pude captar la inmensidad de la estancia en la cual me encontraba; bajo tierra no hay ninguna referencia que te permita juzgar las dimensiones, y la visión humana, acostumbrada a trabajar en sistemas de referencias, se encuentra desamparada en un lugar de más de veinte metros sin nada en la distancia que le proporcione una escala... una casa, un hombre, un árbol, incluso el propio horizonte. Puesto que una caverna natural no contiene absolutamente nada que sea conocido o habitual, el ojo humano no puede medirla.

Así, aunque me daba cuenta de que la estancia en la cual me encontraba era grande, no podía determinar cuan grande era; mi cerebro establecía una escala de acuerdo con mis prejuicios. Estábamos de pie más arriba del nivel general del suelo y a un extremo de la cavidad; toda ella estaba ligeramente iluminada. Yo giraba mi cuello de un lado para otro y soltaba ohs y ahs; miré hacia abajo, y vi un pueblecito de juguete a una cierta distancia debajo de nosotros. Los pequeños edificios parecían tener unos treinta centímetros de altura.

Luego vi a gente menuda andando por entre los edificios... y de repente todo aquello adoptó una escala. El pueblecito de juguete estaba al menos a cuatrocientos metros de distancia; toda la enorme cavidad no tendría menos de mil quinientos metros de largo y algunos cientos de alto. En vez del miedo de sentirse encerrados que normalmente experimentan las personas cuando se hallan en una caverna, me vi repentinamente asaltado por el otro miedo, el miedo al espacio abierto, la agorafobia. Deseé escabullirme pegado a las paredes, como un ratón tímido.

El guía que había hablado tocó mi brazo.

- Tendrá todo el tiempo que quiera para verlo más tarde. Ahora sigamos.

Me condujeron por un camino descendente que serpenteaba entre estalagmitas, cuyo tamaño iba del dedo de un niño hasta una pirámide de Egipto, contorneando lagunas de negras aguas con macizos de lirios creciendo entre rocas vivientes, cruzando oscuros domos húmedos que eran ya viejos cuando el hombre aún era nuevo, bajo cremosas cortinas translúcidas de ónice y aguzadas estalactitas de color rojo y rosáceo y gris oscuro. Mi capacidad de maravilla empezó a verse abrumada, y finalmente renuncié a intentar comprender.

Desembocamos en el nivel del suelo, completamente lleno de excrementos de murciélagos, y emprendimos el camino hacia el poblado. Los edificios, pude apreciar a medida que nos acercábamos, no eran tales en el sentido que se les da en el exterior, sino que eran meras divisiones hechas con ese plástico horadado que se utiliza para insonorizar... separaciones de espacio efectuadas para lograr una mayor eficiencia y conveniencia. La mayoría de ellas no tenían techo. Nos detuvimos frente al mayor de aquellos cubículos; el cartel que había encima decía: ADMINISTRACIÓN. Entramos, y fui conducido a la oficina de personal. De hecho, aquella habitación casi me produjo nostalgia, tan profesionalmente militar era en su fea y eficiente disposición. Incluso había allí el tipo de burócrata viejo con sus nerviosos sorbidos que parece ser inevitable en tales lugares desde los tiempos de César. La placa en su escritorio lo anunciaba como el Suboficial R. E. Giles, y con toda evidencia había regresado a su oficina tras haber estado trabajando horas enteras tan sólo para recibirme.

- Encantado de conocerle, señor Lyle - dijo, dándome la mano e intercambiando la clave de reconocimiento. Luego se rascó la nariz y sorbió -. Llega casi con una semana de antelación, y sus aposentos no están preparados. ¿Qué le parece si pasa la noche en un saco de dormir en el salón de oficiales, y mañana arreglamos las cosas?

Dije que aquello sería perfectamente satisfactorio, y pareció aliviado.

10

Supongo que de algún modo había esperado ser tratado a mi llegada como algún tipo de héroe conquistador... ya saben, con mis nuevos camaradas escuchando boquiabiertos cada palabra del modesto relato de mis aventuras y milagrosas escapadas y dándole las gracias al Gran Arquitecto que me había permitido salir victorioso y llegar hasta allí con mi tan importante mensaje.

Estaba equivocado. El ayudante de personal me envió a buscar antes incluso de que pudiera terminar dignamente mi desayuno, pero ni siquiera le vi; me encontré con el señor

Giles. Me sentí en cierto modo decepcionado, y le interrumpí para preguntarle cuándo considerarían conveniente que diera mi informe formal al oficial al mando.

Sorbió una vez más.

- Oh, sí. Bueno, señor Lyle, el general le envía sus saludos y le ruega que considere como realizada la visita de cortesía, no sólo por su parte sino también por la de todos los jefes de departamento. Vamos más bien escasos de tiempo, ¿sabe? Le mandará llamar apenas disponga de un momento libre para usted.

Sabía muy bien que el general no me había enviado ningún mensaje de aquella índole y que aquel subalterno estaba siguiendo simplemente una costumbre previamente establecida. Aquello no me hizo sentirme mejor.

Pero no había nada que pudiera hacer al respecto; el sistema me tenía en sus manos. Al mediodía ya estaba alojado definitivamente, me habían aporreado el pecho y todo lo demás, y había rendido mis informes. Sí, tuve la oportunidad de relatar mi historia... a una máquina grabadora. Hombres de carne y hueso recibieron el mensaje que llevaba, pero la cosa no fue en absoluto divertida; permanecí bajo hipnosis todo el tiempo, exacta - lenta como cuando grabaron el mensaje en mí.

Aquello ya era demasiado; le pregunté al psicotécnico que operaba sobre mí qué decía el mensaje que había llevado. Me respondió rígidamente:

- No se nos permite decirles a los correos los mensajes que transportan. - Sus ademanes sugerían que mi pregunta era muy impropia.

Perdí un poco los estribos. No sabía si aquel hombre era superior a mí en grado o no, puesto que no llevaba uniforme, pero no le importaba en absoluto.

- ¡Por el amor del cielo! ¿Qué ocurre aquí? ¿Acaso la hermanad no confía en mí? He arriesgado el cuello...

Me cortó con un ademán mucho más conciliador.

- No, no, no se trata de eso en absoluto. Es para su protección

- ¿En?

- El reglamento. Cuanto menos sepa usted de lo que necesita saber, menos podrá revelar si alguna vez es capturado... y más seguro será para usted y para todos los demás. Por ejemplo, ¿sabe usted dónde estamos ahora? ¿Puede usted señalar nuestra localización en un mapa?

- No.

- Yo tampoco. No necesitamos saberlo, así que no se nos dice.)e todos modos - prosiguió -, no me importa decirle, en líneas generales, el mensaje que lleva usted... simplemente informes de rutina, confirmación de hechos que ya sabíamos en su mayor parte a través de los circuitos sensitivos. Ya que venía usted para aquí, aprovecharon el viaje para llenarlo con todos esos informes. Hemos grabado tres cintas enteras con la información.

- ¿Sólo informes de rutina? ¡Hey, el Maestro de la Logia me dijo que llevaba un mensaje de vital importancia! ¡El viejo chistoso!

El técnico ocultó una sonrisa.

- Me temo que le tomó... ¡oh!

- ¿Eh?

- Entiendo lo que le quiso decir. Sí, traía usted un mensaje de vital importancia... para usted. Llevaba consigo sus propias credenciales hipnóticas. Si no las hubiera traído, nunca le hubiéramos permitido volver a despertarse.

Ante aquello no tenía nada que decir. Me fui discretamente.

Mis recorridos a la oficina médica, a la oficina psico, al oficial de servicio, etc., habían empezado a darme una cierta noción del tamaño de aquel lugar. El «pueblecito de juguete» que había visto desde lejos era simplemente la agrupación administrativa. La planta de energía, un edificio aislado, se hallaba en una caverna separada, con varios metros de pared de roca como escudo secundario. Las parejas casadas se instalaban

donde les parecía - casi un tercio de nosotros eran mujeres -, y normalmente elegían levantar sus casas (o compartimientos) lejos del agrupa - miento central. La armería y depósito de municiones estaban localizados en un pasadizo lateral, a una distancia segura de las oficinas y residencias.

Había agua fresca en abundancia, aunque bastante dura, y los mismos pasadizos que traían las corrientes subterráneas proporcionaban también al parecer la ventilación necesaria... al menos el aire nunca estaba viciado. Se mantenía a una temperatura de 21 grados y a una humedad relativa de un 32% invierno y verano, noche y día.

A la hora de la comida ya estaba integrado en la organización, y me encontré trabajando duramente en un empleo temporal inmediatamente después de comer... en la armería, reparando y ajustando desintegradoras, pistolas, armas pesadas y de asalto. Pude haberme mostrado enojado cuando me pidieron, u ordenaron, hacer un trabajo que correspondía realmente a un sargento armero, pero todo aquel lugar parecía funcionar con un mínimo de protocolo... por ejemplo, cada cual se limpiaba sus platos tras la comida. Y realmente era agradable sentarse de nuevo en un banco de la armería, seguro y cómodo, y trajinar de nuevo con calibres y galgas y brocas... un trabajo bueno y útil.

Poco antes de cenar, aquel primer día, vagabundeé un poco por el salón de oficiales en busca de alguna silla libre. De pronto oí una familiar voz de barítono a mis espaldas:

- ¡Johnnie! ¡John Lyle! - Me giré en redondo y allí estaba, corriendo hacia mí, Zebadiah Jones... el buen viejo Zeb, ancho como la vida y con su feo rostro partido por una sonrisa.

Nos palmeamos mutuamente la espalda e intercambiamos insultos.

- ¿Cuándo llegaste aquí? - le pregunté finalmente.

- Oh, hace un par de semanas.

- ¿De veras? Aún estabas en Nueva Jerusalén cuando yo me fui. ¿Cómo te las arreglaste?

- Sin ningún problema. Simplemente fui facturado como un cadáver... bajo trance profundo. En un ataúd sellado y rotulado «contagioso».

Le conté las incidencias de mi propio viaje, y Zeb pareció impresionado, lo cual me levantó un poco la moral. Luego le pregunté qué estaba haciendo.

- Estoy en la oficina de Psico & Propaganda - me dijo -, a las órdenes del coronel Novak. Precisamente ahora estoy escribiendo una serie de profundamente respetuosos artículos sobre la vida privada del Profeta y sus acólitos y sacerdotes, cuántos sirvientes tienen, cuánto cuesta mantener el Palacio, todo lo relativo a las fantasiosas ceremonias y rituales, y todo ese tipo de cosas. Todo ello es perfectamente cierto, por supuesto, y dicho con el grado justo de respetuosa aprobación. Pero lo envuelvo en una densa nube. El énfasis está puesto en las joyas y en los sólidos adornos de oro y en todo lo que cuesta todo ello, y les digo a los paletos qué privilegio es para ellos el que se les permita pagar por tales fruslerías y lo orgullosos que deberían sentirse de que el representante de Dios en la tierra les permita que cuiden de él.

- Creo que no estoy de acuerdo contigo - le dije, frunciendo el ceño -. A la gente le gusta todo ese carnaval circense. Mira cómo los turistas que llegan a Nueva Jerusalén se apiñan para comprar las entradas para las ceremonias del Templo.

- Seguro, seguro... pero yo no redacto todo esto para la gente que va de vacaciones a Nueva Jerusalén; lo enviamos a pequeños periódicos locales en pequeñas y pobres comunidades rurales del valle del Mississippi, y en el Profundo Sur, y en la zona negra de Nueva Inglaterra. Es decir, lo esparcimos entre algunos de los más pobres y puritanos elementos de la población, gente que está emocionalmente convencida de que pobreza y virtud son la misma cosa. Eso raspa en sus nervios; a su debido tiempo los ablandará y hará que las dudas nazcan en ellos.

- ¿Esperas seriamente iniciar una rebelión con cosas tan insignificantes como eso?

- No son cosas insignificantes, porque actúan directamente sobre las emociones de la gente, por debajo del nivel lógico. Podrás influir en el ánimo de un millar de hombres

apelando a sus prejuicios mucho más rápidamente de lo que podrás convencer a un solo hombre utilizando la lógica. Tampoco es necesario apelar a los prejuicios cuando se trata de algo importante. Johnnie, tú sabes cómo emplear los índices de connotación, ¿verdad?

- Bueno, sí y no. Sé lo que son; se supone que miden los efectos emocionales de las palabras.

- Exactamente, en la medida de sus posibilidades. Pero el índice de una palabra no es algo tan fijo como los cien centímetros de un metro; es una función variable compleja que depende del contexto, edad, sexo y ocupación del oyente, la localización, y otra docena de cosas. Un índice es una solución particular de la variable que te dice si una palabra en particular utilizada de una forma en particular sobre un lector o tipo de lector en particular afectará a esa persona favorablemente, desfavorablemente, o simplemente la dejará fría. Tomar las medidas adecuadas del grupo al que quieres dirigirte puede resultar algo tan matemáticamente exacto como cualquier rama de la ingeniería. Pero nunca tenemos todos los datos que necesitamos, y por eso sigue siendo un arte... pero un arte muy preciso, especialmente si empleamos la «realimentación» a través de los muestreos de campo. Cada artículo que escribo es un poco más enojoso que el anterior... y el lector nunca sabe por qué.

- Suena bien, pero no comprendo cómo funciona.

- Te pondré un ejemplo vulgar. ¿Qué es lo que preferirías tener ante ti? ¿Un hermoso, grueso, jugoso, tierno bistec... o un segmento de tejido muscular extraído del cadáver de un toro castrado e inmaduro?

Le hice una mueca.

- No vas a engañarme. Lo tomaré le des el nombre que le des... siempre que no esté demasiado hecho. Espero que nos avisen pronto para ir al comedor; estoy muerto de hambre.

- Tú crees que no te sientes afectado porque sabes que estoy hablando de la misma cosa. ¿Pero cuánto tiempo duraría un restaurante si utilizara ese tipo de terminología? Tomemos otro ejemplo vulgar, esas palabrotas que los chicos desvergonzados escriben por las paredes. Tú no puedes usarlas en compañía de gente educada sin ofender, pero existen circunloquios y sinónimos para cada una de ellas que sí pueden ser usados en cualquier compañía..

Asentí mi acuerdo.

- Supongo que sí. Supongo que sé cómo se puede actuar sobre la demás gente. Pero personalmente creo que soy inmune a todo ello. Esas palabras tabúes no significan nada para mí... excepto que soy lo suficientemente razonable como para cuidarme de no ofender a los demás con ellas. Soy un hombre educado, Zeb... «Piedras y bastones pueden quebrantar mis riñones, etcétera.» Pero me doy cuenta de cómo puedes actuar sobre los ignorantes.

Ahora comprendo mejor que no debo bajar nunca mi guardia con Zeb. El buen Dios sabe las veces que me ha vencido de esta forma. Me sonrió tranquilamente, e hizo una corta afirmación que incluía algunas de esas palabras tabúes.

- ¡Deja a mi madre fuera de todo eso!

Fui yo quien grité, saltando de mi silla como un perro cargando ¡en una lucha callejera. Zeb debió anticipar exactamente lo que yo haría, pues se echó a un lado inmediatamente después de hablar, de modo que en vez de golpearle la barbilla descubrí que mi muñeca había sido agarrada por su puño y su otro brazo me rodeaba, sujetándome en una presa que detuvo la batalla antes incluso de que empezara.

- Tranquilo, Johnnie - susurró en mi oído -. Te pido disculpas. Te ofrezco mis más humildes disculpas, y solicito tu perdón. Créeme, no te estaba insultando.

- ¡Eso es lo que dices!

- De veras, y con toda humildad. ¿Me perdonas?. A medida que me calmaba me di cuenta de que mi estallido había sido más bien notorio. Aunque habíamos escogido un

rincón tranquilo para charlar, había como mínimo una docena o más de personas en el salón, aguardando a que se anunciara la cena. Pude darme cuenta del terrible silencio y sentir la interrogación en las mentes de los demás sobre si iba a ser o no necesaria su intervención. Empecé a enrojecer, más de turbación que de cólera.

- De acuerdo. Suéltame.

Lo hizo, y nos sentamos de nuevo. Yo aún me sentía dolido y no del todo inclinado a perdonarle a Zeb su imperdonable infracción de los buenos modales, pero la crisis había pasado. Pero él dijo suavemente:

- Johnnie, créeme, no te estaba insultando ni a ti ni a ningún miembro de tu familia. Se trataba de una demostración científica de la dinámica de los índices de connotación, eso es todo.

- Bueno... pero no hacía falta que lo hubieras hecho de una forma tan personal.

- Oh, no había otro remedio. Estábamos hablando de la psico - dinámica de la emoción... y las emociones son cosas personales, subjetivas, que deben ser experimentadas para ser comprendidas. Tú eras de la creencia de que tú, como hombre educado, te hallabas inmune a esta forma de ataque... así que acudí a un test del laboratorio para demostrarte que no eres inmune. Ahora, ¿qué fue exactamente lo que te dije?

- Me dijiste... bueno, no importa. De acuerdo, fue un test. Pero no deseo que se repita. Ya has demostrado lo que querías: no me gusta.

- ¿Pero qué fue lo que dije? Todo lo que dije, de hecho, fue que tú eras la descendencia legítima de un matrimonio legal. ¿Correcto? ¿Qué hay de insultante en ello?

- Pero... - me interrumpí, y pasé mentalmente revista a las injuriosas, insultantes y degradantes cosas que había dicho... con todos sus significados. Gruñí tímidamente -. Fue la forma en que lo dijiste.

- ¡Exacto, exacto! Para decirlo técnicamente, seleccioné términos con altos índices negativos, para esta situación y para este auditorio. Que es precisamente lo que hacemos con esa propaganda, excepto que los índices emocionales son menos cuantitativos para evitar despertar sospechas y evadir a los censores... un veneno lento más bien que una patada en la barriga. Lo que escribimos gira todo en torno al Profeta, ensalzándole hasta los cielos... de tal modo que la irritación producida en el lector es transferida a él. El método actúa por debajo de los pensamientos y actos conscientes del lector sobre los tabúes y fetiches que infectan su subconsciente.

Recordé amargamente mi propia irrazonable cólera.

- Estoy convencido. Suena como un montón de buena medicina.

- Lo es, muchacho, lo es. Hay magia en las palabras, magia negra... si sabes cómo invocarla.

Tras la cena, Zeb y yo fuimos a su cubículo y seguimos charlando. Me sentía a gusto y cómodo y muy, muy satisfecho. El hecho de que formábamos parte de un complot revolucionario, un proyecto que tenía muy pocas posibilidades de éxito y que muy probablemente terminaría con nosotros muertos en una batalla o quemados por traición, no me afectaba en absoluto. ¡El buen viejo Zeb! ¿Qué hubiera pasado si me hubiera golpeado por debajo de mi guardia y dado allá donde más me dolía? Él era mi «familia»... toda la familia que tenía. Estar ahora con él me hacía sentir como me sentía cuando mi madre me hacía sentar en la cocina y me daba pastelillos y leche.

Hablamos sobre esto y aquello, y durante el transcurso de la conversación aprendí más cosas sobre la organización, y descubrí - fue una gran sorpresa el descubrirlo - que no todos nuestros camaradas eran hermanos. Hermanos de logia, quiero decir.

- Pero, ¿no es eso peligroso?

- ¿Y qué no lo es? ¿Y qué esperabas, muchacho? Algunos de nuestros más valiosos camaradas no pueden unirse a la Logia; su propia fe religiosa se lo prohíbe. Pero nosotros

no poseemos el monopolio de odiar la tiranía y amar la libertad, y necesitamos toda la ayuda que podamos conseguir. Cualquiera que vaya en nuestra misma dirección es un compañero de viaje. Cualquiera.

Pensé en aquello. La idea era lógica, aunque en cierto modo vagamente desagradable. Decidí aceptarla rápidamente.

- Supongo que sí. Imagino que incluso los parias nos serán de alguna utilidad, cuando se inicie la lucha, aunque no puedan ser aceptados como miembros.

Zeb me dirigió una mirada que yo conocía demasiado bien.

- ¡Oh, por el amor del cielo, John! ¿Cuándo dejarás de llevar pañales?

- ¿Eh?

- ¿Todavía no se te ha metido en la cabeza que la propia noción de «paria» es el mecanismo de chivo expiatorio de esta tiranía que cualquier tiranía necesita?

- Sí, pero...

- Cállate. Quítale el sexo a la gente. Decláralo prohibido, malvado, límitalo a la reproducción ritualista. Oblígalo a retroceder a un suprimido sadismo. Luego dale a la gente un chivo expiatorio a quien odiar. Déjale que ocasionalmente mate a algunos de esos chivos expiatorios como desahogo catártico. El mecanismo tiene siglos de antigüedad. Los tiranos lo utilizaban cientos de años antes de que fuera inventada la palabra «psicología». Y funciona. Mírate a ti mismo.

- Mira, Zeb, yo no tengo nada contra los parias.

- Es mejor que no lo tengas. Descubrirías unas cuantas docenas de ellos aquí en la Gran Logia. Y por supuesto, olvida esa palabra «paria». Posee, diríamos, un muy elevado índice negativo.

Se calló, y yo hice lo mismo; de nuevo necesitaba tiempo para poner en orden mis pensamientos. Por favor, compréndanme... es fácil sentirse libre cuando uno ha sido educado en la libertad; no es fácil de otro modo. Un tigre de un zoo, si se escapa, a menudo volverá por su propio pie a la paz y seguridad de sus barrotes. Si no puede volver, pueden estar seguros de que pasará arriba y abajo dentro de los límites de los barrotes de la jaula que ya no está a su alrededor. Supongo que yo también estaba paseando arriba y abajo por la jaula imaginaria de mis esquemas condicionados.

La mente humana es una cosa tremendamente compleja; hay en ella compartimientos que ni su propio dueño sospecha. Yo creía que había conseguido limpiar mi mente de todas las sucias supersticiones que había sido empujado a creer. Estaba aprendiendo que la «limpieza» no había sido más que un barrido en el que había metido el polvo y la suciedad debajo de las alfombras... deberían pasar años antes de que la limpieza fuera completa, antes de que el fresco aire de la razón soplara en todas las habitaciones.

De acuerdo, me dije a mí mismo, si me encuentro con uno de esos par... no, «camaradas», intercambiaré el reconocimiento con él y seré educado... ¡tanto como él sea educado conmigo! En aquel momento no vi nada hipócrita en mi reserva mental.

Zeb se echó hacia atrás, fumando, y me dejó cocerme a fuego lento. Yo sabía que él estaba fumando y él sabía que yo lo desaprobaba. Pero era un pecado menor y, cuando compartíamos la misma habitación en los alojamientos de Palacio, nunca se me había ocurrido delatarlo por ello. Incluso sabía que la sirvienta de la habitación era quien le suministraba el tabaco.

- ¿Quién te suministra el tabaco ahora? - le pregunté, deseando cambiar de tema.

- ¿En? Bueno, puedes comprarlo en el economato, por supuesto. - Mantuvo en alto aquella porquería y la miró -. Estos cigarrillos mexicanos son más fuertes de lo que me gusta. Sospecho que ponen en ellos auténtico tabaco, en lugar de las barreduras de puente a las que estaba acostumbrado. ¿Quieres uno?

- ¿En? ¡Oh, no, gracias!

Sonrió sarcásticamente.

- Vamos, adelante, échame tu habitual reprimenda. Hará que te sientas mejor.

- Mira, Zeb, no estaba criticándote. Supongo que simplemente es otra de las muchas cosas sobre las que estoy equivocado.

- Oh, no. Es un hábito sucio y asqueroso que arruina mi aparato respiratorio y mancha mis dientes y finalmente me matará de un cáncer de pulmón. - Inspiró profundamente, dejó que el humo brotara por las comisuras de su boca, y pareció profundamente satisfecho -. Pero simplemente resulta que me gustan las costumbres sucias y asquerosas.

Lanzó otra bocanada.

- Pero no es ningún pecado, y mi castigo por ello está aquí y ahora, en el mal sabor que tengo en la boca cada mañana. El Gran Arquitecto no va a enviarme al infierno por ello. ¿Quieres uno, muchacho? No hay nadie observándonos.

- No hay necesidad de ser sacrílego.

- No lo estaba siendo.

- ¿No, eh? Te estás burlando de una de las más fundamentales, quizá la más fundamental, proposiciones de la religión: ¡la certeza de que Dios lo está viendo todo!

- ¿Quién te lo dijo?

Por un momento todo lo que pude hacer fue farfullar.

- No es necesario que me lo diga nadie. Es una certeza axiomática. Es...

- Te repito: ¿quién te lo dijo? Mira, me retracto de lo que he dicho. Quizás el Altísimo esté observándome fumar. Quizás es un pecado mortal y debido a ello arderé por los siglos de los siglos. Quizá. Pero ¿quién te lo dijo? Johnnie, has alcanzado el punto en 3! que estás intentando derribar al Profeta y colgarlo del árbol más alto que encuentres. Sin embargo, estás intentando reafirmar tus propias convicciones religiosas y utilizarlas como piedra de toque para juzgar mi conducta. Así que te repito: ¿quién te lo dijo? ¿En qué montaña estabas inmóvil cuando el rayo bajó de los cielos y te iluminó? ¿Qué arcángel te trajo el mensaje?

No respondí inmediatamente. No podía. Cuando lo hice fue una sensación de shock y de fría soledad.

- Zeb... creo que finalmente te comprendo. Eres... ateo, ¿verdad?

Zeb me miró fríamente.

- No me llames ateo - dijo con lentitud - a menos que realmente estés pretendiendo crearte problemas.

- ¿Entonces no lo eres? - Sentí una oleada de alivio, aunque seguía sin comprenderle.

- No, no lo soy. Pero eso no es asunto tuyo. Mi fe religiosa es algo privado entre yo y mi Dios. Cuáles son mis creencias internas es algo que deberás juzgar por mis acciones... puesto que no eres invitado a preguntarme respecto a ellas. Ni tú ni nadie... ni el Maestro de la Logia... ni el Gran Inquisidor, si llegara el caso.

- ¿Pero crees en Dios?

- Ya te lo dije, ¿no? Aunque no es asunto tuyo preguntármelo.

- ¿Entonces debes creer en otras cosas?

- ¡Por supuesto que sí! Creo que un hombre tiene obligación a ser compasivo con el débil... paciente con el estúpido... generoso con el pobre. Creo que está obligado a dar su vida por sus hermanos, si es requerido a ello. Pero no me propongo probar ninguna de esas cosas; se hallan más allá de toda prueba. Y tampoco te pido que creas en lo mismo en que creo yo.

Dejé escapar un suspiro.

- Me siento satisfecho, Zeb.

En lugar de mostrarse complacido, respondió:

- Es muy amable por tu parte, hermano, muy amable. Lo siento... no pretendía ser sarcástico. Pero no tenía intención de pedir tu aprobación. Me incitaste, accidentalmente, estoy seguro de ello, a entrar en materias de discusión que nunca he pretendido discutir. - Hizo una pausa para encender otro de aquellos apestosos cigarrillos, y siguió más

tranquilamente -: John, supongo que yo mismo soy, a mi propia quisquillosa manera, un hombre intolerante. Creo muy firmemente en la libertad de religión... pero creo que esta libertad se expresa mejor como la libertad de permanecer callado. Desde mi punto de vista, una gran parte de la piedad abiertamente expresada no es más que un orgullo insufrible.

- ¿Eh?

- No todos los casos... Yo he conocido al bueno y al humilde y al devoto. ¿Pero qué hay del hombre que clama saber lo que piensa el Gran Arquitecto? ¿El hombre que proclama estar informado de sus Ocultos Designios? A mí me suena como una presunción sacrílega de la peor especie... por parte de un tipo que probablemente no ha estado nunca más cerca de Su Mesa de Diseño de lo que podamos haberlo estado tú o yo. Pero le hace sentirse mejor el proclamarse en términos amistosos con el Altísimo, ensalza su ego, y le permite dictar la ley para ti o para mí. ¡Puaf! Llega un sujeto con una voz potente, un C. I. de alrededor de los 90, pelo en las orejas, ropa interior sucia, un montón de ambición. Es demasiado perezoso para ser granjero, demasiado estúpido para ser ingeniero, demasiado poco de fiar para ser banquero... ¡pero hermano, sabe rezar! Tras un poco de tiempo ha reunido en torno suyo a otros sujetos que no poseen su vivida imaginación ni su confianza en sí mismo, pero a quienes les gusta la idea de tener una línea directa a la Omnipotencia. De modo que ese sujeto ya no es más Nehemiah Scudder, sino el Primer Profeta.

Yo iba siguiendo su argumentación, sintiéndome impresionado pero también complacido, hasta que nombró al Primer Profeta. Quizá mi propio estado espiritual en aquel momento hubiera podido ser descrito como el de un «primitivo» seguidor del Primer Profeta... es decir, había decidido que el Profeta Encarnado era el propio diablo y que todas sus acciones eran malvadas, pero esa creencia no afectaba las bases de la fe que yo había aprendido de mi madre. Lo que había que hacer era expurgar y reformar la Iglesia, no destruirla. Menciono esto porque mi propio caso era paralelo a muy serios problemas militares que se iban a desarrollar más tarde.

Me di cuenta de que Zeb estaba estudiando mi rostro.

- Te he alcanzado de nuevo en lo sensible, ¿en, compañero? No era mi intención.

- No, en absoluto - respondí envaradamente, e intenté explicar que, en mi opinión, la pecaminosidad de la actual pandilla de demonios que se habían apoderado de la Iglesia no invalidaba de ningún modo la verdadera fe -. Después de todo, no importa lo que pienses o la forma como prefieras exhibir tu cinismo, las doctrinas son un asunto de lógica necesidad. El Profeta Encarnado y sus cohortes pueden pervertirlas, pero no pueden destruirlas... y no importa si el auténtico Profeta lleva la ropa interior sucia o no.

Zeb suspiró como si estuviera enormemente cansado.

- Johnnie, puedes estar seguro de que no tengo intención de iniciar ninguna discusión sobre religión contigo. No soy del tipo agresivo... Ya lo sabes, fui empujado hacia la Cabala. - Hizo una pausa -. ¿Dices que las doctrinas son asunto de lógica?

- Tú mismo me has explicado la lógica. Es una estructura perfecta, consistente.

- Así es. Johnnie, lo más hermoso de citar a Dios como una autoridad es que puedes probar cualquier cosa que tú desees probar. Es tan sólo cuestión de seleccionar los postulados adecuados, y luego insistir en que tus postulados son «inspirados». Luego nadie podrá probablemente demostrar que estás en un error.

- ¿Estás afirmando que el Primer Profeta no estaba inspirado?

- No estoy afirmando nada. Por lo que sabemos, yo soy el Primer Profeta, que ha regresado para echar a los profanadores de mi templo.

- No seas., - me sentía herido en lo más profundo, e iba a rebatirle impetuosamente cuando alguien llamó a la puerta de Zeb. Callé, y él dijo:

- ¡Adelante!

Era la Hermana Magdalene.

Hizo una inclinación de cabeza hacia Zeb, sonrió dulcemente ante mi boca abierta por la sorpresa, y dijo:

- Hola, John Lyle. Bienvenido. - Era la primera vez que la veía vestida con otras ropas distintas a las de sagrada diaconisa. Parecía tremendamente bonita y mucho más joven.

- ¡Hermana Magdalene!

- No. Sargento de Estado Mayor Andrews. «Maggie» para mis amigos.

- ¿Pero qué ha ocurrido? ¿Por qué está aquí?

- Precisamente en este momento estoy aquí porque oí en la cena que habías llegado. Cuando no te he encontrado en tus aposentos he llegado a la conclusión de que estarías con Zeb. Por lo demás, yo tampoco podía volver, como tú o Zeb... y nuestro escondite allá en Nueva Jerusalén se estaba atiborrando, así que me transfirieron.

- ¡Bueno, me alegro mucho de verla!

- Yo también me alegro de verte a ti, John. - Me palmeó la mejilla y sonrió de nuevo. Luego se sentó en la cama de Zeb con las piernas cruzadas, mostrando una más bien impúdica porción de sus extremidades en el proceso. Zeb encendió otro cigarrillo y se lo tendió; ella lo aceptó, inspiró profundamente el humo en sus pulmones, y lo expelió como si hubiera estado fumando toda su vida.

Yo nunca había visto fumar a una mujer... nunca. Me di cuenta de que Zeb me estaba observando, el cielo lo confundiera... e hice todo lo posible por ignorarlo. Sonreí y dije:

- ¡Ésta sí es una maravillosa reunión! Si tan sólo...

- Lo sé - asintió Maggie -. Si tan sólo Judith estuviera también aquí. ¿Has sabido algo de ella, John?

- ¿Sabido de ella? ¿Cómo podría?

- Sí, es cierto, no puedes... todavía no. Pero ahora puedes escribirle.

- ¿Eh? ¿Cómo?

- No sé de memoria su número de código, pero puedes dejar la carta en mi mesa... estoy en el G-2. No te preocupes de cerrarla; todo el correo personal debe ser censurado y parafraseado. Yo le escribí la semana pasada, pero aún no he obtenido respuesta.

Pensé en disculparme inmediatamente, marcharme, y escribirle una carta, pero no lo hice. Era maravilloso estar con ellos dos, y no deseé acortar la velada. Decidí que la escribiría antes de meterme en la cama... y me di cuenta, con sorpresa, de que había estado tan atareado últimamente que, tan lejos como podía recordar, ni siquiera había tenido tiempo de pensar en Judith desde... bueno, desde Denver como mínimo.

Pero tampoco iba a escribirle aquella noche más tarde. Eran pasadas las once y Maggie estaba diciendo algo acerca de levantarse temprano cuando apareció un ordenanza:

- El General en Jefe envía sus saludos y desea ver inmediatamente al oficial Lyle, señor.

Me cepillé apresuradamente el cabello con los útiles de Zeb y salí con toda celeridad, mientras deseaba imperiosamente haber tenido algo mejor que ponerme que un simple traje de paisano difícil de lucir.

Los aposentos interiores estaban desiertos y oscuros excepto por una luz que pude ver en la oficina interior más alejada... ni siquiera el señor Giles estaba en su escritorio. Avancé solo, golpeé el marco de la puerta, entré, hice resonar mis tacones y saludé:

- El oficial Lyle presentándose al General en Jefe tal como le ha sido ordenado, señor.

Un hombre de edad avanzada, sentado de espaldas a mí al otro lado de un enorme escritorio, se giró y alzó la vista, y recibí otra sorpresa.

- Oh, sí, John Lyle - dijo suavemente. Se levantó y vino hacia mí, tendiéndome la mano -. Hace mucho tiempo que no nos veíamos, ¿verdad?

Era el coronel Huxley, jefe del Departamento de Milagros Aplicados cuando yo era cadete... y casi mi único amigo entre los oficiales por aquel entonces. Habían sido muchas

las tardes de domingo que había pasado relajadamente en sus aposentos, con el cuello desabrochado, libre por el momento de las presiones de la disciplina.

Estreché su mano.

- Coronel... quiero decir General, señor... ¡creía que estaba usted muerto!

- Muerto como coronel y revivido como general, ¿en? No, Lyle, aunque fui dado por muerto cuando pasé a la clandestinidad. Generalmente lo hacen así cuando un oficial desaparece; queda mejor. Y tú también estás muerto... ¿lo sabías?

- Esto, no, no lo sabía, señor. No de esta forma. ¡Eso es maravilloso, señor!

- Es bueno.

- Pero... quiero decir, ¿cómo es que usted...? Bueno... - interrumpí.

- ¿Quieres decir cómo vine a parar aquí y me hice cargo de esto? He pertenecido a la Hermandad desde que tenía tu edad, Lyle. Pero no pasé a la clandestinidad hasta que me vi obligado a ello... ninguno de nosotros lo hace. En mi caso las presiones para que abrazara el sacerdocio empezaron a hacerse demasiado fuertes; el Superintendente estaba un poco preocupado teniendo a un oficial laico que sabía demasiado de las complejas ramas de la física y la química. Así que me tomé unas cortas vacaciones y me morí. Fue muy triste. - Sonrió -. Pero siéntate. He querido llamarte durante todo el día, pero ha sido un día muy ajetreado. Todos lo son. Hasta ahora no me ha sido posible escuchar las cintas de tu informe..

Nos sentamos y charlamos, y dejé que mi copa rebosara. Huxley había sido el oficial al que más había respetado de todos aquellos bajo cuyas órdenes había servido. Su sola presencia resolvió cualquier duda residual que quedara en mí... si la Cabala era buena para él, era buena para mí, y al diablo las sutilidades de la doctrina.

Finalmente dijo:

- No te he mandado llamar a esta hora tan tardía tan sólo para charlar contigo, Lyle. Tengo un trabajo para ti.

- ¿Sí, señor?

- No dudo que habrás observado ya la escasa calidad de la milicia que tenemos aquí. Esto es entre nosotros, y no estoy criticando a nuestros camaradas... cada uno de ellos ha dedicado su vida a nuestra causa, algo mucho más difícil para ellos que para ti o para mí, y todos se han sometido de buen grado a la disciplina militar, lo cual resulta aún más duro. Pero no dispongo de los suficientes soldados adiestrados como para llevar las cosas adecuadamente. Lo hacen lo mejor que pueden, pero estoy tremendamente impedido al intentar convertir la organización en una eficiente máquina de lucha. Me encuentro agobiado por los detalles administrativos. ¿Puedes ayudarme?

Me puse en pie.

- Me sentiré muy honrado de servir con mi General en la mejor medida de mis habilidades.

- ¡Estupendo! De momento serás mi ayudante personal. Eso es todo por esta noche, capitán. Te veré por la mañana.

Estaba ya cruzando la puerta antes de que su designación al despedirme me golpeara... y decidí que habría sido un desliz de su lengua.

Pero no lo era. A la mañana siguiente encontré cuál era mi oficina porque en ella había sido colocada una placa que decía: «CAPITÁN LYLE». Desde el punto de vista de un militar profesional, las revoluciones tienen algo bueno: las oportunidades de promoción rápida son excelentes... aunque la paga suele ser más bien irregular.

Mi oficina estaba adjunta a la del general Huxley, y desde entonces casi viví en ella... finalmente me instalé un catre detrás del escritorio. El primer día estaba batallando aún a las diez de la

noche con el montón de papeles que había en mi bandeja sobre el escritorio. Me había prometido a mí mismo que primero terminaría con ellos, y luego escribiría una larga carta

a Judith. Pero tuve que conformarme con una nota muy corta, al encontrarme con un memorándum dirigido a mí personalmente, y no al general, en el fondo de la bandeja.

Iba dirigido al «Oficial J. Lyle», y alguien había tachado el «Oficial» y escrito encima «Capitán». Decía:

Memorándum para todo el personal recientemente incorporado.

OBJETO: Informe de Conversión del Personal.

1. Se le requiere e invita a expresar por escrito, tan ampliamente como le sea posible, todos los acontecimientos, pensamientos, consideraciones e incidentes que le empujaron en su decisión de unirse a nuestra lucha por la libertad. Esta relación deberá ser tan detallada como sea posible y tan subjetiva como sea posible. Un informe escrito con rapidez, demasiado breve, o demasiado superficial, será devuelto para ser ampliado y corregido, y podrá ser suplementado por un examen hipno.

2. Este informe será tratado confidencialmente en su totalidad, y cada parte de él podrá ser clasificada como secreta por su propio autor. Puede usted sustituir los nombres propios por letras o números si esto le ayuda a expresarse libremente, pero el informe debe ser completo.

3. No se destinará para este propósito ningún tiempo fuera de los deberes regulares, pero este informe debe ser tratado como una tarea extraordinaria de la más alta prioridad. Un borrador de su informe se espera sea entregado el (aquí alguien había escrito una fecha a menos de cuarenta y ocho horas de distancia de aquel momento; dejé escapar para mí mismo algunas expresiones declaradamente profanas).

Por orden del General en Jefe,
firmada: M. NOVAK, Coronel, Ej. EE.UU.
Jefe de Psicología

Me sentí considerablemente molesto por aquella demanda, y decidí escribir primero a Judith. La nota no me salió demasiado bien... ¿cómo puede escribir uno una carta de amor cuando sabe que uno o varios extraños van a leerla, y que cualquiera de ellos puede rephrasear tus más tiernas palabras? Además, mientras le estaba escribiendo a Judith, mis pensamientos retrocedieron

hasta aquella noche en la muralla del Palacio cuando la encontré por primera vez. Tenía la impresión de que mi propia conversión personal, como la llamaba el entrometido coronel Novak, había empezado entonces... aunque ya había empezado a tener algunas dudas antes de aquel momento. Finalmente terminé la nota, y decidí no irme a la cama inmediatamente sino empezar con aquel maldito informe.

Tras un rato me di cuenta de que era la una de la madrugada y aún no había llegado en mi relato al punto donde fui admitido por la Hermandad. Dejé de escribir con una cierta relucencia (descubrí que aquello había despertado mi interés) y lo guardé bajo llave en mi escritorio.

En el desayuno del día siguiente me senté al lado de Zebadiah, le mostré el memorándum, y le pregunté acerca de él.

- ¿A qué se debe esta gran idea? - dije -. Tú trabajas para esa rama en particular. ¿Siguen aún sospechando de nosotros, después de habernos admitido aquí? Zeb apenas le echó una mirada.

- Oh, eso... Cáscaras, no. Aunque debo añadir que un espía, suponiendo que alguno pudiera llegar hasta tan lejos, sería atrapado inmediatamente cuando su historia personal pasara a través del análisis semántico. Nadie puede contar una mentira tan larga y tan complicada.

- ¿Pero para qué sirve entonces?

- ¿Y a ti qué te importa? Escríbelo... y asegúrate de que haces un buen trabajo. Luego olvídalos. Sentí que me encendía.

- No sé lo que voy a hacer. Pienso que antes le preguntaré al general al respecto.

- Hazlo, si quieres ponerte en el más espantoso de los ridículos. Mira, John, los psicomatemáticos que leerán esa sarta de imbecilidades que tú escribas no sienten el más mínimo interés hacia ti como individuo. Ni siquiera desearán saber quién eres... una chica tomará antes tu informe y tachará todos los nombres personales, incluido el tuyo, y los sustituirá por números... y todo ello antes de que cualquier analista pueda verlo. Eres simplemente un dato, nada más; el Jefe tiene algún gran proyecto en plena ebullición... ni yo mismo sé de qué se trata y está intentando reunir un gran abanico estadístico que sea significativo. Me ablandé un poco.

- Bueno, pero entonces, ¿por qué no lo dicen claramente? Este memorándum es simplemente una orden directa... irritante. Zeb se alzó de hombros.

- Eso es debido a que fue preparado por la división semántica. Si lo hubiera escrito la división de propaganda, te hubieras levantado más temprano y hubieras terminado el trabajo antes del desayuno. A propósito - añadió -, he oído decir que habías sido promocionado. Felicidades.

- Gracias. - Sonreí sarcástico -. ¿Cómo te sientes siendo inferior a mí, Zeb?

- ¿En? ¿Tan rápido te han proclamado? Creí que eras capitán.

- Lo soy.

- Bueno, entonces perdona la inmodestia... pero yo soy Mayor.

- Oh. Enhorabuena.

- No te preocupes mucho por ello. Aquí tienes que ser como mínimo coronel, o tienes que seguir haciéndote tú mismo la cama.

La mayoría de las veces yo estaba demasiado ocupado como para hacerme mi propia cama. Casi la mitad de las veces dormía en el camastro de mi oficina, y en una ocasión me pasé una semana sin bañarme. Muy pronto se me hizo evidente que la Cabala era mucho mayor y tenía unas ramificaciones mucho más complicadas de las que hubiera podido llegar a soñar nunca, y que además todo el conjunto crecía sin parar. Estaba demasiado cerca de los árboles como para ver el bosque, pese a que todos los documentos marcados como «máximo secreto» y «destrúyase una vez leído» pasaban por mi escritorio.

Yo simplemente me ocupaba de que el general Huxley no se viera inundado por montañas de papeles... y quien se veía inundado por ellas era yo. Mi trabajo era imaginar lo que él haría, si tuviera tiempo, y entonces hacerlo yo por él. Una persona que ha sido adiestrada en los principios de la autoridad y la obediencia doctrinal puede hacerlo; el truco estriba en hacer que tu mente funcione como la de tu jefe en todos los asuntos rutinarios, y ser capaz de reconocer lo que es rutinario y lo que debe pasarse a él. Cometí mi porcentaje de errores, pero aparentemente no fueron tantos puesto que no me despidió, y tres meses más tarde era Mayor, con el fascinante título de jefe ayudante de Estado Mayor. No es necesario decir que buena parte de ello se lo debí a mi anillo de West Point, por supuesto... un profesional tiene grandes ventajas.

Debo añadir que por aquel entonces Zeb formaba en la cola del escalafón de coroneles, y actuaba como jefe de propaganda, habiendo sido transferida la jefatura de su sección a un cuartel general regional que yo sólo conocía por su nombre clave de JERICÓ.

Pero me estoy adelantando a mi historia. Había tenido noticias de Judith hacía dos semanas... una nota agradable pero con el jugo exprimido por el refraseo. Quise contestarle inmediatamente pero en realidad me retrasé una semana... era tan engorrosamente duro no saber qué decir. Posiblemente no pudiera decirle otra cosa más que el que me encontraba bien y muy ajetreado. Si le decía tres veces que la amaba en una sola carta algún idiota de criptografía lo examinaría atentamente en busca de algún

«esquema» y finalmente la rechazaría enteramente cuando fracasara en intentar hallar alguno.

El correo iba hasta México a través de un largo túnel, parcialmente artificial pero natural en su mayor parte, que pasaba exactamente por debajo de la frontera internacional. Un pequeño ferrocarril eléctrico del tipo usado en las minas recorría el túnel y llevaba no sólo mis quebraderos de cabeza diarios en la valija del correo oficial sino también una gran cantidad de carga para aprovisionar a nuestra ciudad de respetable tamaño. Había una docena de otras entradas al Cuartel General en la parte fronteriza de Arizona, pero nunca llegué a saber dónde estaban... y tampoco me importaba. Toda aquella zona tenía una profunda capa de rocas paleozoicas y podía ser transformada en una auténtica colmena subterránea de California hasta Texas. La zona conocida como Cuartel General había sido utilizada durante más de veinte años como escondite para hermanos refugiados. Nadie conocía la extensión de las cavernas en las que nos encontrábamos; simplemente iluminábamos y utilizábamos aquellas que necesitábamos. Nosotros los trogloditas poseíamos un deporte favorito - los residentes permanentes éramos «troglos»; los transeúntes eran «murciélagos», puesto que volaban por la noche -: nos gustaba ir a picnics «de aficionados» que incluían pequeñas excursiones espeleológicas por las zonas inexploradas.

Estas excursiones estaban permitidas por las reglas, pero tan sólo de vez en cuando y sujetas a las más estrictas precauciones de seguridad, ya que uno podía romperse fácilmente una pierna en aquellos agujeros. Pero el General lo permitía porque era necesario; eran la única diversión que teníamos, y algunos de nosotros llevábamos años sin ver la luz del día.

Zeb, Maggie y yo realizamos un buen número de esas salidas, cuando a mí me lo permitía mi trabajo. Maggie siempre traía consigo alguna otra chica. Yo al principio protestaba, pero ella me indicó que era necesario para evitar los chismorreos... vigilancia mutua. Me aseguró que estaba segura de que a Judith no le importaría, bajo las circunstancias. Cada vez era una chica diferente, y la cosa parecía funcionar, ya que Zeb siempre le prestaba más atención a la otra chica mientras yo charlaba con Maggie.

Antes había pensado que Maggie y Zeb terminarían casándose pero ahora empezaba a cuestionármelo. Parecían hacer una pareja tan ideal como los huevos y el jamón, pero Maggie no parecía mostrarse celosa, y yo tan sólo podría describir honestamente a Zeb como un desvergonzado... es decir, bajo el supuesto de que Maggie estuviera interesada por él.

Un sábado por la mañana Zeb asomó su cabeza por mi cuchitril y dijo:

- Espeleología. A las dos en punto. Tráete una toalla.

Miré por encima de un montón de papeles.

- Dudo que pueda ir - respondí -. ¿Y por qué una toalla?

Pero ya se había ido. Maggie pasó más tarde por mi oficina para traerme el informe semanal consolidado de inteligencia al Viejo, pero ni siquiera traté de preguntarle, puesto que Maggie era toda eficiencia durante las horas de trabajo... la perfecta sargento de oficina. Comí en mi despacho, con la esperanza de terminar el trabajo pero sabiendo que era imposible. A eso de la una y cuarto fui a que el general Huxley firmara un documento que debía salir aquella noche por correo hipno y por lo tanto debía estar aquella misma tarde en el departamento psico para que el correo pudiera ser operado. Le echó un vistazo y lo firmó, y luego dijo:

- La sargento Andy me ha dicho que tienes una cita.

- La sargento Andrews está en un error - dije rígidamente -, aún están por revisar los informes semanales de Jericó, Nod y Egipto.

- Déjalos sobre mi escritorio y vete. Es una orden. No quiero que te hagas viejo por exceso de trabajo.

No le dije que él llevaba más de un mes sin ir a sus aposentos; me fui.

Dejé el mensaje con el coronel Novak y me apresuré hacia el lugar donde nos reuníamos siempre, cerca del comedor de mujeres. Maggie estaba allí con otra chica... una rubia llamada Miriam Booth que era una de las empleadas del almacén del Cuartel General. La conocía de vista, pero nunca había hablado con ella. Llevaba nuestra comida para el picnic, y Zeb llegó mientras estábamos siendo presentados. Traía consigo, como siempre, la luz portátil que usaríamos cuando encontráramos un lugar adecuado, y una manta para sentarnos y utilizarla como mesa.

- ¿Dónde está tu toalla? - preguntó.

- ¿Hablabas en serio? La he olvidado.

- Corre a buscarla. Nosotros adelantaremos camino por la vía rápida. Puedes alcanzarnos. Vamos, chicas.

Echaron a andar, y a mí no me quedó otra cosa que hacer más que obedecer. Tras tomar una toalla de mi habitación, aceleré el paso hasta que los tuve de nuevo a la vista, y entonces retardé un poco el paso, resoplando. El trabajo de oficina había arruinado mi resuello. Me oyeron y esperaron.

Todos íbamos vestidos igual, las mujeres también llevaban pantalones, y todos con una cuerda de seguridad enrollada en la cintura y una linterna colgada del cinturón. Yo había llegado a acostumbrarme a ver a las mujeres con ropas de hombre, aunque no me gustara... y, después de todo, no resulta práctico y hasta es en cierto modo indecente practicar la espeleología, aunque sea en plan aficionado, con faldas.

Abandonarnos la zona iluminada tomando un recodo que parecía conducir a una pared ciega; sin embargo conducía hasta un túnel completamente escondido pero fácilmente practicable. Zeb desenrolló su cuerda e hizo que todos nos sujetáramos a ella mientras pasábamos por las zonas marcadas como peligrosas, tal como requerían las órdenes; Zeb era siempre muy cuidadoso con las cosas que realmente eran importantes.

Durante quizás un millar de pasos pudimos ver restos de hogueras y otras indicaciones de que otras personas habían utilizado antes aquel mismo camino, tales como un lugar donde alguien había ensanchado un angosto paso a golpes de pico. Luego dejamos aquel sendero frecuentado y giramos hacia una pared ciega. Zeb puso la luz en el suelo y la encendió.

- Sacad vuestras linternas. Vamos a trepar por aquí.

- ¿Adonde vamos?

- A un lugar que conoce Miriam. Hazme pie, Johnnie.

No había mucho que trepar. Zeb subió con facilidad, y las chicas hubieran podido hacerlo también sin problemas, pero preferimos utilizar las cuerdas, para mayor seguridad. Cada cual volvió a cargar con su equipo, y Miriam nos condujo hacia adelante, utilizando todas nuestras linternas.

Cruzamos al otro lado, y allí había otro pasadizo tan bien oculto que hubiera podido quedar olvidado por otros diez mil años. Nos detuvimos otra vez mientras Zeb hacía otro nudo en su cuerda. De pronto Miriam dijo:

- Ahora todos hacia arriba, despacio. Creo que es aquí.

Zeb paseó su linterna alrededor, luego colocó la luz portátil en el suelo y la encendió. Lanzó un silbido.

- ¡Huau! ¡Esto es estupendo!

- Es maravilloso - dijo Maggie, suavemente. Miriam se limitó a sonreír, triunfante.

Estuve de acuerdo con todos ellos. Era una pequeña caverna en forma de domo perfecto, de quizás unos treinta metros de ancho y mucho más de largo. No pude decir cuan larga, ya que se curvaba suavemente allá delante perdiéndose en la oscuridad. Pero lo más característico de aquel lugar era un tranquilo estanque negro como la tinta que llenaba la mayor parte del suelo. Frente a nosotros había una pequeña playa de auténtica arena que a juzgar por las apariencias debía estar allí desde hacía un millón de años.

Nuestras voces creaban agradables ecos a lo largo de la cámara, rotas y distorsionadas por las estalactitas que colgaban como cortinajes del techo. Zeb se dirigió hacia el borde del agua, se inclinó, y la probó con la mano.

- No es demasiado fría - anunció -. Bien, el último es un soplón de los censores.

Reconocí el viejo reto de los bañistas, aunque la última vez que lo había oído, cuando aún era un niño, era: «El último es un sucio paria.» Pero aquí nadie se lo creería.

Zeb estaba ya desabotonándose la camisa. Di rápidamente unos pasos hacia él y le dije en privado:

- ¡Zeb! ¿Un baño todos juntos? ¿Estás bromeando?

- En absoluto. - Observó mi rostro -. ¿Por qué no? ¿Qué ocurre contigo, chico? ¿Temes que alguien te ponga una penitencia? Sabes que no lo van a hacer. Nadie va a enterarse.

- Pero...

- ¿Pero qué?

No supe qué responder. La única forma en que podía argumentar era en los términos que me habían sido enseñados en la Iglesia, y sabía que Zeb iba a reírse de mí... delante de las mujeres. Probablemente ellas también se echarían a reír, puesto que ellas sabían y yo no.

- Pero Zeb - insistí -, no puedo. Tú no me dijiste... y ni siquiera he traído traje de baño.

- Yo tampoco. ¿Temes que te regañen como a un crío... y recibir unas cuantas palmadas por ello? - Se giró sin esperar mi respuesta a aquella enormidad y dijo -: ¿Sois frágiles barquitas aguardando algo?

- Sólo que vosotros dos terminéis vuestra discusión - respondió Maggie, acercándose -. Zeb, creo que Mimí y yo vamos a utilizar el otro lado de esa roca. ¿De acuerdo?

- De acuerdo. Pero aguardad un segundo. Nada de zambullirse, ¿entendéis las dos? Y alguien vigilando desde la orilla durante todo el rato... John y yo nos turnaremos en ello.

- ¡Puah! - dijo Miriam -. Yo me zambullí la última vez que estuve aquí.

- Porque no estabas conmigo, eso seguro. Nada de zambullidas... u os calentaré las posaderas allá donde están más rellenas.

Ella se alzó de hombros.

- De acuerdo, coronel Cascarrabias. Vamos, Mag. - Pasaron junto a nosotros y rodearon una piedra del tamaño de media casa. Miriam se detuvo, me miró directamente a mí, y agitó un dedo.

- ¡Y ahora, nada de mirar! - Enrojecí hasta las orejas.

Desaparecieron, y no oímos más de ellas excepto risitas. Dije apresuradamente:

- Mira. Tú haz lo que quieras... es asunto tuyo. Pero yo no me meto en el agua. Me quedaré sentado aquí en la orilla y seré el vigilante.

- Haz lo que quieras. Pensaba pedirte que hicieras el primer turno, pero nadie te está retorciendo el brazo para que lo aceptes. Prepara una cuerda, de todos modos, por si hay que echársela a alguien. No creo que la necesitemos; las dos chicas son estupendas nadadoras.

Dije desesperadamente:

- Zeb, estoy seguro de que el General prohibiría bañarse en estos estanques subterráneos.

- Por eso precisamente no los mencionamos. «No preocupar nunca innecesariamente al General en Jefe»... órdenes vigentes en el Ejército de Josué, aproximadamente 1.400 años a. de C. - Fue quitándose las ropas.

No sé por qué Miriam me advirtió que no mirara - ¡nunca me hubiera atrevido! -, porque cuando estuvo desvestida salió directamente de detrás de aquella roca, no hacia nosotros sino hacia el agua. Pero la luz era la suficiente como para iluminarla por completo, e incluso se giró hacia nosotros un instante, para luego gritar:

- ¡Vamos, Maggie! ¡Si te apresuras, Zeb va a ser el último!

Yo no deseaba mirar, pero no podía apartar mis ojos de ella. Nunca había visto nada en mi vida que se pareciera a la visión que ella me ofrecía... tan sólo en una ocasión un grabado, perteneciente a un chico de la escuela de mi parroquia, y en esa ocasión tan sólo había visto un asomo, y lo había informado inmediatamente.

Pero ahora no podía dejar de mirar, ardiendo de vergüenza al mismo tiempo.

Zeb empujó a Miriam al agua... y no creo que a ella le preocupara. Luego se metió rápidamente en el agua, él también contraviniendo casi sus propias órdenes acerca de zambullirse. Sus poderosas brazadas le hicieron alcanzar pronto a Miriam, que había empezado a nadar hacia el otro extremo.

Luego salió Maggie de detrás de la roca y se dirigió hacia el agua. No hizo las espectaculares evoluciones que había desplegado Miriam, sino que simplemente anduvo rápidamente y se metió en el agua con una tranquila gracia. Cuando el agua le llegó a la cintura se dejó caer hacia adelante con un intenso chapoteo, y luego empezó a brucear y siguió a los otros, a los que aún podía oír pero difícilmente ver en la distancia.

De nuevo me fue imposible apartar mis ojos, aunque mi alma eterna hubiera dependido de ello. ¿Qué es lo que tiene el cuerpo de una mujer que lo convierte en la visión más terriblemente hermosa de la tierra? ¿Será, como proclaman algunos, tan sólo un instinto necesario que nos asegure de que cumplimos con los designios de Dios de repoblar el mundo? ¿O es algo mucho más extraño, mucho más maravilloso?

Me descubrí a mí mismo citando:

- ¡Qué bello y qué delicioso arte eres, oh amor, para el deleite! Tu figura es como la palmera, y tus pechos dos racimos de uvas.

Entonces me callé, avergonzado, recordando que el Cantar de los Cantares de Salomón era tan sólo una casta y sagrada alegoría que no tenía nada que ver con estas cosas.

Me senté en la arena e intenté componer mi alma. Tras un cierto tiempo me sentí mejor y mi corazón dejó de latir tan fuerte. Cuando regresaron nadando con Zeb a la cabeza, seguido por Miriam, apenas conseguí esbozar una sonrisa. La cosa ya no me parecía tan terrible, y mientras estuvieran en el agua las mujeres no se exhibían tan impresionantemente. Quizás el demonio estuviera realmente en los ojos del espectador... en cuyo caso lo que debía hacer era arrojarlo de los míos.

- ¿Listo para ser relevado? - gritó Zeb en voz alta.

- No - respondí firmemente -. Seguid divirtiéndooos.

- De acuerdo. - Se giró como un delfín y empezó a nadar hacia el otro lado. Miriam lo siguió. Maggie siguió hacia donde el agua era menos profunda, clavó sus dedos en el fondo, y se me quedó mirando, con tan sólo su cabeza y sus marfileños hombros surgiendo de las negras aguas, mientras su cabellera que le llegaba hasta la cintura flotaba a su alrededor.

- Pobre John - dijo suavemente -. Ahora voy a relevarte.

- ¡Oh, no, de veras!

- ¿Estás seguro?

- Absolutamente seguro.

- De acuerdo. - Se giró, dando una vuelta sobre sí misma y siguió a los otros. Por un fantasmagórico y mágico instante, estuvo parcialmente fuera del agua.

Maggie regresó a mi extremo de la caverna unos diez minutos más tarde.

- Tengo frío - dijo brevemente, saliendo del agua y dirigiéndose rápidamente a la protección de la roca. De alguna forma, no estaba desnuda, sino simplemente desvestida, como la Madre Eva. Era una diferencia... Miriam estaba simplemente desnuda.

Con Maggie fuera del agua y ninguno de nosotros hablando, me di cuenta por primera vez de que no había ningún otro sonido. No hay nada más silencioso que una caverna; en cualquier otro lugar siempre hay algún sonido, pero los completos cero decibelios que se obtienen bajo tierra si uno permanece inmóvil y no dice nada es algo muy distinto.

El problema era que yo tendría que ser capaz de oír a Zeb y a Miriam nadando. El nadar no tiene por qué ser ruidoso, pero no puede ser tan silencioso como una caverna. Me levanté bruscamente y eché a andar hacia adelante... luego me detuve con la misma brusquedad pues no quería invadir el vestidor de Maggie, lo cual hubiera hecho con una docena más de pasos.

Pero estaba realmente preocupado, y no sabía qué hacer. ¿Echar una cuerda? ¿Dónde? ¿Meterme en el agua y buscarlos? Si era necesario... Llamé suavemente:

- Maggie.

- ¿Qué ocurre, John?

- Maggie, estoy preocupado.

Salió inmediatamente de detrás de la roca. Se había puesto ya los pantalones, pero llevaba enrollada la toalla de modo que le cubriera el pecho; tuve la impresión de que se había estado secando el pelo.

- ¿Por qué, John?

- Estáte quieta y escucha.

Lo hizo.

- No oigo nada.

- Eso es precisamente. Deberíamos oír algo. Podía oírlos a todos nadando incluso cuando estabais lejos, fuera de mi vista. Ahora no hay ningún sonido, ni un chapoteo. ¿Crees posible que ambos se hayan podido golpear la cabeza contra el fondo al mismo tiempo?

- Oh. Deja de preocuparte, John. Todo está bien.

- Pero estoy preocupado.

- Simplemente están descansando, estoy segura. Hay otra playa pequeña al otro lado más o menos como la mitad de ésta. Están allí. Yo estuve con ellos, pero me volví porque tenía frío.

Tomé una decisión, dándome cuenta de que mi - recato me había impedido cumplir completamente con mi deber.

- Date la vuelta. No, ve detrás de la roca... quiero desnudarme.

- ¿Qué? Te digo que no es necesario. - No se movió.

Abrí mi boca para gritar. Antes de que pudiera hacerlo Maggie me había tapado la boca con una mano, lo cual hizo que su toalla se desajustara y cayera.

- ¡Oh, cielos! - dijo secamente -. Mantén cerrada esa bocaza. - Se giró bruscamente y volvió a colocarse la toalla; luego, cuando se giró de nuevo, vi que se la había colocado como una estola, cubriendo lo suficiente su busto, supuse, pero sin necesariamente ocultarlo.

- John Lyle, ven aquí y siéntate. Siéntate a mi lado. - Se sentó en la arena y palmeó un lugar para sentarme... y lo dijo con una tal firmeza que hice lo que me indicaba.

- A mi lado - insistió -. Acércate más. No deseo tener que gritar. - Me acerqué, centímetro a centímetro, hasta que mi manga rozó su brazo desnudo -. Eso está mejor - admitió, manteniendo su voz lo suficientemente baja como para que no resonara en la caverna -. Ahora escúchame. Hay dos personas allá, que han ido por su propia voluntad. Se hallan completamente a salvo... las he visto. Y ambas son excelentes nadadores. Lo que tú tienes que hacer, John Lyle, es meterte en tus propios asuntos y refrenar esa insana tendencia que tienes a entrometerte.

- Me temo que no te comprendo. - Y, realmente, me temo que era cierto.

- ¡Oh, por los cielos! Mira, ¿significa Miriam algo para ti?

- Bueno, no, no especialmente.

- Eso es lo que he creído, puesto que no le has dirigido más de seis palabras desde que nos encontramos. Muy bien, entonces, puesto que no tienes ninguna razón para sentirte celoso, si dos personas escogen estar solas, ¿por qué deberías meter la nariz en ello? ¿Me comprendes ahora?

- Oh, me parece que sí.
- Entonces simplemente quédate quieto.

Me quedé quieto. Ella tampoco se movió. Yo era muy consciente de su desnudez, - porque estaba desnuda, pese a ir tapada -, y deseé que ella no fuera consciente de que yo era consciente de ello. Además, yo era profundamente consciente de ser casi un participante en... bueno, no sabía en qué. Me dije rabiosamente a mí mismo que no tenía derecho a suponer lo peor, como un censor de moral.

Al cabo de un rato dije:

- Maggie...
- ¿Sí, John?
- No te comprendo.
- ¿Por qué no, John? Aunque no es realmente necesario.
- Oh, se trata de que no parece importarte que Zeb esté ahí, con Miriam... solos.
- ¿Debería importarme?

¡Dios confunda a la mujer! Ella me estaba confundiendo a mí deliberadamente.

- Bueno... mira, en cierto modo yo tenía la impresión de que tú y Zeb... quiero decir... bueno, supongo que de algún modo esperaba que vosotros dos os casarais, cuando pudierais.

Ella se echó a reír con una risita baja que implicaba muy poca alegría.

- Supongo que puedes haber recibido esta impresión. Pero créeme, el asunto está zanjado, y para bien.

- ¿Eh?

- No me interpretes mal. Quiero mucho a Zebadiah, y sé que él también me quiere lo mismo. Pero los dos somos lo que psicológicamente se llama un tipo dominante... deberías ver el esquema de mi perfil; ¡se parece a las Montañas Rocosas! Dos personas de este tipo no deben casarse. Estos matrimonios no se realizan en el cielo, créeme. Afortunadamente, lo descubrimos a tiempo.

- Oh.

- Oh, por supuesto.

A partir de entonces no sé exactamente lo que ocurrió a continuación. Estaba pensando en que ella parecía más bien desamparada... y lo siguiente que recuerdo es que la estaba besando. Ella yacía entre mis brazos y me devolvía el beso con un fervor que yo nunca hubiera creído posible. En cuanto a mí, la cabeza me zumbaba y mis globos oculares estaban entrechocando y no hubiera sido capaz de decir si estaba a trescientos metros bajo tierra o en una revista de uniformes.

Luego todo pasó. Ella levantó la vista por un breve momento para mirarme directamente a los ojos y susurró:

- Querido John... - luego se puso bruscamente en pie, se inclinó hacia mí, sin preocuparse de su toalla, y me palmeó la mejilla -. Judith es una chica muy afortunada. Me pregunto si ella lo sabe.

- ¡Maggie! - dije.

Ella se giró y dijo, sin mirar hacia atrás: - Realmente debo terminar de vestirme. Tengo frío. A mí no me pareció que lo tuviera.

Regresó al poco tiempo, completamente vestida y secándose vigorosamente el pelo con la toalla. Yo tomé mi toalla seca y la ayudé. No creo que yo lo sugiriera; la idea simplemente apareció por sí sola. Su pelo era espeso y hermoso y disfruté secádoselo.

Zeb y Miriam regresaron mientras estaba haciéndolo, no apresurándose sino nadando lentamente; pudimos oírles reírse mucho antes de que estuvieran a la vista. Miriam salió del agua tan despreocupadamente como una ramera de Gomorra, pero apenas le presté atención. Zeb me miró directamente a los ojos y dijo agresivamente:

- ¿Listo para tu baño, compañero?

Empecé a decir que no creía que valiera la pena, y estaba buscando alguna excusa como el que mi toalla estaba ya mojada... cuando observé que Maggie me estaba mirando... sin decir nada, simplemente mirando. Respondí:

- Seguro, ¿cómo no? Vosotros os habéis tomado un buen rato. - Llamé -. ¡Miriam! ¡Sal pronto de detrás de esa roca! Deseo utilizarla.

Ella soltó un gritito y se rió y salió, aún arreglándose las ropas. Fui detrás de la roca con tranquila dignidad.

Confío en que conservé la misma tranquila dignidad cuando Salí. En cualquier caso encajé los dientes, y anduve tranquilamente en dirección al agua. Estaba penetrantemente fría al principio, pero sólo por un momento. Nunca pertenezco a ningún equipo en la universidad, pero nadé con el equipo de mi clase y estuve en el Hudson el Día de Año Nuevo. Me gustó el estanque negro, una vez estuve en él.

Simplemente nadé hasta el otro extremo. Sí, había una pequeña playa allí. Pero no la utilicé.

En mi camino de regreso intenté zambullirme hasta el fondo. No lo conseguí, pero debía estar a más de ocho metros de profundidad. Me gustó aquella profundidad... negra y tremendamente tranquila. De haber podido respirar allí, o tenido branquias, creo que me hubiera gustado quedarme en aquel lugar, lejos de Profetas, lejos de Cábala, y papeleos, y preocupaciones, y problemas demasiado sutiles para mí.

Salí del agua jadeando, y corrí hacia la playa donde ya estaban listas las cosas. Las chicas habían preparado la comida, y Zeb me

gritó que me apresurara. Zeb y Maggie no levantaron la vista cuando salí del agua, pero descubrí a Miriam mirándome. No creo que me ruborizara. De todos modos, nunca me han gustado las rubias. Creo que Lilith debió ser rubia.

11

El Consejo Supremo, consistente en los jefes de departamento, el General Huxley, y unos pocos más, se reunía semanalmente, o más a menudo, para asesorar al General, intercambiar puntos de vista y considerar los informes de campo. Aproximadamente un mes después de nuestra escapada al estanque subterráneo se reunieron en sesión y yo estaba con ellos, no como miembro sino como registrador. Mi propia secretaria estaba enferma, - y yo pedí que me cedieran temporalmente a Maggie de la C - 2 para operar la parloescritora, puesto que ella estaba facultada para trabajar con altos secretos. Siempre andábamos terriblemente escasos de personal competente. Mi jefe nominal, por ejemplo, era el general de brigada Penoyer, que ostentaba el título de Jefe de Estado Mayor. Pero raramente lo veía, porque también era Jefe de Artillería. Huxley era su propio jefe de estado mayor, y yo era una especie de glorioso ayudante... «guardiamarina, contramaestre, y tripulación, del esquife del capitán». Incluso me preocupaba de que Huxley tomara regularmente su medicina para el estómago.

Aquella reunión era más importante que lo habitual. Los jefes regionales de Gath, Canaán, Jericó, Babilonia y Egipto estaban presentes en persona; Nod y Damasco estaban representados por delegados... cada distrito de la Cabala de los Estados Unidos excepto Edén y nosotros mantenían una conexión sensitiva con Louisville para esa ocasión, utilizando un código ideográfico que ni los propios sensitivos podían comprender. Podía sentir la presión de algo grande acercándose, que ni siquiera Huxley me había confiado. El lugar estaba tan controlado que ni siquiera un ratón se hubiera podido introducir en él.

Empezamos con los habituales informes de rutina. Se registró debidamente que en aquel momento poseíamos ocho mil setecientos nueve miembros aceptados, ya fueran hermanos de logia o miembros probados o de la organización militar paralela. Habían sido

alistados y reclutados e instruidos más de diez veces ese número de compañeros externos con los que podía contarse para que se levantaran contra el Profeta, pero que no habían sido instruidos en el conocimiento de la conspiración real.

Las cifras en sí no eran alentadoras. Seguíamos estando en las fauces de un dilema; cien mil hombres eran apenas un puñado para conquistar un país tan grande como un continente, mientras que un poco menos de nueve mil formando parte de la propia conspiración eran demasiados como para mantener el secreto. Teníamos que confiar necesariamente en el antiguo sistema de células en las cuales ningún hombre sabía más de lo que debía saber y no podía poner al descubierto demasiadas cosas por mucho que se esforzara un inquisidor en hacerle confesar... ni siquiera aunque él hubiera sido un espía. Pero teníamos nuestras pérdidas semanales pese a este estadio pasivo.

Toda una logia había sido sorprendida en sesión y arrestada en Seattle hacía cuatro días; era una seria pérdida, pero sólo tres de los altos cargos poseían información crítica y todos tres lograron suicidarse con éxito. Serían rezadas plegarias por todos ellos en una gran sesión aquella misma noche, pero allí era tan sólo un informe de rutina. Aquella semana habíamos perdido también cuatro asesinos profesionales, pero se habían realizado veintitrés asesinatos... uno de ellos el Inquisidor Mayor de todo el valle inferior del Mississippi.

El Jefe de Comunicaciones informó que la hermandad estaba preparada para utilizar el 91% (según la cobertura de población) de las estaciones de radio y TV del país, y que con la ayuda de grupos de asalto podíamos esperar razonablemente dar cuenta del resto... con excepción de la estación de la Voz de Dios en Nueva Jerusalén, que constituía un problema especial.

El Jefe de Ingeniería de Combate informó de que estaban preparados para sabotear el suministro de energía de las cuarenta y seis mayores ciudades, de nuevo con la excepción de Nueva Jerusalén, cuyo abastecimiento de energía se obtenía directamente de la pila localizada bajo el Templo. Incluso allí podía lograrse una importante interrupción en las estaciones distribuidoras si se garantizaba la operación con el suficiente número de hombres. Las principales rutas de transporte y carga podían ser suficientemente saboteadas con los actuales planes y personal para reducir el tráfico a un 12% de lo normal.

Los informes se fueron prolongando uno tras otro... periódicos, grupos de acción estudiantil, captura o sabotaje de campos de cohetes, milagros, propagación de rumores, reservas de agua, incitación a incidentes, contraespionaje, predicción del tiempo a largo plazo, distribución de armas. La guerra es un asunto sencillo comparado con la revolución. La guerra es una ciencia aplicada, con principios bien definidos probados por la historia; pueden hallarse soluciones análogas desde la ballesta hasta la bomba H. Pero cada revolución es un fenómeno distinto, un mutante, una monstruosidad, cuyas condiciones nunca se repiten y cuyas operaciones son realizadas por aficionados e individualistas.

Mientras Maggie registraba los datos yo los ordenaba y transmitía a la sala del calculador para su análisis. Estaba con mucho demasiado ocupado como para intentar siquiera una evaluación rápida en mi cabeza. Hubo una corta espera mientras los analistas terminaban su programación y dejaban que el «cerebro» la engullera... luego la impresora a control remoto que tenía ante mí tecleó brevemente y se detuvo. Huxley se inclinó hacia mí y arrancó la hoja de papel antes de que yo tuviera tiempo de alcanzarla.

La miró, luego carraspeó y aguardó a que se produjera el silencio.

- Hermanos - empezó -, camaradas... desde hace tiempo acordamos nuestra doctrina de procedimiento. Cuando todos los factores predecibles, calculados, descontados los probables errores, sopesados y correlacionados con todos los demás factores significativos, dieran un riesgo calculado de dos a uno a nuestro favor, atacaríamos. La solución de hoy a la ecuación de probabilidades, sustituyendo los datos de esta semana

por las variables, dan una respuesta de dos punto uno tres. Propongo que fijemos la hora de la ejecución. ¿Qué dicen ustedes?

Fue un shock retardado; nadie dijo nada. Las esperanzas demasiado tiempo retardadas hacen que la realidad sea difícil de creer... y todos aquellos hombres habían estado esperando durante años, algunos la mayor parte de sus vidas. Luego estuvieron todos de pie, gritando, sollozando, maldiciendo, dándose mutuamente golpes en la espalda.

Huxley permaneció sentado hasta que se apaciguaron, con una extraña sonrisita en su rostro. Luego se puso en pie y dijo sosegadamente:

- No creo que necesitemos poner a votación nuestros sentimientos. Fijaré la hora después de que...

- ¡General! ¡Por favor! Yo no estoy de acuerdo. - Era el jefe de Zeb, el general del sector Novak, Jefe de Psicología. Huxley dejó de hablar, y el silencio se hizo impresionante. Yo estaba tan sorprendido como los demás.

Luego Huxley dijo calmadamente:

- Normalmente este consejo actúa por consenso unánime. Hace tiempo acordamos el método de fijar la fecha... pero sé que no estaría usted en desacuerdo si no tuviera una buena razón. Escucharemos ahora al Hermano Novak.

Novak avanzó lentamente e hizo frente a todos.

- Hermanos - empezó, recorriendo con la mirada los asombrados y hostiles rostros -, todos me conocéis, y sabéis que deseo esto tanto como vosotros. He dedicado mis últimos diecisiete años a ello... y me ha costado mi familia y mi hogar. Pero no puedo dejar que sigáis adelante sin advertiros, porque estoy seguro de que el tiempo aún no ha llegado. Creo... no, sé con certeza matemática que aún no estamos preparados para la revolución. - Tuvo que aguardar y levantar ambas manos reclamando silencio; no querían escucharle -. ¡Oídmeme! Admito que todos los planes militares están listos. Admito que si nos levantamos en armas ahora tenemos bastantes posibilidades de ser capaces de dominar el país. Sin embargo, no estamos preparados...

- ¿Por qué no?

-...porque la mayoría de la gente cree todavía en la religión establecida, creen en la autoridad Divina del Profeta. Podemos conseguir el poder, pero no podremos mantenerlo.

- ¡Infiernos no podremos!

- ¡Escuchadme! Ningún pueblo fue sometido nunca durante largo tiempo sin su propio consentimiento. Durante tres generaciones el pueblo americano ha sido condicionado desde la cuna hasta la tumba por los psicotécnicos más hábiles y competentes del mundo. ¡Ellos creen! Si hacemos que pierdan la fe, sin una preparación psicológica adecuada, regresarán a sus cadenas... como un caballo regresa a la granja que está ardiendo. Podemos ganar la revolución, pero ésta se verá seguida por una larga y sangrienta guerra civil... ¡que vamos a perder!

Se detuvo, pasó una temblorosa mano sobre sus ojos, y luego le dijo a Huxley:

- Eso es todo.

Varios se pusieron en pie al mismo tiempo. Huxley martilleó reclamando orden, luego reconoció al general de brigada Penoyer.

Penoyer dijo:

- Me gustaría hacer al Hermano Novak algunas preguntas.

- Adelante.

- ¿Puede su departamento decirnos qué porcentaje de la población es sinceramente devota?

Zebadiah, que estaba presente como ayudante de su jefe, levantó la vista; Novak asintió y fue él quien respondió:

- Sesenta y dos por ciento, con un error de más menos un tres por ciento.

- ¿Y el porcentaje de aquellos que secretamente se oponen al gobierno, estén alistados o no con nosotros?

- Un veintiuno por ciento, más menos del error proporcional. El resto puede ser clasificado como conformistas, no devotos pero razonablemente contentos.

- ¿Por qué medios son obtenidos estos datos?

- Hipnosis sorpresiva sobre tipos representativos.

- ¿Puede indicar la tendencia?

- Sí, señor. El gobierno perdió terreno rápidamente durante los primeros años de la actual depresión, luego la curva se equilibró. La nueva ley tributaria y en cierto modo los decretos sobre vagancia se hicieron impopulares, y el gobierno perdió de nuevo terreno antes de que la curva se equilibrara de nuevo a un nivel inferior. Por aquel tiempo los negocios subieron un poco, pero nosotros empezamos simultáneamente nuestra actual campaña publicitaria intensificada; el gobierno ha ido perdiendo terreno lenta pero constantemente durante los últimos quince meses.

- ¿Y qué muestra la primera derivada?

Zeb vaciló, y Novak tomó el relevo:

- Tendrá que imaginar la segunda derivada - respondió con voz forzada -; el índice se está acelerando.

- ¿Y bien?

El Jefe de Psicología respondió firme pero relucientemente:

- Extrapolando, habrán de pasar tres años y ocho meses antes de que podamos arriesgarnos a actuar.

Penoyer se giró hacia Huxley.

- Ésta es mi respuesta, señor. Con mi más profundo respeto hacia el general Novak y su meticuloso trabajo científico, digo... ¡ganemos mientras podamos! Quizá nunca tengamos otra oportunidad.

Tenía a todos los demás con él.

- ¡Penoyer tiene razón! Si esperamos, seremos traicionados...

- No podemos mantener eternamente una campaña como ésta...

- Hemos permanecido durante diez años en la clandestinidad; no deseo ser enterrado aquí...

- Venzamos... y ya nos preocuparemos de hacer conversos cuando controlemos las comunicaciones...

- ¡Ataquemos ahora! ¡Ataquemos ahora!

Huxley les dejó que se desahogaran, el rostro inexpresivo, hasta que hubieron sacado todo lo que llevaban dentro. Yo me mantuve inmóvil, puesto que era demasiado novato como para tener voz en aquel asunto, pero estaba del lado de Penoyer; no me veía aguardando otros cuatro años.

- Vi a Zeb hablando intensamente con Novak. Parecían estar discutiendo acerca de algo y no prestaban atención al alboroto.

Pero cuando finalmente Huxley levantó una mano reclamando silencio, Novak abandonó su lugar y se acercó apresuradamente a Huxley. El general escuchó por un instante, pareció casi disgustado, luego indeciso. Novak llamó a Zeb con un dedo, y éste acudió corriendo. Los tres hablaron durante unos momentos en voz baja, mientras el consejo aguardaba.

Finalmente Huxley se dirigió de nuevo a los demás:

- El general Novak ha propuesto un esquema que puede cambiar toda la situación. El consejo queda aplazado hasta mañana.

El plan de Novak (o de Zeb, aunque éste nunca admitió su autoría) requería un retraso de casi dos meses, hasta la fecha del Milagro anual de la Encarnación. Porque de lo que se trataba era ni más ni menos que de manipular directamente el propio Milagro. Bien

mirado, era una estratagema obvia y probablemente, esencial; el jefe de psico estaba en lo cierto. En esencia, la fuerza de un dictador no depende de sus armas sino de la fe que su pueblo tiene puesta en él. Aquello había sido cierto con César, con (Napoleón, con Hitler, con Stalin. Era necesario socavar primero Bríos cimientos del poder del Profeta, la creencia popular de que gobernaba por autoridad directa de Dios.

Las generaciones futuras considerarían indudablemente imposible el creer en la importancia, en la extrema importancia tanto para la fe religiosa como para el poder político, del Milagro de la Encarnación. Para comprenderlo incluso intelectualmente es necesario darse cuenta de que el pueblo literalmente creía que el Primer Profeta regresaba real y físicamente de los cielos una vez al año para juzgar la conducta de su sucesor nombrado por orden divina y para confirmarlo en su oficio. El pueblo creía en eso... y la minoría de dudosos no se atrevían a discutirlo abiertamente por miedo a ser descuartizados lentamente... y estoy hablando literalmente, no como una figura retórica. Ser empalado resultaba algo mucho más suave.

Yo mismo había creído en ello, durante toda mi vida; nunca se me hubiera ocurrido dudar de un artículo tan básico de fe... y yo era lo que puede llamarse un hombre instruido, uno de los que habían podido iniciarse en los secretos y había sido entrenado en la producción de los milagros menores. Yo creía en ello.

Los dos meses siguientes estuvieron llenos con aquella interminable tensión del período de espera hasta que se entra en acción y se da la voz de «¡Fuego!»... pese a lo cual estábamos tan ocupados que cada día y cada hora eran demasiado cortos. Además de preparar la aún - más - milagrosa intervención en el Milagro, aprovechábamos el tiempo para afinar aún más nuestras armas habituales. Zeb y su jefe, el general de sector Novak, fueron destacados casi inmediatamente. Las órdenes de Novak decían: «...avance hasta BEULAHLAND y hágase cargo de la OPERACIÓN FUNDAMENTOS». Yo mismo preparé las órdenes, no confiando en dárselas a ningún subordinado, pero nadie me dijo dónde podía hallar Beulahland en un mapa.

El propio Huxley se fue también, y estuvo ausente durante más de una semana, dejando a Penoyer como Jefe Accidental. No me dijo para qué se iba, por supuesto, ni dónde, pero podía adivinarlo. La Operación Fundamentos era una maniobra psicológica, pero los medios a emplear debían ser físicos... y mi jefe había sido antiguamente jefe del Departamento de Milagros Aplicados en West Point, Era probable que fuera el mejor físico de toda la Cabala; en cualquier caso podía suponer que seguramente su intención era asegurarse por sí mismo de que los medios eran adecuados y las técnicas a prueba de imprudencias. Por lo que pude saber, se pasó toda aquella semana utilizando el soldador y el destornillador y el micrómetro electrónico por sí mismo... al general no le importaba ensuciarse las manos si era necesario.

Personalmente eché de menos a Huxley. Penoyer tenía inclinación a revocar mis decisiones en asuntos de poca importancia, y malgastaba mi tiempo y el suyo en detalles en los que un alto jefe no puede ni debe entretenerse. Pero él también estaba ausente la mayor parte del tiempo. Había muchas entradas y salidas, y más de una vez tuve que cazar al vuelo al oficial de mayor graduación presente en aquel momento en el departamento, decirle que en aquel momento actuaba como jefe accidental, y hacerle firmar allá donde yo había puesto ya la antefirma. Terminé garabateando yo mismo «P. Juantonto, General de Brigada del Ejército de los EE.UU., accidental», de la forma más indescifrable posible, en todos los papeles internos de rutina... no creo que nadie llegara a darse cuenta nunca de ello.

Antes de que Zeb se fuera, ocurrió otra cosa que realmente no tiene nada que ver con el pueblo de los Estados Unidos ni con la lucha por recobrar sus libertades... pero mis propios asuntos personales están tan ligados a este relato que debo mencionarla. Quizás el aspecto personal sea realmente el importante; realmente, la orden bajo la cual se inició este diario indicaba que debía ser «personal» y «subjetivo»... sin embargo yo retuve una

copia y la añadí a él debido a que consideré que me ayudaba a poner en orden mis confusos pensamientos mientras pasaba por una metamorfosis tan drástica como la de pasar de oruga a polilla. Quizá yo sea típico, un representante de la gran mayoría, el tipo de persona que necesita darse de narices con algo antes de darse cuenta de que este algo existe, mientras que Zeb y Maggie y el general Huxley pertenecían a la minoría de élite de almas naturalmente libres... los pensadores originales, los líderes.

Estaba en mi escritorio, intentando ganarle al habitual montón de papeles, cuando recibí una llamada para que acudiera a ver al jefe de Zeb lo antes posible. Puesto que él también tenía sus órdenes, dejé un aviso al ordenanza de Huxley y salí apresuradamente.

Prescindió de formalidades.

- Mayor, tengo aquí una carta para usted que Comunicaciones me ha enviado para análisis a fin de determinar si debe ser rephraseada o simplemente destruida. De todos modos, bajo la urgente recomendación de uno de mis jefes de división, tomo la responsabilidad de dejársela leer sin parafrasearla. Deberá leerla aquí y ahora.

- Sí, señor - dije, sintiéndome más bien desconcertado.

Me la entregó. Era bastante larga, y supongo que hubiera podido contener media docena de mensajes codificados, incluso ideas codificadas que hubieran podido escapar al parafraseado. No recuerdo mucha cosa de ella... sólo el impacto que me produjo. Era de Judith.

«Querido John... Siempre pensaré en ti con cariño y nunca olvidaré lo que hiciste por mí... El señor Mendoza ha sido muy considerado... Sé que me olvidarás... él me necesita; debió ser el destino el que nos unió... si alguna vez visitas Ciudad de México, recuerda que nuestra casa es la tuya... siempre pensé en ti como en mi fuerte y listo hermano mayor, y siempre seré tu hermana...» Había más, mucho más, todo del mismo estilo... creo que el proceso es lo que se podría llamar una «ruptura amistosa».

Novak se me acercó y me tomó la carta de la mano.

- La intención no es que tenga tiempo de aprendérsela de memoria - dijo secamente, echándola directamente al incinerador. Me miró de nuevo -. Quizá será mejor que se siente, mayor. ¿Quiere fumar?

No me senté, pero estaba tan desconcertado que acepté el cigarrillo y dejé que me lo encendiera. Luego el humo del tabaco me hizo toser de tal modo y me sentí tan mal que aquello me ayudó a volver a la realidad. Le di las gracias y me fui... me dirigí directamente a mi habitación, llamé a mi oficina, y dejé el recado de dónde podía ser hallado si el general realmente me necesitaba. Pero le dije a mi secretario que me había puesto repentinamente enfermo y que no me molestaran si no era imprescindible.

Puede que estuviera allí durante una hora - no lo sé -, tendido boca abajo y sin hacer nada, ni siquiera pensar. Luego alguien llamó suavemente a la puerta, y ésta se abrió; era Zeb.

- ¿Cómo te sientes? - dijo.

- Aturdido - respondí. No se me ocurrió preguntarme cómo lo sabía, y en aquel momento había olvidado que el «jefe de división», había prevalecido sobre Novak para que me la dejara leer tal cual.

Entró, se dejó caer en una silla, y se me quedó mirando. Yo me giré y me senté en el borde de la cama.

- No te lo tomes así, John - dijo suavemente -. Todos terminaremos muertos y los gusanos se nos comerán... pero que no sea por culpa del amor.

- ¡Tú no sabes!

- No, no lo sé - admitió -. Cada hombre es su propio prisionero, en un confinamiento solitario durante toda su vida. Sin embargo, en esta cuestión en particular, las estadísticas son bastante fidedignas. Intenta algo por mí. Visualiza a Judith en tu mente. Mira sus rasgos. Escucha su voz.

- ¿Eh?

- Hazlo.

Lo intenté, realmente lo intenté... y, ¿saben?, no me fue posible. Nunca había tenido una foto de ella; su rostro, ahora, me eludía.

Zeb estaba mirándome fijamente.

- La olvidarás - dijo firmemente -. Ahora mira, Johnnie... debí habértelo dicho. Judith es un tipo de mujer realmente hembra, todo gónadas y nada de cerebro. Y es muy atractiva. Al quedar sola, estaba predestinada a encontrar a otro hombre, tan seguro como que el naciente oxígeno volverá a combinarse. Pero es una tontería hablarle a un hombre enamorado.

Se puso en pie.

- Johnnie, tengo que irme. Odio como la mentira el tener que irme y dejarte en el estado en que te encuentras, pero el Hermano Mayor Novak está a punto de marcharse y debo acompañarle. Va a hacerme picadillo por dejarle solo tanto tiempo. Pero déjame darte otro consejo antes de irme...

Aguardé.

- Sugiero - prosiguió - que te veas mucho con Maggie mientras yo estoy fuera. Ella es una buena medicina.

Empezó a levantarse; dije bruscamente:

- Zeb... ¿qué os ocurrió a ti y a Maggie? ¿Fue algo como esto?

Se giró y me dijo secamente:

- ¿Eh? No. No, en absoluto. No fue... bueno, no fue nada similar.

- No te comprendo... creo que simplemente no comprendo a la gente. Me aconsejas que vea mucho a Maggie... y yo pensaba que era tu chica. Esto, ¿no vas a sentirte celoso?

Se me quedó mirando, se echó a reír, y me dio una palmada en el hombro.

- Ella es un ciudadano libre, Johnnie, créeme. Si alguna vez haces algo que dañe a Maggie, te arrancaré la cabeza y te golpearé con ella hasta matarte. ¿Pero celoso? No. Eso no entra en el esquema. Creo que es la chica más grande que jamás calzó zapatos... pero antes me casaría con un puma que con ella.

Tras lo cual se fue, dejándome de nuevo con la boca abierta.. Pero seguí su consejo, o más bien Maggie lo siguió por mí. Maggie lo sabía todo al respecto - sobre Judith, quiero decir -, y supuse que Zeb se lo habría dicho. No lo había hecho; al parecer, Judith la había escrito antes a ella. En cualquier caso no tuve que ir a buscarla; ella me vino a buscar a mí inmediatamente después de cenar, aquella misma noche. Charlé un poco con ella y me sentí mucho mejor, tanto que después volví a mi oficina y recuperé el tiempo perdido de aquella tarde.

Maggie y yo convertimos en una costumbre el dar un paseo juntos, charlando, después de cenar. Ya no volvimos a hacer más excursiones espeleológicas; no sólo no teníamos tiempo para tales cosas durante aquellos últimos días, sino que ninguno de nosotros se sentía con ánimos para ello después del intenso trabajo; y con Zeb fuera. Algunas veces sólo podía aprovechar veinte minutos o incluso menos antes de tener que volver a mi escritorio... I pero era lo mejor del día; lo esperaba siempre con ansia.

Incluso sin abandonar la iluminada caverna principal, sin abandonar los senderos trazados, había montones de maravillosos paseos por efectuar. Si podíamos disponer de una hora como mínimo, había un lugar en particular al que nos gustaba ir... en la parte norte de la gran oquedad, a casi un kilómetro de distancia de los edificios. El sendero serpenteaba entre helados hongos de piedra caliza, grandes columnas, domos y fantásticas formas que no tenían nombres y se parecían a almas atormentadas o a grandes flores exóticas, según el humor en que estuviera uno. En un punto a casi treinta metros de altura con respecto al suelo general habíamos descubierto un lugar, a sólo unos pocos metros del sendero autorizado, donde la naturaleza había ingeniado un banco de piedra natural. Podíamos sentarnos allí y contemplar la ciudad de juguete allá abajo,

charlar, y Maggie podía fumar. Yo me había acostumbrado a encenderle sus cigarrillos, tal como había visto hacer a Zeb. Era una pequeña atención que a ella le gustaba, y yo aprendí a evitar que el humo se me metiera por la garganta.

Unas seis semanas después de que Zeb se hubiera ido, y sólo unos días antes de la hora-M, estábamos allí charlando acerca de cómo serían las cosas después de la revolución y de lo que haríamos nosotros. Yo dije que seguramente me quedaría en el ejército regular, suponiendo que siguiera existiendo ejército y que fuera aceptado en él.

- ¿Y tú qué vas a hacer, Maggie?

Exhaló lentamente el humo.

- No he llegado a pensar hasta tan lejos, John. No tengo ninguna profesión... es decir, estamos intentando hacer todo lo posible por eliminar la única que he tenido. - Sonrió irónicamente -. No he sido educada en nada útil. Puedo cocinar y coser y llevar una casa; supongo que buscaré algún trabajo como ama de llaves... las sirvientas competentes son siempre escasas, dicen.

La idea de la valerosa y hábil Hermana Magdalene, tan rápida con la vibrohoja cuando era necesario, pasando de una oficina de empleo a otra en busca de un trabajo servil para ganarse el sustento, fue una idea que inmediatamente me desagradó... «Ama de llaves y cocinera, todo estar, se busca; libres jueves por la tarde y domingos alternos; se exigen referencias.» ¿Maggie? ¿Maggie que había salvado al menos dos veces mi probablemente inútil vida sin preocuparse de las consecuencias? ¡No, Maggie!

- Mira, no tienes por qué hacer eso - dije bruscamente.

- Es lo que sé hacer.

- Sí, pero... Bueno, ¿por qué no cocinas y cuidas de la casa para mí? Ganaré lo suficiente para que podamos vivir los dos, aunque tenga que volver a mi antiguo rango. Quizá no sea mucho, pero, ¡qué diablos!, serás bienvenida.

Me miró.

- Oh, John, eres muy generoso. - Aplastó el cigarrillo y lo echó a un lado -. Te lo agradezco... pero no podría hacerlo. Imagino que habrá los mismos prejuicios una vez hayamos ganado que los que había antes. A tu coronel no le gustaría.

Enrojecí y casi grité:

- ¡No es eso en absoluto lo que quería decir!

- ¿Qué? Entonces, ¿qué es lo que querías decir?

Realmente no lo había sabido hasta que las palabras salieron de mi boca. Pero ahora que lo sabía no hallaba la forma de expresarlo.

- Quiero decir... Mira, Maggie, parece que tú y yo nos llevamos bien... y podemos seguir llevándonos bien juntos. Siendo así, ¿por qué no...? - me detuve, notando que me faltaban las palabras.

Ella se puso en pie y se me quedó mirando.

- John, ¿estás proponiendo casarte... conmigo!

- Bueno, ésta es la idea general - dije rudamente. Me molestaba tenerla de pie frente a mí, así que yo también me levanté.

Ella me miró gravemente, escrutando mi rostro, luego dijo humildemente:

- Me siento muy honrada... y agradecida... y profundamente emocionada. Pero... ¡oh, no, John! - Las lágrimas empezaron a brotar de sus ojos, y se echó a llorar. Dejó de hacerlo rápidamente, secándose el rostro con la manga, y dijo con voz quebrada -: Has conseguido hacerme llorar. Hace años que no lloraba.

Quise rodearla con mis brazos; me rechazó.

- ¡No, John! Escúchame primero. Aceptaré ese trabajo como ama de llaves tuya, pero no me casaré contigo.

- ¿Por qué no?

- «¿Por qué no?» Oh, cariño, cariño... porque soy una mujer vieja y cansada, por eso.

- ¿Vieja? No puedes tener más de uno o dos años más que yo... tres como máximo. Eso no importa.

- Soy mil años más vieja que tú. Piensa en lo que soy, en lo que he sido, en lo que he conocido. Primero fui la «novia», si quieres llamarlo así, del Profeta.

- ¡No fue culpa tuya!

- Quizá. Luego fui la amante de tu amigo Zebadiah. ¿Lo sabías?

- Bueno... estaba casi seguro de ello.

- Eso no es todo. Hubo otros hombres. Algunos porque era necesario y una mujer tiene pocos sobornos que ofrecer. Algunos debido a la soledad, o incluso el aburrimiento. Después de que el Profeta se ha cansado de ella, una mujer no parece tener un gran valor, ni siquiera para sí misma.

- No me importa. ¡No me importa! ¡No tiene la menor importancia!

- Eso es lo que dices ahora. Más tarde te importará, terriblemente. Creo que te conozco, querido.

- Entonces no me conoces. Empezaremos de nuevo.

Suspiró profundamente.

- ¿Crees que me quieres, John?

- ¿En? Sí, estoy seguro que sí.

- Querías a Judith. Ahora te sientes herido... así que crees que me quieres a mí.

- Pero... ¡Oh, no sé lo que es el amor! Lo único que sé es que quiero casarme contigo y que vivamos juntos.

- Yo tampoco lo sé - dijo ella, tan bajo que casi no la oí. Luego se echó a mis brazos con tanta naturalidad y facilidad como si siempre hubiera vivido entre ellos.

Cuando terminamos de besarnos dije:

- ¿Te casarás conmigo, entonces?

Ella echó la cabeza hacia atrás y me miró como aterrada.

- ¡Oh, no!

- ¿En? Pero yo pensé...

- ¡No, querido, no! Cuidaré de tu casa y cocinaré tu comida y te haré la cama... y dormiré en ella, si tú lo deseas. Pero no necesitas casarte conmigo.

- Pero... ¡infiernos! Maggie, no te quiero de esa forma.

- ¿No? Ya lo veremos. - Se liberó de mis brazos pese a que yo no la dejaba marcharse -. Nos veremos esta noche. A la una... cuando todo el mundo esté durmiendo. Deja tu puerta sin cerrar.

- ¡Maggie! - grité.

Pero ya estaba lejos por el camino, corriendo como si volara. Intenté alcanzarla, tropecé con una estalagmita y caí. Cuando me levanté de nuevo ya estaba fuera de mi vista.

Y hay un detalle extraño... siempre había pensado que Maggie era más bien alta, imponente, casi tan alta como yo. Pero cuando la tuve entre mis brazos, era bajita. Tuve que inclinarme para besarla.

La noche del Milagro todos los que nos habíamos quedado nos reunimos en la sala principal de comunicaciones... mi jefe y yo, el jefe de comunicaciones y su equipo técnico, unos cuantos oficiales del estado mayor. Un puñado de hombres y una docena escasa de mujeres, demasiados para el atestado cubículo de comunicaciones, se habían reunido en el comedor principal, donde se había instalado una pantalla para que pudieran seguir los acontecimientos. Nuestra ciudad subterránea era en aquel momento una ciudad fantasma, con sólo una escasa guarnición para mantener las comunicaciones con el

general en jefe; todos los demás habían ido a las estaciones de combate. Los pocos que habíamos quedado no teníamos estación de combate en esa fase. La estrategia había sido trazada: la hora de ejecución coincidiría para todos nosotros con el Milagro. Las decisiones tácticas para todo un continente no podían tomarse desde el cuartel general, y Huxley era un general demasiado bueno como para intentarlo. Sus tropas habían sido dispuestas y sus mandos subordinados deberían tomar sus propias decisiones; todo lo que él podía hacer ahora era esperar y rezar.

Era todo lo que podíamos hacer también nosotros... yo ya no tenía uñas para morder.

La pantalla principal frente a nosotros mostró, en un brillante color y una perfecta perspectiva, el interior del Templo. Los servicios ocupaban todo el día: procesiones, himnos, plegarias y más plegarias, sacrificios, genuflexiones, cantos, la interminable monotonía de un vistoso ritual. Mi antiguo regimiento estaba desplegado en dos inmóviles filas, los cascos brillando, las lanzas alineadas como las púas de un peine. Pude ver a Peter van Eyck, Maestro de mi primera logia, con el abdomen encorsetado, inmóvil frente a su pelotón.

Sabía, por haber manejado yo mismo el despacho, que el Maestro Peter había robado una copia del film que íbamos a ver. Su presencia en la ceremonia era tranquilizadora; si tan sólo se hubiera sospechado aquel robo, nuestros planes no hubieran podido tener éxito. Pero allí estaba.

En las otras tres paredes de la sala de comunicaciones había una docena de pantallas más pequeñas, transmitiendo escenas de las otras ciudades más importantes... multitudes en Rittenhouse Square, el Hollywood Bowl abarrotado, gentíos en los templos locales. En cada caso los ojos de todo el mundo estaban clavados en una gigantesca pantalla de televisión que mostraba la misma escena en el Gran Templo que estábamos viendo nosotros. A través de toda América debía ser lo mismo, cualquier alma mortal que pudiera concebirse estaba mirando alguna pantalla de televisión en algún lugar... esperando, esperando, esperando el Milagro de la Encarnación.

Detrás nuestro un psicoperador estaba inclinado sobre un sensitivo que trabajaba bajo hipnosis. El sensitivo, una chica de unos diecinueve años, se agitó y murmuró; el operador se le acercó.

Luego se giró hacia Huxley y el jefe de comunicaciones.

- La estación de la Voz de Dios ha quedado asegurada, señor.

Huxley se limitó a asentir; sentí deseos de dar una pirueta, y lo hubiera hecho si no me temblaran tanto las rodillas. Aquélla era la táctica clave, y no podía ser ejecutada más que unos pocos minutos antes del Milagro. Puesto que la televisión sólo se mueve a lo largo de su línea de visión o de su propio cable especial, la única forma posible de interferir aquel programa de ámbito nacional era en la estación de origen. Sentí un loco estallido de exultación ante el éxito... seguido por un idéntico estallido de pena, puesto que sabía que ninguno de aquellos que lo habían conseguido podían esperar sobrevivir a aquella noche.

No importaba... si conseguían mantenerse con vida unos pocos minutos más. Encomendé sus almas al Gran Arquitecto. Teníamos hombres para tales trabajos allá donde eran necesarios, la mayor parte de ellos hermanos cuyas esposas habían tenido que enfrentarse al inquisidor.

El jefe de comunicaciones tocó la manga de Huxley.

- Está empezando, señor.

La escena giró lentamente hacia la parte más alejada del Templo, pasó por encima del altar, y enfocó un primer plano de una arcada color marfil por encima y por detrás del altar... la entrada al Sancta Sanctorum. Estaba cubierta por unos pesados cortinajes de tejido dorado.

El objetivo de la cámara quedó fijo, con la entrada cubierta por la cortina llenando exactamente la pantalla.

- Puede tomar el control en cualquier momento desde ahora, señor.

Huxley giró la cabeza hacia el psicoperador.

- ¿Eso es nuestro ya? Vea si puede obtener algún informe de la Voz de Dios.

- Nada, señor. Se lo comunicaré apenas lo consiga.

Yo no podía apartar mis ojos de la pantalla. Tras una interminable espera, las cortinas se corrieron lentamente hacia ambos lados, separándose y recogándose hacia arriba a cada lado... y allí, de pie ante nosotros, casi del mismo tamaño y tan real que parecía que iba a salir de la pantalla, ¡se hallaba el Profeta Encarnado!

Giró su cabeza, dejando que su mirada errase de lado a lado, luego me miró directamente a mí, con sus ojos clavados en los míos. Deseé ocultarme. Jadeé y dije involuntariamente:

- ¿Quiéren decir que nosotros podemos duplicar eso?

El jefe de comunicaciones asintió.

- Hasta el milímetro, o me comeré la diferencia. Nuestro mejor imitador, preparado por nuestros mejores cirujanos plásticos puede que incluso sea ya nuestro film.

- Pero es tan real.

Huxley me dirigió una mirada.

- Habla un poco más bajo, Lyle, por favor. - Era la primera vez que me reprochaba algo; me callé y estudié la pantalla. Aquel rostro poderoso, totalmente carente de escrúpulos, aquella ardiente mirada... ¿un actor? ¡No! Yo conocía aquel rostro; lo había visto el número suficiente de veces en demasiadas ceremonias. Algo había fallado y aquél era el Profeta Encarnado en persona. Empecé a secretar ese maloliente sudor del miedo. Mucho me temo que si él hubiera gritado mi nombre a través de aquella pantalla yo hubiera confesado mis traiciones y me hubiera puesto de rodillas pidiendo su clemencia.

Huxley dijo ceñudamente:

- ¿Puede conseguir Nueva Jerusalén?

- No, señor - respondió el psicoperador -. Lo siento, señor.

El Profeta inició su invocación.

Aquella compulsiva voz, parecida al sonido de un órgano, resonó a través de magníficos períodos. Luego pidió las bendiciones del Eterno Dios para el pueblo durante todo el año que empezaba. Hizo una pausa, me miró de nuevo directamente a mí, luego giró sus ojos hacia el Cielo, levantó sus manos y comenzó su petición al Primer Profeta, pidiéndole que confiriese a su pueblo la inapreciable bondad de verle y oírle en carne y hueso, y ofreciéndose él mismo como instrumento para tal propósito. Aguardó.

La transformación empezó... y se me pusieron los pelos de punta. Ahora sabía que habíamos perdido; algo había ido mal... y sólo Dios sabía cuántos hombres habían muerto por aquel error.

Los rasgos del Profeta empezaron a cambiar; creció cuatro o cinco centímetros en estatura; sus ricos ropajes se oscurecieron... y ahí estaba, de pie en su lugar, vestido con una levita de una era ya pasada, el reverendo Nehemiah Scudder, Primer Profeta y fundador de la Nueva Cruzada. Sentí que mi estómago se encogía de miedo y pavor y fui de nuevo un niño, contemplando aquello por primera vez en mi iglesia parroquial.

Primero nos habló con su habitual mensaje anual de amor y preocupación por su pueblo. Gradualmente fue exaltándose, y su rostro empezó a sudar y sus manos se retorcieron al estilo que había adquirido allá en miles de mítines en los campos del valle del Mississippi; mi corazón empezó a latir más aprisa. Estaba predicando contra el pecado en todas sus formas... las prostitutas cuya boca es como la miel, los pecados de la carne, los pecados del espíritu, los cambistas.

En la cúspide de su pasión derivó hacia un nuevo tema en una forma que me tomó por sorpresa:

- Pero no he vuelto esta vez hasta vosotros para hablaros de los pequeños pecados de la pequeña gente. ¡No! He venido a contaros algo realmente infernal y a pedir os que os ciñáis vuestras armaduras y luchéis. ¡El Armagedón está sobre vosotros! ¡Levantaos, mis

huestes, y luchad en la Batalla del Señor! ¡Porque Satán está sobre vosotros! ¡Está aquí! ¡Aquí junto a vosotros! ¡Aquí, esta noche, en carne y hueso! ¡Con el disfraz de la serpiente se ha instalado entre vosotros, adoptando la apariencia del Vicario del Señor! ¡Sí! ¡Se ha disfrazado falsamente, tomando la forma del Profeta Encarnado!

«¡Destruídlo! ¡Destruid a sus secuaces! ¡En el Nombre de Dios, destruidlos a todos!

13

- Bruehler, de la Voz de Dios - dijo calmadamente el psicoperador -. La estación ha dejado de emitir y la demolición tendrá lugar en aproximadamente treinta segundos. Se hará un intento de batirse en retirada antes de que el edificio se desmorone. Buena suerte. Fin del mensaje.

Huxley murmuró algo y abandonó la gran pantalla, ahora a oscuras. Las pantallas pequeñas, mostrando escenas de todas partes del país, eran confusas pero alentadoras. Había luchas y tumultos por todas partes. La contemplé, aturdido, e intenté imaginar quiénes eran amigos y quiénes enemigos. En el Hollywood Bowl la multitud invadía el estrado y arrollaba y pisoteaba a los oficiales y clérigos allí sentados. Había un gran número de guardias apostados alrededor del escenario y las cosas no debieran haber ocurrido así. Pero en lugar de la sangrienta ráfaga de disparos que cualquiera hubiera esperado se produjo una única y corta ráfaga procedente de un trípode montado en el flanco de la colina al norte del escenario, y los guardias empezaron a caer... abatidos aparentemente por otros guardias.

Al parecer el arriesgado tour de force contra el propio Profeta había obtenido un éxito más allá de todas las expectativas. Si las fuerzas gubernamentales estaban en los demás lugares tan desorganizadas como lo estaban en el Hollywood Bowl, la tarea no sería la de luchar sino la de consolidar un hecho ya establecido.

El monitor de Hollywood se apagó, y desvié mi atención a otra pantalla, Portland, Oregón. Más luchas. Pude ver hombres con brazaletes blancos, el único uniforme que nos habíamos permitido para la Hora - M... pero no toda la violencia procedía de nuestros hermanos de los brazaletes. Vi a un censor armado caer abatido ante unos puños desnudos y no volver a levantarse.

Empezaron a llegar los primeros mensajes de prueba e informes, ahora que era factible utilizar nuestra propia radio... cosa que habíamos estado esperando desde hacía tanto tiempo. Dejé de mirar y acudí a ayudar a mi jefe a sintonizarlos. Estaba aún aturdido y veía aún mentalmente el increíble rostro del Profeta... de los dos Profetas. Si yo había resultado emocionalmente demolido por aquello, ¿qué estaría pensando el pueblo? ¿Los devotos, los creyentes?

El primer informe claro que nos llegó, entre todos los mensajes de contacto, procedía de Lucas en Nueva Orleans:

HEMOS TOMADO CONTROL DEL CENTRO DE LA CIUDAD, ESTACIONES DE COMUNICACIÓN Y ENERGÍA. ESCUADRONES DE LIMPIEZA OCUPAN ESTACIONES DE POLICÍA. GUARDIAS FEDERALES DESMORALIZADOS AQUÍ POR ESTEREOIMAGEN. LUCHAS ESPORÁDICAS ENTRE LOS PROPIOS: GUARDIAS. PEQUEÑA RESISTENCIA ORGANIZADA. RESTABLECIDO ORDEN BAJO LEY MARCIAL. ¡OCUPAREMOS EL PODER! LUCAS. Luego empezaron a llegar más informes: Kansas City, Detroit, Filadelfia, Denver, Boston, Minneapolis... todas las principales ciudades. Variaban entre sí, pero todos contaban la misma historia; nuestro Profeta sintético llamando a las armas, seguido inmediatamente por una interrupción de todos los sistemas regulares de comunicación, habían convertido a las fuerzas gubernamentales en un cuerpo sin cabeza, moviéndose sin orden ni concierto y luchando entre sí. El poder del Profeta estaba fundado en la superstición y el fraude; nosotros

habíamos vuelto la superstición contra él para que lo destruyera. La logia de aquella noche fue la más grande a la que nunca haya asistido. La celebramos en la propia sala de comunicaciones, con el comandante en jefe sentado como secretario y pasando los mensajes que iban llegando al general Huxley, sentado como Maestro en el sitio de honor. Yo fui llamado para ocupar también una silla como Celador Menor, un honor que nunca antes había gozado. El general tuvo que pedir prestado un sombrero y resultó ridículamente pequeño para él, pero no importaba... nunca había visto un ritual tan grande, y creo que nunca lo veré. Todos pronunciamos las antiguas palabras directamente desde nuestros corazones, como si estuviéramos diciéndolas por primera vez. Si la ceremonia era interrumpida para escuchar que Louisville era también nuestra, ¿qué mejor interrupción? Estábamos edificando de nuevo; tras un tiempo interminable de edificar especulativamente, por fin estábamos edificando operativamente.

14

La capital provisional fue fijada en St. Louis, por su localización central. Piloté yo mismo el avión de Huxley hasta allí. Tomamos posesión de la base del censor del Profeta allí, devolviéndole su antiguo nombre de Cuarteles Jefferson. Hicimos lo mismo con los edificios de la Universidad, y los bautizamos de nuevo con el nombre de Washington. Si bien el pueblo ya no recordaba el auténtico significado de esos nombres, muy pronto lo harían, y aquél era un buen lugar para empezar. (Supe por primera vez que Washington había sido uno de los nuestros.)

De todos modos, una de las primeras acciones de Huxley como gobernador militar - no aceptó ser llamado ni siquiera «Presidente Provisional» - fue separar toda conexión oficial ente la Logia y el Ejército Libre de los Estados Unidos. La Hermandad había cumplido con su propósito, había mantenido vivas las esperanzas de los hombres libres; ahora era tiempo de volver a sus antiguos métodos y dejar que los asuntos públicos fueran manejados públicamente. La orden no fue hecha pública, puesto que la gente no tenía conocimiento real de nosotros, que siempre habíamos sido una sociedad secreta y durante tres generaciones completamente clandestina. Pero fue leída y registrada en todas las logias y, por lo que sé, honrada.

Había una necesaria excepción: mi logia natal de Nueva Jerusalén, y la cooperativa orden femenina de la cual Maggie había sido miembro. Porque, aunque todo el país era ya nuestro, no habíamos conseguido conquistar Nueva Jerusalén.

Era algo más serio de lo que parece. Aunque teníamos el país bajo control militar, con todos los centros de comunicación en nuestras manos, con las Fuerzas Federales desmoralizadas, desorientadas y muy dispersadas o desarmadas y capturadas, aún no teníamos el corazón del país en nuestras manos. Más de la mitad de la población no estaba con nosotros; simplemente se hallaba aturdida, confusa y desorganizada. Mientras el Profeta siguiera vivo, mientras el Templo siguiese siendo un punto de reunión, le seguiría siendo concebiblemente posible arrebatar nos una victoria de las manos.

Un fraude como el que utilizamos nosotros posee tan sólo un efecto temporal; el pueblo vuelve a sus antiguos hábitos de pensamiento. El Profeta y sus cohortes no eran estúpidos; incluían algunos de los más afamados expertos en psicología aplicada que aquel cansado planeta había visto nunca. Nuestro propio contraespionaje fue preocupantemente consciente de que estaban perfeccionando rápidamente su propia clandestinidad, utilizando a los aún devotos y a aquella numerosa minoría, devota o no, que había engordado con el antiguo régimen y que se veía enflaquecer bajo el nuevo. No podíamos detener aquella contrarrevolución... ¡infiernos!, el Profeta no había sido capaz de detenernos a nosotros, y habíamos estado trabajando bajo condiciones mucho más duras. Los espías del Profeta podían trabajar casi abiertamente en las pequeñas ciudades

y en el campo; nosotros teníamos apenas los hombres suficientes para custodiar las estaciones de televisión... no podíamos poner a un escucha debajo de cada mesa.

Muy pronto fue un secreto a voces que habíamos falseado la llamada al Armagedón. Uno pensaría que este hecho en sí sería suficiente para demostrar a cualquiera que todos los Milagros de la Encarnación habían sido fraudes... trucos televisivos y nada más. Se lo mencioné a Zebadiah, y se echó a reír ante mi ingenuidad. La gente cree lo que quiere creer, y la lógica no tiene nada que ver con ello, me aseguré. En este caso deseaban creer que su vieja religión, tal como la habían aprendido en el regazo de su madre, devolvía la seguridad a sus corazones. Yo podía simpatizar con aquella idea, la comprendía.

De cualquier modo, Nueva Jerusalén debía caer... y el tiempo estaba contra nosotros.

Mientras nos preocupábamos sobre aquello, estaba teniendo lugar una convención constitucional provisional en el gran auditorio de la universidad. Huxley la abrió, rechazó de nuevo el título, ofrecido por aclamación, de presidente... luego les dijo claramente que todas las leyes promulgadas desde la toma de posesión del presidente Nehemiah Scudder carecían de fuerza y validez, y que la vieja constitución y la carta de derechos eran efectivas a partir de ahora, sujetas a las exigencias del control militar temporal. Su único propósito, dijo, era elaborar unos métodos adecuados para restaurar los antiguos procesos democráticos libres; cualquier cambio permanente en la constitución, si era necesario, debería esperar hasta después de unas elecciones libres.

Luego entregó el mazo a Novak y se fue.

Yo no tenía tiempo para ocuparme de política, pero más de una vez lo saqué de mi trabajo para acudir a más de una sesión de tarde, porque Zebadiah me había dicho confidencialmente que se estaban preparando unos significativos fuegos artificiales. Me deslicé a un asiento de la parte de atrás y escuché. Uno de los brillantes jóvenes de Novak estaba presentando un film. Vi tan sólo el final, pero parecía ser más o menos un film de instrucción estándar, revisando la historia de los Estados Unidos, discutiendo las libertades civiles, explicando los deberes de un ciudadano en una democracia libre... no el tipo de cosas que solían verse en las escuelas del Profeta, pero sí utilizando las mismas técnicas que se habían usado durante mucho tiempo en todas las escuelas del país. El film terminó, y el brillante joven... nunca conseguí recordar su nombre, quizá porque no me gustaba; ¿tal vez Stokes?; bueno, llamémosle Stokes de todos modos. Pues bien, Stokes empezó a hablar.

- Este film de reorientación - dijo - carece por supuesto de toda utilidad en volver a canalizar a un adulto. Sus hábitos de pensamiento están demasiado arraigados como para ser afectados por algo tan simple como esto.

- Entonces, ¿por qué perdemos nuestro tiempo en ello? - dijo alguien.

- ¡Por favor! Sin embargo, este film fue preparado para adultos... a condición de que tales adultos estuvieran situados en un estadio mental receptivo. He aquí el prólogo... - la pantalla se iluminó de nuevo. Era una sencilla y hermosa escena pastoral con una música muy relajante. No podía llegar a imaginarse qué es lo que estaba pretendiendo con todo aquello, pero era sedante; recordé que no había dormido mucho durante las últimas cuatro noches... pensando en ello, no podía recordar cuándo había sido la última noche que había dormido a gusto. Me eché hacia atrás y me relajé.

No me di cuenta de que la escena cambió a esquemas abstractos. Creo que la música continuó, pero iba unida a una voz, cálida, sedante, monótona. Los esquemas giraron y giraron y empecé a sentirme absorbido., directamente... hacia la... pantalla...

Luego Novak se levantó de su asiento y apagó el proyector con una maldición. Me desperté con un sobresalto, sintiendo esa horrible sensación impresionante que hace que uno casi se eche a gritar. Novak estaba habiéndole seca pero calmadamente a Stokes... luego se giró hacia nosotros.

- ¡De pie! - ordenó -. Hagan siete extensiones. Inspiren profundamente. Dense la mano con sus vecinos. ¡Palméense las espaldas, fuerte!

Así lo hicimos, sintiéndonos ridículos. Y también irritados. Me había sentido tan bien hasta hacía exactamente un instante, y ahora recordaba los montones de trabajo que tenía que hacer si quería disponer de diez minutos para ver a Maggie aquella noche. Pensé en irme, pero Stokes empezó a hablar de nuevo.

- Como ha apuntado el doctor Novak - prosiguió, no pareciendo muy seguro de sí mismo -, no es necesario utilizar el prólogo en este auditorio, puesto que ustedes no necesitan reorientación. pero este film, utilizado con la técnica preparatoria y posiblemente en algunos casos con una ligera dosis de una de las drogas hipnóticas, puede ser dirigido a producir un óptimo temperamento político en un 83% de la población. Eso ha quedado demostrado satisfactoriamente en un grupo de prueba. El propio film representa varios años de trabajo analizando los informes personales de conversión de casi todos aquellos... ¡seguramente de todos los de este auditorio! que se unieron a nuestra organización mientras era aún clandestina. Ha sido eliminado todo lo irrelevante; lo esencial se ha compendiado. Lo que queda convertirá a un devoto seguidor del Profeta en un hombre libre... a condición de que se halle en estado receptivo a la sugestión en el momento de ser expuesto a ella.

Así que para eso nos habían pedido que desnudáramos nuestras almas. Me parecía lógico. Dios sabía que estábamos sentados sobre una bomba de tiempo, y no podíamos esperar a que cada tipejo se enamorara de una sagrada diaconisa y aquello fuera para él un shock tan grande que lo sacara de su rutina de pensamiento; no había tiempo. Pero un hombre ya anciano al que no conocía se puso en pie al otro lado del salón... se parecía a los retratos de Mark Twain, un irritado Mark Twain.

- ¡Señor presidente!

- ¿Sí, camarada? Diga su nombre y distrito.

- Usted sabe cuál es mi nombre, Novak... Winters, de Vermont. ¿Dio usted su visto bueno a este esquema?

- No. - Fue una simple declaración.

- Él es uno de sus muchachos.

- Es un ciudadano libre. Yo supervisé la preparación del propio film y la investigación que le precedió. La utilización de técnicas no voluntarias de sugestión surgió del grupo de investigación que él encabeza. Yo desaprobé la propuesta, pero admití que fuera presentada en su momento. Repito, es un ciudadano libre, libre de hablar, como todos ustedes. - ¿Puedo hablar yo ahora? - Puede hacerlo desde ahí mismo.

El hombre pareció crecerse un poco cuando se irguió en toda su estatura.

- ¡Lo haré! Caballeros... señoras... ¡camaradas! Llevo en esto más de cuarenta años... más años que los que tiene ese joven. Tengo un hermano, tan buen hombre como yo, pero no nos hemos hablado en muchos años... porque él es un honesto devoto de la fe establecida y sospecha en mí la herejía. Y ahora este cachorro, con su frente despejada y sus grandes luces, pretende «condicionar» a mi hermano para convertirlo en alguien «confiable políticamente».

Se detuvo para toser asmáticamente, y prosiguió:

- ¡Los hombres libres no son «condicionados»! Los hombres libres son libres debido a que son normales y obstinados y prefieren llegar a sus propios prejuicios a su propia manera... ¡no que se los dé a cucharadas ningún joven pensador engreído! No hemos luchado, nuestros hermanos no han derramado su sangre y muerto, sólo para cambiar de jefes, no importa lo justificables que sean sus motivos. Os digo que si hemos llegado a la situación a la que habíamos llegado fue gracias a los esfuerzos de esos mismos pensadores engreídos. Hemos estado estudiando durante años cómo influir sobre un hombre y dirigirle. Empezaron con anuncios y propaganda y todas esas cosas, y lo perfeccionaron hasta tal punto que pasó a ser, de una simple y honesta arma que

cualquier comerciante podía utilizar, una ciencia matemática que dejaba al hombre ordinario indefenso. - Apuntó un dedo hacia Stokes -. Os digo que los ciudadanos americanos no necesitan protección contra nada... excepto contra cosas de este tipo.

- Esto es ridículo - restalló Stokes, con voz excesivamente alta -. Usted no dejaría explosivos de alta potencia en manos de los niños. Eso es lo que sería ahora una completa libertad.

- El pueblo americano no es ningún niño.

- ¡Hay niños en él!... Muchos más de lo que parece.

Winters paseó su mirada por toda la sala.

- ¿Entienden lo que quiero decir, amigos? Está pretendiendo jugar a Dios como hizo el Profeta. Yo digo: démosles su libertad, démosles sus justos derechos como hombres, y que sean hombres libres y niños libres bajo la mirada de Dios. Si se equivocan de nuevo, es su problema... pero no tenemos derecho a influir en sus mentes. - Se detuvo y tuvo que esforzarse de nuevo para recuperar el aliento; Stokes parecía despectivo -. Nosotros no podemos hacer que el mundo sea seguro para los niños, ni siquiera para los hombres... y Dios no nos ha llamado a hacerlo.

- ¿Ha terminado, señor Winters? - dijo Novak suavemente.

- He terminado

- Y usted ya ha dicho también todo lo que tenía que decir, Stokes. Siéntese.

Yo tenía que marcharme ya, así que me deslicé fuera... y me perdí la parte más realmente dramática para quien le gusten esa clase de dramatismos; yo no. El viejo señor Winters se derrumbaba muerto cuando yo aún no había alcanzado las escaleras exteriores.

Novak no permitió que aquello siguiera adelante. Proclamó dos resoluciones; que ningún ciudadano podía ser sometido a hipnosis o a cualquier otra técnica psicomanejativa sin su propio consentimiento por escrito, y que ningún test religioso o político podría ser usado como privilegio en las primeras elecciones. ¡No sé quién tenía razón. Seguramente la vida hubiera sido mucho más fácil en las semanas siguientes si hubiéramos sabido que el pueblo estaba sólidamente de nuestra parte. Puede que fuéramos los gobernantes temporales del país, pero difícilmente nos atrevíamos a ir por la calle de noche con nuestros uniformes en grupos de menos de seis.

Oh, sí, ahora teníamos uniformes... al menos casi un uniforme para cada uno de nosotros, hechos del material más barato posible y en tallas estándar del ejército, es decir, o demasiado grandes o demasiado pequeños. El mío era demasiado estrecho. Habían estado depositados a lo largo de la frontera canadiense, y vestimos a nuestra gente con uniformes tan pronto como nos fue posible. Un pañuelo atado en torno al brazo no es suficiente.

Además de nuestros propios y simples capotes de color verdeazulado, había algunos otros uniformes a nuestro alrededor: brigadas de voluntarios de fuera del país y algunas indumentarias nativas americanas. Los Batallones Mormones llevaban sus propias prendas, y además todos se dejaban la barba... y entraban en acción cantando el largo tiempo prohibido ¡Venid, venid, oh vosotros Santos! Utah era un estado del que no teníamos que preocuparnos, ahora que los Santos habían recuperado su amado templo. La Legión Católica tenía su uniforme distintivo, lo cual resultaba conveniente ya que apenas ninguno de ellos hablaba inglés. Los Soldados Cristianos Progresistas vestían de diferente forma debido a que constituían una organización clandestina rival y casi nos odiaban por nuestro golpe de Estado... lo cual era casi de esperar. El Ejército de Josué de las reservas de parias del noroeste (más los voluntarios de todas las demás partes del mundo) llevaban una indumentaria que simplemente podía calificarse tan sólo de extranjera.

Huxley ejercía el mando táctico de todos ellos. Pero no se trataba de un ejército; era únicamente una chusma.

Lo único esperanzado: al respecto era que el ejército del Profeta nunca había sido muy grande, menos de doscientos mil hombres, siendo más una policía interna que un ejército, y de todo aquel número tan sólo unos pocos habían conseguido abrirse camino hasta Nueva Jerusalén para aumentar la guarnición del Palacio. Además, puesto que los Estados Unidos no se habían enzarzado en ninguna guerra externa durante más de un siglo, el Profeta no pudo reclutar soldados veteranos entre los devotos que le quedaban.

Como tampoco podíamos nosotros. La mayor parte de nuestros efectivos eran empleados únicamente para custodiar las estaciones de comunicación y otras instalaciones clave por todo el país, y apenas si tenemos bastantes para todo ello. Montar un asalto a Nueva Jerusalén requería rascar el fondo del barril.

Y eso fue lo que hicimos, mientras nos asfixiábamos bajo el peso del papeleo, que hizo que los días del viejo Cuartel General nos parecieran ahora tranquilos y sin complicaciones. Yo tenía actualmente a treinta oficinistas bajo mis órdenes, y ni siquiera sabía lo que hacían la mitad de ellos. Perdí una gran parte de mi tiempo simplemente recibiendo a Muy Importantes Ciudadanos que deseaban ver a Huxley para Ofrecer Su Ayuda.

Recuerdo un incidente que, aunque no demasiado importante, no fue exactamente rutinario y sí fue importante para mí. Mi secretaria jefe vino a mí con una expresión muy extraña en su rostro.

- Coronel - dijo -, su hermano gemelo está ahí fuera. - ¿En? Yo no tengo hermanos. - Un tal sargento Reeves - amplió.

Entró, nos estrechamos las manos, y cambiamos intrascendencias. Realmente me sentía feliz de verle, y le hablé de todos los pedidos que había hecho en su nombre y que luego había perdido. Le pedí disculpas, apelé a las exigencias de la guerra, y luego añadí:

- Conseguí un nuevo cliente en Kansas City... Emery, Bird, Trayer. Tendría que ir usted por allí algún día. - Lo haré. Gracias.

- No sabía que fuera usted soldado.

- En realidad no lo soy. Pero practico un poco cada vez que me lo permiten los viajes, esto... mientras los demás pierden los pedidos por mí.

- Siento lo que pasó.

- Oh, no tiene importancia. Ahora he aprendido a manejar una desintegradora, y las granadas no tienen secretos para mí. He sido elegido para la Operación Pateadura.

- ¿Eh? Esta palabra clave se supone que es secreta.

- ¿Lo es? Mejor dígaselo a los muchachos; ellos no parecen saberlo. De todos modos, estoy metido en ello. ¿Usted también? ¿O no debería preguntárselo?

Cambió de tema.

- ¿Cómo le prueba ser soldado? ¿Planea hacer una carrera de ello?

- Oh, está bien... pero no tan bien. Pero he venido a preguntarle algo, coronel. ¿Puedo?

- ¿Eh?

- ¿Piensa usted seguir luego en el ejército? Supongo que podrá hacer una buena carrera, con sus antecedentes... mientras que yo no tengo un porvenir muy brillante en él, cuando acabe la diversión. Pero si por cualquier razón no piensa usted seguir, ¿qué le parece el negocio textil?

Estaba desconcertado, pero respondí:

- Bueno, a decir verdad, me gustó... al menos cuando conseguía rematar una venta.

- Estupendo. Dejé el empleo que tenía, por supuesto... y he pensado seriamente en establecerme por mi cuenta, un negocio de representación de productos manufacturados. Necesito un socio. ¿Qué le parece?

Me lo pensé.

- No sé - dije lentamente -. No he pensado en nada más allá de la Operación Pateadura. Podría quedarme en el ejército... aunque la vida militar ya no tiene para mí el atractivo que tenía antes... demasiadas copias para hacer y certificar. Pero no lo sé. Creo que lo que realmente deseo es simplemente sentarme bajo mi propia parra y mi propia higuera.

- «... Y nada tendrás que temer» - terminó por mí -. Un buen pensamiento. Pero no hay ninguna razón para que no pueda desenrollar unos cuantos metros de tela mientras está sentado allí. La cosecha de higos puede fallar. Piense en ello.

- Lo haré. Seguro que lo haré.

15

Maggie y yo nos casamos el día antes del asalto a Nueva Jerusalén. Tuvimos una luna de miel de veinte minutos, apretándonos las manos en la salida de emergencia contra incendios de mi oficina, y luego conduje en avión a Huxley al área de partida. Yo iba en la nave insignia durante el ataque. Había pedido permiso para pilotar un reactor cohete durante el combate, pero me fue denegado.

- ¿Para qué, John? - me dijo Huxley -. Esta lucha no vamos a ganarla en el aire; tendremos que decidirla en tierra.

Estaba en lo cierto, como siempre. Teníamos pocos aparatos, y aún menos pilotos en los que pudiéramos confiar. Parte de las fuerzas aéreas del Profeta habían sido saboteadas en tierra; un buen número habían escapado a Canadá y a otros lugares y habían sido internadas. Con los aviones de que disponíamos tuvimos que bombardear regularmente el Palacio y el Templo simplemente para que permanecieran con las cabezas agachadas.

Pero no podíamos dañarles seriamente con ello, y ambas partes lo sabíamos. El Palacio, adornado como estaba por encima del suelo, era probablemente el edificio a prueba de bombas más fuerte jamás construido. Había sido diseñado para resistir el impacto directo de una bomba de fisión sin que el personal oculto en sus más profundos túneles sufriera daño... y allí era donde pasaba los días el Profeta, podíamos estar seguros de ello. Incluso la parte situada por encima del suelo era relativamente inmune a las convencionales bombas de helio como las que estábamos usando.

No utilizábamos bombas atómicas por tres razones: no disponíamos de ellas; se suponía que los Estados Unidos no tenían ninguna desde el Tratado de Johannesburgo tras la Tercera Guerra Mundial; no podíamos conseguir ninguna. Hubiéramos podido negociar un par de bombas de la Federación que quizá nos las hubiera concedido si hubiéramos sido el gobierno legal de los Estados Unidos, pero, aunque Canadá nos había reconocido, Gran Bretaña no lo había hecho, como tampoco la Confederación Norteafricana. Brasil estaba indeciso; había enviado a St. Louis a su encargado de asuntos exteriores. Pero aunque hubiéramos sido admitidos en la Federación, era probable que nos hubieran denegado el empleo de armas potentes para solucionar un asunto interno.

Finalmente, tampoco las hubiéramos usado si nos las hubieran puesto entre las manos. No, no éramos unos cobardes. Pero una bomba atómica, tirada directamente sobre el Palacio, seguramente hubiera matado a unos cien mil o más de nuestros propios ciudadanos en la ciudad que lo rodeaba... y casi seguramente no hubiera matado al Profeta.

Era necesario entrar y sacarlo fuera, como a un tejón de su madriguera.

El punto de reunión se fijó en la orilla este del río Delaware. Un minuto después de la medianoche avanzamos hacia el este, treinta y cuatro cruceros terrestres, trece de ellos modernos carros de combate, el resto carros ligeros y tanquetas anticuadas... todo ello

restos de la poderosa flota del Profeta del Mississippi Este; el resto había sido destruido por sus anteriores mandos. Los carros pesados serían usados para abrir brechas en las paredes; los ligeros escoltaban a diez transportes armados acarreado a las tropas de choque... cinco mil aguerridos hombres tomados de todos lados del país. Algunos de ellos poseían algún entrenamiento militar además del que habían podido recibir en las últimas semanas; todos ellos habían tomado parte en las luchas callejeras.

Pudimos oír ya el bombardeo contra Nueva Jerusalén apenas iniciamos la marcha, el sordo ¡crrump!, el temblor de la onda de concusión que ponía la carne de gallina, el bajo retumbar de la conmoción del suelo. El bombardeo había sido continuo durante las últimas treinta y seis horas; esperábamos que nadie en el Palacio hubiera dormido últimamente, mientras que nuestras tropas acababan de despertarse de un sueño reparador de doce horas consecutivas.

Ninguno de los carros de combate había sido diseñado como insignia, así que improvisamos un puesto de mando justo detrás de la torreta blindada, desalojando el televisor de largo alcance

Sara hizo sitio al rastreador de batalla y al plano de concentración. Yo estaba sudando sobre mi rastreador provisional, rogándole al cielo que los amortiguadores fueran lo suficientemente buenos como para que respondieran bien cuando llegara el momento. Apiñados a mis espaldas estaban un psicoperador y su equipo de sensitivos, ocho mujeres y un muchacho neurótico de catorce años. Cada uno de ellos debía manejar cuatro circuitos. Le preguntaba si lo conseguirían. Una muchacha rubia, delgada, tenía una seca tos crónica y un bulto tiroideo en la garganta.

Avanzamos traqueteantes en una aproximación en zigzag, Huxley iba de un lado para otro, calmado como un caracol, mirando por encima de mi hombro, leyendo despachos sin inmutarse, observando nuestra aproximación en las pantallas.

El montón de despachos fue creciendo a mi lado. Al Querubín se le había encallado la oruga izquierda; se había salido de la formación, pero regresó a ella en treinta minutos. Penoyer informó que sus columnas estaban extendidas y listas para desplegarse. Debido a la aguda falta de talentos de mando, estábamos utilizando una organización de mando conjunto; Penoyer mandaba el ala izquierda, y su propio carro de combate; Huxley tenía el mando de las fuerzas, mandaba el ala derecha, y su propio carro insignia.

A las 12:32 los televisores se apagaron. El enemigo había analizado nuestro esquema de variación de frecuencia, lo había interferido, y había hecho estallar todas las lámparas de nuestros circuitos. Es algo teóricamente imposible, pero lo hicieron. A las 12:37 los radios enmudecieron.

Huxley parecía imperturbable.

- Pasemos a los circuitos telefónicos ligeros - dijo.

El oficial de comunicaciones se le había anticipado; nuestros circuitos audio trabajaban ahora mediante rayos infrarrojos, de carro a carro. Tuve a Huxley colgado sobre mi hombro la mayor parte de la siguiente hora, observando el progreso de las líneas de localización. Finalmente dijo:

- Creo que deberíamos desplegarlos ahora, John. Algunos de esos pilotos no están demasiado seguros de sí mismos; creo que debemos darles tiempo para afianzarse en sus posiciones antes de que ocurra algo más.

Pasé la orden, y dejé mi rastreador fuera de circuito durante quince minutos; no había sido construido para tantas variables a tan altas velocidades, y no tenía sentido sobrecargarlo. Diecinueve minutos más tarde el último transporte se identificaba telefónicamente, y yo hice una comprobación preliminar, le di al botón de puesta en marcha, y dejé que los datos de corrección fueran entrando. Durante un par de minutos estuve muy ocupado equilibrando datos, mis manos moviéndose entre clavijas y mandos; luego la máquina pareció satisfecha con sus propias predicciones e informé:

- Localizados todos, señor.

Huxley se asomó por encima de mi hombro. La línea era un poco irregular, pero yo me sentía orgulloso de todos ellos. Algunos de aquellos pilotos habían sido conductores de camiones de transporte hacía menos de cuatro semanas.

A las tres de la madrugada dimos la señal de precaución, «Entramos en zona de alcance», y nuestra propia torreta retumbó al ser cargada.

A las 3:31 Huxley dio la orden:

- Plan de Concentración III, abran fuego.

Nuestro propio grandullón fue el primero. El disparo levantó un montón de polvo que me hizo lloriquear. El carro retrocedió sobre sus orugas por el efecto de retroceso y estuve a punto de caerme de mi asiento. Nunca había cabalgado en uno de aquellos enormes artilleros antes, y no había esperado un retroceso tan intenso. Nuestro gran cañón iba provisto de cámaras de fuego secundarias a todo lo largo del cañón principal, sincronizadas electrónicamente con el avance del proyectil; mantenían el máximo de presión durante todo el camino, y conseguían así una mayor velocidad y potencia para la granada. Pero también proporcionaba un retroceso descoyuntahuesos. Aunque la segunda vez ya no me pilló desprevenido.

Huxley ocupaba el periscopio entre disparo y disparo, intentando observar los efectos de nuestro fuego. Nueva Jerusalén había respondido a él, pero aún no nos tenía a tiro. Nosotros teníamos la ventaja de disparar contra un blanco estacionario cuyo alcance conocíamos al metro; por otra parte, ni siquiera el más pesado crucero terrestre ofrecía el blanco que presentaba la enorme masa del Palacio.

Huxley se apartó del periscopio y observó:

- Humo, John.

Me giré hacia el oficial de comunicaciones.

- ¡Preparados, sensitivos; todas las unidades! La orden no llegó a partir. Mientras aún la estaban dando el oficial de comunicaciones informó pérdida de contacto. Pero el psicoperador estaba trabajando, y supe que lo mismo estaba ocurriendo en todos los carros; era un accidente normal de rutina. De nuestros nueve sensitivos, tres - el chico y dos mujeres - eran despiertos; los otros seis eran hipnos. El técnico conectó primero al muchacho con uno de los de la unidad de Penoyer. El chico estableció comunicación casi inmediata y Penoyer dio su informe:

CEGADOS POR HUMO. HE CAMBIADO FLANCO IZQUIERDO A PSICO. ¿CÓMO CONECTAMOS? PENOYER.

- Mantenga la línea - respondí. La doctrina permitía dos tipos de conexión telepática: relevos, en el cual un mensaje pasaba de contacto en contacto hasta que alcanzaba su destino; y mando engranado, en el cual había una conexión directa del carro insignia con cada uno de los aparatos a sus órdenes, además de un carro - a - carro para las unidades adyacentes. En el primer caso cada sensitivo se ocupaba únicamente de un circuito, es decir, se hallaba en contacto tan sólo con otro telépata; en el segundo debía hacerse cargo al menos de cuatro circuitos. Yo deseaba evitar que se sobrecargaran tanto tiempo como fuera posible.

El técnico conectó a los otros dos despiertos a nuestro carro de naneo en la línea de batalla, luego volvió su atención a los hipnos. Cuatro de ellos requirieron hipodérmicas; los otros dos respondieron a la sugestión. Al poco tiempo estábamos conectados con los transportes y carros de segunda línea, así como con los bombarderos y el reactor cohete que supervisaba los impactos. El reactor informó visibilidad cero y se quejó de que no obtenía casi nada que fuera inteligible por el radar. Le dije que siguiera allí; la brisa matutina podía despejar el humo en poco tiempo.

De todos modos no dependíamos de él; conocíamos nuestras posiciones casi al milímetro. Habíamos partido de un punto preciso de referencia y nuestra posición era comprobada por toda la línea de batalla cada vez que cualquier jefe de carro identificaba una referencia señalada en el mapa. Además, los conductores de los cruceros oruga son

sorprendentemente precisos; las orugas miden literalmente cada metro de terreno por sobre el que pasan, y cualquier pequeña diferencia que capte el mecanismo es comparada para mantener la regularidad del rumbo. El humo no tenía por qué preocuparnos realmente, y podíamos seguir disparando con precisión aunque fallara el radar. Por otra parte, si el jefe militar del Palacio nos mantenía bajo el humo, él también dependía completamente del radar.

Aparentemente su radar funcionaba; su fuego caía a nuestro alrededor. Aún no habíamos sido alcanzados pero podíamos notar las sacudidas cuando las granadas estallaban cerca de nosotros, y algunos de los informes no eran alegres precisamente. Penoyer informó que el Mártir había sido alcanzado; la granada había reventado el alojamiento del motor de la izquierda. Su piloto intentó efectuar un cruce de conexiones y avanzar a media velocidad, pero el tren de transmisión había quedado bloqueado; quedó definitivamente fuera de la acción. El Arcángel había sobrecalentado su cañón. Se hallaba en formación pero era inofensivo hasta que el capitán de torreta consiguiera arreglarlo.

Huxley ordenó entonces cambiar a Formación E, un plan que utilizaba cambios de velocidades y rumbos aparentemente al azar... cuidadosamente planeados sin embargo para evitar la colisión entre carros. Su intención era confundir el control de fuego del enemigo.

A las 4:11 Huxley ordenó a los bombarderos que regresaran a la base. Estábamos dentro de la ciudad ahora, y las paredes del

palacio estaban justo delante de nosotros... demasiado cerca del blanco para sentirnos tranquilos; no deseábamos perder unidades bajo nuestras propias bombas.

A las 4:17 fuimos atacados. La protección superior de las orugas resultó hendida, el blindaje del cañón dañado de tal modo que éste quedó fuera de uso, y la torreta se resquebrajó a lo largo de la superficie trasera. El piloto resultó muerto en sus controles.

Ayudé al psicoperador a colocar mascarillas antigás sobre las cabezas de los hipnos. Huxley se levantó por sí mismo del suelo, se puso su propio casco, y estudió la situación en mi rastreador de combate, bloqueado desde el mismo instante en que la granada nos alcanzó.

- El Bendición debe pasar por este punto dentro de tres minutos, John. Dile que lo haga muy lentamente, se acerque por nuestra izquierda, y nos recoja. Dile a Penoyer que estoy cambiando mi insignia.

Hicimos el transbordo sin ningún problema. Huxley, yo mismo, el psicoperador y sus sensitivos. Una sensitiva estaba muerta, alcanzada por un fragmento de metralla. Otra cayó en un trance profundo y no conseguimos moverla. La dejamos en el carro de combate inutilizado; allí estaba tan segura como podría estarlo en cualquier otro lugar.

Arranqué los planos de localizaciones de mi rastreador y me los llevé conmigo. Tenían la predicción de localizaciones para la Formación E. Tuve que forcejear con ellos para desprenderlos, pero el rastreador no podía transportarse y además estaba probablemente más allá de cualquier posible reparación. Huxley estudió los planos.

- Cambia a mando engranado, John. Vamos a atacar dentro de muy poco.

Ayudé al psicoperador a establecer sus circuitos. Dejando al margen completamente al Mártir, y utilizando el relevo con los auxiliares de Penoyer, podíamos compensar la pérdida de dos sensitivos. Todos se hicieron cargo de cuatro circuitos, excepto el chico, que tomó cinco, y la chica de la tos, que se las apañó con seis. El psicoperador estaba preocupado, pero no había otra cosa que pudiéramos hacer.

Me giré hacia el general Huxley. Se había sentado y al primer momento pensé que estaba ensimismado en sus pensamientos; luego vi que estaba inconsciente. No fue hasta que intenté levantarlo y no lo conseguí cuando vi la sangre chorreando a lo largo del respaldo de su silla y manchando el suelo. Lo moví suavemente y descubrí, clavado entre sus costillas, cerca de su columna vertebral, un trozo de metralla.

Sentí que alguien me tocaba el codo. Era el psicoperador. - Penoyer informa que se hallará dentro del radio de asalto en cuatro minutos. Pide permiso para cambiar la formación y pregunta el momento de la ejecución.

Huxley estaba fuera de combate. Muerto o herido, ya no iba a luchar más en aquella batalla. Según todas las reglas, el mando pasaba a Penoyer, y debía decírselo inmediatamente. Pero el tiempo apremiaba terriblemente, aquello podía implicar un cambio drástico de estrategia, y nos habíamos visto obligados a enviar a Penoyer a la batalla con tan sólo tres sensitivos. Era una imposibilidad física.

¿Qué debía hacer? ¿Entregar la insignia al comandante del Bendición? Conocía a aquel hombre, impasible, sin imaginación, un artillero por carácter. Ni siquiera estaba en el cuarto de derrota, sino luchando en la estación de control de fuego de la torreta. Si lo hacía bajar, necesitaría varios minutos para comprender la situación... y luego daría las órdenes equivocadas.

Con Huxley fuera de combate, yo no tenía ni un gramo de autoridad real. Sólo era un coronel honorario a la cola del escalafón, ascendido de mayor hacía pocos días, y un simple asistente por derecho; era lo que era gracias a ser el lacayo de Huxley. ¿Debía pasarle el mando a Penoyer... y perder la batalla de acuerdo con el adecuado protocolo militar? ¿Qué me habría hecho hacer Huxley, si él hubiera tomado la decisión?

Me pareció estar rumiando aquel problema durante horas. El cronógrafo señalaba trece segundos entre la recepción del despacho de Penoyer y mi respuesta:

- Cambie formación a discreción. Aguarde la señal de ejecución en seis minutos. - Una vez dada la orden, envié un mensaje a la estación sanitaria de campaña para que acudieran a atender al general.

Cambié el ala derecha al escalón de asalto, luego llamé al transporte Dulce Cuadriga:

- Subplán D; abandone la formación y proceda según las órdenes. - El psicoperador me miró, pero transmitió mis órdenes. El subplán D significaba que quinientos hombres de infantería ligera penetrarían en el Palacio a través de los sótanos de los almacenes que estaban conectados con la habitación de la logia. A partir de la habitación de la logia se dividirían en escuadras y procederían a realizar tareas asignadas. Todas nuestras tropas de choque tenían los planos del Palacio grabados en sus mentes; aquellos quinientos hombres habían recibido además un adiestramiento adicional para que supieran específicamente dónde tenían que ir y lo que debían hacer.

La mayoría de ellos resultarían muertos, pero deberían ser capaces de crear confusión durante el asalto. Zeb los había entrenado y ahora los mandaba.

Estábamos dispuestos.

- Todas las unidades, preparadas para el asalto. Ala derecha, flanco exterior del bastión derecho; ala izquierda, flanco exterior del bastión izquierdo. Zigzag de emergencia a plena velocidad hasta entrar en distancia de asalto. Despliegue para fuego completo de concentración, una salva, y asalto. Listos para la ejecución. Den el enterado.

Los enterados fueron llegando, y yo estaba observando mi cronómetro preparándome para dar la orden de ejecución, cuando el muchacho sensitivo se interrumpió en mitad de un informe y se derrumbó. El técnico sujetó su muñeca y buscó el pulso; el muchacho se sacudió.

- Algo nuevo - dijo -. No acabo de captarlo. - Luego comenzó a hablar casi en un canturreo -: Al general en jefe, del Maestro de la Logia Peter van Eyck: asalten bastión central con todas sus fuerzas. Yo crearé una diversión.

- ¿Por el centro? - pregunté.

- Está mucho más dañado.

Si aquello era auténtico, era crucialmente importante. Pero tenía mis sospechas. Si el Maestro Peter había sido detectado, podía ser una trampa. Y yo no podía comprender cómo, en su posición, había sido capaz de montar un circuito sensitivo en medio de la batalla.

- Deme la contraseña - dije.
- No, d emela usted.
- No, no lo haré.
- Voy a deletrearla, la mitad de ella.
- Deletr eela entonces.

Lo hizo. Quedé satisfecho.

- Cancele la última comunicación. Cruceros pesados asalten el bastión central, el ala izquierda por el flanco izquierdo, el ala derecha por el flanco derecho. Los auxiliares con números impares efectúen ataques de diversión en los bastiones derecho e izquierdo. Los números pares permanezcan en los transportes. Den el enterado.

Diecinueve segundos más tarde di la orden de ejecución, luego perdimos contacto. Era como conducir un avión cohete con una cámara de combustión sucia y sobrecalentada. Impactamos contra las paredes de ladrillos, dimos terribles bandazos, estuvimos a punto de volcar cuando golpeamos contra los cimientos de algún enorme edificio demolido, y estuvimos al otro lado. La batalla estaba ahora fuera de mis manos, dependiendo de cada jefe de unidad.

Mientras nos situábamos en posición de fuego, vi que el psicoperador cerraba los párpados del muchacho.

- Me temo que está muerto - dijo, sin entonación -. He tenido que sobrecargarlo demasiado en esta última conexión. - Dos de las mujeres se habían derrumbado también.

Nuestro gran cañon se preparaba para la salva final; aguardamos durante un período interminable... diez segundos en total. Luego estuvimos de nuevo en movimiento, ganando velocidad a medida que avanzábamos. El Bendición golpe  la pared del Palacio con un estruendo que pensé que iba a derribarla, pero no fue así. Pero el piloto había bajado sus gatos hidráulicos tan pronto como impactamos; el morro del carro fue elevándose lentamente. Alcanzamos un ángulo tan elevado que parecía que íbamos a volcar de espaldas como una tortuga, pero las orugas hicieron presa, avanzamos de nuevo, y penetramos a través de la brecha en la pared.

Nuestro cañon rugió de nuevo, a quemarropa, directamente al interior del Palacio. Un pensamiento cruzó rápidamente por mi cabeza... aquél era el lugar exacto en el que había visto por primera vez a Judith. Había dado la vuelta al círculo.

El Bendición avanzaba estruendosamente, destruyendo con su simple peso todo lo que encontraba ante él. Aguard  hasta que el último carro hubo tenido tiempo de entrar, entonces di la orden:

- Transportes, al asalto.

Hecho esto, llam  a Penoyer, y le inform  que Huxley estaba herido, y que él estaba ahora al mando.

Y ya todo termin  para mí. No tenía ningún trabajo concreto, ningún puesto en la batalla. La batalla se producía a mi alrededor, pero yo no formaba parte de ella... yo, que hacía dos minutos había usurpado todo el mando de la misma.

Me detuve para encender un cigarrillo y me pregunt  qué hacer. Lo tir  tras una profunda y gratificante chupada, y trep  a la torre de control de fuego de la torreta, y observ  por las mirillas. Se había levantado una brisa que había despejado el humo; el transporte Escala de Jacob estaba en aquellos momentos penetrando por la brecha. Sus lados cayeron, e hileras de infantería se esparcieron por todos lados, los desintegradores preparados.

Fueron recibidos por un esporádico fuego; algunos cayeron, pero la mayoría devolvieron el fuego y cargaron hacia el interior del palacio. El Escala de Jacob dej  libre la brecha, y el Arca tom  su lugar.

El jefe de las tropas del Arca tenía órdenes de apresar vivo al profeta. Corr  escaleras abajo, abandonando la torreta, recorrí el pasillo entre los motores, y localicé la trampilla de escape en el suelo, en la parte de atrás del Bendición. De algún modo logr  soltar el

cierre, la abrí, y asomé la cabeza al exterior. Pude ver, más allá de las orugas, a hombres corriendo. Saqué mi desintegradora, salté al suelo, e intenté unirme a ellos, saliendo de entre las enormes orugas.

Eran hombres del Arca, en gran número. Me incorporé por iniciativa propia a un pelotón y troté con ellos. Nos esparcimos por el interior del Palacio.

Pero la batalla había terminado; no encontramos resistencia organizada. Descendimos y descendimos y descendimos, y encontramos el refugio a prueba de bombas del Profeta. La puerta estaba abierta, y él estaba allí.

Pero no lo arrestamos. Las Vírgenes lo habían encontrado antes; ya no parecía tan imponente. Apenas habían dejado lo suficiente de él como para identificarlo en una investigación. Cámara de combustión sucia y sobrecalentada. Impactamos contra las paredes de ladrillos, dimos terribles bandazos, estuvimos a punto de volcar cuando golpeamos contra los cimientos de algún enorme edificio demolido, y estuvimos al otro lado. La batalla estaba ahora fuera de mis manos, dependiendo de cada jefe de unidad.

Mientras nos situábamos en posición de fuego, vi que el psicoperador cerraba los párpados del muchacho.

- Me temo que está muerto - dijo, sin entonación -. He tenido que sobrecargarlo demasiado en esta última conexión. - Dos de las mujeres se habían derrumbado también.

Nuestro gran cañón se preparaba para la salva final; aguardamos durante un período interminable... diez segundos en total. Luego estuvimos de nuevo en movimiento, ganando velocidad a medida que avanzábamos. El Bendición golpeó la pared del Palacio con un estruendo que pensé que iba a derribarla, pero no fue así. Pero el piloto había bajado sus gatos hidráulicos tan pronto como impactamos; el morro del carro fue elevándose lentamente. Alcanzamos un ángulo tan elevado que parecía que íbamos a volcar de espaldas como una tortuga, pero las orugas hicieron presa, avanzamos de nuevo, y penetramos a través de la brecha en la pared.

Nuestro cañón rugió de nuevo, a quemarropa, directamente al interior del Palacio. Un pensamiento cruzó rápidamente por mi cabeza... aquél era el lugar exacto en el que había visto por primera vez a Judith. Había dado la vuelta al círculo.

El Bendición avanzaba estruendosamente, destruyendo con su simple peso todo lo que encontraba ante él. Aguardé hasta que el último carro hubo tenido tiempo de entrar, entonces di la orden:

- Transportes, al asalto.

Hecho esto, llamé a Penoyer, y le informé que Huxley estaba herido, y que él estaba ahora al mando.

Y ya todo terminó para mí. No tenía ningún trabajo concreto, ningún puesto en la batalla. La batalla se producía a mi alrededor, pero yo no formaba parte de ella... yo, que hacía dos minutos había usurpado todo el mando de la misma.

Me detuve para encender un cigarrillo y me pregunté qué hacer. Lo tiré tras una profunda y gratificante chupada, y trepé a la torre de control de fuego de la torreta, y observé por las mirillas. Se había levantado una brisa que había despejado el humo; el transporte Escala de Jacob estaba en aquellos momentos penetrando por la brecha. Sus lados cayeron, e hileras de infantería se esparcieron por todos lados, los desintegradores preparados.

Fueron recibidos por un esporádico fuego; algunos cayeron, pero la mayoría devolvieron el fuego y cargaron hacia el interior del palacio. El Escala de Jacob dejó libre la brecha, y el Arca tomó su lugar.

El jefe de las tropas del Arca tenía órdenes de apresar vivo al profeta. Corrí escaleras abajo, abandonando la torreta, recorrí el pasillo entre los motores, y localicé la trampilla de escape en el suelo, en la parte de atrás del Bendición. De algún modo logré soltar el cierre, la abrí, y asomé la cabeza al exterior. Pude ver, más allá de las orugas, a hombres

corriendo. Saqué mi desintegradora, salté al suelo, e intenté unirme a ellos, saliendo de entre las enormes orugas.

Eran hombres del Arca, en gran número. Me incorporé por iniciativa propia a un pelotón y troté con ellos. Nos esparcimos por el interior del Palacio.

Pero la batalla había terminado; no encontramos resistencia organizada. Descendimos y descendimos y descendimos, y encontramos el refugio a prueba de bombas del Profeta. La puerta estaba abierta, y él estaba allí.

Pero no lo arrestamos. Las Vírgenes lo habían encontrado antes; ya no parecía tan imponente. Apenas habían dejado lo suficiente de él como para identificarlo en una investigación.

COVENTRY

- ¿Tiene usted algo que decir antes de que sea pronunciada la sentencia contra usted?
- Los apacibles ojos del Juez Decano estudiaron el rostro del acusado. Su pregunta recibió como respuesta un obstinado silencio.

- Muy bien... el jurado ha determinado que ha violado usted una norma básica aceptada por el Convenio, y que a través de su acción ha dañado usted a otro ciudadano libre. Es opinión del jurado y del tribunal que realizó usted esa acción conscientemente y con conocimiento de la probabilidad de daño hacia un ciudadano libre. Por ello, es usted sentenciado a elegir entre las Dos Alternativas.

Un observador experto quizás hubiera detectado un rastro de desaliento surgiendo a través de la máscara de indiferencia con la cual el joven acusado se enfrentaba a su juicio. El desaliento no tenía razón de ser; considerando el delito, la sentencia era inevitable... pero los hombres razonables no admiten la sentencia. Tras aguardar un prudente intervalo de tiempo, el juez se giró hacia el alguacil. - Lléveselo.

El prisionero se puso bruscamente en pie, dando un puñetazo sobre su silla. Miró salvajemente a su alrededor, al público reunido, y rompió su silencio.

- ¡Un momento! - gritó -. ¡Primero tengo algo que decir! - Pese a sus rudos modales, había en él la noble dignidad de un animal salvaje acorralado. Miró a los que le rodeaban, respirando agitadamente, como si fueran perros acechando el momento de echársele encima.

- ¿Bien? - preguntó -. ¿Bien? ¿Puedo hablar, o no tengo derecho? ¡Sería el mejor chiste de toda esta comedia, si un hombre condenado no pudiera decir su última palabra!

- Puede usted hablar - le dijo el Juez Decano, en el mismo tono reposado con que había pronunciado la sentencia -. David MacKinnon, puede hacerlo durante todo el tiempo que quiera, y de la forma que quiera. No hay límite a tal libertad, ni siquiera para aquellos que han roto el Convenio. Por favor, hable a la grabadora.

MacKinnon miró con desagrado al micrófono que había cerca de su rostro. La seguridad de que cada palabra que dijera iba a ser grabada y analizada le inhibió.

- No hablo para las grabadoras - restalló.

- Pero debe hacerlo - respondió el juez pacientemente -, a fin de que otros puedan determinar si procedimos o no correctamente con usted, en relación al Convenio. Se lo suplico, por favor.

- Oh... muy bien - accedió relucientemente, y dirigió su voz hacia el instrumento -. No tiene el menor sentido el que hable ahora... pero no importa, estoy dispuesto a hablar, y ustedes están dispuestos a escucharme... Hablan de su precioso «Convenio» como si se tratara de algo sagrado. No estoy de acuerdo y no lo acepto. Actúan ustedes como si lo hubieran recibido directamente del cielo en un destello de luz. Mis abuelos lucharon en la

Segunda Revolución, pero lucharon para abolir la superstición... no para dejar que unos estúpidos borregos implantaran otras nuevas.

«¡Aquéllos sí eran hombres, en aquellos días! - Miró despectivamente a su alrededor -. ¿Qué es lo que queda hoy de ellos? Unos mequetrefes cautelosos, tímidos y preocupados por la «seguridad», con agua en las venas. Han planeado ustedes su mundo tan cuidadosamente que han desterrado de él la alegría y el júbilo. Ya nadie pasa hambre, ya nadie sufre daño. Sus naves no pueden averiarse y sus cosechas no pueden fracasar. Han conseguido incluso domesticar el clima hasta el punto de hacer que llueva suavemente... y tan sólo después de la medianoche. ¿Por qué esperar hasta la medianoche, me pregunto... si todos ustedes se van a dormir a las nueve en punto?

»Si uno cualquiera de ustedes, saludable gente pequeña, cree que sufre alguna emoción desagradable, ¡Dios no lo permita!, echa a correr directamente hacia la más próxima clínica psicodinámica y hace que le reajusten su blanda y pequeña mente. Gracias al cielo, yo nunca he sucumbido a tan narcótico hábito. Mantengo mis propios sentimientos, gracias, no importa su mal sabor.

»Ni siquiera hacen el amor sin consultar antes a un psicotécnico... ¿es la mente de ella tan llana e insípida como la mía? ¿Hay alguna inestabilidad emocional en su familia? Todo eso basta para asquear a cualquiera. En cuanto a luchar por una mujer... si es que alguien tiene las tripas de hacerlo, en dos minutos se encontrará con un agente a su lado, buscando el lugar más apropiado para paralizarle y preguntándole con enfermiza humildad: «¿Puedo servirle en algo, señor?»

El alguacil se acercó a MacKinnon. Éste se giró hacia él. - Retírese. Aún no he terminado. - Se giró de nuevo y añadió -: Me han pedido que elija entre las Dos Alternativas. Bueno, la elección no es difícil para mí. Antes que someterme a tratamiento, antes que entrar en una de sus aseadas, seguras, placenteras casitas de reorientación y dejar que mi mente sea manipulada por un montón de médicos de suaves dedos... antes que hacer cualquiera de estas cosas, elijo una hermosa y tranquila muerte. Oh, no... hay tan sólo una elección para mí, no dos. Elijo ir a Coventry... y muy contento además. ¡Espero no oír hablar nunca más de los Estados Unidos!

»Pero hay una cosa que desearía preguntarles antes de irme... ¿por qué se molestan en seguir viviendo? Creo que sería mejor para cualquiera de ustedes terminar con sus estúpidas y fútiles vidas antes de languidecer en el aburrimiento. Esto es todo. - Se giró hacia el alguacil -. Acérquese.

- Un momento, David MacKinnon - el Juez Decano levantó una mano para retenerle -. Le hemos escuchado. Aunque la costumbre no me obliga a ello, desearía responder a algunas de sus afirmaciones. ¿Quiere escuchar?

De mala gana, aunque no deseando tampoco aparecer grosero frente a una petición tan obviamente razonable, el joven asintió. El juez empezó a hablar con palabras suaves, académicas, propias de una sala de conferencias.

- David MacKinnon, ha hablado usted de una forma que indudablemente a usted le parece juiciosa. Sin embargo, sus palabras son incivilizadas, y pronunciadas con apresuramiento. Me veo obligado a corregir sus obvias deformaciones de los hechos. El Convenio no es una superstición, sino un simple contrato temporal aprobado por aquellos mismos revolucionarios por razones pragmáticas. Ellos quisieron asegurar el máximo posible de libertad para todas las personas.

«Usted mismo ha gozado de esta libertad. Ningún posible acto, ninguna forma de conducta, le fue prohibida, mientras sus acciones no dañaran a otros. Ni siquiera un acto específicamente prohibido por la ley le ha podido ser imputado, a menos que el Estado sea capaz de probar que su acto en particular ha dañado, o ha causado un evidente peligro de daño, a un individuo en particular.

«Incluso si alguien daña intencionadamente y con pleno conocimiento a otra persona, como ha hecho usted, el Estado no pretende establecer juicios morales sobre el hecho, ni

castigar. Nosotros no poseemos la sabiduría suficiente como para hacer esto, y la cadena de injusticias que siempre siguieron a tales coerciones moralistas dañaron la libertad de todos. En vez de ello, al convicto se le ofrece la elección de someterse a un reajuste psicológico para corregir su tendencia que le impulsa a dañar a los demás, o a hacer que el Estado se desentienda absolutamente de él... enviándolo a Coventry.

»Se lamenta usted de que nuestra forma de vivir es torpe y prosaica, e implica que le hemos privado de la excitación de sentirse completamente vivo. Es usted libre de sostener y expresar su opinión estética de nuestra forma de vivir, pero no puede esperar que todos nosotros vivamos de acuerdo con sus gustos. Es usted libre de buscar el peligro y la aventura si lo desea... hay peligro también en los laboratorios experimentales; hay privaciones en las montañas de la Luna, y muerte en las junglas de Venus... pero no es usted libre de exponernos a la violencia de su naturaleza.

- ¿No cree usted que está exagerando? - protestó desdeñosamente MacKinnon -. Habla como si yo hubiera cometido un asesinato... ¡lo único que hice fue pegarle un puñetazo en la nariz a un hombre que me había ofendido injuriosamente!

- Estoy de acuerdo con su juicio estético sobre aquel individuo - prosiguió el juez calmadamente -, y personalmente me siento más bien satisfecho de que le pegara usted aquel puñetazo... pero sus pruebas psicométricas muestran que usted se cree capaz de juzgar moralmente a sus conciudadanos, y cree justificado el corregir y castigar personalmente sus faltas. Es usted un individuo peligroso, David MacKinnon, un peligro para todos nosotros, porque no podemos predecir qué daños puede cometer a continuación. Desde un punto de vista social, su modo de ver las cosas lo hace tan peligroso como el peor de los locos.

»Usted rechaza nuestro tratamiento... y en consecuencia nosotros le negamos nuestra sociedad, le echamos de ella, renegamos de usted. Lo enviamos a Coventry. - Se giró hacia el alguacil -. Lléveselo.

MacKinnon echó una mirada por la ventanilla delantera del gran helicóptero de transporte con una excitación contenida en su corazón. ¡Ahí estaba! Aquello debía ser... aquella franja negra en la distancia. El helicóptero se fue acercando, y entonces estuvo seguro de que estaba viendo la Barrera... la misteriosa, impenetrable muralla que separaba los Estados Unidos de la reserva conocida como Coventry... el Lugar de Ostracismo.

Su guardián levantó la mirada de la revista que estaba leyendo y siguió la dirección de sus ojos.

- Veo que nos estamos acercando - dijo con satisfacción -. Bueno, no vamos a tardar mucho. - ¡Para mí, cuanto antes mejor!

El guardián lo miró irónicamente, pero con tolerancia. - Ansioso por llegar allí, ¿eh? MacKinnon irguió su cabeza.

- ¡Nunca han llevado a un hombre a través de esa Puerta que estuviera más ansioso por cruzarla que yo!

- Hummm... quizá. Todos dicen lo mismo, ya sabe. Nadie cruza la Puerta contra su propia voluntad. - ¡Yo digo la verdad!

- Todos lo hacen. Pero algunos regresan luego. - Oiga... quizás usted pueda decirme algo de las condiciones que hay ahí dentro.

- Lo siento - dijo el guardia, agitando la cabeza -, pero eso no concierne a los Estados Unidos, ni a ninguno de sus empleados. Muy pronto lo sabrá por usted mismo. MacKinnon frunció ligeramente el ceño. - Parece extraño... he intentado preguntar, pero no he encontrado a nadie que quisiera admitir que tiene alguna noción de lo que hay ahí dentro. Y sin embargo usted dice que algunos vuelven. Seguramente algunos de ellos deben haber hablado...

- Es sencillo - sonrió el guardián -: parte de su reorientación consiste en una compulsión subconsciente de no discutir sus experiencias.

- Eso es un truco mezquino. ¿Por qué el gobierno conspira deliberadamente para impedirme a mí, y a otra gente como yo, el saber lo que vamos a encontrar ahí?

- Escuche, compañero - respondió el guardián, con una suave exasperación -, usted nos ha mandado al diablo a todos nosotros. Nos ha dicho que podía arreglárselas perfectamente sin nosotros. Le estamos llevando a un sitio que es una de las mejores tierras de este continente, y le dejamos traerse consigo todo lo que desee, todo lo que pueda comprar con su dinero. ¿Qué más demonios espera de nosotros? El rostro de MacKinnon se frunció con una serie de obstinadas arrugas.

- ¿Qué seguridad tengo de que allí voy a encontrar algo de tierra para mí?

- Ése es su problema. El gobierno vela para que haya la suficiente tierra para toda la población. La forma de dividir esta tierra es algo que ustedes, ariscos individualistas, deben arreglar entre ustedes mismos. Usted ha rechazado voluntariamente nuestro tipo de cooperación social; ¿cómo espera que nuestra organización le salvaguarde? - El guardia volvió a su lectura y lo ignoró.

Aterrizaron en un pequeño campo situado junto a la lisa muralla negra. No se veía ninguna puerta, pero había una caseta de guardia en un ángulo del campo. MacKinnon era el único pasajero. Mientras su escolta se dirigía hacia la caseta de guardia, descendió del compartimiento de pasajeros y se dirigió hacia la compuerta de carga. Dos miembros de la tripulación estaban bajando una rampa desde la compuerta. Cuando le vieron aparecer, uno de ellos le miró y dijo:

- Hey, ahí están sus cosas. Tómelas.

MacKinnon pensó en lo que llevaba consigo y dijo:

- Es mucha cosa, ¿no? Necesitaré algo de ayuda. ¿Por qué no me echan una mano con ello?

El miembro de la tripulación al que se había dirigido hizo una pausa para encender un cigarrillo antes de responder.

- Son sus cosas. Si las quiere, tómelas. Nosotros despegamos en diez minutos. - Los dos hombres dieron un rodeo en torno a él y volvieron a entrar en el aparato.

- Hey, ustedes... - MacKinnon se calló y se guardó el resto de su cólera para sí mismo. ¡Aquellos arrogantes patanes! El último rastro de tristeza por abandonar la civilización desapareció en él. ¡Iban a ver! Podía arreglárselas perfectamente sin ellos.

Pero habían pasado más de veinte minutos antes de que hubiera acabado de descargar sus cosas y contemplara junto a ellas cómo despegaba el aparato. Afortunadamente el capitán no había sido muy exigente con respecto al límite de tiempo. Se giró y comenzó a cargar su tortuga de acero. Bajo la influencia romántica de la literatura clásica de lejanos días pasados, había considerado el utilizar una reata de asnos, pero no había sido capaz de encontrar ningún zoo que quisiera vendérselos. De todos modos no importaba... desconocía por completo la resistencia, debilidades, hábitos, vicios, enfermedades y cuidados de aquellas útiles pequeñas bestias, y desconocía incluso su propia ignorancia. Dueño y sirvientes hubieran competido en hacerse infelices mutuamente.

El vehículo que había elegido no era un irrazonable sustituto de los asnos. Era extremadamente resistente, fácil de operar, y casi a prueba de impericias. Tomaba su energía de seis metros cuadrados de pantallas solares en su curvado techo. De allí se alimentaba su motor de carga continua, o cuando estaba parado pasaba a recargar las baterías para cuando estuviera nublado o se viajara de noche. La transmisión era «eterna», y todas las partes móviles, a excepción de las orugas y los controles, estaban selladas, a buen recaudo de manos inexpertas.

Podía mantener una velocidad constante de diez kilómetros por hora en una superficie llana y regular. Cuando se enfrentaba con colinas, o terreno accidentado, no se detenía,

sino que simplemente reducía su marcha hasta que la tarea exigida se igualaba con la potencia de su motor.

La tortuga de acero le proporcionaba a MacKinnon un sentimiento de independencia a lo Crusoe. No se le ocurrió pensar que sus bienes eran el resultado final del esfuerzo acumulativo y la inteligente cooperación de centenares de miles de hombres, vivos y muertos. Había estado utilizando durante toda su vida el infalible servicio de una maquinaria mucho más intrincada, y consideraba honestamente a su tortuga como una pieza de equipo del mismo primitivo nivel que un hacha de leñador o un cuchillo de caza. En el pasado había dedicado sus talentos a la crítica literaria más bien que a la ingeniería, pero aquello no le impedía creer que su inteligencia nativa y la ayuda de unos pocos libros de referencia iban a ser todo lo que realmente necesitase para duplicar la tortuga si era necesario.

Sabía que iba a necesitar metales, pero no veía ningún obstáculo en ello, puesto que su conocimiento de las dificultades de la prospección, la minería y la metalurgia eran tan incompletos como su conocimiento de los asnos.

Sus bienes ocupaban todos los compartimientos del compacto y pequeño transporte. Comprobó el último artículo con su inventario y paseó una mirada satisfecha a lo largo de la lista. Cualquier explorador o aventurero del pasado se hubiera sentido satisfecho con tal equipo, pensó. Podía imaginarse mostrándole a Jack London su cabina desmontable. Mira, Jack, le diría, es a prueba de cualquier inclemencia climática, con las paredes y el suelo perfectamente aislados, y nunca podrá oxidarse. Es tan ligera que puedes montarla tú mismo en cinco minutos, pero pese a ello tan fuerte que puedes dormir dentro sin oír ningún ruido pese a que la más terrible tormenta del mundo esté soplando al otro lado de tu puerta.

Y London se rascaría la cabeza, y diría: Dave, eres una maravilla. ¡Si la hubiera tenido yo en el Yukón, vaya ganga!

Comprobó nuevamente la lista. Suficientes alimentos concentrados y desecados y vitaminas concentradas como para seis meses como mínimo. Aquello le daría tiempo suficiente como para construir invernaderos para cultivos hidropónicos, y permitir que sus semillas se desarrollaran. Un buen suministro médico... no esperaba necesitarlo, pero siempre era mejor prevenir. Libros de consulta de todas clases. Un rifle deportivo ligero... antiguo: del siglo pasado. Su rostro se ensombreció un tanto al pensar en ello. El Departamento de Guerra se había negado rotundamente a venderle un desintegrador portátil. Cuando reclamó el derecho a la herencia social común, le proporcionaron a regañadientes los planos y especificaciones de uno, y le dijeron que se lo construyera él mismo. Bueno, lo haría, en el primer momento que tuviera libre.

Todo lo demás estaba en orden. MacKinnon subió a la cabina, sujetó los dos controles manuales, y apuntó el morro de la tortuga hacia la caseta de guardia. Había sido olímpicamente ignorado desde que el helicóptero había aterrizado; deseaba que le abrieran la puerta y abandonar todo aquello.

Algunos soldados estaban reunidos en torno a la caseta. Dirigió su atención al oficial, a juzgar por el galón plateado que lucía en el lado de su falda escocesa.

- Estoy listo para ir. ¿Será tan amable como para abrir la Puerta?

- De acuerdo - respondió el oficial, y se giró hacia un soldado que llevaba una simple falda escocesa gris del uniforme de campaña -. Jenkins, dígame a la central de energía que dilate... una abertura de tres, dígame - añadió, observando las dimensiones de la tortuga.

Se giró hacia MacKinnon.

- Es mi deber decirle que puede regresar a la civilización, incluso ahora, con sólo aceptar ser hospitalizado para curar su neurosis.

- ¡No sufro ninguna neurosis!

- Muy bien. Si cambia de opinión en cualquier momento del futuro, regrese al lugar por donde ha entrado. Hay una alarma allí que indicará a la guardia que desea usted que le abran la puerta.

- No puedo imaginar que necesite saber eso.

El oficial se alzó de hombros.

- Quizá no... pero estamos enviando refugiados a la cuarentena todo el tiempo. Si fuera yo quien establece las reglas, haría mucho más difícil el poder volver.

Fue interrumpido por el sonar de una alarma. Los soldados que estaban junto a él se movieron rápidamente, tomando sus desintegradores de sus fundas mientras corrían. La fea boca de un desintegrador montado sobre el techo de la caseta apareció y apuntó directamente hacia la Barrera. El oficial respondió a la pregunta que se leía en el rostro de

MacKinnon.

- La central de energía está lista para abrir. - Hizo un gesto hacia el edificio y luego se giró de nuevo -. Conduzca directamente hacia el centro de la abertura. Se necesita mucha energía para dejar de mantener la estasis; si toca usted el borde, lo único que podremos hacer será recoger los pedazos.

Un pequeño punto brillante apareció al pie de la barrera, frente a donde estaban aguardando. Se amplió hasta formar medio círculo a través de la negra nada. Al poco rato fue lo suficientemente amplio como para que MacKinnon pudiera ver el paisaje al otro lado del arco que había formado. Lo observó ansiosamente. La abertura creció hasta tener seis metros de ancho, luego se detuvo. Enmarcaba una escena de abruptas y yermas colinas. Las miró fijamente, y se giró irritadamente hacia el oficial.

- ¡He sido engañado! - exclamó -. Éste no es el tipo de tierra que pueda mantener a un hombre.

- No se apresure - le dijo el otro a MacKinnon -. Hay buena tierra más allá. Además... no tiene usted por qué entrar. Pero si lo desea, adelante.

MacKinnon enrojeció de rabia, y empujó con las dos manos los controles. Las orugas mordieron la tierra, y la tortuga avanzó pesadamente en dirección a la Puerta y hacia Coventry.

Cuando estuvo a varios metros más allá de la Puerta, miró hacia atrás. La Barrera se vislumbraba a sus espaldas, sin nada que evidenciara el lugar donde había estado la abertura. Había un pequeño cobertizo de metal adyacente al punto a través del cual había pasado. Supuso que contendría la alarma que le había mencionado el oficial, pero no le interesaba, de modo que volvió a fijar sus ojos en la conducción.

Extendiéndose ante él, serpenteando por entre colinas rocosas, había una especie de carretera. No estaba pavimentada y la superficie no había sido reparada recientemente, pero no presentaba grandes pendientes y la tortuga era capaz de mantener una respetable velocidad. Siguió adelante, no porque le gustara, sino simplemente porque era la única carretera que lo sacaba de aquellos alrededores obviamente impropios a sus necesidades. La carretera estaba solitaria. Aquello le convenía; no sentía deseo de encontrar a otros seres humanos hasta que hubiera localizado algún lugar deseable donde establecerse y reclamar para sí. Pero las colinas no estaban desprovistas de vida; en varias ocasiones vio atisbos de pequeñas formas oscuras escurriéndose entre las rocas, y ocasionalmente brillantes y diminutos ojillos clavados en él.

Al primer momento no se le ocurrió que aquellos tímidos animalillos, que corrían a ocultarse a su aproximación, pudieran llenar su despensa cuando fuera necesario... simplemente se sentía divertido y reconfortado por su presencia. Cuando se le ocurrió pensar que podían ser utilizados como alimento, su primer pensamiento fue de repugnancia... la costumbre de matar por «deporte» había desaparecido desde hacía mucho tiempo; y puesto que el desarrollo de la fabricación económica de proteínas en la

segunda mitad del siglo anterior había llevado a la ruina el negocio de criar animales para carne, era dudoso que hubiera comido carne animal alguna vez en su vida.

Pero una vez considerado, lo encontró algo lógico. Esperaba vivir por sus propios medios; aunque tenía comida más que suficiente para el futuro inmediato, sería juicioso conservarla utilizando lo que le ofreciera el terreno. Eliminó su repugnancia estética y sus recelos éticos, y decidió matar uno de aquellos pequeños animales a la primera oportunidad.

En consecuencia, sacó el rifle, lo cargó, y lo colocó a mano. Con la habitual perversidad de las cosas de la vida, ninguna pieza se puso de manifiesto durante la siguiente media hora. Estaba cruzando un pequeño promontorio rocoso cuando vio a su presa. Estaba mirándole fijamente desde detrás de un pequeño peñasco, con sus solemnes ojos recelosos pero imperturbables. Detuvo la tortuga y apuntó cuidadosamente, afirmando el rifle a un lado de la cabina. Su presa le puso las cosas más fáciles saliendo a plena vista.

Apretó el gatillo, tensando involuntariamente los músculos y cerrando los ojos al hacerlo. Naturalmente, el tiro salió alto y desviado a la derecha.

Pero estaba demasiado atareado en aquel momento como para darse cuenta de ello. Le pareció que todo el mundo había estallado. Su hombro derecho estaba dolido, su boca le escocía como si le hubieran dado un puñetazo en plenos labios, y sus oídos le zumbaban de una forma extraña y desagradable. Se sorprendió al descubrir que el arma estaba intacta en sus manos y que aparentemente el incidente no había producido ningún desastre.

La dejó a un lado, salió del vehículo, y corrió hacia donde debería estar la pequeña criatura. No había señales de ella por ningún

lado. Buscó por las inmediaciones, pero no consiguió descubrirla. Desconcertado, regresó a la tortuga, llegando a la conclusión de que de alguna forma el rifle debía ser defectuoso, y que debía inspeccionarlo atentamente antes de intentar disparar de nuevo.

Su fallido blanco espiaba cautelosamente sus acciones desde un lugar seguro a varios metros de distancia, hasta donde había retrocedido asustado al sonido del disparo. Estaba tan desconcertado como su cazador por los sorprendentes acontecimientos, puesto que sabía menos de armas de fuego que el propio MacKinnon.

Antes de poner de nuevo la tortuga en marcha, MacKinnon se dio cuenta de que tenía el labio superior hinchado, y de que le dolía y sangraba a causa de un profundo rasguño. Aquello aumentó su convicción de que el arma era defectuosa. En ningún lugar de la literatura romántica de los siglos xix y xx, a la cual era aficionado, había encontrado ninguna advertencia acerca de que, cuando uno dispara un rifle lo suficientemente potente como para tumbar a un hombre de espaldas, no es conveniente sujetarlo con la mano derecha de tal forma que el retroceso haga que el dedo pulgar y su uña golpeen contra la boca del tirador.

Aplicó un antiséptico y una gasa, y siguió su camino, un tanto apaciguado. El arroyo por el que había entrado a las colinas había aumentado de caudal, y las propias colinas eran más verdes. Giró por una pronunciada curva de la carretera, y se encontró frente a un fértil valle que se abría ante él. Se extendía a lo lejos hasta perderse de vista en la cálida neblina del día.

Buena parte del valle estaba cultivado, y pudo descubrir viviendas humanas. Siguió adelante con encontrados sentimientos. La gente significaba menos riesgos, pero veía que reclamar un terreno para sí no iba a ser tan sencillo como había esperado. Sin embargo... Coventry era un lugar grande.

Había alcanzado el punto en que la carretera llegaba al nivel del suelo del valle cuando dos hombres surgieron y se cruzaron en su camino. Llevaban armas de algún tipo, y parecían preparadas para disparar. Uno de ellos gritó:

- ¡Alto!

MacKinnon se detuvo, y cuando se colocaron a sus lados preguntó:

- ¿Qué desean?

- Inspección de aduanas. Sal de ahí y pasa por la oficina - señaló hacia un pequeño edificio situado a pocos metros de la carretera, que MacKinnon no había visto antes. Miró el edificio y luego al que había hablado, y sintió que un lento e irrazonable calor se expandía por sus vísceras. Aquello desestabilizó aún más su ya inestable juicio.

- ¿De qué demonios están hablando? - restalló -. Apártense y déjenme pasar.

El que había permanecido silencioso levantó su arma y apuntó directamente al pecho de MacKinnon. El otro lo agarró del brazo y apartó el arma.

- No le dispaes a ese loco estúpido, Joe - dijo irritadamente -. Siempre eres demasiado impaciente. - Luego se dirigió a MacKinnon -: Te estás resistiendo a la ley. Sal... ¡y aprisa!

- ¿La ley? - MacKinnon se echó a reír amargamente y alargó una mano para coger su rifle de sobre el asiento. Nunca llegó a apoyarlo en su hombro... el tipo que había llevado todo el peso de la conversación disparó como por casualidad, sin tomarse aparentemente tiempo para apuntar. El rifle de MacKinnon fue arrancado de su mano y voló por los aires, yendo a aterrizar en la cuneta detrás de la tortuga.

El hombre que había permanecido en silencio siguió el vuelo del arma con escaso interés y observó: - Buen tiro, Blackie. Ni siquiera lo has tocado. - Oh, pura suerte - respondió el otro modestamente, pero sonrió complacido ante la alabanza -. Pero me alegro de no haberle acertado... así me evito tener que redactar un informe. - Adoptó otra vez un aire oficial y habló de nuevo a MacKinnon, que había permanecido sentado con aire desconcertado, frotándose las doloridas manos -. ¿Y bien, amigo? ¿Sales de ahí, o tenemos que sacarte por la fuerza?

MacKinnon transigió. Condujo la tortuga hasta donde le dijeron, y aguardó hoscamente nuevas órdenes. - Sal y empieza a descargar - le dijeron. Obedeció, puesto que no le quedaba otro remedio. A medida que iba apilando sus preciosas posesiones en el suelo, el llamado Blackie fue separando las cosas en dos montones, mientras Joe las iba relacionando en un formulario impreso. Finalmente se dio cuenta de que Joe relacionaba tan sólo los artículos apilados en el primer montón. Lo comprendió cuando Blackie le dijo que volviera a cargar la tortuga con los artículos de aquella pila, y comenzó a llevar él mismo las cosas del otro montón hacia el edificio. Empezó a protestar...

Joe le dio un puñetazo en la boca, fríamente y sin ningún rencor. MacKinnon cayó hacia atrás, pero volvió a levantarse, dispuesto a pelear. Estaba dominado por una rabia tal que hubiera embestido contra un rinoceronte histérico. Joe esquivó su primer golpe, y volvió a darle otro puñetazo. Esta vez MacKinnon no se levantó inmediatamente.

Blackie se dirigió hacia una piletta en un rincón de la oficina. Tomó una toalla húmeda, y se la tiró a MacKinnon.

- Límpiame la cara con eso, amigo, y vuelve a subir a tu trasto. Tenemos que irnos.

MacKinnon tuvo tiempo de pensar seriamente en todo aquello mientras conducía a Blackie a la ciudad. Excepto una escueta respuesta de «al Tribunal de Presas» a la pregunta de MacKinnon sobre su destino, Blackie no dio ninguna conversación, ni MacKinnon lo apremió a ello, pese a lo ansioso que se sentía por recibir información. Su boca le dolía por el repetido castigo, le zumbaba la cabeza, y no sentía el menor deseo de precipitar las cosas hablando fuera de tiempo.

Evidentemente Coventry no era en absoluto el límite de la anarquía que había esperado que sería. Aparentemente había alguna especie de gobierno, pero no se parecía en nada al que siempre había estado acostumbrado. Habría visualizado un país de espíritus nobles e independientes, que ofrecía a todos el más amplio acomodo basado en la práctica del respeto mutuo. Habría villanos, por supuesto, pero serían tratados por una justicia sumaria y probablemente letal tan pronto como demostraran su malvada naturaleza. Abrigaba una fuerte, aunque subconsciente, convicción de que la virtud triunfa siempre necesariamente.

Pero habiendo descubierto un gobierno, esperaba que siguiera los esquemas generales que habían sido usados durante toda su vida... honestidad, consciencia, una racional eficiencia, y una invariable preocupación por los derechos y libertades de los ciudadanos. Era consciente de que el gobierno no siempre había sido así, pero nunca lo había experimentado... la idea era tan remota y poco plausible como el canibalismo, o la esclavitud del vasallaje.

Si se hubiera detenido a pensar en ello, probablemente hubiera llegado a la conclusión de que los servidores públicos de Coventry seguramente nunca habían sido examinados psicológicamente para determinar sus aptitudes temperamentales para cumplir con su deber, y, puesto que todos los habitantes de Coventry estaban allí - como él mismo - por violar una costumbre básica y negarse a recibir el tratamiento subsiguiente, una conclusión inevitable era que la mayoría de ellos serían erráticos y arbitrarios.

Basaba sus esperanzas en la convicción de que estaba siendo llevado a un tribunal. Todo lo que pedía era una oportunidad de contar su historia al juez.

Su confianza en el procedimiento judicial podía parecer inconsistente visto lo recientemente que había renunciado a confiar en un gobierno organizado, pero si bien podía renunciar verbal - mente al gobierno, no podía prescindir de toda una vida de condicionamiento ambiental. Podía maldecir al tribunal que lo había humillado condenándole a las Dos Alternativas, pero seguía esperando que los tribunales dispensaran justicia. Podía afirmar su propia arisca independencia, pero esperaba que las personas a las que encontrara se comportaran como si estuvieran ligadas por el Convenio... nunca había conocido a nadie que no lo estuviera. Era tan incapaz de prescindir de su historia pasada como de prescindir de las necesidades de su cuerpo.

Pero aún no se daba cuenta de ello.

MacKinnon estuvo a punto de seguir sentado cuando el juez entró en la sala de justicia. Los asistentes del tribunal le hicieron ponerse rápidamente en pie, pero no antes de provocar una furibunda mirada al tribunal. El aspecto y modales del juez no eran tranquilizadores. Era un hombre rechoncho, de tez rubicunda, cuyo temperamento sádico era evidente en su rostro y porte. Aguardaron mientras despachó drásticamente a varios acusados menores. Mientras lo escuchaba, MacKinnon tuvo la impresión de que casi todo iba contra la ley.

Sin embargo, se sintió aliviado cuando - fue pronunciado su nombre. Subió al banquillo e inmediatamente empezó a contar su historia. El mazo del juez lo cortó en seco.

- ¿De qué va este caso? - preguntó el juez, frunciendo el rostro en una serie de torvas arrugas -. Aparentemente, embriaguez y escándalo. ¡Acabaré con esta lacra entre la juventud mientras le quede un gramo de fuerza a mi cuerpo! - Se giró hacia el alguacil -. ¿Algún antecedente delictivo?

El alguacil susurró algo a su oído. El juez lanzó a MacKinnon una mirada mezcla de aburrimiento y suspicacia, luego llamó al guardia de aduanas para que se acercara. Blackie hizo un rápido y detallado relato, con la facilidad de un hombre acostumbrado a dar testimonio. A MacKinnon se le atribuía el resistirse a un oficial en la ejecución de su deber. Presentó el inventario que había Preparado su colega, pero no mencionó la enorme cantidad de mercancías que habían sido sustraídas antes de efectuar aquel inventario.

El juez se giró hacia MacKinnon.

- ¿Tiene usted algo que decir en su defensa?

- Por supuesto, doctor - empezó a hablar furiosamente -. No se ha dicho una palabra de...

¡Bang! El mazo le cortó en seco. Un asistente del tribunal acudió apresuradamente al lado de MacKinnon e intentó explicarle la forma correcta que debía utilizar para dirigirse al tribunal. La explicación lo dejó confuso. Según su experiencia, la palabra «juez» implicaba naturalmente a un médico... un psiquiatra especializado en problemas sociales. Nunca

había oído tampoco ninguna forma especial apropiada de dirigirse a un tribunal. Pero corrigió su lenguaje tal como le habían indicado.

- Con la venia del Honorable Tribunal, este hombre está mintiendo. Él y su compañero me asaltaron y robaron. Yo simplemente estaba...

- Generalmente los contrabandistas piensan que están siendo robados cuando los oficiales de aduanas los atrapan - dijo despectivamente el juez -. ¿Niega usted que intentó resistirse a la inspección?

- No, señoría, pero...

- Eso es suficiente. Se le añade una penalización de un cincuenta por ciento sobre la escala de multas establecida. Pague al secretario.

- Pero, señoría, yo no puedo... - ¿No puede usted pagarla? - No tengo ningún dinero. Sólo mis posesiones. - ¿Ah, sí? - Se giró al secretario -. Procedimiento de embargo. Confisque sus bienes. Diez días por vagancia. La comunidad no puede permitir a esos inmigrantes indigentes que anden vagando a sus anchas, molestando a los ciudadanos observantes de la ley. ¡El siguiente caso!

Lo sacaron de allí. Fue el sonido de una llave chirriando en una puerta de barrotes tras él lo que le hizo darse cuenta de su situación. - Hey, compadre, ¿qué tiempo hace ahí fuera? - La celda tenía otro inquilino, un hombre bajito y recio que levantó la vista del solitario que estaba haciendo para dirigirse a MacKinnon. Permanecía sentado a horcajadas en un banco sobre el cual había extendido sus cartas, y estudió al recién llegado con unos ojos tranquilos, brillantes y pequeños.

- Afuera está sereno... pero en el tribunal está más bien tormentoso - respondió MacKinnon, intentando adoptar el mismo tono burlón y no consiguiéndolo demasiado. Su boca le dolía y le impedía completar su mueca.

El otro levantó una pierna por encima del banco y se le acercó con un paso suave y silencioso.

- ¿Sabes, compadre? Parece que te hayas hecho esto con una caja de cambios - comentó, inspeccionando la boca de MacKinnon -. ¿Duele?

- Como el mismísimo infierno - admitió MacKinnon.

- Bueno, tendremos que hacer algo al respecto. - Se dirigió a la puerta de la celda e hizo sonar los barrotes -. ¡Hey! ¡Zurdo! ¡La casa se está quemando! ¡Ven corriendo!

El guardia avanzó pesadamente y se detuvo al otro lado de la puerta de la celda.

- ¿Qué demonios quieres, Difuso? - dijo recelosamente.

- Mi viejo compadre de escuela se ha dado en el rostro con una llave inglesa, y le duele mucho. ¿Hay alguna posibilidad de que te pongas a bien con el cielo y nos traigas de la enfermería unas gasas y unos cinco gramos de neoanodina?

La expresión del guardia no era alentadora. El prisionero pareció agraviado.

- Vamos, Zurdo - dijo -. Pensaba que ibas a saltar sobre la primera ocasión que se te ofrece de hacer una pequeña obra de caridad como esa. - Aguardó un instante, luego añadió -: Mira... hazlo, y te enseñaré cómo resolver ese rompecabezas de «¿Cuan vieja es Ann?» ¿De acuerdo?

- Enséñamelo primero.

- Llevaría mucho tiempo. Te lo escribiré y te lo daré.

Cuando el guardia regresó, el compañero de celda de MacKinnon curó sus heridas con delicada habilidad mientras hablaba.

- Me llaman Difuso Magee. ¿Cuál es tu nombre, compadre?

- David MacKinnon. Lo siento, pero no capté tu nombre de pila.

- Difuso. No es - explicó con una risita - el nombre que me puso mi madre. Es más bien un tributo profesional a mi naturaleza tímida y discreta.

MacKinnon pareció desconcertado.

- ¿Tributo profesional? ¿Cuál es tu profesión?

Magee pareció dolido.

- Bueno, Dave - dijo -, yo no te he preguntado a ti tanto. - Luego continuó -: probablemente sea la misma que la tuya... la autopreservación.

Magee era un buen oyente, y MacKinnon agradeció la oportunidad de contarle a alguien sus problemas. Relató la historia de cómo había decidido entrar en Coventry antes que someterse a la sentencia del tribunal, y cómo apenas llegar había sido expoliado y llevado al tribunal. Magee asintió.

- No me sorprende - observó -. Un hombre ha de llevar el latrocinio en su corazón, o de otro modo no sería guardia de aduanas.

- ¿Pero qué pasa con mis pertenencias?

- Las confiscan para pagar tu multa.

- ¿Y puede saberse cuánto me van a dejar?

Magee se le quedó mirando fijamente.

- ¿Dejarte? No te van a dejar absolutamente nada. Probablemente tengas que pagar un fallo de deficiencia.

- ¿En? ¿Y eso qué es?

- Es un sistema por el cual el condenado paga por la ejecución - explicó sucintamente Magee, aunque de una forma un tanto nebulosa -. Lo cual significa que cuando termine tu condena de diez días, aún estarás en deuda con el tribunal. Entonces empezará tu verdadera condena, compadre... deberás trabajar para ellos por un dólar diario.

- Difuso... me estás tomando el pelo.

- Espera y verás. Tienes mucho que aprender, Dave.

Coventry era un lugar mucho más complejo de lo que MacKinnon había imaginado hasta entonces. Magee le explicó que en realidad había tres jurisdicciones soberanas e independientes. La cárcel donde se hallaban prisioneros correspondía a la autollamada Nueva América. Tenía las formas de un gobierno democrático, pero el tratamiento que hasta entonces había recibido era un claro ejemplo de la manera en que era administrado.

- Pero este lugar es el mismo cielo comparado con el Estado Libre - sostuvo Magee -; yo he estado allí. - El Estado Libre era una absoluta dictadura; el cabecilla de la camarilla gobernante era designado como el «Liberador». Sus santos y señas eran Deber y Obediencia; una disciplina arbitraria era impuesta con tal severidad que no dejaba sitio a ninguna libertad de opinión. La teoría gubernamental derivaba vagamente de las viejas doctrinas funcionalistas. El Estado era concebido como un solo organismo con una sola cabeza, un solo cerebro y un solo propósito. Cualquier cosa no obligatoria era prohibida -. Créeme honestamente - proclamó Magee -, allí no puedes irte a la cama sin encontrar a uno de sus malditos policías secretos entre las sábanas.

»Pero pese a todo - continuó -, es un lugar mejor para vivir que con los Ángeles. - ¿Los Ángeles?

- Seguro. Aún los tenemos. Debe haber unos dos o tres mil de esos fanáticos que prefirieron ir a Coventry después de la Revolución... ya sabes. Aún hay una colonia en lo alto de las colinas del norte, completa con el Profeta Encarnado y sus instalaciones. No son malos hombres, pero te matan a plegarias.

Los tres Estados tenían una curiosa característica en común... cada uno proclamaba ser el único gobierno legal de todos los Estados Unidos, y cada uno esperaba la llegada de un cierto día futuro en el que reclamarían la porción «irredenta», es decir, lo que había más allá de Coventry. Para los Ángeles, eso se produciría cuando el Primer Profeta regresara a la tierra para convertirse de nuevo en su guía. En Nueva América era simplemente un recurso propagandístico para la campaña, que se olvidaba después de cada elección. Pero en el Estado Libre era una política fija.

Siguiendo esta finalidad se habían producido toda una serie de guerras entre el Estado Libre y Nueva América. El Liberador sostenía, muy lógicamente, que Nueva América era

una sección irrendenta, y que era necesario traerla de nuevo al seno del Estado Libre antes de que las ventajas de su cultura pudieran extenderse al exterior.

Las palabras de Magee derribaron el sueño de MacKinnon de hallar una utopía anarquista dentro de la barrera, pero no pudo dejar que su querida ilusión muriera sin una protesta.

- Pero mira, Difuso - insistió -, ¿acaso no hay ningún lugar en el que un hombre pueda vivir tranquilamente por sus propios medios sin toda esta insufrible interferencia?

- Bueno... quizá pudieras conseguirlo. Pero si realmente deseas irte y convertirte en un ermitaño, sería mejor que lo intentaras en el Exterior, donde no te pondrán tantas objeciones.

- No - MacKinnon envaró de repente su columna vertebral -, no, nunca lo haré. Nunca me someteré a una reorientación psicológica tan sólo para tener una posibilidad de ser dejado solo. Si pudiera regresar allá donde estaba hace un par de meses, antes de ser arrestado, quizá me fuera posible irme a las Rocosas, o buscar alguna granja abandonada en algún sitio... Pero con ese diagnóstico frente a mí... después de que me dijeran que era un inadaptado en medio de la sociedad humana hasta que dejara que mis emociones fueran remodeladas para adaptarlas a sus melindrosos esquemas, no puedo enfrentarme a ello. No si eso significa el sanatorio...

- Entiendo - admitió Difuso, asintiendo -, deseas ir a Coventry, pero no deseas la Barrera que te separa del resto del mundo.

- No, no es eso exactamente... Bueno, quizá sí, en cierto modo. Dime, ¿crees que soy realmente un topo insociable?

- A mí me pareces normal - lo tranquilizó Magee con una sonrisa -, pero yo también estoy en Coventry, recuérdalo. Quizá no sea el más indicado para juzgar.

- No hablas como si esto te gustara. ¿Por qué estás aquí?

Magee adelantó un dedo suavemente amonestador.

- ¡Silencio! ¡Chitón! Ésta es la pregunta que nunca debes hacerle aquí a nadie. Debes presumir que quienquiera que esté aquí es simplemente porque le gusta estar aquí.

- Pero... a ti no parece gustarte.

- Nunca he dicho que no me gustara. Me gusta; tiene sabor. Sus pequeñas incongruencias son una fuente de inocente regocijo. Y cada vez que nos retiran el calor siempre puedo regresar a través de la Puerta y pasarme una temporada en un hermoso y tranquilo hospital, hasta que las cosas se arreglen.

MacKinnon se sintió de nuevo desconcertado.

- ¿Retiran el calor? ¿Acaso también proporcionan aquí el clima?

- ¿Eh? Oh, no me refería al control del clima... aquí no hay ningún clima, excepto el que se filtra desde el exterior. Simplemente estaba hablando en sentido figurado.

- ¿Eso qué significa?

Magee sonrió para sí mismo.

- Ya lo descubrirás.

Tras la cena - pan, un guiso en un plato metálico, una manzana pequeña -, Magee introdujo a MacKinnon en los misterios del juego de naipes. Afortunadamente, MacKinnon no tenía ningún dinero para perder. De pronto, Magee puso las cartas boca abajo sin barajarlas.

- Dave - dijo -, ¿te gusta la hospitalidad que te ofrece esta institución?

- No mucho... ¿Por qué?

- Sugiero que nos vayamos.

- Una buena idea, pero ¿cómo?

- En eso es en lo que he estado pensando precisamente. ¿Crees que puedes soportar otro puñetazo en tu maltratada jeta, por una buena causa?

MacKinnon se palpó precavidamente el rostro.

- Supongo que sí... si es necesario. De todos modos, ya no puede hacerme mucho más daño.

- ¡Eso sí es un tío con agallas! Ahora escucha... este guardia, Zurdo, además de un poco torpe, es un tipo muy sensible. Cuando apaguen las luces, tú...

- ¡Déjenme salir de aquí! ¡Déjenme salir de aquí! - MacKinnon golpeó fuertemente los barrotes de la celda mientras gritaba. No obtuvo respuesta. Renovó el estruendo, dando a su voz un tono de histérico falsete. Zurdo acudió a investigar, refunfuñando.

- ¿Qué maldita tripa se te ha roto? - preguntó, mirando por entre los barrotes.

MacKinnon cambió a una lastimera súplica. - Oh, Zurdo, por favor, déjame salir de aquí. ¡Por favor! No soporto la oscuridad. Está oscuro aquí... por favor, no me dejes solo. - Se lanzó, sollozando, contra los barrotes. El guardia maldijo para sí mismo,

- Otro chiflado. Eh, tú, escucha... cállate la boca, y duerme, o entraré aquí y voy a darte motivos para que llores. - Empezó a irse.

MacKinnon cambió instantáneamente a la rabia impredecible y vindicativa de un irresponsable.

- ¡Hey, tú, feo, babuino! ¡Idiota cara de rata! ¿De dónde has sacado esa narizota?

Zurdo se giró, con la furia en su rostro. Empezó a decir algo, pero MacKinnon le cortó.

- ¡Jiah! ¡Jiah! ¡Jiah! - se regocijó, como un niño travieso -. ¡La madre de Zurdo se asustó de un jabalí, y vaya antojo...!

El guardia se lanzó hacia el lugar donde MacKinnon mantenía el rostro apretado contra los barrotes de la puerta. MacKinnon lo esquivó y lo agarró simultáneamente. Perdiendo el equilibrio al no encontrar resistencia, el guardia se tambaleó hacia adelante, metiendo el antebrazo entre los barrotes. Los dedos de MacKinnon se deslizaron por su brazo e hicieron una presa firme en la muñeca de Zurdo.

Se echó hacia atrás, tirando consigo del guardia, hasta que Zurdo quedó aplastado contra la parte exterior de la puerta de barrotes, con un brazo metido dentro, a cuya muñeca se agarraba MacKinnon firmemente.

El grito que se estaba formando en la garganta de Zurdo quedó ahogado; Magee actuó rápidamente. Surgiendo de la oscuridad, silencioso como la muerte, sus ágiles manos se deslizaron por entre los barrotes y atenazaron el carnosos cuello del guardia. Zurdo tiró hacia arriba, y casi estuvo a punto de soltarse, pero MacKinnon echó todo su peso hacia la derecha y retorció el brazo que tenía sujeto en una palanca que estuvo a punto de romperle los huesos.

MacKinnon tuvo la impresión de que en aquel momento se quedaban inmóviles, como un grotesco grupo de estatuas, durante un período interminable de tiempo. Su pulso retumbaba en sus oídos hasta tal punto que temió que fuera oído por los demás, que acudirían en ayuda de Zurdo. Finalmente Magee habló: - Ya es bastante - susurró -. Registra sus bolsillos. Lo hizo torpemente, pues sus manos estaban entumecidas y temblorosas por el esfuerzo realizado, y además resultaba complicado trabajar entre los barrotes. Pero las llaves estaban ahí, en el último bolsillo que miró. Se las pasó a Magee, que dejó que el guardia se deslizara al suelo y las cogió.

Magee trabajó rápidamente con ellas. La puerta se abrió con un inquietante chirrido. Dave saltó por encima del cuerpo de Zurdo, pero Magee se arrodilló, sacó la porra que llevaba el guardia en su cinturón, y le golpeó con ella detrás de la oreja. MacKinnon hizo una pausa.

- ¿Lo has matado? - preguntó.

- Infiernos, no - respondió en voz baja Magee -. Zurdo es amigo mío. Vámonos.

Echaron a correr apresuradamente por el débilmente iluminado pasillo que había entre las celdas, en dirección a la puerta que conducía a las oficinas administrativas... su única vía de salida. Zurdo la había dejado descuidadamente entreabierta, y la luz brillaba por la rendija, pero cuando se acercaban silenciosamente a ella escucharon unas fuertes pisadas al otro lado. Dave buscó apresuradamente un escondite, pero lo mejor que pudo

encontrar fue deslizarse al rincón que formaba el bloque de celdas y la pared. Miró a su alrededor en busca de Magee, pero éste había desaparecido.

La puerta se abrió de par en par; un hombre surgió por ella, hizo una pausa, y miró a su alrededor. MacKinnon vio que llevaba una linterna de luz infrarroja, así como su complemento... unas gafas correctoras. Se dio cuenta de que la oscuridad no le cubría. La linterna giró hacia él; se tensó para saltar...

Oyó un sordo «¡clunk!». El guardia lanzó un suspiro, se tambaleó ligeramente, luego se derrumbó como un fardo. Magee se irguió sobre él, de puntillas, y supervisó su trabajo, mientras acariciaba con las yemas de los dedos de su mano izquierda el extremo operativo de la porra. - Con esto basta - decidió -. ¿Seguimos, Dave? Cruzó la puerta sin aguardar respuesta; MacKinnon le siguió de cerca. El iluminado corredor giraba hacia la derecha y terminaba en una amplia doble puerta que daba a la calle. En la pared de la izquierda, cerca de la puerta de la calle, la puerta de una pequeña oficina estaba abierta. Magee atrajo a MacKinnon hacia él. - Eso ya está hecho - susurró -. Ahí no habrá nadie más que el

sargento de la oficina. Pasaremos por delante de él, luego cruzaremos la puerta, y libres... - Hizo un gesto a Dave para que se mantuviera tras él, y reptó silenciosamente hacia la puerta de la oficina. Tras sacar un espejito de un bolsillo en su cinturón, se tendió en el suelo, colocó su cabeza cerca del marco de la puerta, y extendió cautelosamente el pequeño espejo uno o dos centímetros más allá de su borde.

Aparentemente se sintió satisfecho con el reconocimiento hecho a través de su improvisado periscopio, puesto que retrocedió poniéndose de rodillas y giró su cabeza para que MacKinnon pudiera leer las palabras articuladas por sus silenciosos labios:

- Todo va bien. Sólo queda...

Ochenta kilos de némesis uniformada aterrizaron sobre sus hombros. Una estruendosa alarma empezó a sonar por todo el corredor. Magee cayó luchando, pero estaba en inferioridad de condiciones y había sido pillado de sorpresa. Logró liberar su cabeza y gritó:

- ¡Corre, muchacho!

MacKinnon pudo oír ruido de carreras por algún lugar, pero no podía ver nada más que las siluetas que estaban forcejeando ante él. Agitó cabeza y hombros como un animal aturdido, luego pateó al más fuerte de los dos contendientes en la cara. El hombre lanzó un grito y soltó su presa. MacKinnon agarró a su pequeño compañero por el cuello y lo levantó casi en vilo.

Los ojos de Magee seguían brillando alegremente.

- Bien hecho, chico - comentó con entrecortadas sílabas, mientras echaban a correr cruzando la puerta de la calle -... ¡aunque no muy limpio! ¿Dónde aprendiste La Savate?

MacKinnon no tuvo tiempo de contestar, estaba demasiado ocupado siguiendo el increíblemente veloz paso de Magee. Cruzaron la calle, se metieron por un callejón y entre dos edificios.

Los siguientes minutos, u horas, fueron una confusión para MacKinnon. Más tarde recordó haber reptado a lo largo de un tejado pero no pudo recordar cómo habían subido hasta aquel tejado. También recordó haber pasado un tiempo interminable solo, comprimido dentro del más desagradable bidón de desperdicios, y su terror cuando el ruido de unos pasos se acercó al bidón y una luz destelló a través de una rendija.

Un golpe, y el sonido de pasos huyendo inmediatamente después, le hicieron suponer que Difuso había atraído la atención hacia él. Pero cuando Difuso regresó y abrió la tapa del bidón, MacKinnon estuvo a punto de estrangularlo antes de establecer su identificación.

Cuando consiguieron quitarse de encima la persecución activa, Magee le guió a través de la ciudad, evidenciando un sofisticado conocimiento de callejones secundarios y atajos, y un genio extremado para sacar la mayor ventaja de los escondrijos. Alcanzaron

los suburbios de la ciudad en un barrio miserable, alejado del centro cívico. Magee se detuvo.

- Creo que éste es el final del trayecto, muchacho - le dijo a Dave -. Si sigues esta calle, llegarás muy pronto a campo abierto. Eso era lo que deseabas, ¿no?

- Supongo que sí - respondió MacKinnon inseguro, y miró calle abajo. Luego se giró para hablarle de nuevo a Magee.

Pero Magee había desaparecido. Se había esfumado entre las sombras. No había ni el menor atisbo ni sonido de él.

MacKinnon echó a andar en la dirección sugerida, sintiendo un peso en el corazón. No había razón alguna para esperar que Magee se quedara con él; el servicio que le había hecho Dave con aquel afortunado puntapié había sido pagado con intereses... sin embargo había perdido al único compañero auténtico que había encontrado en aquel extraño lugar. Se sintió solo y deprimido.

Siguió adelante, ocultándose en las sombras y vigilando cuidadosamente las siluetas que pudieran ser policías de patrulla. Había andado unos pocos cientos de metros, y estaba empezando a preocuparse acerca de cuan lejos estaría el campo abierto, cuando se le puso carne de gallina al oír un siseo procedente de un oscuro callejón.

Hizo todo lo que pudo por reprimir el pánico que lo inundaba, y se dijo a sí mismo que los policías nunca sisean, cuando una sombra se destacó en la oscuridad y le tocó en el brazo.

- Dave - dijo suavemente.

MacKinnon sintió un alivio y un bienestar infantiles.

- ¡Difuso!

- He cambiado de opinión, Dave. Los gendarmes te atraparían antes del amanecer. Tú no conoces las reglas... así que he vuelto.

Dave se sintió al mismo tiempo complacido y abatido.

- Infiernos, Difuso - protestó -, no tendrías que haberte preocupado por mí. Me las hubiera arreglado.

Magee lo sacudió bruscamente por el brazo.

- No seas estúpido. Con lo verde que estás, empezarás a vociferar acerca de tus derechos civiles, o algo parecido, y lo único que conseguirías sería que te acariciaran otra vez el hocico.

»Ahora mira esto - continuó -. Voy a llevarte con unos amigos míos que te ocultarán hasta que estés lo suficientemente enterado de cómo funcionan las cosas por aquí. Pero están fuera de la ley, ¿comprendes? Así que tendrás que cumplir con tres mandamientos sagrados... no ver en absoluto, no oír en absoluto, no hablar en absoluto. ¿Crees que puedes hacerlo?

- Sí, pero...

- No hay peros que valgan. (Andando!

La entrada se hallaba en la parte trasera de un viejo almacén. Unas escaleras descendían hasta una especie de profundo pozo interior. Desde aquella especie de patio - repleto de detritus acumulados -, una puerta daba acceso a la parte posterior del edificio. Magee llamó suave pero acompasadamente, aguardó y escuchó. Casi en seguida susurró:

- ¡Pssst! Aquí el Difuso.

La puerta se abrió rápidamente, y Magee se vio rodeado por dos enormes y gruesos brazos. Fue levantado en vilo, mientras la propietaria de aquellos brazos plantaba un sonoro beso en su mejilla.

- ¡Difuso! - exclamó -. ¿Estás bien, muchacho? Te hemos echado de menos.

- Eso es lo que se dice un buen recibimiento, Mamá - respondió Magee, cuando fue dejado de nuevo sobre sus pies -, pero quiero presentarte a un amigo mío. Mamá Johnston, éste es David MacKinnon.

- ¿Puedo servirla en algo? - dijo David con una automática formalidad, pero los ojos de Mamá Johnston se contrajeron con una instantánea suspicacia.

- ¿Acaso es de los nuestros? - restalló.

- No, Mamá, es un nuevo inmigrante... pero respondo por él. Está huido, y he pensado que aquí estaría seguro.

Ella se ablandó un poco ante el persuasivo tono de Magee.

- Bueno...

Magee le pellizcó la mejilla.

- ¡Eso es una buena chica! ¿Cuándo nos casamos?

Ella rechazó su mano con un manotazo.

- ¡Aunque fuera cuarenta años más joven, no me casaría con un bribón como tú! Anda, pasa - le dijo a MacKinnon, puesto que eres amigo de Difuso... ¡lo cual no es ninguna recomendación! - Abrió camino contoneándose entre ellos, bajó un tramo de escalones mientras llamaba en voz alta para que alguien abriera la puerta que había más abajo.

La habitación estaba escasamente iluminada y sus principales muebles eran una larga mesa y algunas sillas, en las cuales había sentada como una docena personas, bebiendo y hablando. A MacKinnon le recordaron algunos grabados que había visto de los viejos pubs ingleses en los días antes del Colapso.

Magee fue recibido con un parloteo de ruidosa bienvenida.

- ¡Difuso!

- ¡Es el chico en persona!

- Hey, ¿dónde has pasado todo ese tiempo, Difuso? ¿Arrastrándote por las cloacas?

- Diles que se pongan en pie, Mamá... ¡el Difuso ha vuelto!

Aceptó la ovación con un gesto de su mano y un grito de salud colectivo, luego se giró hacia MacKinnon.

- Muchachos - dijo, con su voz dominando la confusión -, quiero que conozcáis a Dave... el mejor compadre que nunca le haya pateado a un carcelero en el momento más adecuado. De no ser por Dave, yo no estaría ahora aquí.

Dave se encontró sentado a la mesa entre otros dos tipos, y una joven en absoluto fea depositó una jarra de cerveza en su mano. Fue a darle las gracias, pero ya se había ido a ayudar a Mamá Johnston a hacerse cargo del repentino flujo de pedidos. Sentado frente a él había un hombre joven de aspecto más bien arisco que había tomado muy poca parte en la bienvenida de Magee. Contempló a MacKinnon con rostro inexpresivo excepto un tic recurrente que hacía que su ojo derecho parpadeara espasmódica - mente cada pocos segundos.

- ¿A qué te dedicas? - preguntó.

- Déjalo tranquilo, Alee - cortó rápidamente Magee, aunque con tono amistoso -. Acaba de llegar dentro; ya te lo he dicho. Pero es un buen tipo - continuó, elevando la voz para incluir a los demás presentes -, lleva menos de veinticuatro horas aquí, y ya se ha largado de la cárcel, ha zurrado a dos entrometidos aduaneros, y se le ha insolentado al viejo juez Fleishacker en plena cara. ¿No creéis que está bien para un solo día?

Dave se convirtió en el centro de un aprobador interés, pero el tipo con el tic insistió:

- Todo esto está muy bien, pero le he hecho una pregunta: ¿a qué se dedica? Si es a lo mismo que yo, será mejor que se largue... hay demasiada competencia.

- Eso tuyo siempre tiene demasiada competencia, pero no es lo suyo. Olvídate de ello.

- ¿Por qué no lo dice él mismo? - insistió Alee, suspicaz. Se alzó a medias -. No creo que sea de los nuestros.

Parecía como si Magee se estuviera limpiando las uñas con la punta de una estilizada navaja.

- Mete la nariz en tu vaso, Alee - observó en tono conversacional, sin levantar la vista -, o te la cortaré y la meteré yo mismo.

El otro estaba palpando nerviosamente algo que tenía en su mano. Magee pareció no darse cuenta, pero dijo:

- Si piensas que puedes usar contra mí un vibrador más rápido de lo que yo uso el acero, adelante... será un experimento interesante.

El hombre frente a él dudó durante un largo momento, agitado por su incesante tic. Mamá Johnston apareció detrás de él y lo empujó de nuevo en su silla apoyándose en sus hombros, mientras decía:

- Muchachos, muchachos, ¿ésas son formas de comportaros? ¡Y frente a un huésped! Difuso, guarda ese pincho... estoy avergonzada de ti.

El cuchillo desapareció de sus manos.

- Tienes razón como siempre, Mamá - sonrió -. Dile a Molly que vuelva a llenar mi vaso.

Un individuo viejo sentado a la derecha de MacKinnon había seguido todos los acontecimientos con vacilación alcohólica, pero pareció haber comprendido de qué iba la cosa, pues miró a Dave con ojos llenos de suero y preguntó:

- Muchacho, ¿estás metido en esto? - Su fétido aliento abofeteó a MacKinnon cuando el viejo se inclinó hacia él y reforzó su pregunta con un tembloroso dedo de hinchadas articulaciones.

Dave miró a Magee pidiendo consejo. Magee respondió por él:

- No, no lo está... Mamá Johnston ya lo sabía cuando lo dejó pasar. Está aquí buscando asilo... ¡como establecen nuestras costumbres!

Un estremecimiento de intranquilidad corrió a lo largo de la habitación. Molly hizo una pausa en su tarea de servir y escuchó abiertamente. Pero el viejo pareció quedar satisfecho.

- Cierto... muy cierto - admitió, y dio otro sorbo a su bebida -. Hay que prestar asilo cuando es necesario, sí... - sus palabras se perdieron en un murmullo.

La tensión nerviosa se relajó. La mayoría de los presentes se sintieron subconscientemente felices de seguir la opinión del viejo, evitando la intrusión en las motivaciones del otro. Magee se giró hacia Dave.

- Pensé que lo que no supieras no podría hacerte daño, ni a nosotros tampoco... pero la cuestión está abierta.

- ¿Qué es lo que quiso decir?

- El Abuelo te preguntó si estabas metido en esto... si eras o no miembro de la antigua y honorable fraternidad de ladrones, navajeros y carteristas.

Magee miró directamente al rostro de Dave con aire de sardónica diversión. Dave miró desconcertado de Magee a los demás, vio cómo intercambiaban miradas, y pensó qué respuesta esperaban de él. Alee rompió la pausa.

- Bien - dijo con una risita -, ¿a qué estás esperando? Adelante, responde a su pregunta... ¿o acaso los amigos del gran Difuso tienen derecho a utilizar este club sin consentimiento de los demás miembros?

- Creo haberte dicho que cerraras el pico, Alee - dijo el Difuso tranquilamente -. Además... estás olvidando un requisito. Todos los camaradas aquí presentes deben decidir primero si debemos formular o no la pregunta.

Un hombrecillo tranquilo con una crónica expresión preocupada en los ojos respondió:

- No creo que esto sea necesario, Difuso. Si hubiera venido solo por sus propios medios, o hubiera caído en nuestras manos... en ese caso sí. Pero tú lo trajiste aquí. Creo hablar por todos si digo que debería responder a la pregunta. A menos que alguien ponga objeciones, la formularé yo mismo. - Hizo una pausa y dejó que pasara un cierto tiempo. Nadie dijo nada -. Bien, entonces... Dave, has visto mucho y has oído mucho. ¿Quieres marcharte ahora... o prefieres quedarte y pronunciar el juramento de nuestra cofradía? Debo advertirte que una vez convertido en uno de los nuestros lo serás toda tu vida... y que sólo hay un castigo para quien traiciona a los nuestros.

Se pasó el índice a través de la garganta, en el antiguo gesto de muerte. El Abuelo le añadió un apropiado efecto sonoro inspirando aire entre sus dientes cerrados y soltando una risita.

Dave miró a su alrededor. El rostro de Magee no le prestó ninguna ayuda.

- ¿Qué es lo que tengo que jurar? - ganó tiempo.

La conferencia fue interrumpida por el sonido de unos golpes secos en el exterior. Hubo un grito, amortiguado por dos puertas cerradas y un tramo de escaleras.

- ¡Abra ahí abajo!

Magee se puso rápidamente en pie e hizo un gesto a Dave.

- Eso es para nosotros, compadre - dijo -. Ven conmigo.

Se acercó a una vieja y pesada máquina de discos de antiguo diseño que había apoyada contra la pared, trasteó debajo de ella, manipuló algo, luego abrió uno de sus paneles laterales. Dave vio que el mecanismo había sido dispuesto de tal modo que un hombre podía ocultarse dentro de ella. Magee le apremió a que se metiera dentro, cerró de nuevo el panel, y lo dejó allí.

Su rostro quedaba aplastado contra la rejilla que se suponía cubría el altavoz. Molly había retirado los dos vasos extra de encima de la mesa, y estaba vertiendo un poco de bebida sobre ésta para que borrara los redondeles que los dos vasos habían dejado.

MacKinnon vio al Difuso deslizarse debajo de la mesa y desaparecer. Aparentemente, se había pegado de alguna manera debajo del tablero.,

Mamá Johnston estaba organizando un gran estruendo para abrir. La puerta interior se abrió inmediatamente, con mucho ruido. Luego taconeó fuertemente escaleras arriba, hizo una pausa, resopló, y se quejó en voz alta. La oyó abrir la puerta exterior.

- ¡Vaya hora de despertar a la gente honesta! - protestó -. Ya es suficientemente duro hacer todo el trabajo que tengo que hacer sin tener que estar dando cuenta de lo que estoy haciendo cada cinco minutos, y...

- Ya basta de eso, vieja - respondió una voz de hombre -, y baja esas escaleras. Tenemos que hablar de negocios contigo.

- ¿Qué tipo de negocios? - preguntó ella.

- Podría ser el vender licores sin licencia, pero no se trata de eso... esta vez.

- No los vendo... éste es un club privado. Los miembros traen su propio licor; yo simplemente se lo sirvo.

- De esto se trata precisamente. Es a esos miembros a los que quiero hablar. Ahora salte de en medio, y aprisa.

Entraron en la habitación empujando a Mamá Johnston, que no dejaba de hablar, a través de la puerta. El que llevaba la voz cantante era un sargento de la policía; iba acompañado por un agente de patrulla. Siguiéndoles iban otros dos hombres uniformados, pero pertenecían al ejército. MacKinnon juzgó por los galones de sus uniformes que eran un cabo y un soldado... siempre que las insignias en Nueva América fueran similares a las utilizadas por el ejército de los Estados Unidos.

El sargento no prestó atención a Mamá Johnston.

- ¡De pie todos los hombres! - gritó -. ¡Pónganse en fila!

Lo hicieron, a disgusto pero sin dilación. Molly y Mamá Johnston se quedaron observándolos, muy juntas la una de la otra. El sargento de policía gritó:

- Muy bien... ¡cabo, hágase cargo!

El muchacho que fregaba los cacharros en la cocina se había quedado mirando con los ojos muy abiertos. Se le escapó un vaso. Rebotó contra el duro suelo, sonando como una campana en medio del silencio.

El hombre que había interrogado a Dave habló:

- ¿Qué significa todo esto?

- Reclutamiento... eso es - respondió el sargento con una burlona sonrisa -. Quedan ustedes alistados en el ejército por tiempo indefinido.

- ¡Una patrulla de leva! - brotó un jadeo involuntario de algún lugar inidentificado.

El cabo dio un enérgico paso adelante.

- Formen columna de a dos - dirigió. Pero el hombrecillo de ojos preocupados no obedeció.

- No comprendo esto - objetó -. Hace tres semanas que firmamos un armisticio con el Estado Libre.

- Eso no es de su incumbencia - repuso el sargento -, ni de la mía. Estamos reclutando a todos los hombres útiles que no sean esenciales para la industria. Andando.

- Entonces no pueden llevarse.

- ¿Por qué no?

Levantó el puño de una inexistente mano. El sargento le miró a él, luego al cabo, que asintió de mala gana, y dijo:

- De acuerdo... pero preséntese en la oficina mañana por la mañana, y regístrese.

Se dirigía ya hacia la salida cuando Alee se salió de la fila y retrocedió hasta la pared, gritando:

- ¡No pueden hacerme esto! ¡No iré! - Su pequeño y mortal vibrador surgió en su mano, y su rostro se contrajo en un rictus espasmódico que dejó al descubierto sus dientes.

- Steeves, redúzcalo - ordenó el cabo. El soldado avanzó, pero se detuvo cuando Alee blandió el vibrador apuntándolo hacia él. No sentía el menor deseo de que le metieran una vibrohoja entre sus costillas, y no había la menor duda de la incontrolada peligrosidad de su histérico oponente.

El cabo, con aire flemático, casi aburrido, levantó un pequeño tubo y apuntó con él a un punto de la pared por encima de la cabeza de Alee. Dave oyó un blando /pop/ y un débil tintineo. Alee se quedó inmóvil durante unos pocos segundos, con el rostro aún más contraído, como si estuviera luchando al borde de su voluntad contra una fuerza invisible, luego se derrumbó lentamente al suelo. El espasmo tetánico de su rostro se relajó, y sus rasgos se ablandaron hasta los de un muchachito cansado y petulante, y muy aturdido.

- Dos de vosotros, pajarracos, cargad con él - ordenó el cabo -. Y andando.

El sargento fue el último en irse. Ya en la puerta, se giró y se dirigió a Mamá Johnston.

- ¿Has visto últimamente al Difuso?

- ¿Al Difuso? - pareció asombrada -. Bueno, está en la cárcel, ¿no?

- Oh, sí... es verdad. - Se fue.

Magee rechazó la bebida que le ofrecía Mamá Johnston.

Dave estaba sorprendido viéndole aparentemente preocupado por primera vez.

- No lo entiendo - murmuró Magee, a medias para sí mismo; y luego, dirigiéndose al hombre al que le faltaba una mano -: Ed... ponme al corriente.

- No hay muchas noticias desde que te echaron el anzuelo, Difuso. El armisticio fue antes de eso. Por los periódicos creí que las cosas iban a arreglarse de una vez por todas.

- Yo también. Pero el gobierno debe estar esperando una guerra si está efectuando un reclutamiento general. - Se puso en pie -. Necesito obtener datos. ¡Al! - El chico de la cocina asomó su cabeza en la habitación.

- ¿Qué quieres, Difuso?

- Sal y da un poco de palique a cinco o seis mendigos. Busca a su «rey». ¿Sabes dónde tiene su cuartel general?

- Seguro... sobre el auditorio.

- Averigua lo que te sea posible, pero que no sepan que te envío yo.

- De acuerdo, Difuso. Eso está hecho - alardeó el muchacho.

- Molly.

- Sí, Difuso.

- ¿Quieres salir tú también, y hacer lo mismo con algunas de las chicas del oficio? Quiero saber lo que oyen de sus clientes. - Ella asintió con la cabeza. Él añadió -: Mejor busca a esa pequeña pelirroja que recorre la Plaza de la Unión. Puede sacarle un secreto a un hombre muerto. Esto... - sacó un fajo de billetes de su bolsillo y le tendió unos cuantos -, será mejor que te lleves este engrase... Es probable que tengas que pagar a algún poli para que te deje salir del distrito.

Magee no estaba dispuesto a hablar, e insistió en que Dave durmiera un poco. Se dejó persuadir rápidamente, puesto que no había dormido desde que entrara en Coventry. Le parecía que había transcurrido una eternidad; estaba exhausto. Mamá Johnston le preparó una cama improvisada en una habitación oscura y sofocante en el mismo sótano. No poseía ninguna de las comodidades higiénicas a las que estaba acostumbrado: aire acondicionado, música ambiental, colchón hidráulico, insonorización... y echó en falta su habitual baño relajante y su automasaje, pero estaba demasiado cansado como para preocuparse por ello. Durmió sin desvestirse y bajo mantas por primera vez en su vida.

Se despertó con dolor de cabeza, un mal sabor de boca de mil diablos, y una sensación de inminente desastre. Al primer momento no consiguió recordar dónde estaba... pensó que aún estaba detenido en el Exterior. Lo que le rodeaba era inexplicablemente sórdido; estaba a punto de llamar al timbre para quejarse al encargado, cuando recordó los acontecimientos del día anterior. Entonces se levantó, para descubrir que sus huesos y músculos le dolían atrozmente y que, lo cual era peor, según sus estándares estaba asquerosamente sucio. Le picaba todo el cuerpo.

Entró en la habitación común, y descubrió a Magee sentado a la mesa. Saludó a Dave.

- Hey, compadre. Estaba a punto de despertarte. Has dormido casi todo un día. Tenemos un montón de cosas de que hablar.

- De acuerdo... inmediatamente. ¿Dónde está el refrescador?

- Ahí al lado.

No se correspondía a la idea que tenía Dave de una cabina de refrescamiento, pero se las arregló para tomar una ducha superficial pese al resbaladizo suelo. Luego descubrió que no había instalado secador de aire, y se vio obligado a secarse de modo insatisfactorio con su pañuelo. No tenía ninguna elección en cuanto a ropas: tenía que volver a ponerse las mismas que llevaba, o ir desnudo. Recordó que no había visto nudismo en ningún lugar de Coventry, ni siquiera en la práctica de los deportes... sin duda las costumbres eran muy distintas allí.

Se puso de nuevo sus ropas, sintiendo repeluznos en su piel ante el contacto de la tela sucia y usada.

Pero Mamá Johnston había preparado un apetitoso desayuno para él. Dejó que el café restaurara su ánimo mientras Magee hablaba. Según Difuso, la situación era seria. Nueva América y el Estado Libre habían zanjado sus diferencias y habían formado una alianza. Se proponían muy seriamente salir por la fuerza de Coventry y atacar a los Estados Unidos.

MacKinnon levantó la vista ante aquello.

- Esto es ridículo, ¿no? Serán abrumados por el número. Además, ¿qué pasa con la Barrera?

- No lo sé... todavía... Pero tienen algunas razones para pensar que pueden atravesar la Barrera... y hay rumores de que están en condiciones de utilizar un arma que, por muy reducido que sea el ejército que consigan formar, puede arrasar todos los Estados Unidos.

MacKinnon parecía perplejo.

- Bueno - observó -, no puedo dar ninguna opinión sobre un arma de la que no conozco nada, pero en cuanto a la Barrera... no soy un físico matemático, pero siempre se ha dicho que era teóricamente imposible traspasar la Barrera... que cualquier cosa que la

tocara quedaba instantáneamente reducida a la nada. Por supuesto, uno puede volar por encima de ella, pero se supone que incluso esto resulta mortal.

- Suponte que han descubierto alguna forma de protegerse de los efectos de la Barrera - sugirió Magee -. De todos modos, esto no es lo que nos preocupa a nosotros. El asunto es: han llegado a un acuerdo; el Estado Libre proporciona las técnicas y la mayor parte de los oficiales; y Nueva América, con su mayor población, aporta la mayor parte de los hombres. Y eso significa para nosotros que no podemos atrevernos a asomar la jeta por ninguna parte, o nos veremos enrolados en el ejército antes de que podamos parpadear.

»Y esto me lleva a lo que quería sugerirte. Tengo la intención de salir de aquí tan pronto como se haga de noche, y dirigirme directamente hacia la Puerta, antes de que ellos envíen tras de mí a alguien que sea lo suficientemente listo como para mirar debajo de una mesa. Pensé que quizá tú quisieras ir conmigo.

- ¿Directo a manos de los psicólogos? - MacKinnon estaba realmente estupefacto.

- Seguro... ¿por qué no? ¿Qué es lo que tienes que perder? Todo este maldito lugar va a ser dentro de un par de días exactamente igual al Estado Libre... y un tipo con tu temperamento estará allí como metido en agua hirviendo todo el tiempo. ¿Qué hay de malo en una encantadora y tranquila habitación de hospital como lugar para ocultarse hasta que las cosas amainen? Ni siquiera tienes que prestar atención a los chicos psicólogos... sólo debes producir sonidos animales cada vez que uno de ellos asome la nariz en tu habitación, hasta que se desanimen.

Dave agitó la cabeza.

- No - dijo lentamente -. No puedo hacer eso.

- Entonces, ¿qué harás?

- Todavía no lo sé. Ir a las colonias, supongo. Ir a vivir con los Ángeles si se presenta la ocasión. No me importa que recen por mi alma mientras dejen mi mente tranquila.

Permanecieron en silencio durante un rato. Magee estaba ligeramente irritado por la testarudez de MacKinnon frente a lo que a él le parecía una oferta razonable. Dave seguía masticando concienzudamente su jamón a la parrilla, mientras consideraba su posición. Cortó otro pedazo.

- Esto está estupendo - observó, rompiendo el embarazoso silencio -. No recuerdo cuándo comí por última vez algo tan bueno... ¡Oye!

- ¿Qué? - preguntó Magee, levantando la vista y viendo la preocupación escrita en el rostro de MacKinnon.

- Este jamón... ¿es sintético, o es auténtica carne?

- Bueno, es auténtico. ¿Qué tiene de malo?

Dave no respondió. Consiguió alcanzar la cabina de refrescamiento antes de echar lo que había comido.

Antes de irse, Magee le dio a Dave algo de dinero con el cual pudiera comprar las cosas que necesitaría para ir a las colinas. MacKinnon protestó, pero el Difuso le cortó en seco:

- Deja de hacer el maldito estúpido, Dave. No puedo utilizar dinero de Nueva América en el Exterior, y tú no podrás sobrevivir en las colinas sin un equipo adecuado. Quédate aquí oculto durante unos cuantos días mientras Al, o Molly, te compren lo que necesitas, y espera hasta que se te presente una oportunidad... a menos que cambies de opinión y te vengas conmigo.

Dave agitó negativamente la cabeza, y aceptó el dinero.

Se sintió solitario después de que Magee se hubiera marchado. Mamá Johnston y Dave estaban solos en el club, y las sillas vacías le recordaban deprimentemente los hombres que habían sido reclutados. Le hubiera gustado que el Abuelo o el hombre al que le faltaba una mano se dejaran ver por allí. Incluso Alee, con su detestable temperamento, le hubiera hecho compañía... se preguntó si Alee habría sido castigado por resistirse a su alistamiento.

Mamá Johnston le pinchaba para que jugara a las damas con ella a fin de animar un poco su decaído espíritu. Se sintió obligado a acceder a su amable conspiración, pero su mente estaba en otro lugar. Recordaba claramente al Juez Decano diciéndole que buscara aventuras en la exploración interplanetaria, pero sólo los ingenieros y los técnicos eran elegibles para tales misiones. Quizás hubiera debido inclinarse por la ciencia o la ingeniería, en lugar de por la literatura; de ese modo quizás ahora hubiera podido encontrarse en Venus, luchando contra las fuerzas de la naturaleza en una gran aventura, en lugar de esconderse de unos bravucones uniformados. No, no era agradable... No debía engañarse a sí mismo; no había lugar para un experto en historia de la literatura en la ruda frontera de los planetas; no era una injusticia humana, era una dura realidad de la naturaleza, y él debía hacerle frente.

Pensó amargamente en el hombre al que le había partido la nariz, y por cuya causa había ido a parar a Coventry. Quizás él fuera realmente un «parásito acolchado» después de todo... pero el recuerdo de aquella frase despertó de nuevo la misma rabia irracional que lo había metido en aquellos problemas. Se sentía feliz de haberle dado así y así a aquel tipo. ¿Qué derecho tenía a ir por el mundo diciéndole a la gente cosas como aquella?

Se dio cuenta de que estaba pensando con el mismo espíritu vindicativo de sus padres, aunque no se sentía capaz de explicar la conexión. La conexión no era evidente superficialmente, puesto que su padre nunca hubiera respondido violentamente a unas palabras. En vez de ello, hubiera ofrecido la más dulce de las sonrisas, respondiendo con alguna cita nauseabunda dicha de la manera más suave y almibarada. El padre de Dave era uno de los peores pequeños tiranos que jamás dominara un hogar bajo el disfraz de la ternura. Era de la escuela del vale-más-sufrir-que-irritarse, del me-duele-más-que-a-ti, y toda su vida había sido invariablemente capaz de descubrir una racionalización altruista con el fin de salirse siempre con la suya. Convencido de su propia infalible rectitud, nunca había tenido en cuenta el punto de vista de su hijo sobre nada, sino que lo había dominado en todo... siempre por los más altos motivos moralistas.

Había ejercido dos principales efectos perniciosos sobre su hijo: la natural independencia del muchacho, aplastada en el hogar, se rebelaba ciegamente a todo tipo de disciplina, autoridad o crítica con la que se tropezara en cualquier lugar, identificándola subconscientemente con la autoridad paterna que no admitía crítica. En segundo lugar, a través de años de convivencia, Dave imitaba el más peligroso vicio social de su padre... el de efectuar juicios morales críticos sobre las acciones de los demás.

Cuando Dave fue arrestado por infringir una costumbre básica, es decir, violencia atávica, su padre se lavó las manos al respecto con la afirmación de que él había intentado del mejor modo posible «hacer un hombre de él», por lo que no se le podía reprochar el fallo de su hijo si éste no había sabido sacar provecho de sus enseñanzas.

Un ligero golpe en la puerta hizo que retiraran apresuradamente el tablero de damas. Mamá Johnston hizo una pausa antes de responder.

- No es nuestra contraseña - observó -, pero no es lo suficientemente fuerte como para querer decir problemas. - Prepárate para esconderte.

MacKinnon aguardó junto a la madriguera donde se había ocultado la noche anterior, mientras Mamá Johnston acudía a investigar. La oyó quitar la barra y el seguro de la puerta exterior, y luego la oyó llamarle en una voz baja pero urgente.

- ¡Dave! ¡Ven aquí, Dave... aprisa!

Era Difuso, inconsciente, dejando tras de sí un reguero de sangre.

Mamá Johnston estaba intentando levantar el peso muerto de su cuerpo. MacKinnon la ayudó, y entre los dos consiguieron bajarlo por las escaleras y colocarlo tendido sobre la larga mesa. Volvió en sí un instante mientras estiraban sus miembros.

- Hey, Dave - susurró, consiguiendo esbozar el fantasma de su sonrisa habitual -. Alguien me ganó por la mano.

- ¡Estáte quieto! - restalló Mamá Johnston; y luego, en voz baja, a Dave -: Oh, el pobre muchacho... Dave, tenemos que llevarlo al Doctor.

- No podéis... hacer... esto - murmuró el Difuso -. Debéis... ir... a la Puerta... - su voz se desvaneció. Los dedos de Mamá Johnston habían estado atareados mientras tanto, como movidos por alguna inteligencia independiente. Unas pequeñas tijeras, surgidas de algún oculto lugar de su persona, cortaron sus ropas, dejando al descubierto la extensión superficial de los daños. Examinó críticamente el traumatismo.

- Éste no es un trabajo para mí - decidió -, y debe estar dormido mientras lo trasladamos. Dave, ve a buscar esa caja de hipodérmicas que hay en el botiquín del refrigerador.

- ¡No, Mamá! - era Magee, con voz fuerte y vibrante -. Tráeme una píldora de pimiento - prosiguió -. Está en...

- Pero Difuso...

Él la cortó en seco.

- He de acudir al Doctor, de acuerdo, pero ¿cómo demonios voy a ir hasta allí si no puedo andar?

- Nosotros te llevaremos.

- Gracias, Mamá - dijo él, con voz más blanda -. Sé que lo harías... pero la policía podría mostrarse curiosa. Dame esa píldora.

Dave la siguió hasta el refrigerador, y le preguntó mientras ella trasteaba en el botiquín.

- ¿Por qué no simplemente mandamos llamar a un médico?

- Sólo hay un médico en quien podamos confiar, y es el Doctor. Además, ninguno de los otros tiene maldita idea de su oficio.

Magee se había desvanecido de nuevo cuando regresaron a la habitación. Mamá Johnston palmeó su rostro hasta que volvió en sí, parpadeando y maldiciendo. Luego le dio la píldora.

El poderoso estimulante, improbable derivado del alquitrán de hulla, actuó casi instantáneamente. En su apariencia exterior Magee era un hombre completamente sano. Se sentó y comprobó su propio pulso, buscándolo en su muñeca izquierda con unos dedos firmes y sensitivos.

- Regular como un metrónomo - anunció -. Ese viejo reloj puede soportar perfectamente esta dosis.

Aguardó mientras Mamá Johnston aplicaba compresas estériles en sus heridas, luego dijo adiós. MacKinnon miró a Mamá Johnston. Ella asintió.

- Voy contigo - dijo MacKinnon a Difuso.

- ¿Para qué? Eso lo único que conseguirá será duplicar el riesgo.

- No estás en condiciones de viajar solo... con estimulantes o sin estimulantes.

- Tonterías. Soy yo quien tendrá que cuidar de ti.

- Pero voy contigo de todos modos.

Magee se alzó de hombros y capituló.

Mamá Johnston secó su sudoroso rostro y les besó a ambos.

Hasta que no estuvieron fuera de la ciudad su avance le recordó a MacKinnon su pesadillesca huida de la otra noche. A partir de entonces continuaron hacia el norte - noroeste siguiendo una carretera que avanzaba hacia las colinas, abandonándola tan sólo cuando el escaso tráfico lo hacía necesario. En una ocasión casi fueron sorprendidos por un coche patrulla de la policía, equipado con luces ultravioleta y casi invisible, pero el Difuso lo advirtió a tiempo y se agazaparon tras una pequeña pared que separaba el campo contiguo de la carretera.

Dave le preguntó cómo se había dado cuenta de que el coche patrulla estaba cerca. Magee soltó una risita.

- Que me condene si lo sé - dijo -, pero creo que puedo oler a un poli apostado entre una manada de cabras.

El Difuso hablaba cada vez menos a medida que avanzaba la noche. Su habitualmente despreocupada expresión empezó a fruncirse y envejecer a medida que los efectos de la droga iban desvaneciéndose. Dave tuvo la impresión de que aquella desacostumbrada expresión le daba una más clara visión del carácter real de su amigo... que la máscara de dolor era su auténtico rostro en lugar de los despreocupados rasgos que Magee exhibía habitualmente al mundo. Se preguntó por enésima vez qué habría hecho el Difuso para que un tribunal lo considerara socialmente insano.

Esta pregunta abrumaba su mente con respecto a todas las personas que había conocido en Coventry. La respuesta era obvia en la mayoría de los casos; sus tipos de inestabilidad eran evidentes y se ponían de manifiesto en seguida. Mamá Johnston había sido un enigma hasta que ella misma se lo había explicado: había seguido a su marido a Coventry. Ahora era viuda, pero prefería quedarse allí con los amigos a los que conocía y las costumbres y condiciones a las que se había habituado, antes que cambiar por otro entorno probablemente menos agradable.

Magee se sentó al borde de la carretera.

- Es inútil, compadre - admitió -. No lo conseguiré.

- Infiernos no podremos. Te llevaré.

Magee sonrió débilmente.

- No, de veras - insistió Dave -. ¿Cuánto falta todavía?

- Unos tres o cuatro kilómetros, quizá.

- Sube a bordo. - Cargó a Magee a su espalda y echó a andar. Los primeros cientos de metros no fueron difíciles; Magee pesaba veinte kilos menos que Dave. Después, el peso de la carga adicional empezó a dejarse sentir. Sus brazos se agarrotaron de sostener las rodillas de Magee; su espalda se quejó del peso y su irregular distribución; y su respiración empezó a mostrarse dificultosa por la presa que hacían los brazos de Magee en torno a su cuello.

Tres kilómetros que recorrer... quizá más. Deja caer tu peso hacia adelante y tus pies deberán seguirlo, o de otro modo caerás al suelo. Es algo automático... tan automático como masticar con los dientes. ¿Cuan largo es un kilómetro? Nada en una nave cohete, treinta segundos en un coche de turismo, diez minutos de arrastrarse en un caracol de acero, quince minutos para unas tropas entrenadas y en buenas condiciones. ¿Cuánto tiempo es con un hombre en tu espalda, por una mala carretera, cuando ya estás cansado apenas empezar?

Mil metros, cien mil centímetros... una cifra carente de significado. Pero cada paso son cincuenta centímetros menos del total. Lo que queda sigue siendo una cifra incomprensible... una infinidad. Cuéntalo. Cuéntalo hasta volverte loco... deja que las cifras hablen por sí mismas fuera de tu cabeza, y el pías... pías... de tus enormes e hinchados pies resuenen en tu cerebro. Cuéntalos entonces al revés, restando dos cada vez... no, eso es peor aún; cada pisada que queda por dar sigue siendo aún una cifra inalcanzable, inconcebible.

Aquel mundo se le cerraba, perdía su historia y carecía de futuro. No había nada, nada en absoluto, excepto la torturante necesidad de levantar de nuevo el pie y colocarlo más adelante. Ningún sentimiento excepto el agotador derroche de voluntad necesario para cumplir con aquel acto carente de significado.

Volvió repentinamente a la consciencia cuando los brazos de Magee se relajaron en torno a su cuello. Se inclinó hacia adelante, y se hincó sobre una rodilla para evitar que su carga se deslizara y cayera, y luego la depositó suavemente en el suelo. Por un momento pensó que Difuso estaba muerto... no consiguió localizar su pulso, y su rostro distendido y su cuerpo flácido tenía toda la apariencia de los de un cadáver, pero apoyó su oído en el pecho de Magee, y pudo oír aliviado el rítmico dub - dub de su corazón.

Ató entre sí las muñecas de Magee con su pañuelo, y metió su cabeza en el círculo de sus brazos. Pero era incapaz, en sus condiciones de agotamiento, de colocar aquel peso

muerto en su posición correcta a su espalda. Difuso recuperó el conocimiento mientras MacKinnon estaba debatiéndose. Sus primeras palabras fueron:

- Tómatelo con calma, Dave. ¿Cuál es el problema?

Dave se lo explicó.

- Mejor suéltame las muñecas - le aconsejó el Difuso -. Creo que puedo caminar otro poco.

Y lo hizo, durante casi trescientos metros, antes de verse obligado a desistir de nuevo.

- Mira, Dave - dijo, una vez se hubo recuperado parcialmente -, ¿trajiste contigo alguna otra de esas píldoras de pimienta?

- Sí... pero no puedes tomar ninguna otra dosis. Te mataría.

- Sí, lo sé... eso dicen. Pero no es ésa la idea... todavía. Estaba sugiriendo que podrías tomarla tú.

- ¡Claro, por supuesto! Por los cielos, Difuso, qué estúpido soy.

Magee pareció no ser más pesado que un abrigo ligero, la estrella matutina brilló más fuertemente, y sus fuerzas parecían inagotables. Incluso cuando abandonaron la carretera y tomaron el camino de carro que conducía a la casa del Doctor al pie de las colinas, la marcha era tolerable y el peso no demasiado grande. MacKinnon sabía que la droga actuaba quemando los tejidos de su cuerpo mucho después de que sus propias reservas se hubieran agotado, y que necesitaría muchos días para recuperarse del temerario despilfarro, pero no le importaba. Ningún precio era demasiado alto para el momento en que finalmente llegaron a la puerta de la casa del Doctor... sobre sus pies, y con su carga viva y consciente.

A MacKinnon no se le dejó ver a Magee durante cuatro días. Mientras tanto, se le animó a que se comportara con la rutina de un semiinvalído a fin de recuperar los diez kilos que había perdido en dos días y dos noches, y para reponerse del pesado esfuerzo al que había sometido a su corazón durante la última noche. Una dieta rica en calorías, baños de sol, descanso, y un entorno pacífico y agradable, además de su natural buen estado de salud, hicieron que recuperara el peso y las fuerzas rápidamente, pero gozó extremadamente de su «convalecencia» gracias a la compañía del propio Doctor... y de Perséfone.

La edad física de Perséfone era de quince años. Dave nunca supo si considerarla como mucho mayor, o mucho más joven. Había nacido en Coventry, y había vivido toda su corta vida en la casa del Doctor, puesto que su madre había muerto en el parto en aquella misma casa. En muchos aspectos era absolutamente infantil, puesto que no poseía ninguna experiencia con respecto al mundo civilizado del Exterior, y había tenido muy pocos contactos con los habitantes de Coventry, excepto cuando los veía como pacientes del Doctor. Pero se le había permitido leer sin limitaciones en la biblioteca de un sofisticado y de mente versátil hombre de ciencia. MacKinnon se sentía constantemente sorprendido ante la extensión de su conocimiento académico y científico... mucho mayor que el suyo propio. Ella le hacía sentirse como si estuviera conversando con una omnisciente matriarca de edad avanzada, y luego de repente dejaba escapar algún concepto ingenuo acerca del mundo exterior, y él se sentía sorprendido entonces por la brusca comprensión de que, de hecho, no era más que una niña sin experiencia.

Se sentía ligeramente romántico en su relación con ella. No seriamente, por supuesto, vista su edad núbil, pero ella era agradable de ver, y él se sentía hambriento de compañía femenina. Él era además lo suficientemente joven aún como para sentir un constante interés en las deliciosas diferencias, tanto mentales como físicas, entre el hombre y la mujer.

Consecuentemente, fue un golpe para su orgullo tan duro como lo había sido la sentencia que lo llevó a Coventry el descubrir que ella lo clasificaba junto con los demás habitantes de Coventry, es decir, un pobre desgraciado que necesitaba ayuda y simpatía debido a que su cabeza no le funcionaba del todo bien. Se sintió furioso y, durante todo

un día, estuvo solo y enfurruñado, pero la necesidad humana de autojustificación y aprobación le obligó a ir en su busca e intentar razonar con ella. Le explicó cuidadosamente y con un candor emotivo las circunstancias que lo habían conducido a su juicio y condena, y embelleció el relato con su propia filosofía y evaluaciones, tras lo cual aguardó confiadamente su aprobación.

Ésta no llegó.

- No comprendo tu punto de vista - le dijo ella -. Le partiste la nariz, mientras que él no te había causado daño de ninguna clase. ¿Esperas que yo apruebe eso?

- Pero Perséfone - protestó él -, ignoras el hecho de que él me llamó algo de lo más insultante.

- No veo la conexión - dijo ella -. Hizo un ruido con su boca... una etiqueta verbal. Si la etiqueta no iba contigo, el ruido carecía de todo significado. Si la etiqueta era cierta en tu caso... si eres lo que decía el ruido que él profirió, entonces eres ni más ni menos lo que decía la etiqueta verbal, y por lo tanto tampoco podría dañarte.

»Pero lo que tú le hiciste a él ya es una cuestión completamente distinta. Le partiste la nariz. Esto es un daño. En su autoprotección, el resto de la sociedad deberá mantenerte alejado de ella, y determinar si eres o no tan desequilibrado como para dañar a alguien más en el futuro. Si lo eres, debes ser puesto en cuarentena para ser sometido a tratamiento, o bien abandonar la sociedad... lo que tú prefieras.

- Crees que estoy loco, ¿verdad? - acusó él.

- ¿Loco? No de la forma en que tú lo entiendes. No sufres de paretis, ni de tumor cerebral, ni de ninguna otra lesión que el Doctor pueda descubrir. Pero desde el punto de vista de tus reacciones semánticas eres tan socialmente insano como cualquier fanático incendiario.

- Vamos... ¡eso no es justo!

- ¿Qué es la justicia? - Ella tomó el gatito con el que había estado jugando -. Me voy dentro... está empezando a hacer frío -. Se dirigió hacia la casa, con sus pies descalzos no haciendo el menor ruido sobre la hierba.

Si la ciencia de la semántica se hubiera desarrollado tan rápidamente como la psicodinámica y sus artes complementarias de la propaganda y la psicología de masas, los Estados Unidos nunca hubieran caído en una dictadura, viéndose forzados luego a pasar por una Segunda Revolución. Todos los principios científicos incorporados al Convenio que señaló el final de la revolución habían sido formulados allá por el primer cuarto del siglo xx.

Pero el trabajo de los pioneros semánticos, C. K. Ogden, Alfred Korzybsky y otros, sólo fue conocido por un puñado de estudiantes, debido a que la psicodinámica, bajo el ímpetu de repetidas guerras y el frenesí de la gran presión mercantil, progresaba a grandes saltos.

La semántica, «el significado del significado», proporcionó por primera vez un método de aplicar el método científico a cualquier hecho de la vida cotidiana. Debido a que la semántica consideraba la palabra escrita y hablada como un aspecto determinante del comportamiento humano, muchos pensaron al principio erróneamente que trataba tan sólo de palabras, y por ello de interés tan sólo para los manipuladores profesionales de la palabra, tales como escritores de anuncios publicitarios y profesores de etimología. Un puñado de psiquiatras no ortodoxos intentaron aplicarla a los problemas personales humanos, pero su trabajo fue borrado por la epidémica psicosis de masas que destruyó Europa y devolvió a los Estados Unidos a las Eras Oscuras.

El Convenio fue el primer documento social científico jamás redactado por el hombre, y todo el crédito hubo que atribuírsele a su principal autor, el doctor Micah Novak, el mismo Novak que sirvió como psicólogo de Estado Mayor en la revolución. Los revolucionarios

apuntaban a establecer el máximo de libertad personal. ¿Cómo podían conseguirlo en un grado lo suficientemente alto de probabilidad matemática?

Primero desmenuzaron el concepto de «justicia». Examinado semánticamente, «justicia» no tenía referencia... no existe ningún fenómeno observable en el continuo espacio-tiempo-materia que uno pueda señalar y decir: «Esto es justicia.» La ciencia puede abordar tan sólo lo que puede ser observado y medido. La justicia no puede serlo; por lo tanto, nunca tendrá el mismo significado para uno que para otro; cualquier «sonido» que se diga sobre ella lo único que hará será añadir más confusión.

Pero el daño físico o económico puede ser anotado y medido. El Convenio prohibió a los ciudadanos dañar a los demás. Cualquier acto que no condujera a un daño, físico o económico, hacia alguna persona en particular, era declarado dentro de la ley.

Puesto que habían abandonado el concepto de «justicia», no había estándares racionales de castigo. La penología ocupó su lugar junto con la licantropía y otras brujerías olvidadas. Sin embargo, puesto que no resultaba práctico permitir que una fuente de peligro permaneciera dentro de los límites de la comunidad, los transgresores sociales eran examinados y a los reincidentes potenciales se les daba a elegir entre un reajuste psicológico o ser desterrados de la sociedad: ir a Coventry.

Los primeros esquemas del Convenio contenían el supuesto de que el socialmente insano debía ser por naturaleza propia hospitalizado y reajustado, particularmente puesto que la psiquiatría normal era infalible en curar todas las psicosis no derivadas de una lesión, y curar y aliviar las psicosis lesionales, pero Novak hizo frente a aquello.

- ¡No! - protestó -. El gobierno nunca deberá permitir el manipular la mente de ningún ciudadano sin su consentimiento, o caeremos en una tiranía mayor que la que hemos sufrido antes. Todo hombre debe ser libre de aceptar, o rechazar, el Convenio, ¡aunque nosotros pensemos que no está cuerdo!

La siguiente vez que David MacKinnon vio a Perséfone la encontró en un estado de extrema agitación. Su propio orgullo herido quedó inmediatamente olvidado.

- Hey, querida - dijo -, ¿qué es lo que te ocurre?

Gradualmente supo que ella había estado presente en la conversación entre Magee y el Doctor, y había oído, por primera vez, la noticia de la inminente operación militar contra los Estados Unidos. Él palmeó su mano.

- Así que se trata sólo de eso - observó, con voz aliviada -. Pensé que era a ti a quien te ocurría algo.

- Sólo de eso... David MacKinnon, ¿me estás diciendo que lo sabías, y que no estás preocupado en absoluto?

- ¿Yo? ¿Por qué habría de estarlo? Y además, ¿qué podría yo hacer?

- ¿Qué podrías hacer? Podrías salir fuera y avisarles... eso es lo que podrías hacer... En cuanto a por qué habrías de hacerlo... ¡Dave, eres imposible! - estalló en sollozos y salió corriendo de la habitación.

Él se quedó atrás, mirándola, con la boca abierta, luego desenterró una antigua observación de un lejano antepasado y la hizo suya: no había quien entendiera a las mujeres.

Perséfone no apareció en la comida. MacKinnon le preguntó al Doctor dónde estaba.

- Ya comió - le dijo el Doctor, entre bocado y bocado -. Ha ido a la Puerta.

- ¿Qué? ¿Por qué la dejó marchar?

- Es una persona libre. De todos modos, no me hubiera hecho caso. Estará bien.

Dave no oyó la última observación: estaba ya fuera de la habitación, y corría fuera de la casa. La encontró en el momento en que ella estaba sacando su monociclo del garaje.

- ¡Perséfone!

- ¿Qué quieres? - preguntó ella con una helada dignidad por encima de sus años.

- ¡No debes hacer eso! ¡Fue allí donde hirieron a Difuso!

- Me voy. Por favor, apártate.
- Entonces iré contigo.
- ¿Por qué deberías hacerlo?
- Para cuidar de ti.

Ella resopló.

- Si es que alguien se atreve a tocarme.

Aquello era en cierto modo verdad. El Doctor, y todos los miembros de su casa, gozaban de una inmunidad personal, a diferencia de todos los demás en Coventry. Como una consecuencia natural de sus circunstancias, Coventry casi no disponía de médicos competentes. El número de médicos que cometían un daño social era pequeño. La proporción de aquellos que declinaban tratamiento psiquiátrico era despreciable, y los pocos que quedaban era casi seguro que eran unos chapuceros en su profesión, en quienes no se podía confiar. El Doctor era un curador nato, un exiliado voluntario que había querido aprovechar la oportunidad de practicar su arte en el campo más rico disponible. No le importaba la fútil investigación; lo que deseaba eran pacientes, cuanto más enfermos mejor, a quienes pudiera sanar de nuevo.

Estaba por encima de la costumbre y por encima de la ley. En el Estado Libre el Liberador dependía de él para la insulina que le preservaba de la mortal diabetes. En Nueva América sus beneficiarios eran igualmente poderosos. Incluso entre los Ángeles del Señor el propio Profeta aceptaba sin hacer preguntas los dictados del Doctor.

Pero MacKinnon no se sentía satisfecho. Algún estúpido ignorante, temía, podía hacerle algún daño a la muchacha sin darse cuenta de su status de inmunidad. Pero no tuvo tiempo de protestar; ella puso en marcha repentinamente el pequeño vehículo, obligándole a saltar fuera de su camino. Cuando hubo recobrado el equilibrio, ella estaba ya lejos. No podía alcanzarla.

Estuvo de vuelta en menos de cuatro horas. Él ya lo esperaba; si una persona tan elusiva como Difuso no había sido capaz de llegar hasta la Puerta de noche, no era probable que una chica joven pudiera hacerlo a plena luz del día.

Su primera sensación fue de simple alivio, luego aguardó ansiosamente la oportunidad de hablarle. Durante su ausencia había estado dándole vueltas en su cabeza a la situación. Era de esperar que ella fracasara; deseaba rehabilitarse ante sus ojos; por lo tanto, la ayudaría en el proyecto que tenía más metido en su corazón... ¡llevaría personalmente el aviso al Exterior!

Quizás ella misma se lo pidiera. De hecho, parecía probable. Cuando ella regresó él se había convencido a sí mismo de que seguro que acudiría a pedirle su ayuda. Aceptaría, con una sencilla dignidad, y partiría, quizá para ser herido, o muerto, pero convertido en una figura heroica, incluso si fracasaba.

Se pintó subconscientemente a sí mismo como una mezcla de Sydney Cartón, el Caballero Blanco, el hombre que había llevado el mensaje a García... y sólo un toque de D'Artagnan.

Pero ella no se lo pidió... de hecho, ni siquiera le dio una oportunidad de hablar con ella.

No apareció en la cena. Después de ella se encerró con el Doctor en su estudio. Cuando reapareció se fue directamente a su habitación. Finalmente, MacKinnon llegó a la conclusión de que lo mejor era que también él se fuera a la cama.

Ir a la cama, dormir, y levantarse de nuevo por la mañana... pero no resultó tan sencillo como eso. Las hoscas paredes le miraban fijamente, y la otra mitad crítica de su mente decidió permanecer ocupada aquella noche. ¡Estúpido! Ella no necesita tu ayuda. ¿Por qué habría de necesitarla? ¿Qué tienes tú que no tuviera Difuso... y mejor? Para ella, tú eres simplemente uno más de los muchachos deficientes mentales que andan de un lado para otro en este lugar.

- ¡Pero yo no estoy loco! Sólo porque elegí no someterme al dictado de otros, eso no me hace loco. No, ¿verdad? Todos los demás aquí eran unos chalados, pero ¿qué había de sorprenderme en ello? Bueno, no todos... ¿qué había que decir del Doctor, y de...? No te engañes a ti mismo, cabeza de chorlito, el Doctor y Mamá Johnston están aquí por sus propias razones; ellos no fueron sentenciados. Y Perséfone nació aquí.

¿Y qué hay de Magee? Realmente estaba cuerdo... o al menos lo parecía. Se dio cuenta de que recelaba, con una ilógica amargura, de la aparente estabilidad de Magee. ¿Por qué tenía que ser diferente del resto de nosotros?

¿Del resto de nosotros? Se había clasificado a sí mismo junto con los demás habitantes de Coventry. De acuerdo, de acuerdo, admítelo, estúpido... eres simplemente como todos los demás; despreciado porque la gente decente no te quiera... y demasiado estúpidamente obcecado como para admitir que necesitas tratamiento.

Pero el pensar en el tratamiento hizo que se le enfriara la mente, y volvió a recordar a su padre. ¿Por qué tenía que hacerlo? Recordó algo que el Doctor le había dicho hacía un par de días: «Lo que necesitas, hijo, es plantarle cara a tu padre y echarlo fuera. Es una lástima que muy pocos hijos les digan a sus padres que se vayan al infierno.»

Encendió la luz e intentó leer. Pero no había forma. ¿Por qué tendría que preocuparse Perséfone de lo que les ocurriera a las gentes del Exterior? Ella no las conocía; no tenía amigos allí. Si ella no tenía obligaciones hacia ellos, ¿cómo era posible que ella se preocupara? ¿Sin obligaciones? Has tenido una vida sencilla y fácil durante muchos años... todo lo que te pedían era que te comportaras debidamente. En cuanto a eso, ¿qué sería ahora de ti si el Doctor hubiera dejado de preguntar si te debía o no algo?

Seguía aún rumiando cansadamente sus amargas reflexiones sobre sí mismo cuando la primera fría y pálida luz de la mañana se filtró en su habitación. Se levantó, se echó algo por encima, y avanzó de puntillas hacia la habitación de Magee. La puerta estaba entornada. Asomó la cabeza y susurró:

- Difuso... ¿estás despierto?

- Entra, chico - respondió Magee suavemente -. ¿Qué te pasa? ¿No puedes dormir?

- No...

- Yo tampoco. Siéntate y compartiremos nuestras penas.

- Difuso, estoy pensando en tomar una decisión. Me voy al Exterior.

- ¿Eh? ¿Cuándo?

- Inmediatamente.

- Es arriesgado, chico. Espera unos cuantos días y lo intentaré contigo.

- No, no puedo aguardar hasta que tú estés bien. - ¡Voy a ir a advertir a los Estados Unidos!

Los ojos de Magee se abrieron un poco más de lo habitual, pero su voz no cambió.

- ¿No habrás dejado que esa larguirucha muchacha te sorba el coco, Dave?

- No. No exactamente. Lo hago por mí mismo... porque es algo que necesito hacer. Mira, Difuso, ¿qué hay acerca de esa arma? ¿Han conseguido realmente algo que pueda amenazar a los Estados Unidos?

- Me temo que sí - admitió Magee -. No sé mucho acerca de ella, pero hace que los desintegradores parezcan un juguete. Mayor alcance... no sé lo que esperan que le haga a la Barrera, pero les vi preparar grandes líneas de fuerza antes de que me hirieran. Escucha, si consigues llegar afuera, hay un tipo al que tienes que buscar; de hecho, asegúrate de hablar con él. Tiene mucha influencia. - Magee garabateó algo en un trozo de papel, lo dobló, y se lo tendió a MacKinnon, que se lo metió distraídamente en el bolsillo y continuó:

- ¿Cuan vigilada está la Puerta, Difuso?

- No podrás salir por la Puerta; esto está fuera de toda duda. Eso es lo que tienes que hacer... - tomó otro pedazo de papel, y comenzó a dibujar y a explicar.

Dave estrechó la mano de Magee antes de irse.

- Le dirás adiós de mi parte, ¿querrás? ¿Y le darás las gracias al Doctor? Prefiero irme antes de que nadie se despierte.

- Por supuesto que lo haré, chico - le aseguró Difuso

MacKinnon se agazapó tras unos arbustos y atisbo cautelosamente al pequeño grupo de Ángeles que penetraba en una desolada y fea iglesia. Se estremeció, tanto a causa del miedo como del frío aire matutino. Pero su necesidad era mayor que su miedo. Aquellos fanáticos tenían comida... y él la necesitaba.

Los dos primeros días después que abandonara la casa del Doctor habían sido relativamente fáciles. Ciertamente, había cogido frío al dormir al raso; se le había metido en los pulmones y lo había abatido un tanto. Pero no le preocupaba mientras pudiera retener los estornudos y las toses hasta que la pequeña banda de feligreses se hubiera metido en el templo. Los observó pasar: hombres de aspecto duro, mujeres con faldas que arrastraban por el suelo y cuyos rostros ajados por el trabajo iban enmarcados por sus pañoletas... pálidos trabajadores serviles demasiado cargados de hijos. La luz había abandonado sus rostros. Incluso los niños estaban serios.

El último de ellos penetró en la iglesia, dejando tan sólo al sepulturero en el cementerio, ajetreado en su tético trabajo. Tras un tiempo interminable, durante el cual MacKinnon apretó un dedo contra su labio superior en un frenético intento de reprimir un estornudo, el sepulturero penetró en el siniestro edificio y cerró las puertas.

MacKinnon salió de su escondite y se apresuró hacia la casa que previamente había seleccionado, en el borde del claro, lejos de la iglesia.

El perro era suspicaz, pero lo tranquilizó. La casa estaba cerrada, pero la puerta trasera pudo ser forzada. Se sintió un poco aturdido a la vista de la comida que había encontrado... pan duro, y un trozo de dura mantequilla sin sal hecha con leche de cabra.

Un paso en falso, dos días antes, había dado con sus huesos en las aguas de un arroyo de montaña. El percance no había parecido importante, hasta que descubrió que sus pastillas alimenticias se habían convertido en una pulpa informe. Las había comido durante el resto del día, pero luego el moho se apoderó de ellas y tuvo que tirar lo que quedaba.

El pan le duró otros tres días, pero la mantequilla se ablandó y fue incapaz de transportarla. Empapó todo lo que pudo de ella en el pan, luego lamió el resto, tras lo cual se sintió realmente sediento.

Algunas horas después de que el resto del pan hubiera desaparecido, alcanzó su primer objetivo... el río principal del que eran tributarios todos los demás cursos de agua de Coventry. En algún lugar, corriente abajo, fluía la negra cortina de la Barrera, y seguía discurriendo hacia el mar. Con la puerta cerrada y custodiada, aquella corriente de agua constituía la única salida posible para un hombre abandonado a sus medios.

Pero era agua, y la sed volvía a apoderarse de él, y su resfriado estaba peor que nunca. Sin embargo, debía esperar hasta que se hiciera oscuro para beber; se veían siluetas humanas allá abajo en la orilla... algunas llevando uniforme, pensó. Una de ellas avanzó con un pequeño esquife y desembarcó. MacKinnon se fijó en la embarcación y no la perdió de vista con ojos codiciosos. Aún estaba allí cuando el sol se puso.

El sol de primera hora de la mañana picoteó su nariz y estornudó. Se despertó de golpe, levantó la cabeza y miró a su alrededor. El pequeño esquife del que se había apropiado flotaba en medio de la corriente. No había remos. No pudo recordar si los había tenido antes o no. La corriente era bastante fuerte, parecía como si lo hubiera arrastrado directamente hasta la Barrera durante la noche. Quizás había pasado bajo ella... no, aquello era ridículo.

Entonces la vio, a poco más de un kilómetro de distancia, negra y ominosa... pero la visión más deseada en varios días. Estaba demasiado débil y febril como para alegrarse de ello, pero renovó la determinación que se había hecho de seguir adelante.

La pequeña embarcación rascó contra el fondo. Vio que la corriente trazaba una curva que lo había conducido hasta la orilla. Saltó torpemente fuera, sintiendo que todas sus congeladas articulaciones se quejaban, y arrastró la proa del esquife por la arena. Luego lo pensó mejor. Lo empujó de nuevo al agua, lo lanzó en medio de la corriente con todas las fuerzas de que fuese capaz, y la contempló desaparecer en el meandro. No era necesario dejar señal del lugar donde había desembarcado.

Durmió durante la mayor parte del día, levantándose en una ocasión para apartarse del sol que le estaba quemando demasiado. Pero el sol había recalentado sus huesos, arrojando de ellos el frío, y al caer la noche se sentía mucho mejor.

Aunque la Barrera estaba tan sólo a un kilómetro o así más abajo, le tomó la mayor parte de la noche el alcanzarla siguiendo la orilla del río. Supo que la había alcanzado por las nubes de vapor que se elevaban del agua. Cuando salió el sol, estudió la situación. La Barrera se extendía cruzando el agua, pero la unión entre ésta y la líquida superficie quedaba oculta por ondulantes nubes. En algún lugar por debajo de la superficie del agua - ignoraba a qué profundidad -, la Barrera cesaba, y su extremo sumergido era lo que causaba la evaporación.

Lenta, relucientemente y sin ninguna heroicidad, comenzó a desvestirse. Había llegado el momento, y no lo saboreó. Encontró el trozo de papel que le había dado Magee, e intentó examinarlo. Pero se había empapado en su remojón involuntario en el arroyo de montaña y era prácticamente ilegible. Hizo una pelota con él y lo tiró. No parecía tener mucha importancia.

Empezó a tiritar mientras permanecía de pie, vacilante, en la orilla, aunque el sol era cálido. Luego su mente tomó su decisión por él; divisó una patrulla en la otra orilla.

Quizá lo hubieran visto, quizá no. Se echó al agua.

Hacia abajo, hacia abajo, tanto como le permitieran sus fuerzas. Buceó e intentó tocar el fondo, para asegurarse de evitar aquella chamuscante, mortal base. Tocó cieno en sus manos. Ahora a nadar junto a él. Quizá fuera tan mortal pasar por debajo de ella como pasar por encima; pronto lo sabría. Pero ¿qué camino debía seguir? Allá abajo no había ninguna dirección.

Permaneció sumergido hasta que sus congestionados pulmones se negaron a seguir. Entonces subió, y sintió agua hirviendo en su rostro. Durante un intervalo eterno de inenarrable dolor y soledad se dio cuenta de que estaba atrapado entre el calor y el agua... atrapado bajo la Barrera.

Dos soldados charlaban ociosamente sobre un pequeño muelle situado bajo la parte frontal de la Barrera. El río que discurría surgiendo entre ella no les ofrecía el menor interés, llevaban vigilándolo demasiado aburridos turnos de guardia. Una alarma empezó a sonar tras ellos y los puso en estado de alerta.

- ¿Qué sector, Jack?

- Esta orilla. ¡Ahí está... míralo!

Lo pescaron y lo tendieron sobre el muelle en el momento en que llegaba el sargento de guardia.

- ¿Vivo o muerto? - preguntó.

- Muerto, creo - respondió el que le estaba practicando sin demasiado entusiasmo la respiración artificial.

El sargento se inclinó en una postura incongruente para observar aquel congestionado rostro y dijo:

- Demasiado mal aspecto. He pedido una ambulancia; llevadlo de todos modos a la enfermería.

La enfermera intentaba tranquilizarle, pero MacKinnon gritaba de tal modo que se vio obligada a llamar al médico de guardia.

- ¡Vamos, vamos! ¿A qué viene todo este alboroto? - reprobó el médico, mientras buscaba su pulso. Dave consiguió convencerle de que no se tranquilizaría ni aceptaría

ningún soporífero hasta tanto no hubiera contado su historia. Llegaron al acuerdo de que dejarían que MacKinnon hablara -. Pero sea breve, ¿entiende? - Y el doctor transmitió el relato a su inmediato superior, y a cambio Dave se sometió a una hipodérmica.

A la mañana siguiente otros dos hombres, sin identificar, fueron llevados por el médico hasta MacKinnon. Escucharon toda su historia y le interrogaron con todo detalle. Fue transferido con una ambulancia al cuartel general de la zona aquella misma tarde. Allí fue interrogado de nuevo. Iba recuperando rápidamente sus fuerzas. Pero empezaba a sentirse cansado de todo aquel galimatías, y deseaba asegurarse de que su advertencia estaba siendo tomada seriamente. El último de sus interrogadores le tranquilizó.

- Cálmese - le dijo a Dave -, esta misma tarde verá usted al oficial jefe.

El oficial jefe de la zona, un tipo bajito de modales rápidos como los de un pájaro y un aspecto no demasiado militar, escuchó gravemente mientras MacKinnon recitaba su historia por lo que según él era la quincuagésima vez. Asintió gravemente cuando Dave hubo terminado.

- Descanse tranquilo, David MacKinnon, todas las medidas necesarias serán tomadas.

- ¿Pero qué hay de su arma?

- Estamos ocupándonos de ello... aunque nuestra Barrera puede que no sea tan fácil de romper como suponen nuestros vecinos. Pero sus esfuerzos son apreciados. ¿Puedo servirle en alguna cosa?

- Bueno, no... no para mí mismo, pero hay dos amigos míos ahí... - Pidió que se hiciera algo para rescatar a Magee, y que a Perséfone se le permitiera salir, si lo deseaba.

- Conozco a esa chica - observó el general -. Nos pondremos en contacto con ella. Si en cualquier momento desea convertirse en una ciudadana de nuestro país, podremos arreglarlo. En cuanto a Magee, es otro asunto... - Pulsó un botón de videófono de su escritorio -. Diga al capitán Randall que entre.

Una pulcra y atildada figura con el uniforme de capitán del ejército de los Estados Unidos entró con paso ligero. MacKinnon le echó una ojeada con un interés tan casual como educado, y luego su expresión se hizo pedazos.

- ¡Difuso! - aulló.

El saludo mutuo no fue todo lo decoroso que requería el despacho de un general en jefe, pero al general pareció no importarle. Cuando se hubieron calmado, MacKinnon tuvo que formular la pregunta que bullía en su mente.

- Pero, Difuso, todo esto carece de sentido... - Hizo una pausa, asombrado, y luego lo apuntó acusadoramente con un dedo -, ¡Ya sé! ¡Estás en el servicio secreto!

El Difuso sonrió alegremente.

- ¿Piensas - observó - que el ejército de los Estados Unidos iba a dejar un lugar como ése sin vigilancia?

El general carraspeó.

- ¿Qué es lo que piensa hacer usted ahora, David MacKinnon?

- ¿En? ¿Yo? Bueno, no tengo ningún plan... - Pensó por un momento, luego se giró hacia su amigo -. ¿Sabes, Difuso? Creo que después de todo volveré para recibir un tratamiento psicológico. Tú estás en el Exterior...

- No creo que sea necesario - interrumpió suavemente el general.

- ¿No? ¿Por qué no, señor?

- Se ha curado usted mismo. Quizá no sea usted consciente de ello, pero cuatro psicotécnicos lo han entrevistado. Sus informes coinciden. Estoy autorizado a decirle que su status de ciudadano libre ha sido rehabilitado, si usted lo desea.

El general y el capitán «el Difuso» Randall consiguieron con táctica terminar la entrevista. Randall fue a la enfermería con su amigo. Dave deseaba oír al mismo tiempo la respuesta a un millar de preguntas.

- Pero Difuso - observó -, tuviste que salir de allí antes que yo.

- Un día o dos.

- Entonces, ¿mi trabajo fue innecesario?

- Yo no diría tanto - contradijo Randall -. Yo hubiera podido fracasar. De hecho, ellos tenían todos los detalles incluso antes de que yo rindiera mi informe. Hay otros, ¿sabes...? De todos modos - prosiguió, cambiando de tema -, ahora que estás aquí, ¿qué piensas hacer?

- ¿Yo? Es demasiado pronto para decirlo... Lo que sí pienso hacer es seguir con la literatura clásica, eso puedo asegurarlo. Si no fuera tan torpe con las matemáticas, quizás intentara la carrera interplanetaria.

- Bueno, podemos hablar de ello esta noche - sugirió Difuso, echando una mirada a su crono -. Ahora tengo que marcharme corriendo, pero tendré un rato libre más tarde, y nos veremos en el comedor a la hora de cenar.

Se dirigió hacia la puerta, con una rapidez que recordaba la elusividad de los hampones. Dave se quedó observándolo, y de pronto dijo:

- ¡Hey! ¡Difuso! ¿Crees que yo podría valer para el servicio se...?

Pero el Difuso ya había desaparecido... tuvo que responderse él mismo.

FIN